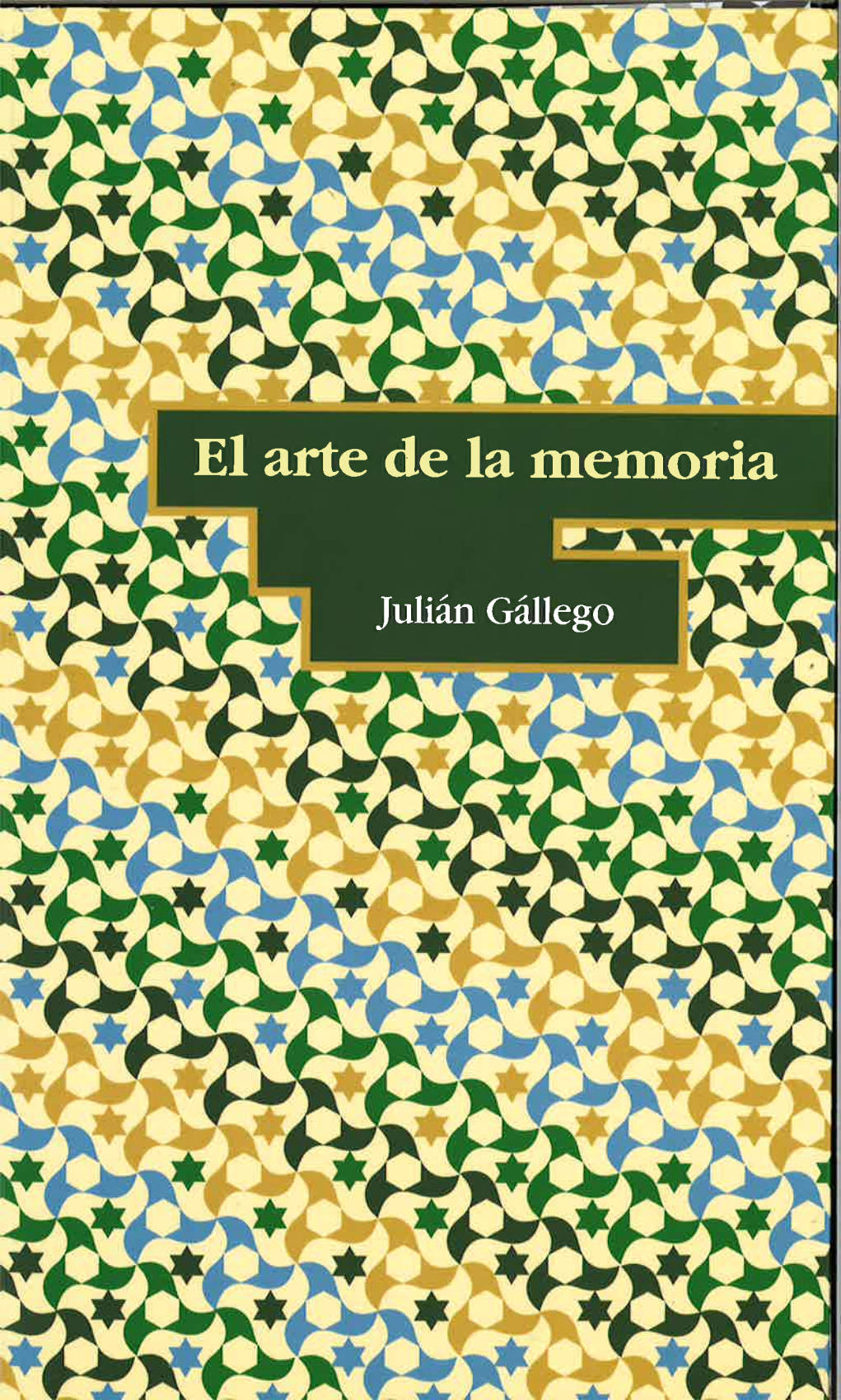




El arte de la memoria

Julián Gállego



El arte de la memoria

Julían Gállego



Primera edición *Noviembre de 1999*

Edita *Ayuntamiento de Zaragoza*
Área de Cultura, Acción Social y Juventud
Servicio de Cultura

Dirección editorial *Rafael Ordóñez Fernández*

Coordinación editorial *Carmen Navarro Blas*

Diseño gráfico *Samuel y Manuel Aznar*

Impresión *ARPIrelieve, S.A.*

ISBN *84-8069-203-0*

Depósito legal *Z-3332/99*

Tirada *1.000 ejemplares*

Gállego Serrano, Julián

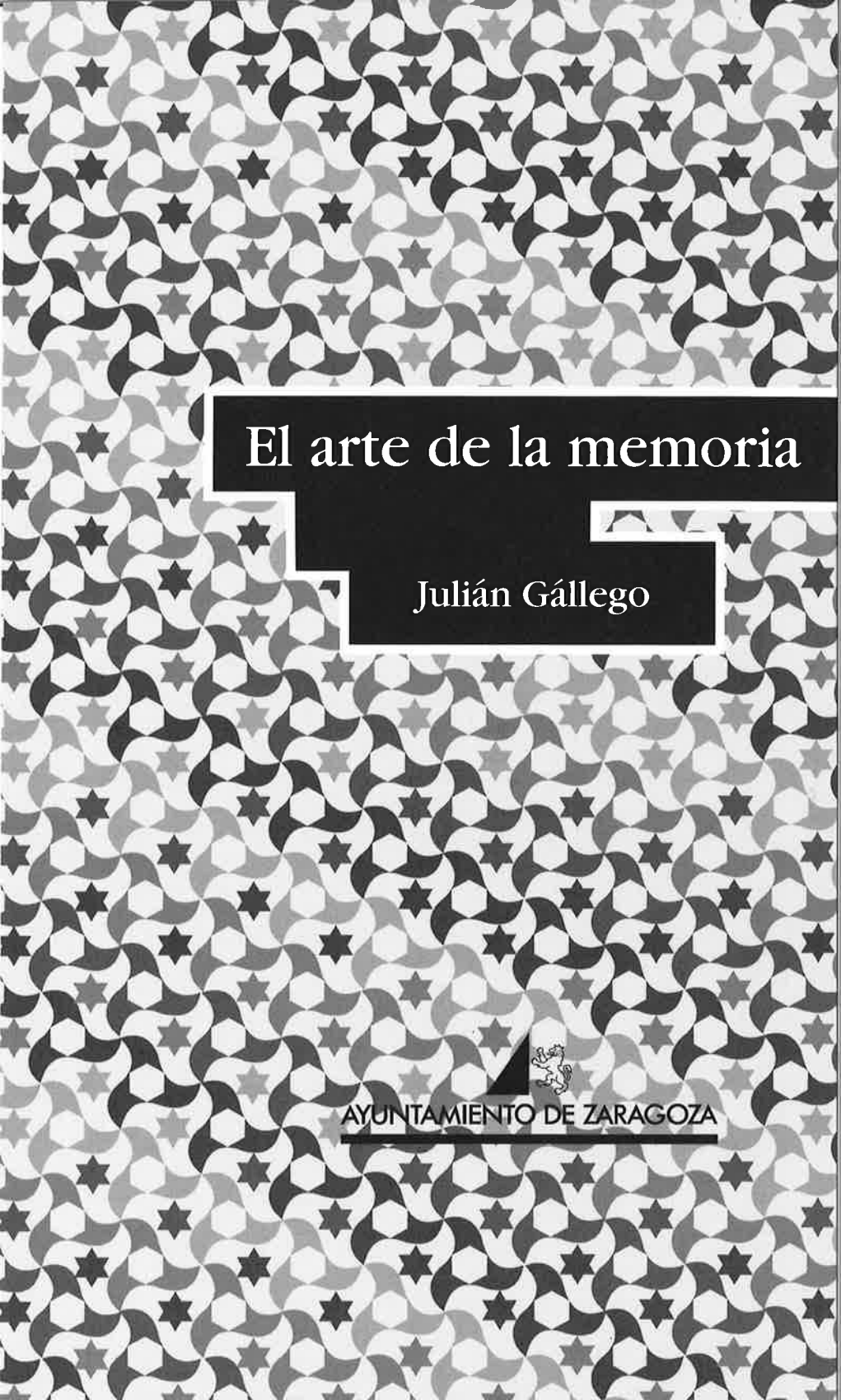
El arte de la memoria / Julián Gállego Serrano -
1.ª ed. - Zaragoza: Ayuntamiento, Servicio de Cultura,
1999

255 p.; 23 cm.

D.L. Z-3332/99

ISBN 84-8069-203-0

1. Gállego Serrano, Julián - Biografías. I. Zaragoza.
Ayuntamiento, Servicio de Cultura. II. Título. III. Serie
929 Gállego, Julián

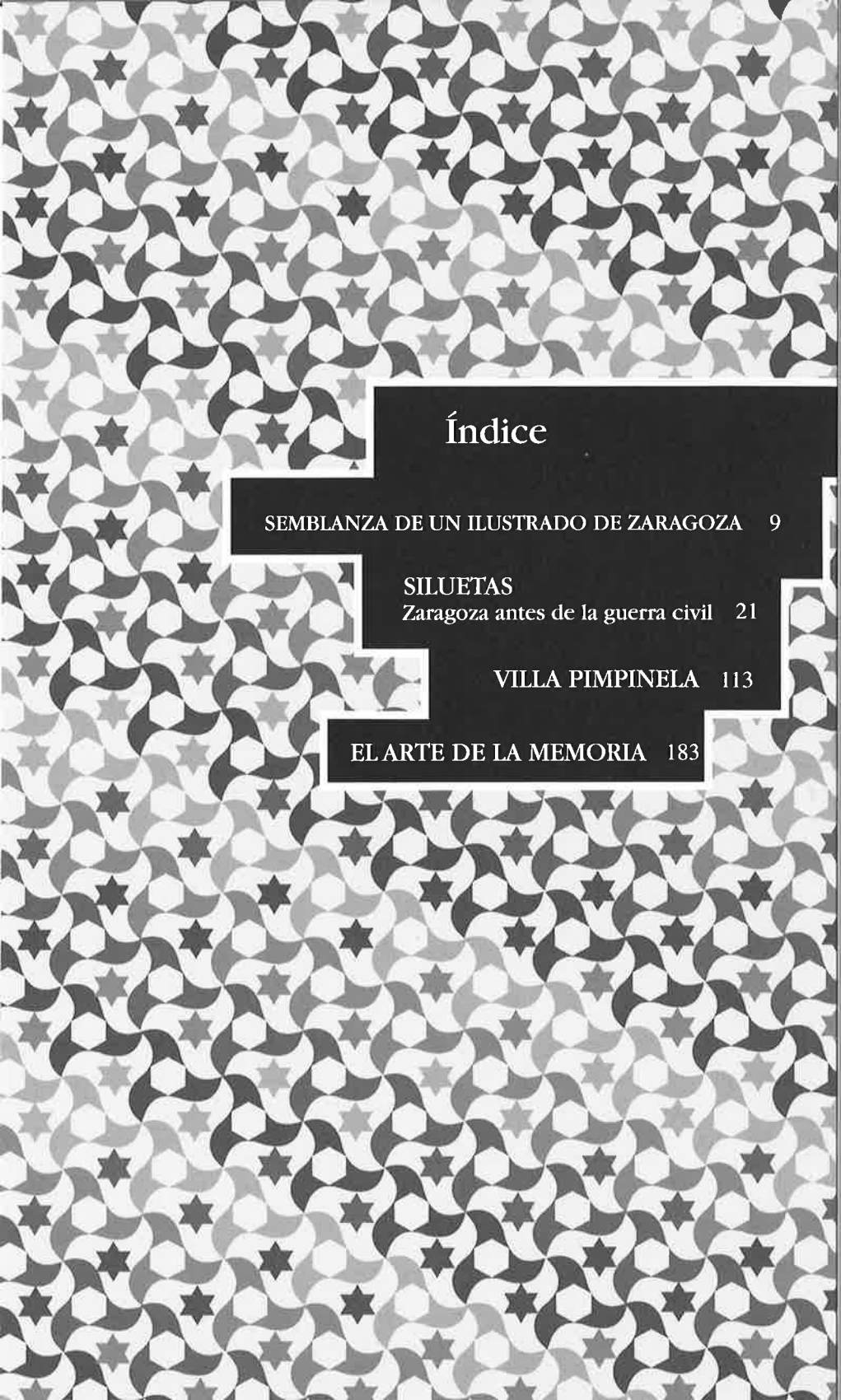


El arte de la memoria

Julián Gállego



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA



Índice

SEMBLANZA DE UN ILUSTRADO DE ZARAGOZA 9

SILUETAS

Zaragoza antes de la guerra civil 21

VILLA PIMPINELA 113

EL ARTE DE LA MEMORIA 183

The background of the entire page is a repeating abstract pattern. It consists of light gray six-pointed stars and dark gray wavy, organic shapes that interlock and overlap. The pattern is set against a white background.

**Semblanza de un
ilustrado de Zaragoza**



SEMBLANZA DE UN ILUSTRADO DE ZARAGOZA

Entre sus dedos remolones o laboriosos, aquí tiene el curioso lector las memorias de Julián Gállego Serrano, que desde luego no es ni por asomo un aragonés universal, fórmula retórica que debería estar penalizada por ley. Yo llevo leyendo sus páginas desde la adolescencia y todavía no sé muy bien qué clase de criatura se agazapa tras ese nombre. Nacido en pleno barrio de La Seo de Zaragoza, en enero de 1919, Julián Gállego ha sido persona de mal asiento. Vivió casi un lustro en Barcelona y aquí hay una decena de folios –no sé cuánto cundirán en número de páginas– que dejan constancia de su entusiasmo por la ciudad de Boscán y Eugenio D'Ors. Su novela inédita *El héroe indeciso*, 1949, transcurre en Barcelona y algo tiene que recuerda *La ilustre fregona* traducida a una atmósfera de burguesía dogmática. Pero ese es otro cantar. Sus huesos mozos también se afincaron casi un año en la reina de las ciudades andaluzas, Sevilla, patria de Velázquez, el pintor más admirado por el profesor Gállego, y de cuyo nacimiento se cumplen este año cuatro siglos. Una conferencia en el Museo del Prado –febrero 1999– sobre los dos preciosos paisajes de Villa Medici, ha sido su último homenaje al gran sevillano. Su paso por Madrid no le dejó buen sabor de boca, en su primera ronda o primer round. Unas oposiciones a notarías, un viaje luctuoso aliviado con la compra de la *Historia de la pintura española* de Lafuente Ferrari, un atisbo callejero del gran pintor Solana, su descubrimiento del museo de su vida, el Prado. Así pasa una vida, fluyendo y refluyendo en trasiego de memoria fresca o empavonada y borrosa. He tenido la fortuna de visitar varias veces el Museo del Prado, con el profesor Gállego como cicerone de lujo, y esa deuda no se paga así como así. El afaible lector, quizá esté ya un poquitín escamado de mi tabarra o de la invisible presencia de la ciudad del Ebro en estas líneas. Todo a su tiempo. Hace unos días se me cruzaba ante los ojos un página romántica sobre Zaragoza que me parecía cifrar de modo certero las luces y sombras de nuestra ciudad. Ahí va la bomba y busquen ustedes al autor –un clásico del XIX–: *No te conozco, Zaragoza. Tú no eres Zaragoza*. Y por si fuera poca pólvora verbal, remacha el autor con una pregunta algo faltona, ofensiva e hiriente: *¿Y es ésta la ciudad de 1808?*

Julián Gállego, que vuelvo a repetir, no es un aragonés universal ni tampoco un clásico del XIX, ha escrito alguna vez alguna impertinencia suave sobre nuestra ciudad en sus remotos artículos escritos en París y publicados en *Heraldo de Aragón*, hace casi medio siglo. Su relectura del *Bosquejillo* de Mor de Fuentes es muy interesante, porque ofrece dos visiones comparadas de París y España, en épocas y siglos muy dispares -París en 1830 y París en 1950-. Es en esa tesitura histórica cuando descubre el Patio de La Infanta en un palacete de Proust a orillas del Sena. Gracias a su clarinazo de atención en las páginas de *Heraldo de Aragón* logró que Ibercaja rescatara esa joya renacentista que hoy luce en el corazón de Zaragoza, con un huésped de campanillas, el retrato de Azara por Goya. Se mire como se mire, nuestra ciudad es la primera y la eterna segundona de las ciudades de España. Aunque se molesten los aldeanotes de patria enana, Aragón es sólo la cuna de la espléndida Corona de Aragón, y Zaragoza tiene una amnesia extraña de su condición de capital mediterránea. Julián Gállego conoce bien esos altibajos abismales de la ciudad, que han dejado notable huella en sus cimas estéticas más soberbias y en sus disparates colosales de todo tipo. Recuerdo ahora, a vuclamemoria, su indignación hacia los edificios que permitieron el delito fluvial del inadmisibles Club Náutico a los pies del Pilar. Por lo visto el Ebro anda escaso de orillas desnudas en las que albergar ese bodrio. Casos así hay a docenas -el cubo de La Seo- en el urbanismo de Zaragoza. *Me avergüenzo de ciudad con las alas tan cortas*. Esta frase es de Julián Gállego y tiene algo de plegaria estética, política y sentimental, que me temo podemos convertir en divisa o lema. Menos inmortalidad acartonada y más vergüenza cívica o ciudadana.

Las Memorias de Julián Gállego hacen evidentes, creo yo, un par de cosas de peregrino valor. Lleva el autor en su memoria algo así como un duplicado tembloroso de Zaragoza. Una réplica exacta que le permite deambular por ese modelo virtual como Pedro por su casa. Las cosas no son como se ven en el efímero presente -decía Valle-Inclán- sino como se recuerdan. Yo no soy nada ducho en qué rayos sea la realidad, pero sospecho que al leer las Memorias de Julián Gállego tengo la sensación de que su Zaragoza literaria o rememorada es mucho más real que la Zaragoza que el lector o yo mismo podemos ver día tras día al bajar al Coso y echar un vistazo al río, recorriendo entera la calle de San Gil. Su escritu-

ra es inconfundible. *El noviazgo no era camino de rosas ni de risas, sino una especie de oposición a cónyuges...* Su fondo de lecturas es envidiable y lo mismo nos cuenta que Delacroix compartió viaje fluvial entre Sevilla y Cádiz con Agustina de Aragón -y uno visualiza la maja de Delacroix guiando al pueblo de París- que recuerda el vigor del San Valero de La Seo, una estatua muy mandona, casi un emblema de la ciudad, tan pródiga en excelentes esculturas góticas, renacentistas y barrocas. La Magdalena de Ramírez en San Gil es muy hermosa. Las sacristías de San Gil o el Pilar son como salones versallescos dignos de Saint-Simon, que por cierto narra las desdichas conyugales de Felipe V en Zaragoza, en sus clásicas Memorias, bien conocidas por Proust. Gracias al profesor Gállego uno ha podido visitar y conocer un gramo de ese rescoldo cenizoso del pasado más brillante de la ciudad. Los tapices de La Seo convocan en su memoria un sugestivo túnel del tiempo en el que Moisés y los Argonautas imprimen en su retina infantil un sello indeleble.

No se le escapan a su anteojo de memoria las correspondencias o calcos, al modo de Baudelaire, en docenas de detalles en apariencia inocuos. El juego de cúpulas del Pilar le hace pensar en un Cinco de Oros simétrico. No me cansaré de repetirlo. Es el cicerone ideal de Zaragoza. Pero también de Roma o París, de Madrid o Granada, una de sus ciudades favoritas. Allí escribió la primera parte de estas memorias en el verano de 1996. Allí le publicaron sus *Nuevos cuentos de la Alhambra*, 1987, con dibujos de Rodríguez-Acosta. Su cuento o relato *El prisionero* es digno de Borges, pero recuerdo uno de sus rasgos de humor granadino. Lamento disenter -viene a decir- de Eliot, pero el mes más cruel es agosto en Granada.

Me esfuerzo en vano, estoy seguro de ello, por trasladar al lector una fibra de entusiasmo por este excelente escritor de Zaragoza. Sus facultades oratorias no son desdeñables. Le he visto llenar hasta los topos salones de conferencias en Madrid -un curso fabuloso sobre la pintura veneciana en la Plaza de las Descalzas- o en Zaragoza. Su buen humor nunca está ausente. Tiene ojo de Holmes para los cuadros y recuerdo ahora, así de sopetón, su glosa hilariante del Carlos III cazador, de Goya, en el salón o sótano del Museo Camón. Un detalle nimio, los guantes blancos de gala, le sirvieron para dibujar con palabras felices una estampa cómica de una eficacia y guasa sin par. Yo les confieso que cuanto más sé,

menos veo. Es una de esas paradojas indigestas que nos regala la vida adulta. Diría más, la visión cotidiana suele ser muy plana y miope, y solamente cuando uno tropieza con un auténtico maestro de la mirada –tal es el caso, obvio es decirlo– se percata de la profundidad de campo visual. No sé explicarlo de otro modo. Una metáfora como visión de página, quizá apunte en el camino cierto. Una mezcla perfecta de gran lector y gran mirón de cuadros. En el fondo, supongo que aflora un viejo problema. ¿Cómo traducimos lo que vemos?

Hace unos días, yo me divertía dibujando en la arena de la playa para mis sobrinos, la palabra agua en varios idiomas. Llegó una racha de agua espumosa y lo borró todo. Por lo visto, al agua no le gusta que le recuerden su nombre. Es –por supuesto– una anécdota banal, pero nuestra vida está llena de cosas así. En su última visita a Zaragoza, al pasear y dar una caminata por las calles de San Pablo, al volver hacia el Coso, Julián Gállego detuvo un instante fugaz su retina detectivesca en la hornacina de la fachada de la iglesia de los Escolapios –en cuyas aulas estudió Goya y su narigudo amigo Zapater– e identificó al santo con alas de querubín. Santo Tomás de Aquino o el Doctor Angélico. Como soy un rato pedantón –lo reconozco– admití mi supina ignorancia en identificar santidades medievales, pero le comenté que Joyce dedica alguna página a Aquino en su Retrato del artista adolescente. De esa forma insólita el Coso se convirtió por un segundo en la Italia de Dante y el Dublín de Joyce. Supongo que es éso lo que anhelamos como sueño de Europa. Y vuelvo a repetir que nuestro continente es una asignatura infinita y me parece grotesco el salto a lo universal, cuando tanto nos queda por aprender de nuestro mundo más próximo.

Hay un pasaje de sus memorias en que cuenta sus correrías infantiles por la ciudad: *A veces se oían tiros por las calles, lo que estaba lejos de asustarnos...* Y poco después: *asomarnos al pretil del Ebro, a ver cómo iba de crecido*. Esta relación colegial con el río, asomarse a su curso como quien visita a un viejo amigo, me parece llena de encanto. Viena es una ciudad maravillosa pero carece del señorío o majestad fluvial que Budapest disfruta con el Danubio. No es el Ebro el farrucón Danubio, pero las ciudades fluviales –con río de malas pulgas, por así decir– son especiales. La Vista fluvial de Velázquez y Mazo es clásica en la pintura barroca y de este siglo,

Julián Gállego evoca la Vista del Ebro, 1930, de Marín Bagüès, que está en el Museo de Zaragoza.

Doy por descontado, que no faltarán maliciosos que si llegan a leer estas líneas –el tedio impulsa a tareas deslucidas– sostengan que mi semblanza es una canonización más o menos liviana o descarada del profesor Gállego. Con su pan se lo coman, que decía el clásico. Me doy con un canto en los dientes del inmenso placer de haber disfrutado de la amistad y benevolencia crítica del mejor escritor de esta ciudad que he conocido. ¡Pero si hasta he visitado La Seo en obras junto a él, con honores casi de rey moro, con arquitecto y canónigo archivero –un hombre digno del Nápoles cervantino–, y casi-casi hasta con sonos de Bach y maestro organista...!

Si no me traiciona la memoria, parece ser que Góngora escribió en Granada su famoso soneto sobre su ciudad natal, Córdoba. Tiene el azar español estos caprichos y nuestro Julián Gállego, al cabo de los siglos, tecleó en Granada sus recuerdos sobre su ciudad natal, Zaragoza. El soneto de Góngora es perfecto. Para ennoblecer su Córdoba del alma, comete la afrenta de tildar a la ciudad de la Alhambra como una especie de muladar –si entre aquellas ruinas y despojos– que nos obligan a pensar que hacia 1600 la Colina Roja de Granada debía de ser un castillo abandonado en torno al palacio de Machuca. Nada tiene de extraño, pues el Foro de Roma cuando lo visitó Moratín hacia 1790, servía de corte a pjaras de cerdos. No había entonces esa superstición extremada hacia la arqueología que padecemos hoy. Quizá entonces se quedaban cortos y ahora nos pasamos. El hermoso soneto de Góngora pinta ese abismo espacial y vital entre la ciudad del destierro y la ciudad añorada. Hoy nos choca mucho, que Granada pueda ser paisaje de destierro. El Conde de Aranda la paladeó con ese sabor. Julián Gállego creo que ha tenido más fortuna y la ha vivido desde los jardines y fuentes de la Fundación Rodríguez-Acosta, acaso incluso con música de Falla. La música clásica ha sido uno de los bálsamos de su vida. Pero volvamos un momento a los dorados endecasílabos de Góngora, menospreciando a Granada en nombre de la Córdoba lejana, casi como si hablase de Damasco o Bagdad. Si entre aquellas ruinas y despojos –que enriquece Genil y Dauro baña... Y entonces logra el poeta un verso único –tu memoria no fue alimento mío–, para concluir con un terceto glorioso, in crescendo lírico: nunca merezcan mis ausentes ojos –ver tu muro, tus torres y tu río– tu llano y sierra, oh patria

oh flor de España! Es una obra maestra, sin duda. Y su valor de sugestión sentimental viene de perlas para evocar nuestra propia ciudad -ver tu muro, tus torres y tu río- hasta el punto que si la Vista de Zaragoza de Velázquez y Mazo, vale por Sevilla o Córdoba en el siglo de Cervantes, como arquetipo de ciudad clásica española, algo similar sucede con el soneto de Góngora, el poeta desterrado en Granada, anhela el retorno a su imposible ciudad de la memoria.

En mi artículo *Las Memorias inéditas de Julián Gállego* (Heraldo de Aragón, 18-VII-99) intenté resumir las páginas que según mi dudoso gusto y criterio, emanan una extraña y esquiva intensidad. Dicho de otro modo, una gracia elíptica, cifra al parecer de la buena literatura. En Siluetas, destaca la número 44 -Petición de mano-, una especie de Gogol ilustrado por Goya. También se me antoja muy lograda La perversidad de las acequias, número 20. Hace falta un ojo leonardesco para ver los nudos de ahorcado del agua.

En la segunda parte -Villa Pimpinela- me quedo con la semblanza de Moneva y la consulta sobre una traducción de La Bruyere. También es un pasaje delicioso la evocación de las dos casas de Eduardo Fauquie, crítico musical de Heraldo, y buen amigo del autor. La Vista de la calle Alfonso con la cúpula central del Pilar, un pelín fuera del eje perspectivo, como si uno de los dos arquitectos -el de la calle o el de la cúpula- no hiciese buenas migas con el otro. También podemos leer una secuencia siguiendo el friso fluvial de la ciudad, y en conjunto, un haz de caminatas o callejeos zaragozanos, que dibujan con palabras la silueta agrídulce de la ciudad. Pero la página más intensa en dramatismo de buena ley, por su resallante sobriedad, es la dedicada a su hermano Antonio. Muerto en Brunete, durante el cerco de Madrid, tuvo que ir finalizada la guerra, a recoger sus restos, para que descansaran en Torrero. *Pensé recoger la cabeza con la manos, pero no me atreví. Tenía un rizo rubio en la sien.*

El autorretrato literario tampoco es manco: *Tengo en mi armario unas dos docenas de libros míos, mejores o peores, de invención o ensayo. En resumen, un pequeño intelectual hispano, orador de cierto éxito, escritor con cierta gracia....*

Se completan estas memorias con sus últimos artículos de viaje publicados a fines de 1998 y primeros meses de este año 1999, en

el dominical de La Razón, de Madrid, en una serie titulada *El arte de la memoria*. Pueden tener un interés doble, ser las últimas páginas escritas por el autor y mostrar un horizonte más abierto y lejano.

Gracias a su edición de los *Discursos de la pintura*, de Jusepe Martínez, pintor barroco de Zaragoza –dos de sus mejores cuadros lucen en la recoleta y coqueta iglesia de San Miguel– y amigo de Velázquez hasta el punto de cederle su taller durante su estancia en nuestra ciudad, para retratar a una dama boba del Coso, que se quejó de que su cuello de encajes de Flandes era superfino y el sevillano –por lo visto– le pintó un bodrio demasiado vanguardista, para los cerriles ojos de nuestra princesa provinciana del Coso. Gracias, repito –a ver si esta vez termino la frase– a su edición de 1950, de Jusepe Martínez, podemos conocer la Zaragoza barroca de primerísima mano y ojo alerta. Es Jusepe nuestro Vasari de Zaragoza y su libro la mejor guía para visitar la ciudad barroca. Las Cartas de Goya a Zapater, el *Bosquejillo* de Mor de Fuentes, la novela de Matheu –*Un rincón del paraíso*, 1886–, son una posible secuencia de discreta continuidad en el tránsito hacia la Zaragoza del siglo XX. Miguel Asín Palacios –otro grande de Zaragoza y España– recuperó el hechizo de la Zaragoza hispano-árabe hacia 1900. Las novelas de Jarnés forjan una Augusta años 20 y las de Sender una urbe pre-cainita, o los films rudo-líricos de Buñuel, nos ofrecen un cúmulo de visiones harto contradictorias de una misma ciudad. El Toledo de Tristana tiene mucho de Zaragoza buñuelesca. Si Jusepe es el Vasari barroco, Camón y Julián Gállego se disputan el papel de Vasaris del siglo XX. Por afinidad personal y de estilo literario yo me siento mucho más cercano a Julián Gállego. He dicho y repetido aquí que no es nuestro autor un aragonés universal, y quiero dar una gota de razón al respecto. Ha escrito la *Historia de la pintura europea del XIX* –que es un texto de una visión panorámica pasmosa– y en el librito *Pintura contemporánea*, ofrece una síntesis excepcional del arte de este siglo. Pero de ahí a doblegar o amilinar el universo media un abismo. Esta formulita del aragonés universal sólo se les ocurre a los palurdos sin fronteras, o a los cosmopolitas de tebeo. Julián Gállego ha sido aragonés de París durante dos decenios, pero su doctorado por la Sorbona no lo ha convertido en un sabio hinchado o un petimetrazo insoportable. Es el hombre más llano y modesto del mundo. El que quiera ver su grandeza real no tiene más remedio que bucear en sus hermosos y prolijos

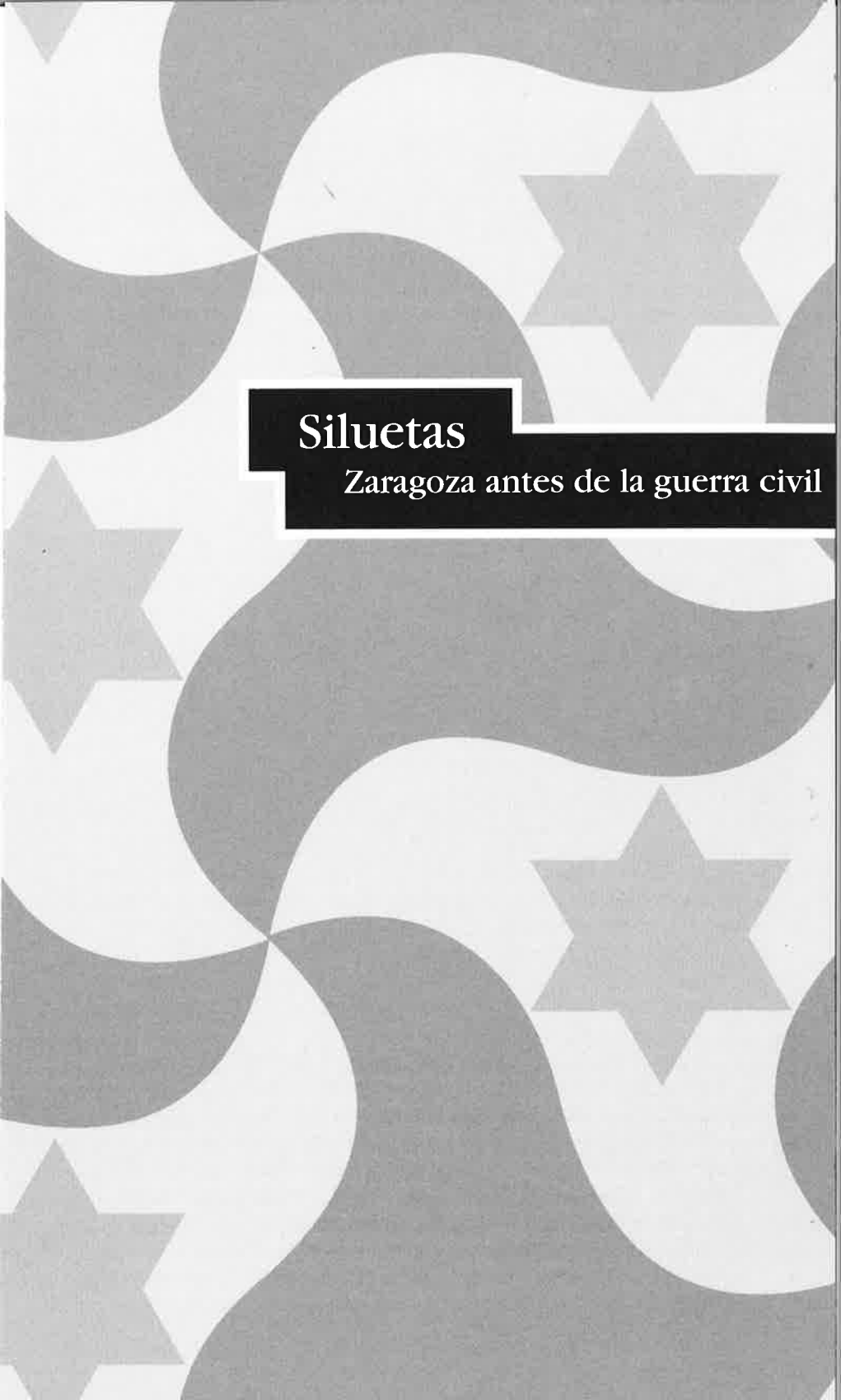
ensayos sobre historia del arte -*Visión y símbolos, El pintor de artesano a artista, El cuadro dentro del cuadro, Historia de la pintura europea del siglo XIX*-. Su libro sobre Velázquez ofrece capítulos insuperables sobre Madrid y Roma. Conoce Roma como la palma de su mano y apostaría que pasará allí parte de su ultravida. Es un grande de Zaragoza con estampa de profesor machadiano. Su testa tiene visos de gramático romano. Lo he visto en familia en casa de su hermana Isabel Gállego -casi una madre para él- en la calle Dr. Cerrada de Zaragoza, en una atmósfera de casa de Ibsen, con un cuadrito de Martínez Montañés de aire románticón -Fernando VII dando audiencia a Agustina de Aragón- cuando su sobrino Cándido Pérez Gállego pasaba las fiestas del Pilar en Harvard -cómo son estos zaragozanos ilustrados-. Lo crean o no lo crean nuestros conciudadanos de la remolona y cauta Zaragoza actual, los Gállego son una familia muy culta y amiga de la lectura. Pero, repito, no quiero ni oír el mote de universal. Universales son ahora hasta los telediarios o la pasta de dientes.

Julián Gállego ha derramado su insaciable curiosidad en miles de páginas escritas durante medio siglo. Sus crónicas desde París en la revista *Goya* esperan una digna edición. Ayer mismo nos contaba en la revista semanal de *La Razón* sus recuerdos de Londres o de París, de El Cairo o de Tokio. Donde menos te esperas, encuentras un texto fantástico suyo. Por ejemplo, su *Marcel Proust*, Madrid, 1976, una treintena de páginas, publicadas en la *Revista de Ideas Estéticas*, nº 135. Contiene un prólogo fabuloso que resume toda la *Recherche* y le sigue una selección de fragmentos traducidos por él, sobre el canon estético del gran escritor francés. Tiene a gala haber publicado el primer libro sobre los frescos de Goya en la Cartuja de Zaragoza o de Aula Dei. Ha sido crítico de arte del diario ABC de Madrid durante dos décadas.

Suponen los simples de cabeza -que son, han sido y serán legión- que transmitir la belleza de los grandes -un Velázquez o Tiziano, un Bach o Mozart, un Platón o Kant, un Cervantes o Shakespeare- está al alcance de cualquiera y que poco menos, basta con sacar el farol o fanal en procesión y la belleza irradia por arte de magia. Ojalá fuese así. La verdad está en el polo contrario. Hace falta una vida entera para calar con holgura y rigor esos continentes del magnífico misterio humano. Como estamos en casa, les hablaré de lo que mejor conozco. Yo leí hace muchos años el artículo que

Julián Gállego publicó en *Heraldo de Aragón* sobre el genial retrato de Goya -el Duque de San Carlos- que está en el Museo de Zaragoza. Traducir el fulgor satírico de Goya a palabras no es floja aventura. Creo que el profesor Gállego es un escritor maravilloso. Su arco o escala de interés estético es amplísimo. Es de los pocos capaces de escribir con igual desparpajo y tino o elegancia, de Matisse o Picasso, de Tiziano o Rafael. El presente no le nubla la vista respecto a los maestros del pasado. Algo similar me sucedió con su *Visita a la Condesa de Chinchón*, el cuadro que pudimos ver en La Lonja de Zaragoza en 1992, y que podría ser -su compra- el mejor pago de la deuda que la ciudad tiene con su hijo más glorioso y radiante. Igual es mucho pedir. Bueno, pues ésa es la mejor lección del profesor Gállego, marcar la pauta real de lo que somos y podemos ser. Gracián dijo, en el cuerpo gigantes y en el alma enanos. Les juro que no sé a quién o quiénes se refería. Era muy suyo el bueno de Gracián. La vida y memorias de Julián Gállego son una ventana desde Zaragoza a lo mejor y más valioso de este mundo. Y si esto es verdad -que creo que sí- es difícil ser más persona con menos humos o aspavientos. Grandeza sin embeleco.

César Pérez Gracia

The background of the entire page is an abstract geometric pattern. It consists of large, overlapping, wavy shapes in a medium grey color against a white background. Interspersed among these wavy shapes are several five-pointed stars, also in the same medium grey color. The stars are oriented with one point facing upwards. The overall effect is a rhythmic, modernist design.

Siluetas

Zaragoza antes de la guerra civil

SILUETAS - 0

PROEMIO

Longtemps, je me suis couché de bonne heure

Marcel Proust

Como yo era el menor de la familia, solía acostarme temprano. En cambio, durante los veranos, dormía siesta. O, más que dormir, reposaba encima de la cama, en una habitación, ventilada durante la noche y cerrada al rabioso sol de prima tarde, para conservar su frescura. Eso sucedía en el número 47 de la Calle Mayor de Zaragoza de los años Veinte. Los postigos de la ventana (acaso balcón) no ajustaban tan completamente que no dejaran pasar un reflejo de la rabiosa luz del sol que caía en la calle, apenas despier-ta de esa modorra estival por las ruedas de un carro o las herraduras de sus adormiladas y lentas bestias. Automóviles pasaban muy pocos y, si sonaban sus bocinas, aquello parecía el juicio final. Los ecos de las conversaciones de los sudorosos transeúntes llegaban, como un susurro, a mis oídos adormilados.

En cambio, mis ojos abiertos contemplaban, maravillados, el moviente y maravilloso cinematógrafo de las luces de la calle, reflejadas en el cielo raso. El techo de la alcoba se convertía en un espectáculo de luz y sonido. Simultáneamente, veía las largas manchas luminosas que se desplazaban por el cielo y oía el preciso rumor que las anunciaba, acompañaba y despedía. A veces, todo era agitación: se deslizaban y trenzaban las largas briznas de luz al ritmo, lento o apresurado, del carro de la basura o el coche de la estación del ferrocarril, tirado por mulas inquietas y cascabeleras. Las manchas de luz se paseaban por el techo de la alcoba, llevando al niño que yo era a un éxtasis adormilado.

En las páginas que siguen he intentado evocar al niño que fui, mediante las luces, largas, casi incomprensibles, que se deslizan por el techo de mi memoria, jamás sabré por qué. Esa sesión de un cine-matógrafo rudimentario no ha terminado de encantarme.

J.G.
Granada, 1996

SILUETAS - 1

PRIMERA FOTOGRAFÍA

Se solía llamar instantánea, porque se hacía de repente, como un milagro, en cualquier lugar con sol, porque en la sombra, no salía. En eso se diferenciaba de las verdaderas fotografías de encargo, que exigían preliminares de traje y peinado del retratado, reluciente de puro limpio, y de *pose* en el salón o salita donde el fotógrafo trabajaba, presidida por un voluminoso artefacto sobre altas patas, semejante a un cañón de artillería, que el maestro solía colocar frente a frente al niño convertido en modelo, a quien imponía una postura llamada *pose*, de pie o sentado, de absoluta inmovilidad: no podía el *modelo* ni parpadear y mucho menos moverse o temblar o respirar, porque la fotografía no quería salir y *se velaba* entre sombras. Para el niño convertido en modelo esta ceremonia era angustiosa, porque el *maestro* no toleraba parpadeos, suspiros, ni respiraciones. Después de mariposear cuanto permitía la pequeñez del salón, y de encender y apagar varias bombillas, se escondía bajo una tela que colgaba de la *máquina de retratar*, a modo de mantilla, bajo la cual se oían murmullos cavernosos, generalmente órdenes sucintas en contraste con la obsequiosa amabilidad precedente.

Terminadas en un ¡*quieto!* tras el que estallaba un cegador fogonazo, semejante a un fusilamiento, que el *modelo* había de asumir sin pestañear, tras el cual era despedido del salón. Al cabo de una semana pasaba a recoger la fotografía, milagrosamente multiplicada por tres, por seis o por doce, en cuyo interior aparecía con aire de susto o con forzada sonrisa según gustos, ante un algodonoso decorado, generalmente gótico. Ese era imprescindible en las fotografías de Primera Comunión, con asistencia de santos, angelotes y candelabros que nadie había visto antes, y que desmentían la fama de realista que aquel arte tenía.

Por eso yo recuerdo, no mi primera foto *de salón*, sino mi primera instantánea, tirando a marrón verdoso, donde aparezco por vez primera de la mano de mi hermana mayor, Isabel, en el paseo del río Huerva, frontera del misterioso Jardín Botánico, que no se visitaba. Voy vestido con un traje esponjoso de color amarillo (aunque el color no se aprecie) bajo los altos chopos verdes (o lo que fueren) y mi gallarda hermana señala hacia el fotógrafo invisible, capaz de fijar la imagen sin necesidad de salón ni focos, sino con la acostumbrada luz del sol, que hace guiñar los ojos en una amable sonrisa.

SILUETAS - 2

HACER PIMIENTA

Es decir: faltar a la clase. Para designar esa falta cada nación, cada comarca, cada ciudad, cada colegio tiene una expresión que todos los compañeros conocen. Me temo que el mero hecho de estar leyendo *Años de viaje de Wilhelm Meister* me ha inspirado este modo de convertir en ritual venerable una designación caprichosa. En el antiguo colegio de los Hermanos Maristas, a cuyas clases habí-an asistido mis dos hermanas mayores (y el hermano Basilio me preguntaba, en cuanto me veía, qué noticias llegaban de su antiguo discípulo José, a la sazón en las últimas vigili-as de la guerra de Marruecos), yo era el más tímido y aplicado recién admitido. El edificio era grande y viejo; su derribo y reforma fueron acontecimientos en honor de San Jorge, a cuyo nombre respondía la callejuela de entrada, protegida de vehículos por un *pilón* que invitaba a saltar a los más atrevidos, sin escupir las pepitas de algarroba que un viejo nos vendía, cuando no eran tronquitos de regaliz que el mor-der convertía en brochas. Un señor cojo, con muletas, muy conocido en la ciudad, pasaba alguna vez repartiendo estampitas de papel de diario, que no merecían ser guardadas como señal de lectura en los libros, que acarreábamos en una cartera colgada de nuestro puño; el llevarla a la espalda hubiera sido ridículo. Lo más que se toleraba, llevarla colgada de un hombro, lo que no impedía pasar saltando el *pilón*, despertando la curiosidad de nuestras veci-nas, las colegialas de *la Enseñanza*, que pasaban en fila de a dos, flanqueando *el pilón*, bajo la mirada de una monja. En fin, saltando o no, con algarrobas o sin ellas, penetrábamos en el Colegio de N^{ra} Sra. del Pilar por un zaguán oscuro, donde certificaban nuestra pre-sencia.

Niño aplicado y obediente, jamás hubiera *hecho pimienta*. Pero en el breve espacio que separaba el pilón de las cabriolas y la puerta de las obediencias se habían apostado varios compañeros, entre siete y ocho años, dispuestos a brindarme la ocasión de *hacer pimienta*, acompañándolos a una finca abandonada (pero de cer-cados de fácil franqueo) de cuyo pasado festivo conservaba un enorme carrusel de asientos voladores, ya inmóvil y herrumbroso, pero en cuyas cadenas podían lucirse los más atrevidos. El resto de

la finca eran hierbajos y árboles decaídos, sin mayor encanto pintoresco. Pero el *hacer pimienta* y haber incurrido en las censuras de los Maristas suponían un pago generoso y la admisión a no sé qué mayoría de edad, que los mayores desconocen.

SILUETAS - 3

MAYOR, 47

Nací en la Calle Mayor, 47. Luego supe que era una de las dos calles que se cruzaban correctamente en el centro de la Cesaraugusta romana, creo que el *cardus*. A mi el nombre-adjetivo-comparativo *Mayor* me producía cierto orgullo, aunque supiera que había muchas calles más grandes, pero no tan romanas como ésta, que además terminaba en el campanario, lleno de azulejos mudéjares, de la iglesia de La Magdalena, lo que no dejaba de ser un documento musulmán. Un arquitecto neoclásico, creo que se llamaba Yarza, consideró que la torre morisca no era lo bastante alta como para competir con su rival, la de San Pablo, su enemiga en las algaradas goyescas, en las que el Gallo de la veleta de la Magdalena se enzarzaba con el Gancho del apóstol de los gentiles. La familia de mi madre era de la parroquia del Gancho, de junto al convento de Predicadores, convertido en Cárcel (qué le vamos a hacer) con la francesada... Mi padre venía del Somontano, vía Filipinas, donde fue militar y, ya retirado, se avecindó en la Calle Mayor, aunque cerca del *decumanus* y por ello, de la parroquieta de la catedral de La Seo, por donde me llevaba alguna vez, de camino al paseo hacia el Ebro y el Gállego, que era de su familia. Volviendo a Yarza, añadió un piso a la torre de la Magdalena para albergar las campanas, competir con las paulinas y levantar el gallo más alto que el gancho. Pero llegó el llamado oficialmente *glorioso movimiento nacional* y ordenó suprimir ese cuerpo neoclásico y redujo la torre de la Magdalena a su condición de morisca o de cristiana nueva, con el eje del revés y puerta en la cabecera del ábside, como San Gil, también mudéjar y reticente.

Una escalera ancha y en ángulo, antes del patio cuadrado de columnas, ya muy decaído, subía hasta el primer piso o *principal*, donde vivía mi familia y también yo, en cuanto nací. Tenía balcones a la Calle Mayor, plazuela del Olivo, que servía de entrada a la callejuela de Elezaún (que supongo sería un vasco) también con su balcón, donde yo merendaba pan y chocolate, que solía escurrirse en cuanto pasaba algo notable, como las cabras de la leche, anunciadas por sus cencerros y ordeñadas por un pastor en presencia de cada vecino. Por esa callejuela se accedía al convento de las Paulas, donde yo



recibí mis primeras letras y algún zurriagazo con el trapo de borrar la pizarra, enarbolado por una monja joven y feroz. El patio noble de ese caserón daba hacia La Seo. Y en él inauguré mi carrera de corista, con motivo de la visita del Hermano Provincial, cuando cantábamos un himno enigmático: *En este día bienaventuroso / con semi-secusión / el alma agradecida os brinda admiración*. El visitante acogió con sonrisas amables, nuestra protesta de semisecusión, pese a ser mitad.

SILUETAS - 4

ARGENSOLA, 17

Lo que solía llamarse *cambio de casa* acaeció cuando yo tenía unos seis años y sufría de sarampión, enfermedad de la época infantil, entonces a la moda. Mi padre me envolvió en una manta y me trasladó, en brazos, a nuestro nuevo domicilio, Argensola, 17, principal también y con un rellano de la escalera curvo y saliente, apoyado en una columna de alabastro que no sé qué azares mineralógicos llevaron a ser soporte de las dos puertas de nuestro piso, una a la parte *noble*, hacia la calle, con galería o balcón corrido a que se abrían el cuarto de mi hermana María (que estudiaba violín con el maestro Bayo y solía tocar *En la Alhambra* de Jesús de Monasterio) y la sala de recibir, empapelada de flores, con sillería tapizada y espejo enorme. A este saloncito se abría el cuarto de mi hermana Isabel, que estudiaba para maestra nacional y salía a sus clases tan de mañana en las heladas del invierno que solía forrarse el peto con periódicos, que retiraba disimuladamente cuando se animaba el Sol: *Isabel de papel* canturreaba yo, que era su vecino, en un cuarto que daba al comedor, donde había un clavicémbalo desafinado, donde Isabel hacía algunas escalas, y dos grandes e incómodos sillones de cuero repujado, con brazos terminados en bolas estriadas. También había algunos cuadros (cromo / litografías las llama Galdós), con *La muerte de Pierrot* y alguna escena más, y un gran balcón que daba a la luna, antonomasia que alude al patio de luces del estanco vecino, sobre el que colgaba la galería de la cocina, al abrigo de cuyas persianas mi hermana Isabel pintaba al óleo (y nada mal) copias sendas de *el Cacharrero* y *el Pelele*, que una vez concluidas pasaron a la sala, donde meses después Cándido Pérez Beguería, confitero acaudalado de la calle de Espoz y Mina, pidió y obtuvo la mano de Isabel. Eso sucedió después de la muerte de mi padre, de la que apenas me enteré, por acaecer en el otro extremo de la casa, en la alcoba de la sala de la alcobilla (o chimenea, donde solíamos asar en invierno *votos* de higos rellenos de nuez) presidida por una Inmaculada (*La Niña*) de Murillo, en oleografía, claro. Allí cerca, pero en plano superior, estaba el cuarto de mi hermano Antonio, diminuto refugio al que se accedía por una escalerilla, cerrada con una trampa de lo más novelesco, y que, como la sala de la Alcobilla, tenía ventanas hacia la Luna *de los Moñacos*, a donde

se abría el horno que fabricaba esos panecillos de forma humana, dignos de un antropófago. Mi hermana María, en cuyo dormitorio ignoraba yo la muerte de mi padre, me sacó de la cama y me asomó a los vidrios del balcón, por donde vi el coche fúnebre, tirado por un caballo negro con ancas blancas, que todavía me parece ver.

SILUETAS - 5

MIS PRIMEROS VECINOS

Al derribarse mi casa natal, Mayor 47, en aras de una calle nueva, dedicada a San Vicente de Paúl, supongo que por iniciativa de las monjas de La Enseñanza, quedé sin orígenes; y al demolerse, por el mismo celoso Ayuntamiento franquista, mi casa de Argensola, 17 y el 19, que hacía esquina con la calle Mayor (era el estanco de la luna) me quedé sin pasado. Mi casa natal era grande y destartalada, del siglo XIX. La escalera, pomposa aunque vieja, se convertía en escalerilla a partir del *principal*. A nivel de la calle existía una tiendecilla estrecha pero pretenciosa, con nombre francés: *La Petit(e), de Tout un peu*, tirando a verdulería, vecina de un minúsculo taller de zapatero remendón, también abierto a la calle Mayor. En el Entresuelo creo que estuvieron las hermanas Lagueruela, Teresa, jorobada, inteligente, simpática, de ojos vivísimos, que era la maestra de un taller de modistas, y Joaquina, graciosa de puro ingenua, con un solo diente incisivo que se apoyaba en el labio inferior y con el que daba cuenta de las golosinas a que la invitaran; tenía una sobrina, Gloria, que se las daba de irónica aunque tendía a sosa, y un pariente ilustre, el pintor Barbasán y Lagueruela, de que Teresa estaba orgullosa y que vino una vez a visitar un piso vacante (creo que el de la Señá Antonia, vieja flaca y vozarrona) en el principal, pero no se quedó. Luego las sucedió Marcelina (las Lagueruelas se mudaron a la calle de las Vírgenes, como les correspondía) modista pizpireta y simpática, con un marido melancólico por una afección cutánea que le devoraba media cara, y con un hijo de mi edad, Pepito, alegre, que me caía muy bien. Yo vivía, con mis padres y hermanos, en el *principal*, también. Más arriba, por una escalera más estrecha, se llegaba a las moradas de los Torguet y de los Murlanch. Torguet era joven, exuberante y acaso viajante, y tenía una esposa, Aurora, una hermana, Cecilia, un hijo, Joaquinito, amigo mío, y un pariente loco, que daba alaridos a través de una ventana enrejada. Murlanch era un zapatero de fino, casado con Pascuala, rolliza y con un moño en forma de zigurath (que una vez se le cayó por la escalera) y dos hijos, Angelines, repipiada y presumida, y Pepito, catalancín muy sabio y correcto, también mi amigo, más un *abuelico*, que se pasaba las horas junto a la mesa de la cocina, sin acceso al gabinete *chipendale*, orgullo del piso en unión de una *cama turca* con una Pierrette de trapo. Todos nos conocíamos; ahora vivo en una casa de trece plantas y cuarenta vecinos y apenas conozco a los de mi rellano, y eso, de vista.

SILUETAS - 6

MIS VECINOS DE ARGENSOLA

Cuando mis padres compraron la casa de Argensola, 17, dejé a mis amigos de la calle Mayor y trabé conocimiento con mis nuevos vecinos. Era una fachada estrecha, cortada a nivel del piso principal por un balcón o galería lleno de macetas, desde donde podía verse la calle, con los Ciegos (tres hombres y una mujer con vista, que les servía de guía y ecónoma, y vendía las letras de las canciones que ella misma cantaba), la casa de enfrente, con la Pescadería *La Pilarica* en el bajo, al cuidado de Pablo, que daba grandes gritos comerciales y hasta una vez expuso un pez espada que fue la sensación del barrio, y el piso primero, con el señor Brea tocando (de oído) la guitarra en una pieza bailable, pero fina (que nunca olvidaré en aras de Stravinsky) y un pollo presumido en el Segundo, muy cuidadoso de su persona, a quien mis hermanas apodaban *La Venus*, quizá por su autosuficiencia. La casa de al lado, frente al estanco que lindaba con la mía, también se esquinaba con la Calle Mayor, y esa fue la causa de su demolición en aras del ensanche de ésta. En la planta baja tenía una tienda muy arregladita, titulada *La Levantina*, porque su fundador y dueño (conocido por *el Catalán*) era de Levante, si bien se mira; se asomaba a su puerta, con su bata, junto al escaparate de ultramarinos finos, y no era tan voceras como su vecino el *Pescatero*, pero tampoco era tan simpático.

La calle tenía el nombre de Argensola, en honor de los dos hermanos, Lupercio y Bartolomé-Leonardo, de ese apellido, famosos escritores del siglo XVI cuyas obras no había leído ningún vecino de la misma como no fuera mi padre, que era de la provincia de Huesca, como ellos. El Ayuntamiento zaragozano decidió dedicar un monumento a los dos hermanos, en una plaza con árboles, en la vecindad de mi colegio. El escultor José Bueno (s.e.u.o.) que era un artista sólido del país, puso en medio de la plaza a una mujer gigantesca (sin exagerar) sentada en un banco a cuyos lados figuraban, en medallón de bronce, las cabezas de los dos *lupercios*. Eso eran excesos de culteranismo, que sin duda los dos hermanos merecieron, que llamaban a los ángeles literarios *celestial Ninfa* y otras lindezas; por lo que los vecinos decidieron que *la Argensola* era la ninfa (o lo que fuere, celestial o no) que centraba el monumento. Los viejos feos de los medallones acaso fueran parientes suyos.

SILUETAS - 7

MI CASA DE ARGENSOLA, 17

La planta baja de Argensola, 17, tenía dos huecos: el del portal (llamado patio) que estaba recubierto de azulejos que le daban aspecto alegre (aunque allí se desarrollarían, cada tarde, las discusiones de mi hermana menor con su novio, abrupta versión de lo que en el país se llamaba *festejar*) y el de la tienda de verduras de la Señá Juana, voluminosa o indefinida forma cubierta de toquilla y delantal y, en la cabeza, de un moño semejante a una ensaimada, lo que permitía, en la penumbra del establecimiento distinguir su persona de las coles, lechugas, alcachofas, acelgas, cardos, guisantes, judías verdes, patatas, cebollas, etc., y diversas aunque modestas frutas. La voluminosa verdulera, al atardecer, se arrancaba de su alcázar vegetal e iba a dormir a un oscuro entresuelo, que tenía ante la puerta una columna de alabastro sucio, que sostenía la panza del principal, donde yo vivía y tenía mi diminuto, aunque oscuro, cuarto propio donde alineaba mis libros de F.T.D., enseña editorial de los Hermanos Maristas cuyo significado ignoré hasta la pubertad (Fideo Tímore Domini, algo así como Fe y Temor de Dios) y uno, gordo y colorado, que era mi orgullo, de la E.J. (Editorial Juventud), obra de un exótico escritor llamado Zane Grey, titulado *Nevada*, que no aludía a una tempestad de nieve, sino al remoquete del valeroso y enamorado protagonista, un *comboy*, como decíamos, oriundo del Estado a que aludía el mote.

En el segundo piso vivía Don Rafael, *el Maestro* por antonomasia, que también era redactor del diario católico *El Noticiero*, aunque hombre de buen humor, aficionado a chistes algo atrevidos, que sonrojaban a Doña Carmen, su mujer, y que no entendía su hermana (política o natural, que nunca lo supe) Patrocinio, y que no debían oír las tres niñas, mis amigas, Pilar, Carmen y María: Pilar, mayor que yo, tenía una cabeza rubia que escondía un cerebro muy digno de ingresar en la Administración; Carmen era guapa, de una belleza triste y algo enfermiza, que moriría al alcanzar la mayoría; la pequeña, María, era de mi edad, brusca y de buena pasta, y acabaría monja.

En el tercero vivía mi amigo Santiaguín, con quien jugábamos a capillitas y misas, porque tenía vocación sacerdotal y, tras muchos

años de cura virtuoso, en la parroquia de San Gil, fue destinado a la Curia. Su hermana Pilarín era, a mi entender, muy guapa y devota, como correspondía a la hija del que mis hermanas (lectoras de Cervantes, a lo que parece) llamaban *Calvatrueno*, hombre severo, fiel marido y padre, y autor de la respuesta que oponía a los pedigüños: *En la tierra de la Virgen del Pilar no se da limosna*, que nunca acabé de entender.

SILUETAS - 8

EL BELÉN

En el piso, con dos cuartos o cuarteles y dos lunas, como una bandera, que mi familia ocupaba en la calle Argensola (la *de* no se pronunciaba y se reserva a las direcciones postales), había un pequeño cuarto oscuro, a modo de frontera entre la parte noble (la de la fachada) y la familiar (a la luna de la panadería). Era en ese cuarto oscuro donde mi entusiasta hermana montaba mi Belén de Navidad, sobre un tablero grande que soportaba montañas de corcho y regatos de espejo, amén de gran cantidad de figuras, no tan finas como las del Belén de las niñas del segundo, pero muy simpáticas, con sus ojos de pulga, sus calzones marrones, sus faldas amarillas, sus hatajos de corderos y aves de corral, su anciano vendedor de naranjas, su lavandera con sombrero de alas anchas, su pescador de caña y sus pastores bailarines, al pie de un árbol de cuyas ramas pendía un angelote. Y, evidentemente, su Sagrada Familia, Niño, Madre, Padre, Mula y Buey en su portalito ante el que se arrodillaba una beata, y hacia el que se iban acercando, poco a poco, por las resbaladizas cumbres acorchadas, los tres Reyes Magos, Melchor, de pelo blanco, Gaspar, de pelo amarillo, y Baltasar, negro hasta los ojos y, no sé por qué, siempre el más simpático. Desde Nochebuena a Reyes bajaban, poquito a poco, la montaña acorchada, a veces solos, a veces con algún criado y hasta con un camello, y al llegar al Portal descabalgaban, liberándose de un pincho o alambre que les atravesaba las entretelas, y se postraban, o casi, ante el Niño Dios que le miraba con ojitos de pulga. La Virgen, de vestido encarnado y manto azul, y San José, de túnica morada y manto amarillo no se daban por enterados de la real visita (por lo demás, los reyes de mi Belén no traían nada que regalar) y se quedaban de rodillas, a ambos lados del Niño, acaso esperando los regalos, aunque tan raros (oro, incienso y mirra) que yo no los acabé nunca de entender. La gran estrella de papel de plata les daba la bienvenida y los soldados de Herodes disimulaban, por si acaso.

Mi hermana mayor y yo íbamos al monte de Torrero y las orillas del Canal, a recoger ramas, hierbas y piedras con que edificar el paisaje de Belén, con la ayuda de los corchos. Yo tenía mucho interés en ese sacro-pagano teatrillo, con cierto asombro por parte de la tía Apolonia, que (pese a ser muy devota y casera de cura) comentó, con cierto desdén: *más vale que se entretenga en eso...*

SILUETAS - 9

FESTEJOS ZARAGOZANOS

En el lenguaje coloquial aragonés *festejos* significaba noviazgo. El verbo *festejar* era transitivo, de persona a persona: *Isabel festeja con Cándido, el de la confitería*, podía decirse. Ello no significa que en una ciudad tan varonil como Zaragoza el festejo fuera un camino de rosas, ya que, desde el noviazgo, se planteaba una cuestión de autoridad entre los dos sexos. El noviazgo no era camino de rosas ni de risas, sino una especie de oposición a cónyuges que, en muchas ocasiones, terminaba en suspenso. Las heroínas de Zaragoza eran más célebres que los hombres; y si no, que le pregunten a Lord Byron, que le dedica tantas alabanzas en *Childe Harold* con esas metamorfosis de los Sitios, en que una muchacha de tirabuzones y escofieta, hecha para el amor, se transforma en amazona guerrillera y empuña la navaja, el cuchillo, el fusil y hasta el cañón, como Agustina de Aragón, que aunque procediera de Barcelona y de una madre Doménech, no tenía suficiente con el apellido Zaragoza; o que se informen en los grabados de la época, donde conserva, en Goya, un aire elegante y frágil hasta al disparar, subida en una pirámide de baturros yacentes; mientras en Brambila aparece como una consumada y hasta varonil artillera. Agustina, que ganó por su heroísmo el grado de Teniente (y de *tenienta* la conoció Ford y la admiró Delacroix, a quien le sorprendió verla a bordo de un barquichuelo que hacía la ruta de Sevilla a Cádiz por el Guadalquivir) terminó en Andalucía, más famosa que el Giraldillo (que es como sus amigos llaman a la gigantesca figura de la Fé que señorea la Giralda sevillana). En cambio Casta Alvarez (de indiscutible castidad) y Manuela Sancho (que hasta llevaba apellido masculino) eran guerrilleras de a pie, de rompe y rasga; y como heroínas tienen su túmulo funeral en la iglesia del Portillo, bastión de la resistencia. En la destartalada plaza de esa iglesia hay un bonito monumento de Benlliure, pequeño pero rico en emblemática, donde, además de asistir al inesperado combate de un águila con un león (que la deja a medio desplumar) vemos al Tío Jorge, nuestro patriótico pariente, vestido de baturro fin-de-siglo, con guitarrico y laurel, y, más arriba, hecha una heroína, a la inmortal Agustina con sus chaqueteras de teniente:

Sús, valiente aragonés -recitaba yo en los Maristas (dando una patada en el suelo al pronunciar el extraño monosílabo)- *lucha, que el peligro crece / y tu cañón enmudece / y va a triunfar el francés...* Pero sobreviene AGUSTINA: *No hay por qué desesperar / que allí queda una mujer...* No recuerdo, afortunadamente, el nombre del autor de esta epopeya marista.

SILUETAS - 10

ZARAGOZA GOYESCO

Y no *goyesca* porque aunque termine por a, Zaragoza es una ciudad masculina, cuyas mujeres célebres eran guerrilleras, incluida la Condesa de Bureta, que dio más de un disgusto a los franceses, y no por achares. Zaragoza, que, por mucho que diga admirar a Goya, no olvida que vino de un pueblo, como las criadas de servir, y que, en cuanto pudo se marchó a Madrid, como cada cual; decidió conmemorar el centerario de su muerte en Burdeos (reñida competidora de Cariñena) en el año de 1828. Qué entusiasmo goyista! Sólo comparable con la apacible llegada de una peregrinación del Bearn, que hizo que escaparates y esquinas se cubrieran de carteles con ambas banderas cruzadas, la nacional y la otra, y la entusiasta interjección: Soyez Bienvenus! Goya, que vivió y murió en Burdeos, fue celebrado con entusiasmo por los zaragozanos y zaragozanas, y hasta mi hermana Isabel se vistió de aguadora goyesca con el cántaro a la cadera y, en la mano libre, la bandejilla del vaso de agua fresca. Mientras tanto, aguerridas muchachuelas recorrían las calles de la Ciudad de los Sitios (*puercos*, añadía malévolo cierto periodista local) deteniéndose en corro, a cada cruce, para lanzar por el aire un muñecote vestido de elegante del XVIII, con ayuda de una manta empuñada por todas, mientras cantaban (es un decir): *El Pelele está malo / ¿qué le daremos? / Agua de caracoles / que cría cuernos...*

Hasta salieron bailando los gigantes y cabezudos de las fiestas; y no me refiero a seres humanos, vecinos de la Ciudad, sino a los muñecos, grandes y pequeños. Los cabezudos (el Boticario, el Torero, la Forana, el Robaculeros, etc.) atacaban a quienes les insultaban con unas varillas o latiguillos, mientras los Gigantes bailaban ceremoniosamente, sin inmutarse, ni entremeterse, pero marcando el paso menudito de unos piececillos enanos y dando vueltas: eran el Rey y la Reina (que serían de Aragón pero parecían de baraja), el Duque y la Duquesa (se supone que aquellos pesadísimos bromistas del Quijote, que eran aragoneses...), el Chino y la Mora (ésta en relación con *la Africana* de Meyerbeer, o por lo menos, con el pasillo cómico *El duo de la Africana* de Caballero, mucho más conocido, con



aquello de cantar estentóreo: *No cantes más Africana, vente conmigo a Aragón...* Ignoro el origen del Chino...

En el *cubrtimiento del Huerva* (mejora urbana más que ceremonia de promoción) se encendieron los fuegos artificiales. El *Afilador* de Goya soltaba chispas multicolores que el viento se llevó, que nunca falla en Zaragoza.

SILUETAS - 11

LOS SANTOS PATRONOS

Tres jueves hay en el año / que relucen más que el sol: / Corpus Christi, Jueves Santo / y el día de la Ascensión. Así decía la coplilla que todos sabíamos y que nos ilustraba sobre la festividad (sin colegio ni trabajo) de tres fechas que añadir a los domingos, más una variada cantidad que no caía ni en uno ni en otro día de la semana y que relucían, al menos, como piedras finas en el monótono sendero de la clases. En la Zaragoza de mi infancia también eran festivos los días de Navidad, 1º de Año y Reyes y los que celebraban las fiestas de San José, Santiago (que, oh maravilla, también se llamaba Jaime, Jacobo y Diego), Santos Pedro y Pablo, Natividad de San Juan Bautista, etc. Mi colegio de los Maristas no tenía fiesta propia, porque su fundador francés, Marcelino Champagnat, pese a tal apellido de banquete, no venía en el calendario, por no pasar de Venerable; más tarde se ha hecho justicia, creo que es Beato, que ya es camino de Santo. Así que el colegio del Pilar, como todos los de la región aragonesa con tal advocación, no tenía vacación propia, ya que el 12 de octubre era, para todos, festivo. Había otra fiesta de la Venida de la Virgen, pero como caía el 2 de enero, solía pasar inadvertida, salvo para infanticos y beatas pilaristas.

Como nací un 7 de enero, mi familia miró el calendario y me encomendó a San Julián, cuya fiesta se celebra (o no) en ese día, según los calendarios. No tuve la suerte de tener una docena de patronos, como Pablito Ruiz Picasso, que se llamaba hasta Remedios. Aragón es frugal hasta en sus devociones y al buscar a mi santo en el calendario me encontré con que había un pelotón de Sanjulianes; los más vistosos, un obispo de Toledo y un muchacho de Galicia con una paloma al hombro. Así que no tenía a quien encomendarme con exactitud. Andando el tiempo, un fraile de El Parral llamado Bartolomé de Mallorca, me pintó una estampita primorosa, en pergamino, con el obispo de Toledo y con él me he quedado. Pero la fecha de mi nacimiento tenía, para un niño, el grave defecto de celebrarse detrás de Navidad y Reyes y coincidiendo con el cumpleaños, con lo que se me juntaban las tres fiestas en una y no me acabó de convencer de que no salía perdiendo.

Otros santos venerados en Zaragoza eran San Valero y San Blas, respectivamente patronos de la ciudad y de las gargantas de los niños, por lo que mi madre me llevaba el 2 de febrero a visitar a Blas en su parroquia de San Pablo (y era un obispo negrito); y a Valero en la catedral de La Seo, el 29 de enero, con un ventarrón helador que casi se llevaba los roscones que devotas panaderas vendían a la portada de las dos iglesias.

SILUETAS - 12

PRIMERA COMUNIÓN

Así como las niñas primeras comulgantes de la época de mi niñez solían ir de blanco, con una túnica *traje* de cierto lujo, con aditamentos de velo, corona de capullos de cera, zapatos blancos, devocionario blanco y un rosario blanco (acaso prestado por la abuela), los niños podíamos elegir entre vestirnos de ministros plenipotenciarios, con traje blanco de chaqueta cruzada, brazalete bordado, zapatos blancos, blanco corbatín y pelos muy engomados, o sentar plaza de marinerito celestial, como yo fui, con lo que el traje me sirvió además para pasear los días de fiesta con mis dos hermanas por el recién inaugurado parque de Primo de Rivera, nombre que no tardó en perder, para quedarse en Parque a secas, a orillas del Huerva (que aunque parecía un arroyo, era un río) al pie del monte de Torrero, que por aquellas fechas estrenó una enorme estatua del rey Alfonso el Batallador, con un leoncillo a sus pies, dominando el panorama de Casablanca (ni de África, ni de cine) al son de pasodobles, valeses, fox-trottes, tangos y hasta charlestones que daba al viento, desde el pinar, el restaurante de *Las Palmeras*, lo más *chic* de la población juvenil.

Así pues, como prueban los elegantes recordatorios franceses con reproducciones de cuadros famosos y de cuyo texto fui precoz autor, no recibí el *pan de los ángeles*, como rezaban otros recordatorios heréticos, sino que recibí a *Jesús Sacramentado* en el día de la Ascensión del Señor. Como la capilla de los Maristas era exigua (no quiero recordar los sudores acongojantes del Mes de María), la Primera Comunión colectiva se celebró en la vecina iglesia de San Carlos, esplendor del Barroco de dorados y azulejos, con un despampanante altar mayor con la imagen (prohibida, pero allí se quedó) de la Santísima Trinidad, como tres Personas exactamente iguales, y una nave flanqueada por majestuosos santos aragoneses, como Isabel de Portugal, y un coro alto con un venerable órgano. Los niños venían a pares, por la estrecha callejuela del colegio, hasta la pompa fastuosa del santo Borromeo. Y en su coro alto me tocó *debutar* como solista oficial de una romanza cristiana y apasionada: *Volcán de amor es mi pecho, volcán inmenso de amor...* con acompañamiento al órgano del hermano Basilio. *¡Cómo ha cantado!* decía el director, hermano Fausto (¿qué menos?) a mis familiares, asombrados de mis éxitos sacromundanos...

SILUETAS - 13

EL PRIMER VIAJE

Mi padre había pasado en Filipinas buena parte de su juventud, regresado a España y avecindado en Zaragoza –donde se casó y tuvo cinco hijos, el último yo– no mostraba afición a los viajes. Antes de que yo naciera, sus únicos desplazamientos fueron pasar algún verano en Santa Fé de Torrero, al abrigo del abandonado monasterio, cuya cúpula se divisaba desde la ciudad, o en una modesta finca de las afueras, junto al Canal Imperial y ya cerca del Cabezo Cortado y del Barranco de la Muerte, estrepitosa mortandad de la invasión francesa. Por eso fue sorprendente su decisión de volver a su pueblo natal, Sarsamarcuello, en la provincia de Huesca, para ver al tío Fabós, anciano pariente sin familia. Tendría yo unos cinco años, acaso alguno más, y esa expedición fue la mayor aventura de mi primera infancia.

Supongo que mis padres y yo salimos de Zaragoza, por tren, hasta la ciudad de Ayerbe, que me pareció una metrópoli, animada de carros, carreteros y caballerías, con una gran plaza con el palacio del Marqués, caserón imponente (téngase en cuenta la ampliación que mis ojos inexpertos y desacostumbrados y lo reducido de mi talla prestaban a una casa de tres pisos) y de allí seguimos (supongo que en lo que los novelistas suelen llamar una *diligencia*) atravesando un paisaje montañoso. Un paisaje del Alto Aragón, según dijeron, con los Mallos de Riglos por referencia natural y la sierra de Marcuello, en cuya punta se alzaba una torre de ermita, a las afueras de un pueblo, no grande, que era el de mi padre. Algunos miembros de la familia de Carasol (cuyo escudo, según dicen, tenía un sol echando rayos) entre ellos mi primo Josefín, que sería mi amigo por unos días, esperaban nuestra llegada. Desde la plaza, exigua comparada con la de Ayerbe, pasamos al caserón donde vivía mi tío Fabós, robusto e imperioso en compañía de una mujer que no era la suya, aunque lo pretendía con su audacia y de la que se trataba (según mi corto conocimiento y lo que me sonsacaron los Carasoles) con recelo. Mi imaginación infantil nos amenazaba con súbitas muertes, que no se llevaron a cabo. Se trataba de salvar al tío de las garras de esa taimada (y para mi gusto, fea y vieja); y de ese viaje resultó su liberación y el que se viniese con nosotros una tem-

porada a Zaragoza. Josefín, que hablaba como cantando, me acompañó por las calles y eras de Sarsa, hasta el cementerio, alledaño a la iglesia, en cuyo muro resaltaban las lápidas y placas de los difuntos. Al parecer, todos se llamaban Gállego, como yo.

SILUETAS - 14

SAN JUAN DE LA PEÑA

Mi segundo viaje fue años después, y consistió en una excursión (de un día) al monasterio de San Juan de la Peña, organizada por el instituto de 2ª enseñanza *Goya*, al que yo asistía, en compañía de otros alumnos y alumnas (era instituto mixto, de tiempos de la República, instalado en el confiscado colegio de los Jesuitas) entre ellas las hermanas Allanegui, Herminia (que mucho después casaría con el arquitecto Muguruza y más tarde regentaría una librería de bibliófilos tras el Museo del Prado) y las dos gemelas, y el trío inseparable formado por la Rotellar, la Llompart y la Lucea, más algún otro varón, como Bernardo Ibarra, inocente y menudo muchacho que años después sería médico y murió. Estos antiguos recuerdos suelen terminar mal, como las novelas por entregas. Quedan fotografías de la excursión, diminutas como era costumbre, como miniaturas. Yo aparento catorce años y aún llevo pantalón corto.

Los Pirineos me parecieron enormes, y eso que no los vimos todos...Me maravillaba la cantidad de helechos que crecían entre los pinos y las cimas nevadas de los picos. El convento nuevo tenía poco que ver, pero nos resarcía el monasterio viejo, metido, iglesia y claustro y cementerio, dentro de una inmensa caverna, en donde resistía, tan ancho, los rigores del clima pirenaico. La iglesia era simple y oscura, con mucho mediopunto en bóvedas y portales, y el altar en lo mas alto de la nave, dicen que todo muy románico. El panteón de los antiguos reyes de Aragón era mas moderno, creo que lo restauró a su gusto, que era neoclásico, el Conde de Aranda, pero entre los relieves paganos asomaban tumbas medievales, de rótulos difíciles.

Lo más bonito era el claustro, cuadrado y sin techo, porque bastante lo guarecía la enormidad de la caverna, con muchos arcos sostenidos por capiteles historiados, con personajes y bichos muy raros y de mucho mérito. Entre los pajarracos y guerreros, en un cultural ambiente, devoramos con apetito las meriendas que nos habían preparado en casa.

Había que fijarse mucho en todo, porque era de suponer que, como fruto de la excursión, se nos impondría a la vuelta al Instituto un tra-

bajo de redacción, sobre todo con un catedrático que fue alcalde de Zaragoza, además de gordito y bigotudo, que nos daba Literatura Universal (¡Ahí queda eso!) en cuyas páginas prolijas definía lo que era *para leído*, lo que era *para estudiado* y lo que quedaba, por fortuna *fuera*. Era un caballero atildado en su vestir y en su hablar, salvo cuando montaba en cólera al descubrir a un impertinente que no le escuchaba o no le comprendía (como el que afirmó que Doña Jimena era el Cid Campeador... lo que no era cierto...)

SILUETAS - 15

EL INSTITUTO MIGUEL SERVET

Miguel Servet fue aragonés, médico y condenado por el tribunal de la Inquisición, que consideraba herética su teoría de la circulación de la sangre. Eso he oído decir desde niño y a mis recuerdos me remito. Zaragoza sueña con un pasado *liberal* y puso la estatua sedente de Servet, con otras tres, enmarcando las tres puertas de ingreso de la Facultad de Medicina. También erigió un monumento bastante aparatoso al Justicia Mayor de Aragón, Juan de Lanuza, ajusticiado por Felipe II por haber dejado escapar a su infiel secretario Antonio Pérez (a quien Zaragoza dio una calle y no para marcharse). El monumento del Justicia, que otros prefieren llamar del Justiciazgo, que centra la ovalada Plaza de Aragón, me gustaba mucho de niño, porque es muy alto: el citado Lanuza está sentado en un sillón a respetable altura, con la diestra tendida, como imponiendo justicia. A su espalda se yergue una columna coronada, misteriosamente, por una esfera cubierta de estrellas.

Servet no tenía monumento independiente, pero sí una calle y un instituto de 2ª enseñanza, parte de la antigua Universidad de la plaza de la Magdalena, a la que yo asistiría años más tarde de mi frecuentación de ese instituto, algo cochambroso, con patio central abierto en una de cuyas esquinas había un pabelloncito para urinario de los escolares, que eran varones. Ese pequeño edificio, de aire tirolés, ignoro por qué, se *tirolizaba* en los crudos inviernos de orillas del Ebro con un fleco muy decorativo de largos chupones de hielo, imposibles de alcanzar. La 2ª República Española decidió que los escolares de los colegios privados (o séase, católicos) acudieran, como el resto de los ciudadanos, a recibir las lecciones de los catedráticos, basadas en unos llamados *libros de texto* (como si los demás libros no lo tuviesen) baratos y con ilustraciones, lo que no estaba de más si trataban de temas esotéricos como la *Terminología Científica, Industrial y Artística*, que explicaba un catedrático con birrete. Había una asignatura de Religión, no obligatoria, explicada con angélica calma por el canónigo don Juan Carceller, frente a un inmenso lienzo que representaba, muy al vivo, las almenas de un castillo, desde donde Guzmán el Bueno está lanzando un cuchillo a los malvados sitiadores que amenazan matar al



hijo de Guzmán, cuya vida aseguraban a cambio de la rendición; lo más bonito era la Sra. de Guzmán, medio arrodillada, llevándose las manos a la cabeza ante la tozudez del marido. Lo peor es que jamás nos contaron el desenlace; condición frecuente en los problemas del Bachillerato.

SILUETAS - 16

LA REPÚBLICA

Mi padre era de ideas republicanas, del partido de un prohombre liberal a quien la ciudad dedicó un pomposo mausoleo con su efigie y un Partenón enano, no en pleno cementerio católico, sino en un saliente o península de manera que estuviera sin estar. Joaquín Costa era el autor de algunos opúsculos como *Costa contra los toros* (refiriéndose a la tauromaquia y no a sus nobles víctimas) y *Costa y el Desastre*, que supongo sería marroquí y en relación con Annual, que jamás supe lo que era. Como mi padre murió siendo yo niño, no tuvo tiempo de insuflarme sus ideas, que tampoco eran tan subversivas como para impedirle que los tres hermanos varones fuéramos colegiales de los Maristas, que, cuando menos, no eran curas reaccionarios, sino afrancesados con babero.

Así que, al proclamarse la República en 1931, nos cogió prevenidos y sin los aspavientos de algunos carcamales. Como llegó en primavera y con buen tiempo, había muchas manifestaciones ondeando la nueva bandera, muy alegre al tener tres colores y no sólo dos, como la *Española*. Hasta mi amiga y vecina María, hija de un periodista de *El Noticiero* conservador, se permitía cantar algunas coplillas que recorrían las calles en animadas manifestaciones (los tiros llegaron mucho después). Así, por ejemplo, con la melodía (o lo que fuere) del Coro de las Espigadoras de la zarzuela *La Rosa del Azafrán*, cantábamos a dúo: *Ay! / Ayayay / qué contenta está la Nación / pues el día Catorce de Abril / ha venido la Revolución* en el estribillo; y en el texto narrativo: *Abril catorce marchó Alfonsito / a Cartagena / embarcadito / mientras el Cojo llorando venía, de la Monarquía / sintiendo quedarse solito...* Ese cojo anónimo era el Conde de Romanones, más ingenioso de lo que la copla pudiera insinuar.

Pasaron los meses. Ya no venía el Rey a Zaragoza, a visitar a la Virgen del Pilar. El semanario *Estampa* traía una fotografía de la reina Victoria Eugenia, sentada en un ribazo de la carretera que la llevaba al Extranjero; y pronto la reemplazó por las flamantes de los nuevos ministros, presididos por un caballero muy enseñorado y pico de oro, pese a ser, no sólo republicano, sino Presidente de la

República y andaluz de Priego de Córdoba: un republicano que casi parecía de derechas. Aunque yo no sabía lo que son las derechas... ni las izquierdas, pese a que, de vez en cuando salía a relucir alguna bandera encarnada y sin amarillo. Don Niceto era un señor de orden y la primera Miss España era una señorita valenciana que se llamaba Pepita Samper.

SILUETAS - 17

LOS RÍOS

La Zaragoza de mi infancia tenía tres ríos: El Ebro, el Gállego y el (o la) Huerva.

Un hermano Marista, aficionado a canciones, nos enseñó, con cierto aire militar: *El Ebro es el mayor / de los ríos de España. / El Duero va después / el Tajo y el Guadiana / Van, al Norte van / Nervión, Nalón y Navia...*

Pese a que era catalán, el Ter y el Llobregat no le encajaban y, todavía menos el Júcar, el Segura y el Guadalquivir, de rima bastante difícil, por lo cual no aprendí sus nombres hasta mucho después. Esa coplilla nos ponía orgullosos, porque no hay muchas ciudades con tres ríos y cada cual con su carácter.

El Ebro era *el río* por excelencia. Cada jueves del año escolar íbamos los chicos de los Maristas, en filas de a dos, y cruzando por la Plaza de San Lorenzo y la calle Argensola (la mía) pasábamos a la Pabostría y de allí a la Plaza La Seo (los *de* estan prohibidos en mi ciudad natal) con una fuente con una señorita grisácea, conocida por la Samaritana, que echaba agua con un cántaro que llevaba al hombro. De la Lonja (una casa muy grande y muy antigua, por cuyas ventanas se veían unos escribanos en sus pupitres) pasábamos al Puente de Piedra, a través de cuya barandilla atisbábamos el Ebro espumeante, que nos llevaba al Rabal o Arrabal, camino de la Arboleda, donde los más ingenuos montábamos en dos o cuatro peces de piedra, llamados Delfines, de una fuente que hubo en tiempos en la plaza de la Constitución (esa con *de*) más tarde reconstruida en el Parque, y los más corredores jugábamos a *Ministros y Ladrones* (nada sinónimos, sino enemigos). El Ebro se cruzaba, también por medio de una barcaza a la altura del Pilar, navegada por el Tío Toni, que merecía la copla siguiente, ruda pero metafísica: *Arriau y contrarriau, la barca' el Tío Toni ya está al otro lao...*

El Gállego, que era de mi familia, corría más lejos, después de la fábrica de galletas, donde vendían baratas las que se les rompían. Tenía un puente colgante muy bonito (luego añadieron otro, de la



SILUETAS - 18

EL O LA HUERVA

El Huerva (o Güerva) atravesaba sigiloso Zaragoza, allende la Huerta de Santa Engracia (que no era propietaria rural, sino princesa martirizada en compañía de sus *innumerables* súbditos cristianos) que otros llaman plaza de los Sitios (lo que no es mucho decir) y, corriendo sigiloso, a los pies de la iglesia de San Miguel y atravesando una zona donde aún quedaba un trozo de muralla o paredón de la época de los Sitios, se metía hacia las Tenerías (barrio famoso por sus *dances* y por su olor a curtido) se arrojaba al Ebro junto a un árbol legendario, llamado el Pino Montoya, que ninguno de mis conocidos había visto de cerca, pero que se atisbaba de lejos desde el Puente de Piedra.

El tapacón del *cubrimiento* era, pues, breve, y el riachuelo resurgía luego, más o menos paralelo al Paseo de Sagasta (cuna y origen de los bancos-anuncios) pero sin regularidad ni majestad. Riachuelo incorregible, se vengaba de su cubrición criando ratas y arrojando olores *y no de ámbar*, como se decía en mi ciudad desde el siglo XVI. Pero una vez llegado al Parque se convertía en un aledaño silvestre de la jardinería organizada, ingreso que no tardó en conmemorar un enorme puente por cuyo ojo caben media docena de Huervas. A partir de allí, hasta el extraño fenómeno de arquitectura hidráulica llamado Ojo del Canal, (referente al Imperial, de la época de Pignatelli), era un variado y pintoresco riachuelo, a veces con pozas para aguerridos nadadores, otras con arroyuelos y hasta manantiales para regar el almuerzo de las familias, con orillas desniveladas, abruptas o amables, una especie de compendio escolar del *Far West* de las películas de *cowboys*. Había allí playuelas de fina arena, rocas y escarpes a medida infantil, fuentes o manantiales de agua fresca, pasos por pedruscos aislados. En mi entusiasmo, llegué a fabricar (texto e ilustraciones) un folletito turístico dedicado al río Huerva, homenaje que no salió de mi escritorio.

SILUETAS - 19

CANAL IMPERIAL

El Canal Imperial de Aragón era llamado, simplemente, el canal, al no haber otro en Zaragoza. Dicen que viene de un pueblo, pero yo no lo he visto mas que en Zaragoza, todo lo más desde Casablanca al Barranco de la Muerte o, si se prefiere algo menos macabro, hasta poco más alla de la Quinta Julieta, antes de llegar al Cabezo Cortado que, como su nombre indica, es cabezo, pero menos que el de Torrero. Rarísima vez ha estado seco; en general discurre apaciblemente unos cuantos kilometros, entre orillas con caminos o senderos, y árboles muy copados, de los que se han sacrificado muchos desde que yo lo conocí. Su aspecto más romántico se alcanza en Casablanca, donde se ensancha y vocea en unas esclusas redondeadas, de buena piedra, con portones que, combinados, permiten que su nivel pase a otro más alto o más bajo, según se mire, lo que debía de resultar muy útil para la navegación de barcazas, casi desconocida en nuestro siglo. Otro aspecto novelesco es cuando cruza limpiamente por encima del río Huerva, en el llamado Ojo del Canal, lugar muy apreciado por muchachos aventureros. Eso de que un río pase por encima de otro me parecía un invento sensacional y hasta (en mi entusiasmo) único en el mundo... donde tantos canales y canalillos hay, desde la Mancha hasta la Brenta. Siguiendo su corriente llegaba a la Playa de Torrero, que nada tenía de playero, como no fueran unas mozas rústicas, que alquilaban una barca de remos para surcar las linfas y seducir a los soldados, vulgo quintos, de que había cantidades en ese lugar por la vecindad de los cuarteles de San Fernando. Allí había un puente cursiloncillo, que llevaba al Barrio Venecia, singular pretensión canalizada, donde vivieron una temporada las Lagueruelas, amigas de mi madre, y Enriquito Yarza, amigo mío de Madrid, alto y redicho, con sombrero canotier. Ese puente llevaba, a fin de cuentas, al Cementerio, y por ese puente solían pasar coches fúnebres, de coronas y plumeros. A su lado había un viejo varadero, que llamábamos Arsenal, donde convalecían las barcazas viejas y de donde salía una embarcación pretenciosa, llamada la Góndola, que ya no conocí sino en fotografías cursis, que llevaba a la Quinta Julieta, a cuyas enramadas y festejos tampoco alcancé.



Poco más alla, el Canal por antonomasia torcía bruscamente a la derecha, para llegar al barranco ya aludido, que le daba un destino fatal. Era agradable ver las cabañas de la otra orilla, con los niños y perros correspondientes.

SILUETAS - 20

LAS ACEQUIAS

El Ebro era un río grandullón, pero bastante inocente, que rara vez inundaba las arboledas de la orilla opuesta a la ciudad, y donde se erigió un modesto caserón deportivo, llamado *Club Naturista Helios*; la gente lo llamaba *los Helios* sin saber que la ese final era el rabillo del Sol, y de donde salían nadadores y alguna nadadora y barqueros y barqueras como en el cuadro de Marín Bagüés que está en el Museo Provincial. Algo más allá, había una modesta playa con yerbajos y allí me dio mi padre las primeras lecciones de natación, que jamás alcanzaron campeonatos. Pero había que ir allá lejos, desde el Puente de Piedra o la barca del tío Toni, porque el aparatoso Puente de Santiago, surgido a la vera de unos restos de murallas romanas, no existía aún. Luego aparecía el Puente del Tren, desde el que los viajeros echaban una mirada lacrimosa hacia el Pilar, recordando el coro de *Gigantes y Cabezudos*. El puente más bonito, el de las Arcadas, cruzaba río abajo, por las Tenerías, y sus arcos tiesos como peinetas eran una perpetua tentación para los niños traviesos, aunque ninguno se atreviera a caer en ella. En la orilla de las Balsas del Ebro Viejo (romántico nombre que correspondía a la orilla del barrio de Altabás) brillaban las ropas tendidas del lavadero de la Señá Benita.

Acequias había muchas, anchas y estrechas, en una llanura agrícola como la de Zaragoza. Tenían un aire solapado y traicionero, mucho peor que el de los ríos, más nobletes. En especial la Urdana, que corría sin parar a lo largo del Camino de las Fuentes, con gorgoteos golosos bajo los puentecillos de las torres (es decir, casa de campo con ciertas pretensiones, como un cenador, una fuente, una palmera) que se alineaban a la orilla opuesta al camino con ilusiones venecianas. Los ojos y remolinos de aquellas aguas opacas y veloces eran evidentes señales de la perversidad de las acequias, donde siempre podías ahogarte sin que nadie lo notara. Cada acequia tenía sus reglas y tajaderas, como en las novelas de Blasco Ibáñez, que leían los mayores: *¿Cañas y barro?* (pero si eso parecía de Zaragoza...). Cuando salíamos de merienda (por ejemplo, el día 5 de marzo, fecha de una derrota de los Carlistas) a las afueras de la ciudad, hacia la Granja Agrícola, donde vacas y cerdos estaban cla-

sificados por razas (*raza inglesa, raza del país...*) el viento nos arrancaba los bocadillos, rasgando las envolturas de diario. Y bebíamos de una botella, porque las acequias eran peligrosas hasta como trago.

SILUETAS - 21

EL PALACIO DE LA REINA HAGA Y OTROS

Cruzado el Huerva, por su puente junto a San Miguel, el caminante se adentra en el Barrio de San José y en el camino de Montemolín, nombre que suena a chinesco, lo que no desentona con la torre de la parroquia citada, que termina en uno de esos caprichos de herrería con tejadillo puntiagudo, tirando a pagoda. Era un barrio periférico, que hoy ocupa un buen pedazo del plano de Zaragoza, pero ya entonces contaba con varios monumentos dignos de mención.

El primero, el Matadero, y no es copla, edificio que me parecía grandioso, en cuyas entrañas carniceras nunca entré (una parienta de mi familia, que no era, por cierto vampiresa, sino casera de cura, iba a ese balneario sui-géneris a beberse un vaso de sangre fresca, que decían buena para la anemia) pero cuyo patio abierto me encantaba por su monumento al pastorcillo, pese a que fuera traicionero y cómplice de la matanza de sus reses: pues así como en la modelo *Granja Agrícola* se criaban unos hermosos tocinos para consumo eminentemente intelectual, en el Matadero, como su nombre indica y pese al monumento al mentido pastorcillo, se ejecutaba dicen que a puñetazos, con la complicidad del pastor de marras.

El segundo, la Estación de Utrillas, que albergaba sus exiguos vagones tras un pequeño edificio, al fondo de una plaza grande. Estación fantasmagórica, pues yo no veía viajeros, con sus aditamentos propios de maletín o cesta, con animales vivos o muertos para crianza o merienda, respectivamente. Al parecer se destinaba al transporte del carbón de las minas de su nombre, aunque tampoco se veía mucho.

El tercer monumento y el más inexplicable, era el Palacio de la Reina Haga, que, a juzgar por las apariencias, había de ser una reina muy señora, para ser propietaria de aquel edificio con sus fachadas de azulejos y sus torres de esquina; aunque por las cercanías jamás se viese a un cortesano ni a un paje, y mucho menos a la reina, con su corona, sus damas y sus enanos. Aquel palacio de ensueño infantil se erguía en un arisco, aunque plano, terreno, sin flores, árboles ni fuentes. Mucho tiempo después me enteré de que no existía tal reina, sino un caballero vascongado, llamado Larrinaga; pero no sé por qué voy a aceptar su existencia si nunca lo he visto. En cambio, una reina de cuento puede aparecer y desaparecer, que para eso es Reina Hada, aunque la mala pronunciación de la gente del barrio la convierta en Larreinaga.

SILUETAS - 22

PIGNATELLI Y LA CAÑA: DOS FUENTES

Pig-natelli (y pronúnciese, como es uso en Zaragoza, separando la G de la N, sin apiñarlas y, en cambio, juntando las dos l para dar lugar a la letra ll –o *elle*– que tantos países nos envidian) era un clérigo de la época de la Ilustración y que, él mismo, parece una ilustración de alguna novela francesa, como la *Manon Lescaut* del abate Prevost, con sus medias, su calzón corto, su casaca, su capa y su pelo empolvado, no con polvos de arroz, sino con el polvo zaragozano, airado a cada paso por el viento, que aquí llamamos aire, en el monumento que la ciudad erigió en las cercanías del Canal Imperial, que el ilustrado eclesiástico inventó para ayuda de la agricultura y que pasa por las cercanías de la estatua. Parece ser que esta vía de agua llega, tras mucho caminar, desde Pedrola y no sé si termina en alguna parte, porque jamás he visto su término.

Pero no es ése el monumento pignatelliano por excelencia (o, si se prefiere, por antonomasia, que es más crudo) sino la fuente que este ilustre abate erigió en Casablanca, barrio no musulmán, sino dieciochesco, que sabe unir lo útil y lo agradable junto a las esclusas del progresista canal. Es, en su (aparente) modestia, una de las fuentes más cultas de la ciudad, con un rótulo en latín que no dice, como otros, *se prohibe arrojar inmundicias* o *se prohibe hacer aguas mayores y menores*, pues las aguas ya las provee la fuente por sus tres caños, sino para *incredulorum convictio et viatorum commodo*, sin que esas comodidades excedan de beberse un modesto traguito del agua llegada de tan lejos.

Cierto es que, surgida, por industrioso genio, de la berroqueña masa del monumento pignatelliano, coronado por preciosos jarrones que hacen de él, pese a su extravío, el más galante monumento del extrarradio, el agua no baja de la temperatura ambiente, que en verano, que es cuando más ansia hay de beberla, no es mucho decir. Por eso los *gourmets* hidrófilos prefieren salir por las estepas vecinas, en busca de la Fuente de la Caña, así llamada por la que sirve de rústico grifo en un cañón del desierto de Valdespartera, que siempre fluye fresca, aunque modesta y sin ornatos escultóricos.

SILUETAS - 23

COMPAÑEROS DE INSTITUTO

Las primeras clases en el Instituto de 2ª Enseñanza, vecino a la Universidad y llamado de *Miguel Servet*, coincidían con la salida del Colegio en una semi-libertad, que nos hacía ir y volver en fila de a dos, desde la plaza de San Lorenzo a la de la Magdalena (calles de Argensola y Mayor) y se completaban con el paso a las Balsas del Ebro Viejo de los jueves. Yo empezaba a tener amigos y mis hermanas sonreían al vernos emparejados, con el brazo del uno sobre el hombro del vecino, hablando sin cesar en alegre algarabía por la calle Argensola.

Entre mis compañeros predilectos se contaban Gregorio, Delgado y Celada. Gregorio era hijo de un bedel del Instituto y tenía, como su padre, el pelo rojo vivo. Vivían en el segundo piso del propio Instituto y muchas veces he subido a jugar o merendar en aquel pisito tan pequeño, y a discutir con Joaquín, sin reñir jamás. Eran ya los días de la Segunda República y, con cierta frecuencia, sonaban por las calles disparos que alarmaban y hacían escapar a mujeres y niños, mientras que a nosotros nos daban la ilusión de vivir en París o en Nueva York. Precisamente junto a la plaza Aragón había una alta farola, con tres lámparas colgantes, en memoria de tres funcionarios que fueron asesinados así, por la calle, no sé cuándo.

Antonio Celada era alto, flaco y de un pelo rubio pajizo o de esparto, de mirada viva y palabras arremolinadas. El apellido parecía, como él en persona, sacado de *Don Quijote*, tan preocupado siempre con su celada, que no lo era. Era hijo de un militar de servicio en Marruecos y sus noticias coincidían con las postales caricaturescas de moros que mi hermano mayor me enviaba desde allí.

Manuel Delgado era flaco, cortés y educado. Me contaba con entusiasmo que en su casa tenían un *aparato de radio*, no eléctrico, sino de galena, que era una piedra plateada que se pinchaba (o más bien rozaba) con el alambre de un mando e, insistiendo largo rato, por fin sonaba algo, como de palabras o música. *Oí una música de violines* me decía Delgado, con cara de éxtasis. También yo tuve mi *galena*, asombro de toda la familia, hasta que no tardamos en cansarnos de sus mensajes entrecortados y sus músicas interrumpidas

y gangosas. Ya empezaba a haber *aparatos de radio* (en mi infancia todo eran *aparatos...*) generalmente de forma ojival, como para conciertos de órgano, que nunca salían. La radio de galena tenía el encanto de un invento peligroso; y probablemente lo hubiera sido: pero se quedó a medias, muy por bajo del gramófono, que en casa contaba con un disco ruidoso de *Parsifal*.

SILUETAS - 24

AMIGOS Y AMIGAS, EN TORNO AL PIANO

Cerca de San Miguel (creo que en la calle de la Cadena) vivía la familia Jimeno, cuyo hijo, Pepito, era amigo y compañero de colegio de instituto con quien me llevaba bien, y su hermana Manolita estudiaba piano y llegaría a ser una excelente pianista (se estrenaría, años después, en la Sociedad de Conciertos de Zaragoza, en el Cine Goya, tocando el concierto de Grieg). Su madre, doña Paciencia, era una excelente señora. En su casa organicé, sin haber tenido noticia del *retablo de Maese Pedro* de Manuel de Falla, un retablo mío propio, con decorados colgantes y actores que se movían al extremo de un palito, eran juguete normal de niños de colegio. El cine ha terminado (colaborando con el deporte de masas) tan amenas diversiones.

Manolita, excelente muchacha, es la raíz de mi actual afición al piano; y cuando la familia Jimeno se trasladó a la calle de Pignatelli, casa contigua al grupo escolar donde daban clases los padres de mi amigo del instituto, Guillermo Fatás, comenzó a darme clases de solfeo y de piano, en donde apenas llegué a semitocar una pieza *para niños* de Tchaikovsky. Las vecinas de la izquierda me llamaban el *discípulo amado*, como a San Juan; pero la verdad es que hice menos progresos. Luego, durante la guerra, le fui dibujando temas de obras musicales, con los que llegó a formar un álbum. El carácter recoleto de la sociedad zaragozana le impidió alzarse al ejercicio de la profesión de pianista y se contentó con dar algunas clases.

Años más tarde cayó enferma y fue internada en el nuevo hospital junto al Canal y al Parque. Allí la ví, cuando fui en compañía de Eduardo Fauquí, sentada en la cama, maltratada por la cirugía, pero animosa y risueña como siempre; su padre lloraba, disimuladamente, en el pasillo y no se equivocó. A Manolita debo gran parte de mi educación musical; otra gran parte se la debería al citado Eduardo, gran coleccionista de discos y cintas, colaborador de la Sociedad Filarmónica y sufrido empleado del Banco, sin perder la sonrisa, ni su agudo sentido del humor. Dicen que los mejores mueren jóvenes, y eso sucedió con Manolita y Eduardo, mi compañero en los



recitales que Pilar Bayona, genial pianista, nos daba a los amigos después de sus actuaciones en Radio Zaragoza. Pero eso ocurriría muchos años después... De momento, eternamente, volvemos al piano vertical, pero bien templado, de Manolita y de sus amigas, Matilde Murcia y Carmen Ledesma, a las que debo mi educación musical.

SILUETAS - 25

EL PASEO Y LOS PORCHES

El Paseo de la Independencia era la arteria principal de Zaragoza. No sé si lo sigue siendo, desde que su andador central fue sacrificado en honor del automóvil y su nombre de paseo (tan ameno y decimonónico) por el de avenida, que en esta tierra de labradores equivale a *riada* (las del Gállego, nacido en los Pirineos, eran famosas). *El paseo*, por antonomasia, era lugar de reunión de las mocedades de la ciudad. *Dar una vuelta por el paseo* significaba una ilimitada serie de vueltas, desde la plaza de la Constitución, con su monumento a los Mártires, hasta la plaza de Aragón, con su Justicia Mayor y sus ciudadanos menores, que sólo merecen busto. En mi tierna infancia, a este ritmo longitudinal (que permitía saludos repetidos a cada vuelta, al estilo de la plaza Mayor de Salamanca) se unían el ritmo sincopado del gran urinario subterráneo, con servicios de limpiabotas y venta de periódicos, de numerosas celdillas con la marca de Jacob Delafón, lo que daba cierto exotismo al lugar, invadido de un acre aroma de orina en buena parte derivado de los numerosos *quintos* que cumplían su servicio militar en alguno de los cuarteles de Zaragoza y que lo usaban, además de para su desahogo higiénico, para su reunión con los compañeros. También acudían *turistas* de los pueblos, especialmente en Fiestas, aunque ya no se vestía de baturro sino un obeso patriarca, apodado *el Rana*, que daba una nota casi exótica al paseo. A mitad del paseo se erguía el Kiosco de la música, donde una banda amenizaba las fiestas. Recuerdo, de muy niño, mi emoción al oír, por vez primera, la saltarina melodía del zortcico de *El Caserío* de Guridi, surgida del flautín de un solista. Todavía más antiguo, el desfile de los veteranos de la guerra de Africa, que desfilaban marcialmente, entre vitores y aplausos, paseando bajo un arco aparatoso dedicado a *los héroes de Kudia-Tahar* (o algo parecido) que volvían a sus casas.

La dorada juventud zaragozana decidía, nunca supe en qué asamblea, la latitud y longitud del paseo de los elegantes, que querían marcar sus distancias: unas veces era, lógicamente, por ese paseo peatonal del centro, pero, eso sí, marcando desde y hasta donde la juventud dorada había de practicar su amena caminata; pero otras

era en la estrechísima acera de la iglesia de Jerusalén, en un trozo del paseo donde no había porches y había que caminar por los adoquines. Más lógico era, durante los días de diluvio o de huracanes otoñales, que la *jeneusse dorée* cumpliera su costumbre bajo *los porches* del lado derecho, desde Ambos Mundos a los Espumosos.

SILUETAS - 26

LOS MONUMENTOS

La denominación de *monumentos* se solía aplicar a construcciones erigidas en mitad de una plaza o calle en memoria de un antiguo ciudadano o de un hecho histórico camino del olvido. De modo figurado, también designaba un edificio de proporciones majestuosas, por ejemplo el templo del Pilar, pero no construcciones más pequeñas, a no ser la Puerta del Carmen, deteriorado resto de una de las que daban acceso a la ciudad a comienzos del siglo XIX, testigo de la resistencia contra los franceses, que encabezaba en mi infancia un camino de árboles copudos, reemplazados luego por edificios cada vez mayores, que reducen la puerta a condición de miniatura. Otras puertas, como la de Sancho, desaparecieron para siempre y sólo quedó el nombre que designa un lugar. Trozos de muralla quedaban acá o allá, en general ocultos entre las casas de una acera de la calle de Antonio Pérez, reaparecieron trozos del lienzo de la muralla romana, junto a la cual, halló descanso la ambulancia estatua del emperador César Augusto, homenaje de la *civitas ab ipse fundata*, según decía un letrero, que la paseó sin saber dónde ponerla (era un regalo del Duce italiano) hasta anclar junto a una fuente, cabe el Mercado, desde donde una rana de bronce mira al emperador con desparpajo, escupiéndole un chorrito.

El siglo XX se inició con el centenario de *los Sitios* de la ciudad por las tropas francesas; y así brotaron el soberbio monumento *a los Sitios*, obra de Querol, en la Huerta de Santa Engracia, convertida en jardín, adonde se instaló el Kiosco de música coronado por una colosal piña, se supone emblema de algo, que había quedado de la exposición Hispano Francesa; y el monumento *a los Mártires* (más tarde se añadió que *de la Religión y de la Patria*) con una cruz, un ángel sosteniendo el cuerpo de un baturro y una dama elegante, muy fin-de-siglo, en actitud de levantarse de su sitio, acaso de Querol; un gallardo monumentito de Benlliure, con dos personas, Agustina y el tío Jorge (que no fueron novios, ni cónyuges) y dos animales, el Águila y el León (*idem de idem.*), y aún quedaba un baturro recordando, en mitad del Puente de Piedra, a los patriotas que devoró el río en la misma ocasión... En fin, que ya no quedó dinero para más. Por fortuna, y por retruécano, Oslé erigió un



monumento dedicado a la reconciliación con el país vecino, con un niño obeso conduciendo a un león achacoso, que terminó en el *Parque* por antonomasia, pero concebido para iniciar el Paseo Pamplona, junto a la Facultad de Medicina. Luego han ido llegando muchos más, cuando nadie sabe lo que conmemoran.

SILUETAS - 27

LOS DOS CASINOS

La palabra italiana *casino*, que solía designar una residencia temporal en el campo o afueras de ciudades, como Roma, pasó a designar, hacia 1900, un lugar de recreo ciudadano, abierto al juego y a los bailes, y con cierto tono conmemorativo o social de una actividad o una clase de la ciudad, caracterizada por su aristocracia o su poder, o por ambas cualidades juntas. En Alcalá de Henares, en la Plaza Mayor, con su kiosco de música y su monumento a Cervantes, existe un casino *de Propietarios*. En Zaragoza no se llegó a tanto, pero surgieron, con el siglo XX, dos casinos rivales, enfrentados desde las dos aceras del Coso Alto: el *Casino Principal* y el *Casino Mercantil*. El primero se alojó en un antiguo palacio señorial, de altos balcones y decorado alero, con gran zaguán y amplia escalera por donde salían a recibir al invitado (si no lo era, no entraba) los supuestos y necesariamente gallardos, retratos de los Héroes de los Sitios, únicos invitados de honor. El segundo erigió enfrente: un gran edificio modernista, con una de las fachadas más lucidas de la ciudad y enormes ventanales o escaparates, donde los socios podían ver o ser vistos, bien acomodados en sus butacas nuevas, en un corro de escenas goyescas copiadas de los cartones del Museo del Prado. Los bailes del Principal eran más exclusivistas, más reservados a una clase social distinguida. Los del Mercantil, más alegres y generosos, con disfraces en Carnaval, y *asaltos* para fin de año. En meses placenteros, sin el cierzo de marzo ni el bochorno de agosto, los socios de ambas orillas se instalaban en sillones de mimbre, junto a veladores de infusiones o refrescos, saludando a los viandantes y examinando, con benevolente interés a las *viandantas*.

No carecían de nutridas bibliotecas o salas de lectura, con ejemplares de la prensa diaria, que los socios se acercaban a hojear, ya que la ciudad no era aficionada a derrochar el dinero, duramente conseguido por prosapia o por negocios. El Mercantil (asimismo calificado de *Industrial y Agrícola*) no tardó en tener su sala de exposiciones, donde invitar gratuitamente a los aficionados (que, si no deseaban pasar por socios o amigos de esa casa, disponían de una entrada más discreta por la calle 4 de agosto). También se exployó a brindar conciertos o conferencias en su salón de actos. Los de la

acera de enfente eran más reservados y no solían brindar sus patrimonios a cualquier recién venido. El tranvía de las Delicias, los coches de caballos, algún automóvil y muchos peatones cruzaban como un río entre las dos fachadas.

SILUETAS - 28

LOS DANZANTES

Se calificaba de *danzantes*, no a los arrivistas, que cambian de paso a cada pieza o baile nuevos, sino a quienes ejecutaban ciertas danzas, trenzadas y simbólicas, con acompañamiento de guitarras y bandurrias, enmarcando una *jota* o un cante, generalmente humorísticos y censorios. La costumbre del *dance*, todavía hoy resistente en pueblos o ciudades pequeñas, había desaparecido de las capitales y en Zaragoza sólo se conservaba en pleno vigor en el barrio de las Tenerías, al fondo del Coso Bajo, lindando con el Puente de las Arcadas y con el Convento del Santo Sepulcro, que se apoyaba en unos restos de la muralla romana, que pereció en los *Sitios*. El barrio podía presumir de pasado histórico, de la Edad Media a la Francesada, de la que aún quedaban boquetes en las fachadas de la calle de Palomar y ruinas y grietas en el convento de San Agustín. El río Ebro, que cerraba un lado de ese barrio que olía a piel curtida, lo acompañaba con ese vozarrón que se adormece entre los juncos tiesos de las orillas y que daba a los *cantes* un acompañamiento de fiesta y de revuelta. Para acabarlo de arreglar, la plazuela de San Nicolás añadía un perifollo castizo y baturro en la fachada barroca de su iglesia, con su torrecilla tiesa, como para alcanzar a ver a los danzantes.

Los danzantes se dividían en dos cuerpos o cuadrillas que se distinguían por el color de las fajas y pañuelos de cabeza, aderezados a veces de un mantoncillo de flecos, anudado a la cintura. De la pana negra o verde oscuro de los rectos calzones, cortados encima de las rodillas, se derramaba una onda blanquísima del calzoncillo anudado, que se concertaba con las mangas recién limpias de la camisa, ceñida al pecho por un chaleco de terciopelo floreado. Bajo las medias caladas, las abarcas se anudaban con sus lazos negros al tobillo. Las manos, limpias y dispuestas para empuñar los palos o estacas, con cuyos chasquidos y golpes subrayaban el ritmo de las cuerdas o de las voces, de mando: la del mayoral, ángel o diablo según el partido, y la del cantador, que soltaba coplas, acaso no de gran finura, pero sí de rara puntería, para criticar hechos y deshechos, figuras y figurones de la política local. Recuerdo una, dedicada a un político, de cuyo nombre no quiero acordarme: *Tienes la cabeza gorda / y el culo de señorita / y dondequiera que vas / vas tirando la levita...* ¡Más claro, agua!

SILUETAS - 29

EL RINCÓN DE GOYA

Se le llamaba *el Parque*, a secas, pese a que, en su inauguración llevaba el nombre del General Primo de Rivera. Por fortuna, muchos lugares de Zaragoza muestran una racial tozudez en seguirse llamando por sí mismos, sin relación con la política. Comenzó poco a poco, sin saberse exactamente hasta donde llegaba y si *el Cabez*o de Torrero formaba, o no, parte de sus enramadas. Hubo una *casa ansotana* (donde se trasladaron los utensilios de menaje y labranza que se guardaban en la *casa ansotana* del Museo de Bellas Artes, de la *Huerta de Santa Engracia*) que no muchos conocían, porque *el Parque* no tenía fronteras bien definidas y esa casa folklórica estaba ya casi a orillas del Huerva, donde no era corriente ahogarse, pero sí hallar bañistas en cueros vivos, acaso aborígenes. Poco a poco, entre los setos todavía de estreno y los arbolitos jóvenes, comenzaron a llegar monumentos. Me llamaba mucho la atención el del *Dr. Cerrada*, que era un busto de caballero sobre un pedestal acompañado por un centauro desde el pedestal vecino. Me gustaba mucho un doble banco de piedra, en ángulo, que servía para leer el periódico a los señores mayores, aunque era un poco frío; los dos bancos partían de un murete más alto, en el que estaba incrustado un relieve metálico con el perfil del escritor Lopez Allué.

Con el tiempo fueron a parar al *Parque* algunos monumentos desahuciados de la ciudad, como la fuente de Neptuno, que yo veía desmontada en las *Balsas del Ebro Viejo* cuando iba a jugar con el colegio, y que antaño estuvo en la plaza de San Francisco, luego de la Constitución (donde la reemplazó el monumento *a los Mártires*) o el del león con los dos niños gordos, antaño en el Paseo Pamplona. Pero el más exótico era el pilar neoclásico de la tumba de Goya en el cementerio de la cartuja de Burdeos, que formaba parte del *Rincón de Goya* del Parque, ya cerca del Canal Imperial, a cuya inauguración asistí con mi hermana mayor, Isabel, siempre entusiasmada por lo cultural, con una exposición de cuadros de Ramón Acín (recuerdo el nombre, pero no los cuadros, que me parecieron raros) y un concierto de violín, en aquel edificio tan poliédrico, con su galería de pilares cuadrados: parecía algo de

fuera... Luego pasó la guerra y el *rincón* fue adjudicado a la Sección Femenina de la Falange, que se apresuró a disimular la novedad arquitectónica con un tejadillo *estilo aragonés*, que, aunque imaginario, ha causado mayores males que éste.

SILUETAS - 30

SAN ILDEFONSO

Desde el paseo de la Independencia se podía ver, al cabo de la calle de 5 de marzo (que durante la guerra civil se llamaba del Requeté Aragonés), unos árboles de una plaza grande y destartalada, llamada de Salamero (que nunca supe quién fue), tras de los que asoma la curva de la cornisa de la fachada de la iglesia de San Ildefonso, luego llamada de Santiago, inmensa nave con bóveda de medio cañón llena de grutescos de yeso, que me parecían el colmo de la suntuosidad. Como el espacio de esa nave era mayor que una gale-
ra, el altar mayor, semimoderno, dedicado al Apóstol, resultaba pequeño y trivial; además me trae a la memoria el funeral de mi madre, que falleció durante la guerra civil y al que asistí, vestido de *soldao*, en compañía de mi tío Faustino y otros familiares, lo que aumenta mi antipatía hacia el retablo, no extensible a la iglesia, desmesuradamente grandiosa, con su mudejarismo del XVIII.

El proyecto de la fachada comprendía dos torres o campanarios, pero no se había hecho más que uno, a la derecha, con un arco que servía de paso hacia la plaza de San Lamberto, que en mi ciudad habían promovido a protector de fulanas, y cuyo santo nombre sonaba ya a pecado. Recuerdo una muy gorda, que se ponía en *exposición* en una ventana baja en compañía de su perro, un *Lulú*, naturalmente, y otras de la misma hermandad, que animaban y atro-
naban la plazuela con las descargas de sus pintadas bocas. Las devo-
tas de Santiago jamás pasaban por San Lamberto, que tenía muy mala fama.

Volviendo a la grande plaza de Salamero, tan propicia para que se viera la fachada de San Ildefonso desde el *Paseo* (y apuntando que tan grandiosa perspectiva fue anulada por la construcción, enme-
dio de la plaza, de un edificio de pisos y tiendas, como caído de Marte), se podía salir hacia el Coso Alto por una callejuela donde vivió la familia Goya, en la niñez del alumno de los Escolapios, que terminaba en el Arco de San Roque, de valor más bien escenográfi-
co y porque diseñaba antes una plazuela con una primorosa facha-
da barroca de ladrillo, con sus santos con anchas mangas y sus cam-
panarios, enanos y cilíndricos, que había sido anexionada a un con-



vento que ocupaba el solar de los Goya en la calle de la Morería. La iglesia solía estar cerrada y era una pena (sin contar los efectos devotos) ya que en su interior quedaban buenos techos con gente asomada, que pintó Claudio Coello, que dicen era pintor de un rey, pero que en mi Zaragoza no apreciaba (ni apreciaba) casi nadie. En esa cultura *para pocos* han destacado algunas compañías.

SILUETAS - 31

DOMINGO DE RAMOS

Ya hacía una semana (de Pasión) que los retablos de mi parroquia y catedral de La Seo (nombre misterioso, que las personas cultas traducían por La Sede y las chabacanas pronunciaban El Asco) se cubrieron de telas moradas, de arriba a abajo; tan sólo los parroquianos podíamos *ver* a través de esas cortinas a los santos escondidos, a San Valero, por ejemplo, que seguía mandando en su diócesis detrás de ese telón; San Pedro Arbués, de difícil tapar, porque residía bajo un baldaquino de columnas salomónicas (adjetivo que pronto aprendí, por lo pomposo y exótico, pese a su abundante empleo en los templos de la ciudad) y cuyo martirio figuraba en uno de los prolijos relieves del trascoro, sitio donde murió asesinado, con vistas hacia el altar mayor, que el escultor no omitió; frente por frente, Santiago gozaba del mismo privilegio, amén de una aparatosa portada de yeso, con gigantescos *moros* encadenados, en castigo a su muerte, que me encantaban cuando cruzaba, desde muy niño, con mi padre camino del Gállego y de la fábrica de galletas Tricas, donde saldaban las rotas *de coco*.

Pero el Domingo de Ramos no se perdía en esos paseos. Lo tradicional era esperar frente al Arco del Arzobispo, junto a la puerta del crucero, opuesta a la de la Plaza (y que decían que era neoclásica) a que llegase el cortejo del prelado, cantando como las hijas de Jerusalén, con ramos de olivo y romero, los canónigos de rojo, las dignidades, además, con una cola larga, todos con palmas altísimas, hasta la llegada del Arzobispo, bajo palio, que mandaba por tres veces llamar a aquella puerta, hasta que se abría y nos engullía a todos, cabildo, sacristanes, monagos, beatas y niños, entre ellos yo, con mi palma blanca y larguísima, sin arrumacos como la del prelado, ni rosquillas colgantes como las de los otros niños. Esa palma, acostada aparentemente, pero vigilante, en nuestra galería de la calle Argensola, protegía de tormentas.

Y el prelacial cortejo penetraba, bajando unos escalones y subiendo otros, hasta el Altar Mayor, entrapajado de violeta oscuro, entre un retumbar del órgano y un repiqueteo de campanillas, frente a la alcancía de las bandejas de plata y del galéon montado en un mons-



truo marino, que servía de incensario emitiendo columnas de humo perfumado que se entrecortaban con los rayos de sol de los ventanales redondos. Y comenzaba la Misa y el primer *Passio*, interminable y dialogado. Y, tras la homilía (que me cogía distraído) venía el Credo y yo esperaba la tenuidad musical y la coreografía espectacular del *Incarnatus est*, con la genuflexión que hacía crujir casullas y dalmáticas; y se hacía el silencio, que había de durar hasta el sábado.

SILUETAS - 32

EL MONUMENTO

Ya el miércoles terminaban de colgar de las columnas de La Seo los famosos tapices, que separaban, a modo de paredes o fachadas, llenas de historias antiguas, el trayecto desde el Altar Mayor hasta la capilla del Monumento, cuyas puertas abiertas dejaban ver una altísima escalinata en cuya cumbre estaba el cofre de plata, entre palmas y flores y un ejército de candeleros con cirios, donde habría de encerrarse el Santísimo, como en un sepulcro, después de la *Cena* del jueves. Esa capilla, a los pies del enorme rectángulo del templo, era el resto del año como un armario cerrado. En la nave transversal de la calle de Pabostría se colgaban dos hileras superpuestas de tapices, que llegaban hasta las bóvedas tachonadas de estrellas. Los aficionados al arte iban, desde la víspera del Monumento, a visitar ese fugaz y suntuoso museo, que, iniciado en el Altar Mayor, y como para compensar la ausencia de los retablos tapados, entremezclaba historias sagradas y profanas, claras o misteriosas, tejidas durante siglos, las más antiguas con letreros autónomos rodeaban la cabeza de un personaje, publicando su nombre, para bien o para mal. La mezcla de historias y de fechas daba un interés casi policíaco a la historia de la reina Esther o del patriarca Moisés. La emperatriz Elena llegaba con su hijo Constantino a recuperar la Cruz. Y los Argonautas, que eran unos guerreros navales, salían en sus barcos y entrechocaban sus lanzas. En el centro de un inmenso paño, parecía el Señor entre dos ladrones y un grupo de guerreros y de santas mujeres. En otros paños, el argumento parecía indescifrable. La gente culta decía que era la mejor colección de España.

El cortejo arzobispal se acercaba, en el silencio del órgano y los lamentos de carracas y coros, hasta el Monumento, dejando las amplias naves de La Seo impregnadas de incienso. Era un camino largo y ceremonioso, entre chasquidos de maderas y suspiros de beatas, hasta llegar al Monumento, y subir, lentamente, el celebrante con el copón repujado de las hostias, hasta depositarlo en la arqueta de plata y cerrarla con llave. Tras esa embriaguez litúrgica se hacía un silencio en que se oía chisporrotear los cirios. El cortejo arzobispal se alejaba, hasta pasar por el Arco del Arzobispo, hasta el casón, junto a las brumas del Ebro, del palacio. Y el resto de los

fieles, tras recitar sus plegarias algo mecánicas (cinco Pater, cinco Ave, un Gloria...) salía hacia la plaza, y pasaba ante la mesa del pórtico, donde unas señoras gordas, con teja y mantilla, golpeaban en la bandeja de plata, repitiendo: *Para los pobres del Refugio, una limosna...*

SILUETAS - 33

VIERNES SANTO

La mañana del Viernes Santo era triste y desabrida, en espera de la muerte de Jesús, exactamente a las tres de la tarde. Era el momento en que muchos devotos, sin acabar de tragar el austero postre de la comida de abstinencia corría desolado hacia el Pilar, a hacer a la Virgen una visita de pésame, en la que le pedían tres favores, del que había de concedernos uno. Formulada claramente la alternativa, cada cual se volvía a su casa, para prepararse a la procesión tras un breve descanso doméstico o para aderezar el balcón, si tenía la suerte de disponer de uno en la carrera procesional del Santo Entierro.

No era la única procesión zaragozana de la Semana Santa, pues se multiplicaron en el periodo franquista, de manera que gremios y fundaciones se apoderaron de una imagen o paso (es decir, escena) para formar una cofradía de escolares, banqueros, transportistas o lo que fuere; ser Mayordomo o de la Junta directiva era una promoción social. Las damas volvían a prenderse la mantilla de la víspera, con el broche de brillantes (veros o aparentes) bajo el moño; los prebostes se ponían de etiqueta y empuñaban el cetro; los niños iban de monagos y las niñas, de comulgantes. Pero eso ya era una vulgarización de la antigua procesión zaragozana, en donde no había capirotos sino terceroles con una especie de toca egipcia, que aumentaba sus rasgos africanos, y soldados romanos, de pueblos vecinos, que acompañaban al cadáver del Señor en la iglesia de San Cayetano y de ella salían en breve cohorte, golpeando con fuerza y a compás sus picas en los adoquines de la carrera, que era larga y prolija, para el paso *fúnebre y triunfal* (que diría algún Berlioz zaragozano) de la procesión, precedida por unos aparentes ancianos, de barba, pelucas y túnicas blancas, que también golpeaban los adoquines de la calle Manifestación con unos troncos desbastados.

Era una varia lección de Historia Sagrada, con los Profetas, los Apóstoles, los Fariseos, los Cofrades (de *terceroles* negros, y sin capirotos andaluces), las Santas Mujeres, las doce Tribus, los Romanos, las Vírgenes, las Comulgantes, etc, cuyo acompasado desfilar alternaba con un desordenado escuadrón de niños vestidos de Nazarenos con su cruz a cuestas, sus coronas de espinas y sus gotas



de sangre sobre las túnicas encarnadas; o de niñas de Verónicas, exhibiendo en sendos paños la faz de Cristo; y hasta de Dolorosas. Este devoto trajín amainaba al chocar de las alabardas de la Guardia del Sepulcro, cama cubierta de mallas de plata y oro, donde yacía el Salvador seguido de la música funeral de una banda militar y de los suspiros de centenares de beatas. Un cortejo algo pueblerino, como el Jerusalén evangélico, pero muy sincero...

SILUETAS - 34

EL GOZO PASCUAL

Tras las tristes emociones del Viernes Santo, con lamparillas y marchas fúnebres hasta la hora de dormir, amanecía el Sábado de Gloria que era una bendición. Antes de la última reforma litúrgica, que dejó el sábado deshabitado, con el brumoso recuerdo de una Pasión afortunadamente terminada, casi al salir el sol, comenzaban a repicar las campanas de los conventos de monjas madrugadoras, que tenían prisa en resucitar al Señor; y tras ellas sonaban las de la parroquias, y en fin, las enormes de San Pablo, de la Magdalena, del Pilar y de La Seo, agitándose la Campana Valera, la más vieja y gorda, con regocijos de adolescente. Una vez desmontados los Monumentos, las iglesias disfrutaban de una calma sabática, en espera de la llegada del domingo con el gozo pascual.

Aunque el domingo de Pascua no tenga la fortuna de figurar en el trío de días *que relucen más que el sol* (y a los que no puede pertenecer porque no es jueves) suele amanecer soleado y reluciente y hasta los ateos sienten un regocijo, que no disimulan. Las damas principales se quitan la teja y la mantilla y estrenan un sombrero, una *pamela* si ya hace calor, y salen a misa y a dar una vuelta por *el Paseo*, echando de paso miradas a los estrenos vestimentarios de sus conocidas y conocidos y a los espectaculares (acaso menos) de cines y algún teatro en los carteles de los porches de dicho Paseo. El cine *Doré* (que la era franquista convertirá en *Dorado*), el cine *Aragón*, y su convecino, el maravilloso cine *Alhambra* de paredes doradas, llenas de arabescos (que supongo significan que, pese al esplendor ficticio de las películas, *sólo Alah es Alah...*), el modesto y ruidoso *Ena Victoria*, con su sala de relieves con ninfas paganas, aunque castas, con alas de mariposa presididas por una, más efectiva, que maneja un proyector, y hasta el *Fuenc Lara*, brindan los más apetitosos estrenos de Jeanette Macdonald, Greta Garbo, Gary Cooper o Ramón Novarro (de los directores, si es que existen, no se preocupa nadie). En el Teatro Principal, Rafael Rivelles estrena *Quién soy yo?*, que dicen interesantísima y moderna; en el *Teatro Circo* se presenta una compañía de revistas de Eugenia Zuffoli, no apta para menores. Hasta el *Salón Blanco*, de la calle Espoz y Mina resucita con una milésima versión, para familias, de *Molinos de*

Viento, con muchos zuecos y tocas picudas, donde el hojalatero Salas hace una gran creación... Todo es alegría y el que no tiene nada mejor a mano pone en el gramófono un disco de José Oto y Felisa Galé, una jota o jotica, si lo prefieren, pascual.

SILUETAS - 35

EL DORÉ

La reforma del *Salón Doré* en *Cine Dorado* fue una de las consecuencias de la funesta guerra civil, cuando un patriotismo mal entendido prohibía los nombres extranjeros en teatro, cines, salas de fiestas y cafés. Ello producía a veces curiosas traducciones. En cierta ciudad del Norte el cine Savoy se convirtió en *Ya voy*; y en Levante se dió a un cine el nombre del obispo Urquinaona. En la época de mi infancia, las señoritas decentes no iban con el novio al cine sin la compañía de un familiar. Esa regla me fue favorable durante el noviazgo de mi hermana María, ya que me permitió ver desde la superior localidad de sillones, algunas películas extranjeras o nacionales, aunque rodadas en Joinville-le-Pont (pueblecito de orillas del Marne que me tocaría atravesar cada semana, años después, para ir a dar mis clases a Saint-Maur-des-Fossés), interpretadas por Catalina Bárcena, Imperio Argentina o Pepita Díaz de Artigas. Del extranjero dominaba ya lo norteamericano, que me hizo trabar conocimiento con Gary Cooper o Marlene Dietrich.

Las sesiones comenzaban por un corto de Actualidades (el nefasto *No-Do* nacional llegaría mucho más tarde, con temas y estrellas permanentes); seguía una película cómica, corta también o semi-corta (Laurel y Hardy hacían mis delicias) o de dibujos animados (Betty Woop dejó pasar a Mickey Mouse y, para mi delicia, *Los tres cerditos* y el Lobo Feroz inauguraron las *sinfonías tontas* de Disney). Luego venía un descanso, y los acomodadores sacaban unas cestas llenas de golosinas mecanizadas y, por fin, cuando los caballeros habían terminado sus cigarrillos (las mujeres decentes no fumaban) sonaban los timbres y aparecía en la pantalla la estatua de la Libertad con las facciones de Irene Dunne o el monte Fuji irradiando luces, que anunciaban, por fin, la película *de verdad*.

El *Doré* era el feudo de la juventud dorada zaragozana: las señoras mayores iban poco al cine, de no ser película *de romanos*, como *Cleopatra* de Claudette Colbert o *El signo de la Cruz* de Elisa Landi (los directores contaban poco o nada). *El Sueño de una noche de Verano* de Max Reinhardt, que me entusiasmó, nos presentaba a un

niño fabuloso, Mickey Rooney, que no tardó mucho en convertirse en un viejo chinesco.

A mediodía, cuando el centro del Paseo de la Independencia se animaba los días de sol y los porches del mismo se llenaban los días de lluvia o de viento del Moncayo, el Mudo y el Viejo salían a repartir los anuncios de las películas, que mi amigo Mainer y yo coleccionábamos. Si repetíamos el paso, el Mudo se enfadaba y nos mandaba, con alaridos, a freír churros.

SILUETAS - 36

EL IRIS PARK

Frente al Cuartel del Carmen y cerca de la Puerta del mismo nombre, entre la Plaza del Pato (que tenía uno, pintado de blanco, en el centro de una fuente) y la de Salamero, apareció de pronto, detrás de las casas de vecinos y atravesando un pequeño túnel, el *Iris Park*, que era un amplio terreno de recreo que, además de servicios de cafetería, contaba con tres grandes atracciones: un teatro, un cine y una pista para patinar. Fue como un milagro ese retiro placentero, entre cuarteles, hospitales y garages. Lo recuerdo como una esplanada llena de sol, sin duda porque ya dice el refrán que *no hay domingo sin sol, ni muchacha sin amor*. Las muchachas en ese estado acudían a veces, por la tarde, a una pista de baile. El teatro era de variopinto repertorio y yo recuerdo haber visto allí nada menos que *Madame Buterfly*, cuando hasta el momento yo no había asistido a ese tipo de *función* sino en una *Bobeme* de Maria Espinalt en el Teatro Circo. La pista de patines no la frecuentaba, sino como espectáculo, también de actores ajenos, pues me faltaba habilidad (y patines propios) para tales ejercicios acrobáticos, entre un estrépito de las ruedas sobre la pista de cemento (en Zaragoza la nieve era rara y no daba más que para *esbarizarse*) rodeada de barandillas y asientos desde donde se podía admirar (rara vez) la destreza de los ejecutantes.

El predilecto refugio de mis mañanas de domingo, entre la misa y la comida familiar era el cine que, pese a las conquistas de la técnica (*El loco cantor*, cantando *Sonny Boy*, me había dejado boquiabierto en un cine de estrenos) seguía siendo mudo, animado por las carcajadas y los gritos de espectadores y espectadoras de edad infantil, en especial chicos, porque el repertorio comprendía, tan sólo, películas del Oeste, cuyos protagonistas habituales, Tom Tyler, *Chispita* y *Vivales*, esto es, un *Cow-boy* -pronunciado *convoy*- de sombrero blanco y sonrisa bondadosa - su perro y su caballo, gozaban de la entusiasta y ruidosa adhesión del público, que consideraba muy bien empleados los veinticinco céntimos que costaba la entrada. *Chispita* era un perro vulgarcito, blanco con una mancha negra encima de un ojo, pero que movía la cabeza con aire de duda cuando se presentaba a su dueño algún problema inopinado, como

podía ser una bella y honesta granjera que le pedía ayuda contra alguno de esos peligros del Oeste, ladrones, caballos desbocados, vacas furiosas y, ya de más lujo, bisontes o pieles-rojas. Hasta *Vivales* se percataba de que el peso de la interfecta era de tenue suavidad, cuando Tom Tyler la alzaba hasta la grupa.

SILUETAS - 37

LAS LIBRERÍAS

Los libros del colegio de los Hermanos Maristas eran de su editorial, F.T.D. con tapas de cartón y con ilustraciones a línea. Eran particularmente horribles las del libro de Historia de España, ellos con corona, ellas disimulando el escote con una pertinente gasa. El Libro de Lectura era pródigo en amenidades poéticas, con fabulillas como aquella del niño que, desde un balcón *arrojó pan a un mendigo. Pero su padre, hombre humano, le dijo: ¿No te sonroja? La limosna no se arroja: se besa y se da en la mano...* O bien aquella otra, también inocentemente clasista, que ponía en evidencia a *dos rapazuelos pobres (que) se pegaron de cachetes un martes por la mañana* que, por cierto, estaba *podrida*, rareza que justificaba, creo yo, esa disputa.

Cuando llegó la República en 1931 los libros del Instituto eran *de texto*, lo que, al parecer, no era común a todos los libros. Los editaba el Estado y llevaban ilustraciones fotográficas, con reproducciones de algunos cuadros. Unas colegialas, mis vecinas en un aula, vestían las imágenes si iban ligeras de ropa (aunque se tratase de Nuestro Señor) de un ajustado pyjama hecho de rayitas, supongo que por consejo de *una monja literata* (como la de la fabulilla que recordaba mi padre, y que, ofuscada ante un *Domine meo* corrigió por *orino...*). El *Quijote*, en versión abreviada de historias impertinentes y expresiones malsonantes, fue mi libro de lectura; y bueno debe de ser si, castrado y todo, no me pareció aborrecible.

Afortunadamente, en Zaragoza había librerías, de nuevo y de viejo. En el sitio más céntrico del Coso Alto estaba la de Cecilio Gasca, con grandes escaparates para personas mayores. En el Coso Bajo había otra, más frecuentada por escolares, que, desagradecidos, la motejaban de *ladrón del Coso* encima de que les pagaba por los libros viejos y plagados de subrayados, tachaduras y añadidos, que los hacían ilegibles. De viejo las había grandes y pequeñas. En la calle Ossau había una, más bien de tebeos, con un viejo iracundo que una vez me propinó un furioso pescozón porque a mi amigo Mainer y a mi nos *entraba la risa* al acercarnos. Cerca, en el mismo barrio de San Gil, había otra, honda y estrecha, a la que accedí

durante el Bachillerato, que me proveía de obras maestras, nacionales o traducidas, de la benemérita *colección Universal* de Espasa-Calpe, más o menos manoseadas, pero bien escritas o traducidas, a las que tanto debe mi generación. En las portadas, en un sello redondo, había un atleta desnudo tirando de una roca. Tardé algún tiempo en enterarme que era Hércules, tirando de la montaña Calpe, para abrir el estrecho de Gibraltar.

SILUETAS - 38

LA GRAMÁTICA Y LA ARITMÉTICA

Eran las dos grandes disciplinas para menores que profesaban los Hermanos Maristas. La Gramática se me daba bien, porque iba amenizada con fábulas e historias, o mixtas de ambas, como aquellos terribles *Sittos de Zaragoza* que me sabía de memoria y cuya recitación era de rigor iniciar dando una patada enérgica en el suelo, mientras se gritaba la misteriosa frase: *Sús, valiente aragonés*, dedicada a Agustina Zaragoza, de un poder mortífero tan prodigioso que *cual lozanas espigas / que al suelo el segador echa / caen al pie de la brecha / las columnas enemigas...*/ No acababa de entender que, después de esta tarea de limpieza patriótica, los franceses terminasen tomando a Zaragoza...

Nunca me parecieron terribles enemigas la ortografía ni las conjugaciones, ya hasta llegaba a saber de corrido las proposiciones *a, ante, bajo, cabe, con, contra...* etc. aunque nunca he llegado a entender lo que eran. De las conjugaciones, sabía hasta los pluscuamperfectos (que ya es) de subjuntivo, con su triforme riqueza de *hubiera, habría o hubiese* etc., y un venerable inspector marista, venido no sé de donde, me calificó, tras una exhibición, de *Rey de la Gramática*, lo que en un colegio democrático donde no había, como en otros, batallas entre Romanos y Cartagineses, no dejó de ser un honor. Los ejercicios de redacción eran de lo más variado. Recuerdo uno sobre la historia del automóvil (vehículo que nadie frecuentaba entonces en el colegio) y no se me ocurría decir sino que *antiguamente llevaban una chimenea que les daba un aspecto ridículo*, frase que se grabó en mi memoria como primer intento de la Crítica de Arte.

La Aritmética siempre fue una ciencia austera y quisquillosa, pero tampoco se me daba mal, aunque me aburriese. Otra cosa era la Geometría, que permitía dibujar triángulos y circunferencias, pese a lo maltratado de los pupitres individuales, sobre cuya tapa había grabadas o escritas numerosas iniciales y nombres. La cima del pupitre era un rectángulo horizontal (se ve que algo aprendí...) en el cual había un agujero redondo para incrustar el tintero, que era de porcelana basta, y a su lado una excavación o lecho donde yacía

la pluma, muy austera, compuesta de un palo redondo teñido de rojo y la embocadura donde se incrustaba la plumilla, terminada en una punta, que se desdoblaba en cuanto el escolar se aplicaba en la caligrafía y pasaba de línea fina a gruesa, soltando de paso algún borrón, apodado *chino*, no sé por qué.

SILUETAS - 39

INCENDIOS Y SORTILEGIOS

Al trasladar la reciente República la sede del instituto de 2ª enseñanza desde el barrio de la Magdalena, a cuyo lado se erguía con cierta petulancia la fachada de la Universidad, (acaso porque disimulaba, sin esconderlo su mayor título de honra, la Biblioteca de Pedro Cerbuna, destruida después de la guerra civil), tras de la cual se asentaba, modestamente, el *Miguel Servet*, a los barrios opulentos del ensanche de Zaragoza, al colegio desafectado de los Jesuitas, a la entrada del Paseo Sagasta, nuestros itinerarios cambiaron de recorrido y acaso ese cambio influyó en el de nuestro domicilio familiar, que pasó del viejo barrio de la Seo al moderno del convento de las Francesas, de la Gran Vía y de las Casas Baratas, desde cuyos balcones en pico podíamos ver los pequeños desfiles de la CNT (si no fuera la UGT) con su bandera roja y sus camisas azules claras.

En el nuevo instituto (viejo, pero moderno colegio jesuítico) recibíamos las enseñanzas, presididas por el rector Cebrián (que disimulaba su calvicie bajo una vistosa peluca colorada, como las que los caballeros solían portar en la época) que era catedrático de dibujo y nos hacía copiar en grandes pliegos de papel de barba las contadas muestras de escultura grecolatina que el liceo guardaba en yesos algo rancios. Tuve la suerte de tener un excelente catedrático de francés, Mendizábal, que nos hacía sentar a sus lados, en la mesa de honor, y no nos dejaba distraer ni un minuto, con lo que salimos dominando el idioma (al menos, leído) y mirando, con cierta altivez de entomólogos a nuestros compañeros, escalonados ante nuestro tribunal, removiéndose y charlando como cotorras.

Dos sucesos animaron esta segunda fase de instituto: un incendio y un misterio. El incendio, de la fábrica Molins, junto a una acequia al final del paseo Sagasta, uno de los mas bellos espectáculos de mi juventud, con las llamaradas saliendo por el tejado y ese febril *ballet* de bomberos y mangueras. El misterio, el de una calle frontera, abierta hacia el Huerva, en una casa nueva y trivial en la que se aposentó *el duende de la hornilla*, que emitía extraños mensajes a las que cocinaban, y cuya solución jamás se logró. La casa se llamó desde entonces la casa del duende y a la salida de nuestras clases de medio día, subíamos por el Paseo Sagasta a olfatear novedades y sortilegios, con gritos de ¡*Viva el duende!* que daba un gustillo salado a nuestro vivir de escolares de provincias.

SILUETAS - 40

LA PLAZA DEL PILAR

El urbanismo, a la francesa (modestamente hablando) del centro de Zaragoza se centraba en la Calle Alfonso (creo que el *Batallador*, aunque la ordenada arquitectura y el nivel uniforme de las casas de bajo y tres pisos no se refiriera en nada a este belicoso ancestro) y su desembocadura en la Plaza del Pilar, frente por frente al centro, algo desabrido, de la fachada de la basílica, pero con una vista general de lo más rica y pintoresca de sus diez cúpulas, a dos lados, como Cincos de Oros de la cúpula central, voluminosa y dominante de la larga perspectiva de la citada calle. Frente a la basílica se alzaba (y se alza) una manzana singular, horadada por una galería comercial, donde inocentes baturricas coreaban sin descanso la pregunta: *¿Qué desea? ¿Deseaba algo? ¿Qué desea?* y la verdad que no había gran cosa que desear, en sus vitrinas con muñecos vestidos de baturros y objetos de fantasía. En su desembocadura en la Plaza, la calle Alfonso tenía a la derecha la sedería de don Moisés García Lacruz (padre de un amigo de colegio, que después se hizo fraile jerónimo sin dejar de ser amigo) y a la izquierda, una librería católica, pero no por ello de excesivo interés.

La plaza tenía entonces la longitud de las naves del Pilar, frente al cual había los consiguientes árboles y un kiosco donde vendían medallas y estampicas, y numerosas palomas, que daban un aire amablemente arcaico y cristiano al rectángulo, que se cerraba, a la izquierda, con la casa del Dr. Citoler, dentista, que enmascaraba de europeísmo la plaza de Huesca, cuadradito adonde se asomaba la torre, garbosa aunque algo desnivelada, de la iglesia de San Juan de los Panetes. La derecha se constreñía a una callejuela, llamada lógicamente del Pilar, que desembocaba en la plaza de La Seo, no sin pasar antes frente al palacio de un marqués (con jardincillo de cenador gótico por la fachada trasera, hacia el Ebro) y concluía en el hermoso rectángulo de La Lonja, cuyos ventanales, abiertos dejaban ver el vasto interior, repleto de mesas de escribientes, como su nombre permitía esperar.

La vecindad del Ebro, camino abierto al Moncayo, prestaba a esa callejuela, en su desembocadura en la plaza del Pilar, un ventarrón

helado y traicionero al que debieron sucumbir hasta algunos héroes de los Sitios. Zaragoza ventosa extremaba en esa esquina sus rigores y mientras acogía a los devotos ateridos al calor de la Virgen, despachaba los incrédulos hacia el Puente de Piedra, donde el vendaval arreciaba del tal modo que más de uno fue a parar al río Ebro, al pozo de San Lázaro, que llegaba hasta el fondo de la tierra.

SILUETAS - 41

LA FERIA

Se solían llamar Las Ferias, en plural; pero, en casa, se llamaba La Feria pues sólo había una. Magnífica, eso sí, para mis ojos y oídos infantiles desde que la vi por vez primera en la calle (luego Joaquín Costa) que llevaba desde el Paseo hasta la Huerta (no hacen falta los nombres propios, pero todo el mundo sabía que se trataba del *de la Independencia*, y de la *de Santa Engracia*). Todavía no estaba hecha, en la esquina del Paseo, la casa de Correos y Telégrafos, que seguían en la calle de San Jorge, con una escalera de empinado ascenso y unos buzones de cabeza de león, como para guardar celosos el secreto postal, que luego aparecieron en la casa nueva, que tardó mucho en construirse, como ironizaba una copla: *La banda de Música / larán, larán, larán; / la Casa de Correos / L'harán o no l'harán...* Pues sí que la hicieron, de un vistoso estilo de ladrillo y azulejo llamado *aragonés*, y en el Paseo sigue.

El arco de querubines de Santa Engracia, parecía anunciar la alegría infantil de la Feria. Había churrerías envueltas en humo, pabellones de atracciones diversas, como el Teatro de las Pulgas, cuyos insectos actores se alimentaban, literalmente, de la sangre de su director (que las ponía a pacer entre los pelos del antebrazo) para disponerlas a obedecer en sus inverosímiles saltos y carreras, a veces hasta tirando de una carroza. También existía el Pabellón Artístico, cuya portada se adornaba con figuras *rococó* de músicos que tañían una campana o un triángulo, meneando sentenciosos la cabeza empelucada, al compás de la estrepitosa melodía de unos tubos de órgano. Había algún que otro fenómeno humano, como la Mujer Barbuda. Al final de la calle, lindando con la Huerta y con el Huerva, aparecían los Caballitos, blancos, negros y bermejos, de grandes crines, entre pintorescas carrozas oscilantes... Y, antes de empezar la feria, se apelotonaba un espeso grupo de curiosos, escuchando la elocuente parola del ilustre charlatán León Salvador: artículos europeos y valiosos, que ofrecía *ni por cinco, ni por cuatro, ni por tres* sino por una peseta y hasta por un real.

La Feria pasó luego a la nueva Gran Vía, en una esplanada final donde asomaba el proceloso Huerva; allí cabían carruseles, tan apa-

sionantes como *el Tebi* (o séase, *the Wip*) o Latigazo, que sacudía sus coches con furia monótona, o la *Noria*, las *Cadenas* con sus asientos volanderos, entre un eterno chillido coral, o *las Barcas*, casi barcos cuadrados, que se balanceaban, entre gritos... El chillar de las mozas era la música de fondo de los teatrillos de *tontocircos*... Más tarde, al crecer, se marchó la feria más lejos... Pero ya no tenía la galanura ciudadana de la Huerta.

SILUETAS - 42

EL CIRCO KRONE

Todos los años, para el Pilar, llegaba a Zaragoza algún circo, con sus payasos, sus domadoras de perritos, sus atletas saltarines, sus pinturas de fieras y de monstruos, sus equilibristas de la cuerda floja, sus magos que, ayudados por su asistente emperifollada, eran capaces de aserrarla por la cintura sin demasiados desperfectos, y hacer brotar palomas y largas serpentinas de un sombrero de copa. Se trataba en general de empresas familiares, en donde padres, hijos, nietos, hermanos y sobrinos de ambos sexos eran capaces de pasar de las torres humanas a los volatines del malabarismo a las volteretas.

Pero una sola vez llegó un circo extranjero, que ocupaba con sus tres pistas casi toda la explanada entre la calle Ricla y el foso de la vía del tren, que de cuando en cuando pasaba estrepitoso, entre pitidos lastimeros y chorros de vapor. El *Krone* era un circo alemán, según parece, y que, además de sus tres redondeles, que simultaneaban sus atracciones, disponía de un parque (o, cuando menos, barrio) zoológico, donde cabía admirar bestias feroces o exóticas que no existían en nuestra Granja Agrícola, que no salía de gallinas y conejos. Por las noches aterraba a los vecinos el lamentoso rugido del león o los sobreagudos ladridos de los perros sabios, el aullido del lobo o los relinchos de caballos y cebras, y hasta quién sabe si algunos suspiros de elefantes..., más humanos, que se dejaban ofrecer cacahuets y crispetas valencianas, sin mostrar confusión o vergüenza.

Lo mas triunfal era el desfile por las tres pistas unidas, que coronaba el espectáculo, y del cual se había brindado un pequeño avance gratuito por el Paseo de la Independencia. La Sarakosta de los moros resucitaba entre turbantes, capas coloradas, calzones azules, tigres rayados, elefantes que iban en fila, sujetando con cada trompa la desmedrada cola del proboscídeo precedente, acróbatas saltarines, maravillosos equilibristas, patosos payasos y avispados *clowns* (o séase *clons*), odaliscas coronadas de plumas, atletas cubiertos de músculos relucientes, indolentes princesas y sílfides veladas... Una caterva primososa que volvería a encontrar, muchos años después, no en mi pueblo, sino en Nueva York. El circo *Krone* y el payaso de cámara, Grok han sido dos de los mayores asombros de mi niñez cesaraugustana.

SILUETAS - 43

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL

En 1929 la España monárquica celebraba, simultáneamente, dos exposiciones *universales*, la de Barcelona y la de Sevilla (mas bien, *Hispanoamericana*), con las que se despidió, de momento, de los españoles, ya que en abril de 1931 se proclamó la República. A los zaragozanos, Barcelona inspiraba una mezcla singular de admiración y de recelo, acaso algo de envidia al verla tan prepotente, por más que los libros de Historia afirmasen que no pasaba de un Condado, y no presumía de Reino como Aragón. Pero el viaje a Barcelona era una ocasión deslumbrante, que mi hermana Isabel (que ya había terminado sus estudios de Maestra Nacional, carrera que luego no ejerció) aprovecharía. Precisamente, en Barcelona vivían dos hermanas mayores, amigas de amigas (las Lagueruelas), a las que, por haber vivido en América, Cuba supongo, llamábamos *Las Panchas*, en cuya casa del Ensanche podía alojarse mi hermana mayor, con toda confianza.

Así se hizo e Isabel pudo asistir (como Cervantes en Lepanto, pero con más fortuna) *a la mayor ocasión que vieron los siglos* (más tarde ha habido otra, que se llamó olimpiada, pero ya no ha sido lo mismo, porque se consagraba a los deportes, y yo me la perdí sin remordimientos, mientras asistía a las de Bruselas y de Montreal). Mi hermana volvió a Zaragoza muy satisfecha de las Panchas y de la Exposición y llena de regalitos a que podría aspirar su modesta economía de hija de familia, entre ellos una cajita para instrumentos de escritura llamada *plumier* y una singular baraja, cuyos reyes eran Hernán Cortés, Francisco Pizarro, Atahualpa y Carlos V, que todavía guardo.

Los folletos y revistas que trajo de allí eran pasmosos. Se veían en *buecograbado* (que era el sistema de reproducción de imágenes fotográficas más moderno) todos los pabellones de la Exposición, diseminados entre los árboles de la montaña de Montjuich, y presididos desde la cumbre por el Nacional, con una cúpula que lanzaba rayos de colores como en las apoteosis de la *Paramount*, adonde se subía por unas avenidas de aguas, surtidores, luces y banderas; y adentro estaban todos los tesoros del Arte Español, que lo

mismo podían ser una espada que un cáliz, una capa que una guitarra. Y, además, estaban todos los demás pabellones, cada cual a su estilo. Y como postre, un *pueblo español* con reproducciones de edificios de toda España, como la torre de azulejos de Utebo, a un paso de Zaragoza. Parecía imposible: pero yo lo pude comprobar veintitantos años después...

SILUETAS - 44

PETICIÓN DE MANO

Mi hermana Isabel había tenido un novio, marino mercante, que deslumbró mi infancia con su traje blanco y oro, cuando alguna vez acompañé a la pareja, como era uso en mi infancia, para el ingenuo papel de *carabina* que otras novias conciliaban con la ayuda de una vieja pariente o alquilada, que en las zarzuelas se quedaba dormida. A mi me encantaba Cayo, con sus viajes por esos mares, que yo no había visto nunca y su uniforme resplandeciente. Ese noviazgo se deshizo, salteado con largas ausencias del navegante. Pasaron los años y cuando yo tenía una docena, un confitero y pastelero especialista en repostería fina (aunque durante la guerra civil llegaría a vender patatas) se presentó en mi casa de la calle Argensola a pedir la mano de Isabel, acompañado, si no me engaño, por su tío Pascual, capellán del Hospicio, ambos con narices pronunciadas y mejillas carnosas, como los modelos de retratos de Goya. Cándido, que así se llamaba, era hombre de buena reputación, con clientela variopinta, que iba desde Doña Carmen, esposa de un doctor famoso y muy redicha en sus encargos, hasta los humildes y ruidosos niños que acudían a las *funciones* de teatro cómico o lírico, del vecino y católico *Salón Blanco*, que pasaban en los entreactos a comprar *sultanas* de coco y *teclas* de hojaldre, las especialidades más baratas de la pastelería.

Ya fallecido mi padre, fue *la mamá* quien tuvo que asumir la autoridad de conceder la mano de Isabel, que era una mujer de cerca de treinta años, alta y gallarda con facciones delicadas y un cabello tirando a rubio de extrema finura. Otorgada la mano, tras las usuales garantías, se proyectó el casamiento para unas semanas después, en los días en que la Monarquía desfalleciente abría el Palacio de Oriente a la joven República de don Niceto, con gran desconfianza por parte del prometido esposo, monárquico, como sus clientes, canónigos del Pilar o La Seo, para quien el evento amargó levemente la luna de miel. Isabel, hija de un comandante republicano, no comulgaba en esas camarillas, prestando a la familia marital un forzado liberalismo.

La boda se celebró en la Parroquieta de La Seo, dependencia aneja a nuestra catedral, con un altar barroco animado por el siempre saltarín arcángel San Miguel, bajo un maravilloso artesonado mudéjar en forma de cúpula, junto a un magnífico sepulcro gótico, con figuras de llorones todo alrededor. Suerte de conglomerado simbólico de un matrimonio con sus risas y sus llantos.

SILUETAS - 45

ESPOZ Y MINA

Tras la boda en La Seo, mi hermana y su marido fueron a vivir a un piso que él ocupaba anteriormente, y del que se exilió la hermana Soledad, que había asumido anteriormente un papel de ama de casa, que ya no le correspondía; ello la condujo a su propia boda. Isabel se inició en ese papel dificultoso, con auxilio de Silvina, la criada, en las angustias de su primer embarazo, en la pomposa cama *de matrimonio* del dormitorio nupcial, con el eco de los sucesos que llegaba de la calle Espoz y Mina, a un paso del obrador de los merengues y turrones, de la linda y (entonces) maloliente iglesia de Santa Cruz, graciosa réplica barroca del Pilar y con altar mayor con un lienzo del cuñado de Goya, que representaba a un clérigo enarbolando una Cruz procesional, a cuyo vástago acudían a hincarse no sé qué flechas; y enfrente, la tienda de *Muebles Moliner*, instalada en el patio de columnas de un palacio del Renacimiento que, andando los años, terminaría por ser Museo Camón Aznar, un profesor que, por entonces, acudía a la tertulia del no lejano café del *Universo y Cuatro Naciones*, nombre que acreditaba lo liberal de dicha tertulia.

Mi hermana tuvo el gusto de hacer los honores a su nueva-vieja casa, eso sí, recién estucada, a mi primo el comandante José Gállego, que pasó por Zaragoza con su esposa asturiana y elegante, y alguno de sus hijos, Gonzalo y Fernando, y que recomendó paciente suavidad a Isabelita, al notar las salidas de tono de mi cuñado, a quien un militar de la República y adicto a Manuel Azaña debió de parecerle un criminal. Lo mismo debió de pensar, años después, el tribunal franquista, que condenó a muerte a mi maravilloso primo.

En los primeros meses del matrimonio, yo solía ir a comer cada domingo, a casa de mi hermana, siempre con algún aliciente de pastelería, y hasta a oír algún disco de zarzuela, en el gramófono de Cándido, muy aficionado al género lírico. Mi hermana, dolorida del parto, tuvo que contratar a un ama de cría, llamada Josefa (o Pepa), rubia de buen ver, que acogía de buen grado las bromas de los tranviarios aludiendo a sus pechos y los comentarios pueriles de mi

sobrino José-Fernando, nombre pomposo y casi austríaco, que quedó rápidamente reducido a Pepito, más acorde con su talante risueño y sus ingenuas pero ingeniosas contestaciones. Pese a la República, los negocios del obrador marchaban bien y la familia decidió aprovechar la oferta, de doña Carmen Corralé, de alquilarle un amplio tercero en su casa, esquina de Espoz y Mina con San Gil (o Don Jaime), estupendo edificio modernista que mas tarde ingresó en el catálogo monumental de Zaragoza.

SILUETAS - 46

LAS TORRES MUDÉJARES

Cuentan las crónicas que, durante las guerras carlistas, un general cristino mandó a los artilleros visar con su cañón la torre de la Parroquia de San Miguel: *Mi General, le advierto que es mudéjar*, musitó a su oído un modesto teniente (que sería mas tarde historiador de arte). El general suspendió la operación y la torre de San Miguel, cubierta de un encaje de ladrillo, llegó intacta a nuestro siglo y hasta mereció un chapitel de hierro para disimular los estragos de la contienda o de la guerra. San Miguel de los Navarros era (según el Dr. Moneva, ilustre catedrático de Historia del Derecho, aficionado a corregir entuertos), de *los Navarro*, familia y no región. La iglesia lucía un gran retablo de madera dorada, con una imagen grande del arcángel, de un tal Joly, un coro con gruesas columnas salomónicas, y sobre la puerta de entrada, el mismo atacando valiente a un demonio horroroso. Cuando se restauró en el siglo XIX, le cambiaron la cabeza y le sustituyeron por un retrato del rector de la Universidad.

El campanario es cuadrado, mientras el de San Gil es de planta rectangular, con dos huecos por una cara y uno sólo por la otra, Su labor de ladrillo es mas difusa, por haberse cegado unas ventanas, pero aún así es gallarda y elegante y concluye en un largo cono de chapa. Detrás de la iglesia, en el Arco Cinegio (nombre fantástico y engañoso) había una tienda de *objetos de arte* donde compré un jarrón para la boda de mi hermana y un busto de Beethoven para mi propia edificación, ambos de yeso satinado. A mi hermana María fue a parar un *interior holandés* de Pieter Janssen, en oleografía con falsas pinceladas en relieve. Frente a esa tienda estaba la puercecilla de *los Sacramentos* de la iglesia. Más adentro, la calleja se plegaba en ángulo recto, dejando a un lado la confitería de Lac, famosa por sus delicadas meriendas (a que acudía el director de la Academia Militar y su esposa Doña Carmen), y al otro el cabaret *El Plata*, donde salían bailarinas gordas, que enseñaban pantorrillas y hasta muslos y entraban paletos de la Ribera, que les lanzaban piropos estilo rústico.

La torre de la Magdalena tenía un cuerpo mudéjar y encima otro neoclásico que aguantaba las campanas y el chapitel, con un gallo

de lata en la punta. Pero la torre mudéjar más humilde y entrañable era la de San Juan y San Pedro, pequeña, desmochada, pero que no merecía ser derribada en una noche, dicen que con permiso del Arzobispo, para urdir mejoras urbanas, que jamás se lucieron.

SILUETAS - 47

LA CASA DE MARÍN CORRALÉ

Mi hermana Isabel se mudó, con su marido y su hijo Pepito, a una casa preciosa, en la esquina de Don Jaime y Espoz y Mina, propiedad de unos hermanos médicos, los doctores Marín Corralé. Era y es una casa modernista, con gran portal de mármol y fachada de mosaicos, que se curvaba pomposamente en la esquina, a donde daba el comedor-salón de mi familia, en el que se celebraba anualmente la comida de hermandad que el régimen franquista impuso a los empresarios, como mi cuñado, amén de hacerles desfilar en yo no sé qué otra fiesta patriótica. Mi cuñado miraba esos festejos con torcidos ojos, pese a ser de derechas; pero mi hermana Isabel se enterneció al ver juntos a sus dependientes de la tienda y sus pasteleros del Obrador, entre los cuales destacaba cierto Antonio, por su apostura y gracejo. Mi hermana proponía un brindis, que, obedientes, todos secundaban.

En esa casa nació mi sobrino Cándido-Enrique, según los datos de su bautizo donde desempeñé precozmente el papel de padrino, mientras la madrina fue una monja, ahijada de la potente tía de mi cuñado, la tía Amalia, que lució poco en la ceremonia, acaso porque iba a salir en misión a uno de esos lugares como Cochabamba o Cuchipanda, y nos dejó sin noticias. Para Cándido o más tarde, Candi, se contrató a una ama de cría, desgarbada, melancólica y que trató, al parecer, de desentenderse de un feto inoportuno depositándolo en el retrete, extremo que jamás se confirmó. Por lo que la Paca siguió al servicio de mi hermana, aunque con recelos por parte de ésta. Parecía imposible que esta enjuta *Becassine* fuera capaz de tanta crueldad.

A mí me tocó vivir una larga temporada en aquella casa por ausencia de mi hermana María, Maruja para las damas conocidas, y María Alejandra para su documentación personal, que tuvo que manejar antes de su boda con un engañoso y almibarado inglés, llamado George, escurridizo londinense de canas puntiagudas, motivo de su cambio de nacionalidad -en la España de Franco los chupatintas miraban con resentimiento a tan mal patriota- y de su viaje a Londres, adonde la fui a visitar repetidas veces a casa de la elegan-

te Helen Chamberlain, madre de un joven bailarín llamado Piers Beaumont, en la maravillosa orilla del Támesis.

Durante mi estancia en la casa Marín Corralé disfruté de mi condición de tío materno de Pepito y Candidín, puesto que ya no he llevado a mayor autoridad familiar. Recuerdo los hierros forjados y los menudos mosaicos del balcón de mi cuarto, con el Ebro al final de la calle. Y la capillita de la Virgen del Carmen, en la esquina de la calle Mayor.

SILUETAS - 48

NOCHE DE REYES

Cuando se acercaba la Navidad en *Casa Velloso*, tienda de objetos religiosos de la calle Alfonso, ponían un Belén de figuras de pasta de madera que ocupaba el escaparate del chaflán con Espoz y Mina, que me parecía muy bonito. En las iglesias, todavía no se había extendido la costumbre de poner un nacimiento en un rincón o capilla, ya que había representaciones del Nacimiento de Jesús en muchos retablos de altar; aunque es probable que algunas monjas lo montasen, pero no los Maristas, ni los colegios de frailes. Parece ser que el primer Belén lo montó San Francisco de Asís y en Zaragoza no había muchos franciscanos. En cambio, estaba muy extendida la costumbre de montar el Belén en los domicilios de las familias cristianas con niños mientras el *Árbol de Noël*, como solía decirse, no tenía entrada sino en algún colegio extranjero.

Los Reyes Magos hicieron su aparición, en forma de estatua de cartón piedra, en la puerta de algunas tiendas de juguetes, con un cofrecillo en las manos donde se podían depositar las cartas. La costumbre de escribir a los Reyes era muy común y lo más seguro era echarlas por la boca del buzón de Correos, que él sabría adonde remitirlas a tan infatigables viajeros, que, como se veía en los Belenes, iban avanzando, paso a paso, en pos de la estrella, desde el 24 de diciembre por la Nochebuena, hasta el 6 de enero, por la mañana, cuando ya habían depositado sus regalos en los balcones de las casas, ya que no era costumbre que se metieran dentro de los domicilios. De aquí mi sorpresa al entrar, antes de la Noche famosa, en una habitación de mi casa, y encontrar, encima de la cómoda, un enorme castillo de cartón, con torre almenada y sillares separados por rayas negras, como suelen ser los castillos. Allí lo habían puesto mis hermanas, después de fabricarlo a escondidas, confiando que nadie había de entrar. A mis gritos de asombro acudieron, explicándome que, en efecto, era el castillo que yo había pedido a los Reyes, que muy amables, lo habían depositado en casa para ver si me gustaba y, en caso afirmativo, me lo dejarían en el balcón la noche de Reyes. Yo me creí todo, recuperando el castillo en la mañana de la fiesta.

Evidentemente, no había cabalgatas de los Reyes Magos, pues los niños no éramos tan tontos como para creer que el cortejo llegase simultáneamente a todos los balcones del mundo. Eso y el arbolito quedaron para la siguiente generación, mucho más crédula que la mía.



SILUETAS - 49

LA ESCUELA DE FATÁS

Muchas tardes pasé en casa de los Fatás, que no era una casa cualquiera, sino una escuela o, mejor dicho, un Grupo Escolar, lo que parecía más importante, aunque no alcanzara la distinción de los Colegios religiosos, como el mío de los Maristas. La escuela estaba, detrás de una reja, en la confluencia de la calle Ramón y Cajal con la de Pignatelli, y era un edificio algo deslucido, con dos pisos de ventanas y una puerta muy grande y solemne. El director era don Guillermo Fatás, padre de mi amigo del Instituto, esposo de una señora, gruesa y amable, que también era Maestra. Tenían tres hijos: María, la mayor, Antonio, el segundo, y el pequeño, Guillermito, muy locuaz y elocuente, con mucha gracia y verbo, con gafas y la boca llena de risa, que fue el amigo con quien hacía breves excursiones. Recuerdo una al río Gállego, durante la cual iba imitando, con mucho salero, los pasos afectados de una compañía de *ballet* que se había presentado en el teatro Parisiana, luego llamado Argensola en honor de los hermanos, que nunca iban al teatro.

María era una joven (para nosotros, persona mayor) pálida y soltera, que había aprendido el *bel canto* y de vez en cuando, para amenizar las meriendas (a las que a veces acudían los Gimeno, Manolita y Pepito, que eran vecinos) nos cantaba la tremenda *Carta* de la zarzuela *Gigantes y Cabezudos*, con aquellas quejas y preguntas de: *¿Por qué, Dios mío, no sé leer?*, que nos producían una mezcla de terror y de risa, porque los piropos del baturro, que la encontraba *mona y rica* nos parecían muy cómicos, aunque rimara con *la Pilarica* (nombre, por lo demás, inusitado en Zaragoza para aludir a la Virgen del Pilar).

Antonio tenía dos o tres años más que nosotros y se preparaba para arquitecto. Ambas circunstancias influían en mi consideración, en particular la segunda, ya que me pasé toda mi infancia respondiendo que quería ser arquitecto a cuantos conocidos de la familia me preguntaban. Esa vocación precoz, que luego no pude seguir (cayendo en los *artículos* del Derecho), influía en mi admiración a quien se presentaba a unas terribles oposiciones (que no sabía exactamente lo que eran) que casi nadie ganaba.

Guillermo, mi compañero de cátedra de francés del Instituto, a ambos lados de Mendizabal, fue una de las inteligencias más vivas que conocí en mi juventud. Años después, cuando ya terminábamos Derecho, un menudo accidente de ajuste en una trivial operación médica, la apagó bruscamente, privando a Zaragoza de uno de sus más vivos ingenios.

SILUETAS - 50

Y LA GUERRA CIVIL

Salía yo un domingo de la misa de Santa Engracia, parroquia elegante a la que correspondían las Casas Baratas de la Gran Vía, cuando mi hermana María y yo nos topamos, al cruzar la Plaza Aragón, con unos Carros de Combate (de Asalto, se denominaban entonces) plantados encima del adoquinado y estorbando el paso chirriante del tranvía de Torrero. La gente, comentaba con sorpresa aunque sin susto (pues no podían imaginar los tres años sucesivos), que había estallado un *complot* de los generales de varias Capitanías españolas contra el Gobierno de la República y que el general Cabanellas, anciano de venerables barbas blancas, había secundado la rebelión, iniciada desde Canarias por un general llamado Francisco Franco (hermano del famoso aviador que fue de España a América en un vuelo del *Plus-Ultra*, tan celebrado, años antes, en mi colegio), y cliente, cuando fue director de la Academia General Militar de Zaragoza, de las meriendas en la confitería *Casa Lac* que se había levantado, en un Movimiento (aquí nació esa palabra, tan monótonamente repetida años después) Republicano y Patriótico.

El primer adjetivo no tardó en desaparecer, cuando días después se estableció la censura. Se insistía, en cambio, en el segundo, y el patriotismo fue la religión que alcanzó un número de mártires (entre ellos mi hermano Antonio y mi primo José, uno de cada bando) muy superior al de los romanos Nerones. Con cierta indecisión, creíamos en un golpe de Estado que había de resolverse en una semana, quizá en unos días, cuando oíamos a nuestra vecina de balcón picudo, al paso de camiones por la Gran Vía, gritar: ¡A Capitanía!, ¡A Capitanía!, como si ellos pudieran detener la guerra. Cundió la discordia entre familiares y amigos, y, mientras nuestra vecina gritaba y su marido era detenido y desaparecía, las del piso Principal, que eran *militaras* fanáticas, proponían terribles venganzas contra los republicanos y por la Gran Vía pasaban siniestras camionetas con dirección a las tapias del cementerio de Torrero, donde sonaban los tiros de las ejecuciones. A un tío farmacéutico de mi cuñado lo fusilaron, nunca supimos por qué.

Y así comenzó el *glorioso Movimiento Nacional* que arrastró a la mitad de los españoles a enfrentarse con la otra mitad, bajo un destino geográfico, más que político. Tras las vacilaciones de Cabanellas, a Zaragoza le tocó ser *de derechas* y aclamar a Mola y a Franco, acaso discordantes. Y así se acabó mi infancia, y tantas vidas se esfumaron.

Granada, agosto de 1996-97

The background of the entire page is a repeating geometric pattern. It consists of large, dark gray hexagons arranged in a staggered grid. Between these hexagons are white spaces, some of which contain smaller, light gray, five-pointed stars. The stars are oriented with one point facing upwards.

Villa
Pimpinela

VILLA PIMPINELA

(DÍA 10 DE MARZO 98)

La casa fue el capricho de un arquitecto de los años cuarenta, una especie de decorado, entre galante y familiar, para la numerosa familia del constructor, oriundo del Norte. En sus tres pisos habían de acomodarse las treinta y cuatro personas de su familia y servicio. Al principio pensaba en instalar allí su estudio y taller, pero a última hora no se decidió a abandonar su añeja oficina con vistas a la Puerta de Toledo, cuya influencia, de un neoclásico algo pueblerino, se echa de ver en muchas de las obras de don Alfonso Calzada, que la miraba de reojo por encima de los planos de la gran mesa de su taller y que se dejaba aconsejar por ella, no siempre a propósito. De ese monumento, inaugurado por Fernando VII a comienzos del siglo XIX, derivan algunas contradicciones en las obras proyectadas por nuestro arquitecto, por ejemplo su afición a coronar sus edificios, privados o públicos, con una azotea algo estrecha, en la que han de acumularse los vecinos, a modo de las esculturas que, apretadamente, contemplan la larga cuesta de la avenida que lleva al Manzanares, rematada en una plazuela semicircular por un par de obeliscos que señalan, sin lugar a dudas, que entre ellos arranca el más emperifollado puente madrileño, el de Toledo, con sus fuentes, sus capillas, sus términos columnarios, sus redondas cuestas, que conducen, majestuosamente, al estrecho cauce del río, abrumado de tanta grandeza. Las casas proyectadas por Calzada (cuyo apellido coincide, sin razón alguna, con el de un famoso tratadista de arquitectura española), además de su terraza-observatorio heredada de la triunfal puerta del Deseado, suelen tener cierto arranque monumental entre los obeliscos, que las leyes obligan a pegarse contra la fachada, en cuyo centro, anormalmente, suele aparecer un portal con las efigies estatuarias de un hombre y una mujer que, más que de ninfas o sátiros paganos, derivan de la santa influencia del *labrador de Más Aire y Casilda, su mujer*, con el salero que les dio Pedro de Ribera tras leer atentamente el *Isidro* de Lope de Vega. Por este asomo de descripción advertirá el caso el lector que don Alfonso proyectó sus mejores construcciones hacia los años que precedieron a la proclamación de la 2ª República Española, que trajo modelos menos abarrocados, hasta caer en la más ortodoxa simplicidad cubista.

Tras la guerra civil, los arquitectos de Madrid solían adoptar modelos más congruentes con la dictadura franquista, sacrificando los arrumacos escultóricos en aras de una simplicidad casi conventual. El ingenio madrileño calificó de *Monasterio del Aire* al Ministerio de ese arma volante, junto a otro arco de triunfo descarnado y como recrecido. Pero don Alfonso Calzada no cayó en la tentación de la simplicidad grandilocuente, que saliendo de ese arco, conducía, sin error posible, al desollado monasterio de los Caídos, en la vecina sierra panorámica, que hace parecer abarrocado al precedente del Escorial. Solía pasar los últimos veranos con su nutrida familia en un pueblecito de las costa atlántica francesa, cerca de las coqueterías de San Jean de Luz, y en un estilo entre campestre y acomodado, proyectó esa nueva casa del Norte de Madrid, a la que llamó *residencia*, lo que sonaba a cierta elegante comodidad: tres plantas, más sótano, en un breve si ameno jardín vecino a la Plaza de Castilla, con cuartos amplios sin exceso donde acomodar a todos los parientes cercanos, una planta baja común, con salón, comedor y contigua cocina, y un par de pisos con amplios dormitorios y salas de estar, con cierta monotonía de colegio mayor. Esta sencillez, como de veraneo, no acababa de convencer a sus ascendientes cercanos, madre, habituada a las playas francesas, críos de varias edades y caracteres, y los correspondientes primos y sobrinos en una familia numerosa de más de treinta cabezas, a que habían de acumularse las dos parejas, cristianamente maridadas, del servicio, entre curtido y cortés. Ello no les evitaba desplazarse a San Jean y tampoco renunciar a sus diversos alojamientos tradicionales en Madrid. Desaparecidos los más influyentes, desparramados los descendientes inmediatos, don Alfonso tuvo que afrontar la triste realidad: a su familia restante, menguante o creciente, no le entusiasmaba el barrio, lejos del centro de Madrid y prefirió arraigarse en sus viejas costumbres y pisos solemnes. El arquitecto constructor se percató de que el edificio en construcción tampoco se acomodaba a las necesidades de un taller de arquitectura algo pasado de moda. En aquellos años comenzaron a aparecer residencias para personas *de la tercera edad* que sus familiares preferían ver, no a todas horas, sino una o dos veces por semana en un lugar sano de las afueras. A don Alfonso, que no sabía qué hacer con aquella obra que amenazaba eternizarse, vio el cielo abierto, cuando una sociedad laica, pero católica, le propuso cederle la obra para la residencia de esa edad incierta que llaman *tercera*; hasta cierto punto se liberó de un compromiso. Y así nació, de repente, *Villa Pimpinela* residencia de mayores.

(11 DE MARZO)

La inauguración de la residencia coincidió, como es de regla, con la de numerosas pensiones, en la ciudad y en el campo vecino, en general destinadas a esas personas *mayores* que tanto desentonan en los pisos o apartamentos modernos, ocupados por personas con posibles. En mi tierna infancia esos ancestros solían ocupar un puesto, si no preferente, al menos digno, en las moradas de la clase media y hasta acomodada. Recuerdo la casa donde nací, en la Calle Mayor de Zaragoza, esquina Olivo, una enorme mansión de patio cuadrado, solemne escalera hasta el piso Principal (o séase, el primero) en que fui vecino del famoso pintor Mariano Barbasán, pariente de las Lagueruelas, amigas de mi madre, que se deshacían en elogios de sus paisajes de Anticoli Corrado (la posteridad les daría la razón) y que a partir de ese rellano se estrechaba, como una serpentilla, hasta los segundos pisos. En uno de estos vivía la familia de un elegante zapatero de la Casa Murlan, de esposa con un peinado de moño arquitectónico, muy a la catalana, cuyo padre, cariñosamente llamado *el abuelico*, estaba eternamente sentado, silencioso, en un silla de la cocina, junto al fogón u hogar, sin acceso directo a la alcoba nupcial de los titulares, en cuyo lecho dormitaba eternamente una muñeca de trapo con cara pintada y traje *a lo pierrot*. Siempre recordaré a mi amigo Jaimín, muy catalán en sus habilidades domésticas, y a su hermana la elegante Angelina y cuya madre, Pascuala, adornaba su cabeza de un peinado cilíndrico, a modo de prolijo monumento, que una vez, por culpa de un tropezón, rodó por la escalerilla. En una pieza vecina, que recibía su luz de la caja de la escalera por una ventana enrejada, a través de cuyos barrotes asomaba el rostro tenso y pasaban los aullidos de un loco de la familia vecina, a la que pertenecía mi otro amigo, Joaquinito. Pero no sé a qué vienen estos recuerdos deshilvanados de mi casa natal, ya hace años demolida en aras de la rectitud física y moral, de la avenida que, asomándose al Ebro, lleva hasta el Coso Bajo los huracanados vientos del Moncayo. A esa calle ventilada fueron a acumularse algunos edificios sobresalientes de Zaragoza, como la casa renacentista de los Morlanes, de balcones adornados con frisos de relieve de tan ilustres escultores frente al monasterio en donde la espectral reina Mariana de Austria tuvo que tolerar los aullidos del populacho, que probablemente merecería, a juzgar por sus retratos por Carreño, en el enorme macizo del Seminario de San Carlos, en cuya iglesia, delirante apoteosis barroca,

me tocó cantar, al son de gangoso órgano de jadeante fuelle, tañido por el musical aunque calvo Hermano Basilio, los más apasionados motetes eucarísticos, con motivo de las primeras comuniones de mi colegio de Hermanos Maristas; también se acumuló, hasta casi desaparecer, la plazuela a cuyos altos balcones se asomaba la Sociedad Económica de Amigos del País, en la vecindad del colegio de las Paulas, a cuyas clases parvularias me tocó asistir en la más tierna infancia, cruelmente sacudida por las reprimendas de una *Paula* joven e iracunda, que se vengaba de mis distracciones abofeteándome con el trapo de limpiar el clarión de la pizarra. Pero, entre esas sacudidas, se inició mi carrera musical, más tarde limitada a unas clases de piano que me llevaron a tañer, torpemente, una *Canción triste* de Tchaikovski, de la que no pasé pese a los esfuerzos de mi maestra y amiga Manolita, gran pianista y hermana de mi compañero de estudios en la primera Enseñanza marista, José Jimeno Lisón. En el Patio de Palafox, del viejo y monumental colegio de las Paulas, inicié mi carrera coral entonando, con mis amigos, párvulos, un himno (sin duda, producto de esa santa casa) en honor del Visitador paulino que nos hacía el favor de su inspección, y que, según mi defectuosa memoria, decía aproximadamente así: *En este día bienaventuroso / con semi- semi-semi secusión / el alma agradecida / os brinda admiración...* Nunca llegué a saber lo que era *semisecusión*. Del colegio de las Paulas al de los Maristas encaminé mi primaria educación, que mereció el título de *Rey de la Gramática*, que me concedió, en otra visita de Inspección el Hermano Marista que dirigía mi colegio y que se llamaba, como un romano, Antonino; el experto en Música fue el hermano Basilio, que había sido maestro de Pepe, mi hermano mayor, que, cuando yo cantaba mis motetes en San Carlos, ya estaba aprendiendo el oficio militar en la Academia de Toledo, de donde pasaría a Marruecos, cuyas postales y caricaturas de costumbres moras, eran un tesoro para mi inexperiencia plástica.

Volviendo a mi casa de la calle Mayor, esquina del callejón Elezaún, que llevaba al colegio de las Paulas, guardo tres recuerdos familiares: una tempestad doméstica movida por los gritos de mi anciano padre militar; una experiencia científica, por el uso indebido de una barra de lacre, que me produjo una señal en la muñeca (que hoy apenas se nota) y la tristeza de perder el chocolate de mi merienda, que se resbaló del pan cuando merendaba en el alto balcón de hierro de la calle Elezaún.

(13 DE MARZO)

El traslado de mi casa natal a la que varios años, sería la de mi familia cambió mucho las coordenadas de mi juvenil existencia. La operación tuvo lugar en el curso de mi infantil enfermedad: el sarampión, que en la época atacaba a todos los niños sólo los mas desdichados guardaban las señales en diminutos hoyuelos. Mi padre me envolvió en una manta y rápidamente, me transportó a mi nueva morada, sita en la confluyente calle de los Argensolas, que conducía de la Plaza de San Lorenzo (o San Pedro Nolasco, según otros) a la calle Mayor. En tan breve espacio, que las piernas paternas recorrieron en unos minutos, pasé de la antigua casona de mis infantiles amigos a otra menos aparente, de fachada de dos huecos, que en la planta baja se abría al portal de las viviendas, entresuelo, principal y dos pisos más, y la puerta de una verdulería (hoy mas finos, la llamarían frutería, si no hubiera desaparecido con la propia casa) que aparentaba ser una oscura pieza honda y húmeda, en donde reinaba, entre montones de cebollas, borrajas, tomates, pimientos, coles de diversos tipos, patatas, boniatos, algún cardo, habas y judías verdes la señora (o mas exactamente *Señá* o, en la gravedad dialectal aragonesa *Seña*, sin acento) Juana y su oscuro esposo, semejante a otra legumbre, mientras ella robusta, blanca, oliente y no a ámbar, y tan compenetrada con la naturaleza muerta en que vivía como los personajes de los bodegones flamencos. Ambos cónyuges compartían un oscuro entresuelo, ante cuya puerta, a pocos escalones del suelo del portal (*patio* en dialecto aragonés), se alzaba una oscura columna que, de haberse raspado, frotado y lavado, hubiera mostrado su calidad de alabastro, que en el país es material corriente, para soportar el redondeado rellano del principal, donde, como dueños y señores del edificio entero, vivíamos mi familia (compuesta por mis padres, María y José, como los del Niño, mis hermanas, Isabel y María, mi hermano Antonio, nacido el año Once y que a la sazón tendría unos catorce, y yo, ocho años menor y a la sazón de unos seis o siete, acaso ocho, ya que ya no volví a las Paulas que estaban demasiado lejos y eran parvularias, e ingresé en los Hermanos Maristas, cuyo patio daba sus tapias a la plaza de San Lorenzo, en cuyo centro, por aquella época, decidió el Excelentísimo Ayuntamiento Cesaraugustano conmemorar la memoria de los hermanos Argensola, tratadista y poeta respectivamente figurados a ambos lados de un zócalo, en forma de medallones algo malcarados, que

separaba una figura femenina, que el *personal* del barrio identificaba con *la Argensola* aunque no fuera pariente de tan ilustres vates cuyas obras ignoraba el vulgo y cuyo apellido acaparó un pescadero (o pescatero, según el aragonés) para el cartel de su expendeduría de ricos peces, no del Ebro, sino de San Sebastián, de donde los traían cada noche y hasta una vez traían hasta un monstruo marino, que yo avizoraba desde el balcón de mi casa y que se vendía a rodajas. Pablo y su mujer Dora (o Adora, según versión vulgar) eran guapetones y relucientes, y coreaban sus mercancías marinas con buenas gargantas, aunque se tratase de sardinetas a tono con la modestia del vecindario mas que de lampreas, que jamás vi en aquellos chorreantes mármoles. Ahora sospecho que la pescadería se llamase *La Pilara*, que todo puede ser.

A su izquierda y dando esquina a la calle Mayor había una tienda de Ultramarinos, con muchos vidrios y espejos llamada *La Levantina* por voluntad de su dueño *el Catalán* que solía ocupar el estrecho quicio de su puerta, acaso para atraer a las transeúntes con una amable sonrisa; pero mi familia pertenecía a la Cooperativa Militar de la calle Espoz y Mina, la otra frontera de mi barrio infantil, que desembocaba en la calle de San Gil o de Don Jaime (el Conquistador, no el Carlista, de pocos amigos en una ciudad que dedica otra calle al 5 de marzo, historia liberal). Andando los años mi hermana mayor casaría con un confitero opulento, amén de puntual mercader de ultramarinos, y primero iría a vivir a dicha calle, en la vecindad de la tienda de muebles que ocupara un palacio renacentista (hoy Museo Camón Aznar, donde por cierto, hay expuesto un dibujo mío dedicado al director) hasta que pocos años después se trasladaron a la esquina de San Gil, en el tercer piso de la espléndida casa modernista de los Marín Corralé donde años mas tarde sería yo su huésped al final de la guerra civil. La tienda de mi cuñado Cándido se erguía, con sus mármoles orgullosos, y sus jamones y tartas de San José (alguna de las cuales modelé yo con vigas de guirlache) junto a la neoclásica parroquia de Santa Cruz, preciosa arquitectura de Yarza (siguiendo el modelo del Pilar de Ventura Rodríguez) pero en aquellos tiempos sucia y sebosa, pese a las pinturas de Bayeu, hasta que, para bien o para mal, dejó de ser parroquia independiente para pasar a las pías manos del Opus Dei (esto ya en la época franquista). Al obrador se entraba por un gran portal a un patio, adonde se abría la puerta del *Salón Blanco*, un teatrillo

de aficionados presididos por el hojalatero Sr. Salas, que asumía los mas variados papeles de comedias musicales (vulgo, zarzuelas de género chico) tales como La canción del olvido o La generala, con acompañamiento de piano y entusiasta público de baturras de la capital, con infinitos y bulliciosos niños, que en los descansos se precipitaban por la puerta trasera de la confitería de mi cuñado, para regalarsé con lo más barato del menú: *Teclas y Sultanas* y en Cuaresma algún hojaldre seco con una sardina en su fachada superior. Al acercarse las Navidades la familia era invitada a colaborar en la refacción de figuritas de mazapán, ocas, toritos, anguilas, etc. de éxito garantizado.

Pero volvamos por la calle Mayor, en cuya esquina a San Gil había una capillita de la Virgen, hacia la de los Argensola. Por ella pasábamos junto a la callejuela de San Juan y San Pedro, con su iglesuela que fue demolida, con las debidas licencias, en la época franquista, destruyendo una torre, modesta pero sin disputa mudéjar, supongo que porque en la ciudad las había mayores en el mismo estilo. Iglesia oscura, húmeda, frecuentada hasta su demolición por las beatas del barrio que no protegió una imagen de Santa Rita, a la que las solteras acudían a *chantajejar* con amenazas si no les concedía el ansiado esposo. Más adelante en la calle Mayor (el *máximo* o el *decumano* de los romanos fundadores) había una tienda-taller de sillas de anea, cuya dueña, de sonrisa giocondina, aparecía entre las penumbras del establecimiento. Y casi enfrente, mi apreciada churrería, experta en churritos rosquilleros, que solían enhebrarse en un junco, pero cuya gloria eran las ruedas, manejadas con palas que las tornaban cuando (como los mártires) ya demostraban estar asadas por un lado y que caían luego en el mostrador de cinc, para ser rápidamente despedazadas en sendos paréntesis de masa estirada y dorada. Pero nada comparable al cero redondito como un rosquilla deliciosamente infernal y que quemaba mucho, que los niños pedíamos. La desaparición general de las churrerías ha sido una de las miserias sufridas por España al adaptarse a las modas extranjeras de desayunos con sandwiches y hojuelas, impuestos por la adocenada invasión de las *firmas* americanas. Entonces, sólo se consumía y apreciaba lo español, y buñuelos inflados y churros entre paréntesis se han sacrificado a una imaginaria exquísitez.

Los humos de la churrería llegaban hasta la esquina de Argensola donde las detenía un estanco con los colores nacionales y una

dama estanquera de amplia trenza en forma de moño y mirada melancólica, que vendía con dignidad de funcionaria cigarros factores de espesas humaredas, cigarrillos mixtos de hebra, fósforos y cerillas en sus estuches de madera basta o de cartón oscuro y hasta algún puro de excepcional porte.

No había solución de continuidad entre la esquina del estanco de *puro a real y mixtos de cazoleta* y la frutería de la Señá Juana en mi propia casa y ambas daban por dentro a un patio de luces, llamado poéticamente *la Luna*, por donde correteaba dignamente la hija de la estanquera y al que daban las fachadas internas de las casas de la esquina de Argensola y Mayor, con multitud de jaulas de pájaros, ropa tendida en las barandas, algún gallinero de tela metálica que encarcelaba a un ave descarada y chillona; de mi piso, como complemento de la *galería* donde mi hermana Isabel, muy dada a la pintura, pintó dos copias de sendos tapices de Goya, *El Cacharrero* y *El Pelele*, que fueron a decorar la sala de mi mansión. Pero lo más curioso de esta *luna* interior, más que las jaulas de conejos y la ropa tendida, era la cuarta pared, cerrada pero rumorosa, de la Fábrica de Dulces, de cuyo interior no se conocía sino el inaudito y permanente temblor de las maquinarias, que no veíamos, de unos caramelos, que no chupábamos.

El principal familiar, destartalado y largo, era el fruto de la unión de dos departamentos o pisos, que habían conservado sendas puertas: una, de dos hojas que se abría, a la parte *noble* hacia la Argensola, a un pasillo que comunicaba la sala de la calle y el comedor de la Luna, entre cuyas piezas se incrustaban los cuartos de mi hermana mayor y de mí mismo, uno respirando hacia el comedor y el otro hacia la sala. Mi hermana María, que estudiaba violín con don Teodoro Ballo, disfrutaba de la habitación de la calle contigua a la sala y en ella, de pie junto a un atril de caoba, arrancaba de un instrumento muy decente, las tristes melodías de *En la Alhambra* de Jesús de Monasterio. Mi hermana Isabel, que estudiaba para Maestra en la Escuela Normal de la Huerta de Santa Engracia, disponía en el comedor de un piano o mejor dicho *clave*, noble y desafinado, en forma de mesa, donde a veces se sentaba cuando las artes aplicadas domésticas y la preparación de cursos escolares, le dejaban un rato libre. Ese teclado en el clave antiguo ha sido mi primer contacto con la música, que tanto me ha ayudado a vivir. Que no andaba escasa en Argensola 17, pues al violín de María y a los arpeggios de Isabel se

unía un viejo gramófono, entre cuyas piezas me llamaba la atención una obertura del *Lobengrin* wagneriano que se unía a las canciones de las menegildas que se asomaban a la Luna y a las siempre exitosas coplas cantadas por una mujer coja y robusta que se apoyaba en la muleta para vender las letras de las canciones de tres ciegos (dos guitarras y una bandurria) que frecuentaban la calle. Esas melodías a la moda de la época (*soy la garsón (garçonne) con, con, / con el pelo cortao...*, *La chica del 17 lleva zapatos de tafilete, sombrero de alto copete / y abrigo de petigrís... Apriétame contra tí como en autobús...* etc.) que yo repetía fielmente, sin entender gran cosa, alternaban con alguna copla de sucesos sangrientos, que contaban un crimen, sin que me asustara demasiado, más que de la lectura de los diarios, cuyo vendedor pasaba voceando: *El Sol, La Libertad, el ABC...* alguna vez el espectro callejero se animaba con la presencia de un gitano viejo, conductor de un oso más viejo todavía, que se avenía a bailar pesadamente y sin meterse con nadie, o con la cabra equilibrista de un gitano más joven, capacitada para subirse encima de una silla colocada sobre una mesa y girar, no sé si en dirección de las agujas del reloj. Menos frecuente era el paso de las Cabras de la Leche, que cada mañana proveían del líquido recetado a los enfermos necesitados. Los gritos pescaderiles de Pablo y Dora animaban el escenario, a los que colaboraban (de primavera a otoño) las cigüeñas del campanario de La Seo vecina, con sus castañeteos de pico. Pasaba algún vendedor de miel de la Alcarria, o de té de las montañas de Ansó (en este caso, mujer, vestida con el noble traje regional), o el afilador con su flauta de pan y su muela montada en un carretillo o alguna colegiala de las Paulas o de la Enseñanza. Todos los jueves de buen tiempo los colegiales de los Maristas pasábamos la calle de Argensola en dirección al Puente de Piedra hacia las arboledas de Macanaz, donde se jugaba a Ministros y Ladrones o a otras picardías o se montaba en el lomo de algún delfín de la desahuciada fuente de Neptuno arrancada de la Plaza de la Constitución, para dejar plaza al pretencioso Monumento a los Mártires de la Religión y de la Patria.

A la izquierda de la fachada de mi casa se bifurcaba otra pequeña y renegrida con el minúsculo escarapate del Horno de los Moñacos, que tenía la habilidad de modelar figuras o muñecos en pasta de pan, a modo de tortas ilustradas. Era diminuta hacia la izquierda de mi casa, daba por dentro a un pasadizo o callejón que lamía los

muros de la segunda parte de mi morada, la interior y doméstica, con la galería de la cocina, el cuarto de Aseo, el dormitorio de mis padres y, al fondo abierta al pasadizo de los Moñacos, la sala (por antonomasia) donde estaba la alcobilla o chimenea, en que fabricábamos exquisitos *votos* (un higo seco relleno de nuez y puesto al fuego) y dejábamos correr la imaginación siguiendo los arabescos de la lumbre, a veces díscola, que echaba humos por el largo tubo de la chimenea. La Sala fue lo mas entrañable de mi morada infantil, si se exceptúa lo que llamábamos *el Cuchitril* y que era un cuarto a un nivel superior, que se accedía por una escalerilla de madera del pasillo de la cocina a la sala, y que era, en su minúscula pequeñez, en cuando se echaba la trampa, privilegio de su habitante, que fue mi hermano Antonio (el mayor, Pepe, era militar en Toledo o en Marruecos y se le veía muy poco en Zaragoza) hasta que con infinito gusto, le sucedía yo en el personalísimo Cuchitril, en el que apenas cabía un tablero-mesa ante la ventana. A tan preeminente posición, encima del nivel familiar, pasé yo cuando lo dejó Antonio, y creo que allí comencé a escribir y a dibujar, ya que mi primitiva alcoba, a que accedí dejando la de la región del comedor era un diminuto cuartito en el pasillo, en cuya mesilla-silla solía lucir mi libro más lujoso: la novela del Oeste *Nevada* que no se refería a caídas de nieve sino al nombre del Paladín del Oeste enamorado de una casta joven y al que dio vida Zane Grey y a mí repetidas ocasiones de leerlo. Porque en mi casa leíamos mucho; Isabel *La Castellana de Stone* y novelas rosas de Berta Ruck y Concordia Merrill; Maruja, sus piezas de violín, mi padre, alguna historia de Morayta bien poco convencional para el genitor de tres escolares maristas; mi hermano Antonio sus manuales científicos de la escuela preparatoria (donde se hizo una foto con un brazo en cabestrillo); mi madre, algún diario o libro de piedad o misa. A ella debo, entre mil favores, la 1ª edición (infantil) de los *Cuentos de la Mil y una Noches* que me descubrieron el Oriente.

Mi amistad con las *niñas de doña Carmen* duró hasta la guerra civil. Ocupaban el piso de encima del mío, principal: más tarde, ellas y nosotros emigramos al *Ensanche*, o las *Casas Baratas* de la Gran Vía, aunque en edificios diferentes de la misma urbanización. Desde el balcón de cemento en pico podían verse (con cierta aprensión, por parte de ellas) a las tropillas de uniforme, con gorros de puntas, chicos y chicas, que desfilaban por la Gran Vía, con beneplácito

de nuestra vecina *La Aladina* (así llamada por vivir al lado nuestro), con un perro lobo de buen carácter y un marido liberal y agente comercial. Creo que en los saqueos legales de los primeros días del *Alzamiento* o *Movimiento*, en 1936, detuvieron al marido y se llevaron como trofeo un horroroso cromo con la República Española... *A Capitanía*, chillaba nuestra Aladina con furia desde su balcón en pico, tratando de guiar a los aviones que husmeaban el cielo zaragozano para que detuvieran al General Cabanellas, que, olvidando su liberalismo, se dejaba llevar al *Movimiento*. Pero eso es ya otro capítulo...

Encima de don Rafael y sus Niñas vivían un hombre flaco y colérico que mis hermanas, muy dadas a motes, llamaban *el Calvatrueno*, católico militante. Su mujer era pequeñita, regordeta y tímida y jamás se ponía en desacuerdo el esposo. Su hija Pilar me parecía un dechado de belleza, ojos de terciopelo negro, pelo castaño rizado y oscuro. Su hijo Santiaguín era muy amigo mío y jugábamos a hacer *capillicas* en el pasillo de su casa, pues era muy devoto y terminó cura párroco de una de las mejores iglesias de la ciudad y jamás renunció a su bondad y sencillez. *En la tierra de la Virgen del Pilar no se da limosna* gritaba su absurdo padre, despidiendo a un mendigo con las manos vacías. Santiaguín fue, en cambio, todo lo caritativo que un cura ha de ser y además cuidadoso de su parroquia; la iglesia de San Gil brilló en todos sus detalles bajo la guarda cuidada de Don Santiago Artigas, con su torre mudéjar, sus soberbias estatuas en la nave, su rico altar mayor, su precioso salón de reuniones piadosas.... En tanto esplendor, Santiaguín no perdió su admirable modestia ni su cariñosa acogida a justos y pecadores.

Otros libros corrían por mi casa de Argensola, pues mi padre era librepensador y radical, como militar de su tiempo, escarmentado al regreso de Annual. Oriundo de Sarsamarcuello, pueblecillo oscense en las estribaciones del Pirineo, no lejos de los Mallos de Riglos, con una espléndida vista panorámica de praderas y montes cubiertos de nieve (en la pubertad tuve la suerte de pasar algún verano en ese pueblo), poseía la particularidad de tener el río Gállego a su alcance (como Gálico, de las Galias vecinas) y una pequeña iglesia en cuyo adjunto cementerio, labrado en la roca, yacían numerosos difuntos de mi apellido, parientes o no. La gran aventura turística de mi infancia de cuando tendría unos siete años fue el acompañar a mis padres desde Zaragoza, a recoger al tío Fabós, para que se vinie-

ra con nosotros a la ciudad y liberarlo de las garras de un ama de llaves (y de todo) que mandaba en la casona. Éramos de la rama de los Carasol, con un escudo con el astro radiante de frente; y Josefin de Carasol era mi primo y el niño que fue mi amigo y guía en nuestra expedición marcollesa. Viajero apenas del tranvía zaragozano (pues nunca alcancé los destartalados coches de viajeros, que iban a la estación chisporroteando en los adoquines de las calles, con cierto heroísmo del Oeste), montar en el tren debió de parecerme un ensueño oriental. Pasamos la noche en Ayerbe, que me pareció una capital populosa, de labriegos, tartanas y tratantes, y de allí seguimos a la vecina Sarsa, donde nos esperaban el tío con rudas caricias y su ama con mirada torcida y aviesa. En mi imaginación infantil creía al ama de llaves del tío Fabós capaz de guardar una pistola bajo la almohada, para evitar sorpresas. La mayor joya de la casa era un San Antonio de talla, grandecito y benévolo, que mucho me hubiera gustado llevar, me quedé con las ganas. Yo me paseaba por las eras y ribazos con mi primo Josefin, que tenía la voz aguda y cantarina de los baturros del Norte; en su casa, a la hora de merendar, trataban de sonsacarme sobre cuales eran las consecuencias del viaje y si la *fulana* iría a la calle, lo que nunca supe. En todo caso, mis padres y yo regresamos a Zaragoza, pasando por Loarre, primer castillo de mi vida; y el tío Fabós nos siguió hasta nuestra casa y habitó con nosotros. Era un viejo colorado y bromista. No sé cuando murió.

La casa donde vivíamos era, al parecer, propiedad de otro viejo más adusto pero con ganas de fraternizar; por desgracia trataba de amaestrame con unas renegridas pastillas o caramelos que extraía de sus hondos bolsillos y que me producían asco. Se llamaba don Agustín y vivía en Calatayud, de donde nos mandaba, para Navidades, un buen cajón de madera repleto de vituallas adecuadas, como embutidos y turrone. Pero sus forzadas bromas no eran capaces de hacerme reír, por mucho respeto que se le debiera, aunque me beneficiara de sus barras de guirlache. Parece que lo estoy viendo en aquel comedor de aire monástico, con los más grandes e incómodos sillones de acartonada piel y brazos terminados en rayadas bolas. En la pared colgaba algún cuadro, como el de un duelo francés entre personajes de Carnaval, que al parecer tenía cierto mérito. Por el balcón se veía la *Luna* del estanco y penetraban en ese austero refugio las canciones de las menegildas: *Ven Cirila, ven,*

y verás y verás un oficial ... Yo me sabía de memoria *las letras*, sin sospechar sus insolencias.

Mis mejores amigas de la casa eran las *niñas de doña Carmen* que vivían en el segundo piso: Pilar, Carmen y María. Pilar era la redicha a sus doce o trece años, de apostura maciza y expresión fina: Carmen, que era mi preferida, era delgada, melancólica, de grandes ojos oscuros (había de morir en su mocedad); María era la de mi edad, la pequeña, de buen humor, y que canturreaba las canciones inventadas por *los amigos* al advenimiento de la 2ª República que debió consternar al padre, Don Rafael, que era gordito, chistoso animado, maestro y periodista del diario carca *El Noticiero*, acicalado, rápido, brillante comparado con su hermana Patrocinio (o Patro) solterona sin esperanzas que usaba la expresión *Es tonto*, no aplicada a una persona, sino a un caso o situación. Llevaba el pelo sujeto en moño occipital y era humilde y encargada de la faenas domésticas. La señora de la Casa, doña Carmen, era simpática y debió de ser guapa, y su gloria fue ser parienta de don Inocencio Jiménez, pro-hombre de la sociedad reaccionaria. Las visitas de ellas a mí y viceversa me imponían gustosos juegos domésticos, como comedicas y pasacalles. Con la República, María cantaba inocentemente: *Viva la Nación, y la Revolución En este país / no queremos Rey / sino un presidente / que gobierne bien*. Eso si no la oían sus padres. Terminó monja muy devota y profesora de religión.

El trato creciente con mis compañeros del colegio de los Hermanos Maristas y la asistencia a las clases, mañana y tarde, disminuyó en parte mi amistosa relación con los vecinos de mi casa. Andando el tiempo, don Rafael y su familia se mudaron a las Casas Baratas, en el ensanche de Zaragoza hacia el nuevo Parque, llamado de Primo de Rivera en recuerdo de no sé bien quién y que, contiguo al Cabezo de Torrero, que siempre había sido el pulmón de la ciudad, constituyó una amplia zona de pinares, en la parte alta, y diversos jardines y arboledas en la baja, conectada con la Gran Vía zaragozana por un soberbio puente, muy excesivo para el escuálido aunque pintoresco río Huerva, lugar predilecto de mis excursiones matinales en compañía de mi hermana mayor, Isabel, tan aficionada al campo como buena maestra nacional, también por otros aledaños: la Granja Agrícola de Zaragoza, al sur de la ciudad, y que pronto quedó olvidada en aras del parque nuevo y de sus dos cursos de agua: el Canal Imperial por arriba y el río Huerva por abajo. Los

paseos hacia el Ebro y el Gállego, los dos ríos principales del territorio, que en mi infancia tierna solía dar con mi padre (sesentón muy andarín como buen montañés) y a quien convencía de pasar, de camino, a través de la catedral de La Seo- donde me encantaban los demonios o trasgos de la barroca portada de la capilla de Santiago, y ocasión habrá de volver a La Seo, que tanto influyó en mis gustos artísticos y devotos, para salir al romano Puente de Piedra, aireado y vertiginoso, hasta la orilla del Rabal, a pie enjuto y sin tomar la Barca del Tío Toni (años después me embarcaría en compañía de mi primo Pedro) para animarnos, ya a las playas fluviales de más arriba, pasado el Puente de Hierro de los trenes, donde mi progenitor se esforzaba en enseñarme a *nadar*, ya a la larga carretera que más lejos cruzaba el río Gállego (río personal) por un puente de hierro que era orgullo de ciudadano moderno (luego se le juntaría otro, hasta desfavorecer el panorama) aunque sin baño, porque el cauce era de cantos rodados más amables que las arenas Ibéricas. No puedo omitir la referencia a otro puente sobre el Ebro, más allá del Arrabal, Puente de las Arcadas, porque era una mole metálica con arcos aéreos que siempre me tentaron y que nunca me atreví a subir. Cabe decir que en esa capital fluvial, ya que no marina, los puentes eran abundantes, los ríos numerosos y aún me callo la existencia novelesca de la acequias, que prestaban a los caminos vulgares el peligro prestigioso de desaparecer bajo sus turbulentas aguas, cuya opacidad cenagosa podía esconder graves peligros.

Mi cambio de barrio y de colegio, pasando del pretil del Pilar y La Seo al puente del Huerva en el nuevo parque, introdujo un cambio en las costumbres zaragozanas. Si mi hermano Antonio había acudido al club Helios (Los Helios, como se decía en Zaragoza) para nadar en el Ebro y hasta conducir piraguas en las nuevas modas deportivas que la guerra truncó, mi hermana María (o Maruja) asidua nadadora, prefería el club de Torrero, donde los elegantes hacían sus proezas natatorias en una piscina que así mismo servía de terreno en seco para conciertos selectos; y así oí yo la Sinfónica de Madrid, conducida por Fernández Arbós, en un programa que alimentó largo tiempo mis apetencias filarmónicas, incluidas la *Danzas Polotsianas del Príncipe Igor* de Borodin y la *Navarra* de Albéniz, que iniciaron mi *carrera* musical. Isabel, como yo mismo, prefería las inocentes excursiones de orillas del Huerva, rara vez lle-

gando hasta el Ojo del Canal curiosa y atrevida ingeniería que hacía (y hace) cruzar el Canal por encima del viejo cauce del Huerva.

La boda de Isabel con Cándido Pérez la apartó de esas excursiones y la situó en un terreno más aburguesado, con aburridas *permanencias* en la lujosa confitería nupcial, ornada de novedades técnicas, como una máquina para cortar jamones y embutidos, poco común en la ciudad, y un obrador con varios operarios que fabricaban succulentos turrones, presididos por el simpático Antonio. La ceremonia nupcial, modesta por caer dentro del plazo de luto por la muerte de mi padre, se ofició en la Parroquieta de La Seo, preciosa dependencia catedralicia cubierta, al exterior, del más polícromo muro de azulejos moriscos, y luciendo al interior, sobre la más hermosa tumba catedralicia, la de un arzobispo de ascendencia real, la maravillosa cúpula del *cimborrio* de madera dorada y recortada en encajes delicados. Los novios salieron de La Seo en dirección a Andalucía, donde se consumó el matrimonio y además visitaron la Exposición del Descubrimiento, que inauguró la célebre Plaza semicircular de España, con sus azulejos correspondientes, y el Parque de María Luisa, de feliz memoria en sus pintorescos pabellones y jardines. En la ceremonia nupcial me tocó estrenar una gabardina, de reflejos harto vistosos para mí.

Entre mis amigos de las clases de los Maristas recuerdo con cariño a Delgado y a Celada, ya que me abrieron perspectivas de futuro. Manuel Delgado de las Casas era un muchacho modesto y callado, pero que en su casa había asistido a la aparición de la entonces llamada *T.S.H.*, mayúsculas que escondían un hallazgo sonoro junto al que el gramófono era pura y vana espectacularidad ruidosa, con sus discos rayados y sus agujas punzantes. Delgado poseía (o, más exactamente, era su familia la poseedora) una misteriosa cajita cerrada, de dos mandos: una aguja o punzón provisto de un soporte que permitía asestarlo contra una piedrecilla plateada que se llamaba *galena*, lo que sonaba a esposa de médico, pero que era más misteriosa. Si la aguja punzaba en uno de los puntos sensibles de la pequeña roca, una voz se dejaba oír por un pequeño altavoz, ya con un fragmento melódico o con una frase o palabra misteriosa. La piedrecilla se dejaba manejar con un mando hasta que la aguja percutiera en la zona sensible, y Delgado me contaba, arrobado, que salió de su cajita una melodía de violines, lo que parecía cosa de magia. El aparato entró en mi casa, adicta a lo científico, y yo me pasaba

los ratos punteando el alambrillo afilado en la piedra argentada. Si no conseguí extraer una melodía de violines, sí que logré numerosas palabras entrecortadas de misteriosos mensajes: para un chico de diez años, la cosa no dejaba de tener su misterioso atractivo hasta casi hacerme olvidar el disco wagneriano del gramófono.

El misterio de Antonio Celada residía en su misma persona, porque era un moro, rubio, hijo de un militar de Marruecos, lo que en Zaragoza no dejaba de tener su mérito. Cordial y campechano, era la pareja que el destino me asignaba amablemente para mis excursiones de los jueves a la Arboleda de Macanaz (también llamada Balsas del Ebro Viejo), desde el callejón de los Maristas (en la vecindad de las serias alumnas de las Adoratrices) hasta la otra orilla del Ebro, brazo del uno sobre el hombro del otro del modo campechano ordinario en mi infancia, formando una larga comitiva apacientada por un par de Maristas. A través de Antonio, los moros, tan cruelmente caricaturizados en las postales marroquíes de mi hermano Pepe, cobraban una simpatía cordial de cristianos.

Aquel cortejo apareado que charlaba a gritos sin parar, atravesaba mi calle Argensola y hacía sonreír a mi familia desde los balcones de 17, canario incluido.

De estos amigos escolares se pierde luego toda pista y jamás supe si llegaron a inventores o a altos comisarios, o se quedaron en el *no man's land* de las pasadas relaciones. Hacia los años 30 los Hermanos nos llevaban, en fila, al Instituto Miguel Servet, parte del enorme caserón que se iniciaba, como Facultad de Derecho, en la plaza de la Magdalena, con fachada de cierta pompa, y que seguía, más humilde, hacia el convento del Sepulcro, convertido en Instituto de 2ª enseñanza para niños. Los Hermanos nos llevaban por la calle Mayor y nos dejaban en aquel vetusto edificio, con un patio destartelado con urinarios en forma de chalet suizo, donde el agua se helaba en aquellos durísimos inviernos, que decoraban el tejadillo recortado a ondas con enormes chupones brillantes, fuera de nuestro alcance. El patio tenía dos pisos y allí se cursaban las asignaturas de segunda enseñanza, con cierto tonillo liberal ya que acababa de sobrevenir la República, y la clase de Religión no era obligatoria, pese a profesarla el canónigo don Juan Carceller, en un aula decorada con un inmenso lienzo que representaba a Guzmán el Bueno arrojando desde las almenas de su castillo el cuchillo para que los enemigos sacrificaran a su hijo, cuya libertad rehusaban a

no mediar rendición. Ante ese detalle de chulería heroica, la señora de Guzmán (*Gut-man*, buen hombre, según la etimología) se arrodillaba a los pies del paladín, que no le hacía ningún caso. Lo más interesante de la historia era que quedaba en *suspense*, como una buena película, sin que los estudiantillos acertásemos con el desenlace. Don Rafael Jiménez, mi vecino del 2º piso de Argensola, reemplazaba al canónigo en sus ausencias, con ocurrencias de redacción de periódico.

En el aula vecina se cursaba la misteriosa asignatura denominada *Terminología Científica, Industrial y Artística*, mucho más concurrida, cuya docencia estaba a cargo de un redicho farmacéutico del Coso Bajo, cuyo apellido escapa, engolado hasta lo sublime en tan variopinta asignatura. He de advertir que la nueva República nos había provisto de libros con ilustraciones, que se subrayaban sin cesar, reproduciendo a veces cuadros célebres. Recuerdo a unas amigas de Religión que cubrían de primoroso rayadillo los desnudos sacros, dando al Resucitado aspecto de levantarse de dormir.

Mi compañero Gregorio era hijo de bedel del Instituto y me hacía honores de su casa, con buena colección de novelas del Dick Turpin y Búfalo Bill, con *partenaires* a la moda del novecientos, talle de avispa y amplios y honestos senos.

Fue en aquella época cuando tres funcionarios municipales fueron asesinados y en su memoria se erigió un farol algo ridículo al final del Paseo de la Independencia. A veces se oían tiros por las calles, lo que estaba lejos de asustarnos; y la vivienda de Gregorio era un buen observatorio. Eso no impedía pasear por el barrio, comprar golosinas de lo más cutre (regalices y falsos cigarrillos de chupar, más alguna que otra algarroba de tripas dulzonas), dar una vuelta por aquellas callejuelas por la fachada del convento del Sepulcro, asomarnos al callejón de la Magdalena, con el arco del altar mayor sobre el callejón, pasar por el arco de Pabostria y hasta asomarnos al pretil del Ebro, a ver cómo iba de crecido. Vecina estaba la Plaza de las Tenerías, donde más de una vez había yo visto bailar y recitar a los danzantes, de baturros, con pañolico a la cabeza (estrecho y no episcopal, como ridículamente se generalizó en el franquismo) y faja y toquilla de través, subidos en un tablado en dos batallones de cristianos con un ángel de capitán, mientras el demonio lo era de los paganos, que eran muy mal hablados:

Mientes, cristiana, embustera, calagurritano... decía el diablo y el ángel le vencía con un solo carcax. No faltaban en esos dances alusiones políticas a figurones locales, de lo más descarado. Y retratos crueles de la curia local: *Tienes la cabeza gorda / y el culo de señorita / y donde quiera que vas / vas tirando la levita...* sirva de ejemplo contra un inflado prócer municipal.

El barrio de las Tenerías olía entonces al curtido de las pieles y a las procesiones jubilosas o tristes de Semana Santa. Tenía un convento de clausura con ignoradas riquezas (como un precioso patio cuadrado y un santo sepulcro) que sólo veríamos treinta años después. Acá y allá quedaban restos de los torreones de la muralla vieja, con los restos del altivo convento de San Agustín, el cuartel de Sementales, que olía a paja, y el extraño parque de atracciones abandonado, centrado en su calvero por un carrusel de voladoras devencijado, que excitaba nuestra curiosidad. En ese parque se sitúa mi única escapada del colegio de los Maristas, con grandes apuros y sin mayores dificultades. En una calle cercana, dando hacia la plaza de San Miguel, vivía un viejo clérigo de lengua suelta, don Agustín, al que servía de ama la Tía Polonia (Apolonia) que lo era de mi padre, y en cuya encorsetada pechera fui conducido a La Seo para cristianarme, diez años antes.

El barrio de la Magdalena (iglesia situada al comienzo del Cardus o Decumanus, que nunca estoy seguro), donde estaba la primera Universidad, con una biblioteca notable, edificio del renacimiento tirando hacia barroco, era uno de los más característicos de la vieja Zaragoza agrícola; la parroquia que le daba nombre erguía su esbelta torre cuadrada en la plaza donde se remansaba el Coso y donde asomaba la fachada de la Universidad. Hacia esa plazuela se dirigía una callejuela con arco, llamada *de las Cortesías* porque era tan estrecha que obligaba a ceder el paso a quien viniera en dirección contraria. La iglesia, por razones indecisas, estaba colocada del revés, es decir que su ábside se había convertido en portada, al abrirse hacia el Coso, con una fachada poligonal centrada por un portal bastante elegante. En el interior, al fondo de la única nave, lucía un altar mayor que representaba la Asunción de la Magdalena, en relieve de madera, coincidente en estilo y autor con el altar de la *Santa Capilla* del Pilar. A lo largo de la única nave se abrían capillas, cuyas fachadas en arco se flanqueaban por grandes esculturas policromadas, supongo que del mismo taller autor de las, superiores, de San

Gil y San Felipe. Una de esas capillas lucía, con cierta torpeza, los restos del primitivo retablo renacentista, que debió de preceder al relieve de la citada *Asunción* con escenas graciosas. Pero lo más notable de este edificio era la torre, que erguía sobre una parte baja, de azulejos moriscos, un elegante campanario neoclásico (creo de Yarza) que elevaba el Gallo, que daba nombre a esa parroquia: es de notar que las dos viejas parroquias labradoras de Zaragoza, San Pablo y la Magdalena, se caracterizaban por sus veletas, el Gancho y el Gallo. Al parecer tuvieron su más y sus menos y en la biografía de Goya se suele incluir una breve noticia sobre las luchas entre los labradores de las dos parroquias. Descabezada tras la última guerra civil, esa torre (que, como la mucho más alta de San Pablo y la cívica de la Torre-Nueva en la Plaza de San Felipe, muy torpemente arrasada a comienzos de nuestro siglo en aras de una supuesta seguridad eran las más airosas de la villa) perdió un tercio de su altura, en busca torpemente de una pureza de estilo que rozaba la parodia. Muchas veces pasé junto a esa torre tan alta, yendo al Instituto, y, más tarde (cuando ya se trataba de degollarla) a la Universidad, paladeando la ingenua alegría de los azulejos moriscos entre uno y otra; los estudios se trasladaron al enorme colegio de los Jesuitas, en la parte nueva de la ciudad, cuando cayó en desgracia por enésima vez la Compañía y el colegio de más postín de la ciudad se transformó en Instituto Goya de 2ª Enseñanza, evidentemente mixto, al que acudíamos los ex-maristas del Instituto Miguel Servet.

Disfrutábamos de un enorme edificio y un claustro de profesores famosos, como el catedrático de dibujo Francisco Cebrián, cartelista conocido en los anuncios de las fiestas del Pilar, que nos hacía copiar los yesos clásicos de nuestra colección estatuaría y que, disimuladamente, se pasaba la punta del lápiz por debajo de la peluca colorada y lacia, que le daba un aspecto pintoresco. Allí aprendí a copiar testas romanas al carboncillo, sin lograr evitarles cierto aire caricaturesco, porque copiar las figuras de yeso de dos metros de altura era pedir peras al olmo. Otro catedrático notable era don Miguel Allúe Salvador, en ocasiones previas Alcalde de la ciudad, persona rolliza y bigotuda, con muy pintorescos enfados cuando sospechaba de la atención de un alumno, al que calificaba de *mamarracho grotesco*, en especial si lo sorprendía distraído y, a mayor abundamiento, dibujando en el pupitre a punta de navaja, o respondiendo por un absurdo a la cuestión profesoral. Recuerdo

que uno, que osó afirmar que doña Jimena era el propio Cid Campeador, destapó las mayores explosiones del carácter de nuestro maestro cuidadoso en su lenguaje si no se le ofendía, y morador, cerca de la Huerta de Santa Engracia, de una casa cuadrada de balcones semejantes en pisos, cada uno de ellos coronado por el nombre de un escritor, poeta o prosista, lo cual nos divertía sobremanera: el balcón de Cervantes o el de Santa Teresa nos hacían (disimuladamente) estallar de risa. Fue alcalde conservador, todavía usó la chistera borbónica y pese a ella sufrió un accidente de automóvil que le produjo un chichón en plena calva. Tuvo la feliz idea de editar Lope de Vega, que calificaba de *periódico de un solo número* (lo que no dejaba de ser monstruoso, aunque en honor del centenario del poeta) en el cual tuve el honor de colaborar en mi primera crítica de arte: la de un cuadro de Overbeck (que reproducía nuestro manual de clase) titulado *Jesús curando a los enfermos*, que concluía con una frase apoteósica sobre la ingratitud de éstos en la Pasión de Cristo. Nunca fui yo *mequetrefe ridículo*, aunque, a lo peor lo mereciera; pero he de agradecer a Allúe Salvador el encaminarme hacia una actividad que me ha acompañado a lo largo de mi vida.

El catedrático de Matemáticas, personaje hirsuto y casi feroz, aunque todo quedaba en imagen respondía al impropio nombre de don Adoración Ruiz Tapiador y tenía la fea costumbre de hurgarse las orejas con el manguillo de su pluma. Ese era, por lo demás, su mayor defecto, pues, pese a su aire cavernario, era un excelente varón.

Frío, elegante y exigente era el catedrático de Latín, don Benjamín Temprano y Temprano, que nos hacía memorizar los versos y coplas latinos, aunque tuvimos cierta compensación cuando le vimos aparecer, ya no de elegante eclesiástico de hebillas de plata, sombrero de lanas y airoso manteo, sino del más triste *paisano* de España, cuando era peligroso lucir su apostura clerical.

Otros más habría, sin duda, que no recuerdo con tanta frescura. Las clases se engalanaban con la presencia del *sexo débil*: por su seriedad clasicista destacaban dos hermanas catalanas, Rita y Rosa Roig, típicos ejemplares de catalanidad, aplicadas, serias y amables, altas y correctas. Pero mis amigas fueron el trío formado por Rotellar, Llompарт y Lucea, listas y trabajadoras, y el de las hermanas Allanegui: todavía encuentro a Herminia Allanegui Santos, como si

aún viviera en la calle de Pabostría, en su librería cabe el Prado de Madrid. Con ellas y algunos amigos, como Ibarra o Fatás, tuve el honor de hacer una excursión a San Juan de la Peña, segundo viaje de mi infancia, tras el de Sarsa con mis padres.

El profesor que más y mejor me influyó, haciéndome conocer el francés que tanto había de usar en mi vida y viajes, fue don Francisco Tomás Mendizábal, que nos hacía el honor, a Guillermo Fatás y a mí, de compartir su cátedra, a ambos lados de su mesa, observatorio ante el cual la clase gritaba, reía y se desternillaba, sin que ello afectase a este querido maestro, que fue, en la barahunda, nuestro maestro particular.

En los Maristas había trabado amistad con José Jimeno Lisón, que vivía cerca de la Plaza de San Miguel, en una bocacalle del Coso Bajo. Pertenecía a una familia muy católica y simpática y tenía una hermana llamada Manolita que estudiaba, con éxito, para pianista. En aquella casa organicé un teatro de fantoches, inspirado en el episodio de la liberación de Melisendra, del *Quijote*, que era (conveniente expurgado) nuestro libro de lectura del colegio. Más tarde lo he leído y releído hasta hacerlo algo familiar y, no sé si por casualidad, poseo unas diez ediciones del libro, entre ellas una inglesa, ilustrada, del siglo XVIII, que compré en el rastro de East End, de Londres, mucho después. Yo seguía, en mi comedieta, los pasos de Ginés de Pasamonte y más de una vez los he ilustrado con dibujos, como uno muy grande, que tienen mis sobrinos en Zaragoza.

Manolita iba para excelente pianista y, cuando se mudaron de casa y vivieron en la calle de Ramón y Cajal, fui íntimo de la familia y hasta de sus vecinas, que me llamaban, con sorna *el discípulo amado*, aludiendo a las clases de piano que ella me daba, generosamente, aunque sin grandes resultados: sólo llegué a deletrear muy mal una pieza corta de Tchaikovski, una *Canción rusa*. Pasada la guerra civil, durante la cual tuve correspondencia con la hermana de mi amigo, así como con las compañeras del instituto Goya y, más adelante, con la hermana (que luego murió) de Carlos Álvarez Peña, que vivía en Madrid. Por Manuela conocí a otras pianistas, como Matilde Murcia, y también hermana de un amigo, Juan Ignacio, a quien traté en Madrid y en París, una de las personas más inteligentes y divertidas que he tratado. También a Carmita Ledesma, que hubiera sido una de las mejores artistas españolas de no haberse casado con un cursi, que *tenía celos del piano*. Estas dos vivieron en Madrid y la última

fue maestra de uno de nuestros mejores compositores, pese al matrimonio. Pocas veces he oído un Brahms mejor tocado.

Mi cultura musical debe a Manolita gran parte de sus noticias y admiraciones. Por desgracia, cayó gravemente enferma, después de haberse dado a conocer tañendo el concierto de Grieg en el Cine Goya de Zaragoza con muchos aplausos, acompañada por una orquesta zaragozana cuyo director era padre del humorista Mingote, hoy académico de la Española. Fui a visitarla en el hospital del Canal Imperial y, con su valor cristiano, nos vio a Eduardo Fauquie y a mi, como amigos en fiesta, pese a estar ya en camino de muerte; su padre lloraba en un rincón.

Con Eduardo había de frecuentar algo después a Pilar Bayona, la mejor pianista aragonesa, capaz, entre otras travesuras técnicas, de tocar el concierto de Grieg por separado, piano y orquesta, y juntarlos en una de aquellas veladas que prolongaban sus actuaciones nocturnas por *Radio Zaragoza*. Su memoria era infinita y su gusto insuperable. La última vez que la vi era ya algo mayor y se quejaba, con gracia, de lo desobediente que se había hecho su dedo meñique. Poco más tarde murió en una calle de Zaragoza, de atropello de automóvil. Pilar ha sido la gran artista que he tratado con sencilla intimidad y sin la menor pedantería por su parte, y que tocaba *como quien lava...*

Los Jimeno vivían, como digo, en Ramón y Cajal, muy cerca de un viejo y venerable grupo escolar presidido por los padres de Guillermo Fatás Ojuel, amigo inteligente y divertido, ocurrente y brillante, que tenía un hermano que hacía oposiciones a arquitecto, sin lograrlo, y una hermana que cantaba romanzas lacrimosas de *Gigantes y Cabezudos* y otras zarzuelas amenas. Guillermo, mi semejante a ambos lados del catedrático de francés, Mendizábal, era la persona más ocurrente que he conocido. Por desgracia, ya mayor de edad, sufrió de una interrupción mental en una enfermedad y su cabeza quedó bruscamente sumida en una lamentable oscuridad, en la que desaparecía una de las inteligencias más brillantes y ocurrentes del Zaragoza de mis mocedades.

Con él había yo cursado Derecho en la Universidad de la Magdalena y, luego, en la nueva, la auténtica Ciudad Universitaria, cercana al Parque, a Casablanca, inaugurada después de la guerra civil, hacia 1940 y algo. Cuando terminó esa guerra (y es capítulo

aparte) ingresé con Premio Extraordinario en la primera citada, para proseguir los estudios de leyes, interrumpidos por la contienda. Tuve la suerte de merecer Matrícula de Honor en todas las asignaturas del primer año de Leyes, pese a lo que el tema me aburría. Cuando concluyó la contienda civil (1936-39) pasaría a la nueva Facultad en los altos de la Gran Vía, cerca de la cual yo había vivido en la calle de Ricla (donde falleció mi madre) después de haber gozado en las llamadas Casas Baratas, en un piso amplio y alegre, maldito por la declaración bélica, que interrumpió mis estudios, y por la noticia de la muerte en el frente de Madrid de mi segundo hermano, Antonio, militar de Infantería como lo fue, antes y después, el primogénito. Pero de esa guerra habrá otra ocasión de hablar, con tristeza...

Así, pues, inicié mis estudios universitarios en 1935 en la vieja universidad. Era un cambio bastante brusco, pasar del bachillerato a las leyes, que me parecieron muy aburridas, aunque apechugué con ellas y hasta lograr un baremo de Matrículas de Honor. Mis catedráticos en la vieja casa (que todavía se ufanaba de la antigua biblioteca abierta a nuestras consultas y protegida por don Juan Moneva y Puyol) eran ilustres en general. Destacaba Moneva, genio agudo y de pasmosa memoria e ingenio, autor, entre otros libros, de un pequeño y primoso titulado *Parecias*, que guardo como joya. Era muy puntual, no pasaba lista a los demás, y su exigencia se centraba en la inteligencia y la memoria de sus alumnos. Pequeño y arrugado, con cabeza de romano viejo que medio cubría con la capa los duros inviernos zaragozanos, fue Moneva mi más ilustre catedrático y el más incisivo de expresión y de estilo literario. Recuerdo que, por escrúpulos de conciencia, fui más tarde a consultarle sobre la traducción, que me había encargado la *Librería General*, de un libro francés, los *Caracteres* de La Bruyère. Me quitó los escrúpulos, siendo él mismo muy cristiano y exigente, y me recomendó la sinceridad en la traducción, sin ambages, de los pasajes más atrevidos. Y como ejemplo, me contó el caso de una dama, que *era más puta que las gallinas* y que moderaba su lenguaje con cautos disimulos.

Esa visita tuvo lugar en la preciosa casa *pastiche renacimiento aragonés*, admirablemente conseguida por el hijo del catedrático, Moneva y de Oro, que murió joven. La hija del profesor era culta y discreta, y nada paseante ni balconera. Para saber de Moneva hay

que consultar, además de sus libros (escritos en el más puro castellano) los que le dedicó su alumno y mi amigo Luis Horno Liria, que fue el Auxiliar de su *Derecho Canónico*.

Otros profesores fueron el melífluo historiador don Carlos Riba; el deslenguado y gracioso presbítero Pou de Foxá, el remilgado Muñoz Casayús; el gran jurista Sancho Seral (que cursó pocas clases); y don Benjamín Temprano, cura de Cadrete y comentador de *L'Abbaye de St. Sayin de Lave-dan y ses possessions à Saragosse et Cortada*, de muy raro interés.

Tras la contienda civil, nos trasladamos a los nuevos edificios de la *Ciudad Universitaria*, de un desabrido estilo aragonés (y en ella encontramos al aburridísimo don Gregorio de Pereda, profesor de Derecho Administrativo; don Luis del Valle y Pascual más ocurente, docente de Derecho Civil, grueso y vulgar recopilador de literaturas baturras; don Agustín Vicente y Gella, el *dandy* de los profesores, que iba a clase en coche de caballos, pese a lo cual daba unas lecciones muy cortas y enigmáticas, aunque, eso sí, sabrosas...A la salida de las clases era un placer comentarlas con mis amigos José Enrique Rivas Pérez, (hijo de un famoso doctor muerto en un bombardeo de la ciudad) y José María Álvarez de Miranda, de la familia del Presidente de la Audiencia del Reino, en el altanero palacio del Coso Alto, la *Casa de los Gigantes*, donde yo entré por mis amistades más de una vez. José María ha muerto hace unos años, en el ejercicio de su alta escuela jurídica. A José Enrique le encuentro de vez en cuando miembro honorable y modesto de una numerosa familia jurista.

La costumbre de quienes salían, a mediodía, de una serie de lecciones algo aburridas, para levantar ánimos, era discutir las nociones algo escasas y disfrutar del sol o defenderse del viento, propios del clima cesaraugustano. La Gran Vía, reluciente de luz cruda y de vienteillo seco, recibía nuestras conversaciones hasta llegar a la Plaza de Aragón, con su aparatoso y baturro monumento al Justicia de Aragón, Juan de Lanuza, degollado por Felipe II por no haber querido prender a su infiel secretario (por lo cual el Prudente nunca ha sido bien visto en mi ciudad natal). Pero no es ese el único defecto de tan atroz edificio, por el que no puedo evitar cierta comprensión que me viene desde niño. El Justiciazo, en su alto sillón, debajo de una bola cristalina digna de un Music Hall, y rodeado de descomunales cadenas en mitad del tráfico rodado, no deja de ser un monu-

mento poco agraciado. No lo mejora una colección de bustos o bustillos que asoman por los jardinetes de la glorieta.

Pues bien, transcurrida esa plaza, José Enrique se iba hacia la calle de Costa, con el aliciente de la primorosa portada de la iglesia de Santa Engracia, que admite hasta las añadiduras del profesor Palao, y yo seguía, paseo abajo, hasta saludar a algunos viandantes, como Víctor o Manolo Fairén, Federico Torralba o Eduardo Fauquié, a cuya casa acudiría acaso por la tarde, para oír música a la vista panorámica de la calle Alfonso.

Eduardo, como hijo de un funcionario (cajero) del Banco de Bilbao vivió varios años en la casa del Coso Alto que caía frente por frente ante la Calle Alfonso, a cuyo final asomaba el Pilar. Desde sus ventanas en el tercer piso se divisaban las regulares manzanas de esa calle tan solo rotas por la presunción de los *Almacenes el Águila*, de origen catalán, que rompió la armonía regular de las manzanas iguales, casas de cuatro pisos con chaflanes cortados y tiendas abajo muy variopintas, de la elegancia de las joyerías a la catetería de los *souvenirs*. La Mutua General de Seguros irrumpía con un cartel luminoso en el que yo solía leer un título ruso: *General de Segurof*. Había varios hoteles, como el de Europa e Inglaterra, adonde yo acudí con mi amigo Mainer (tendría doce años) a pedir a Vicente Escudero, el gran bailarín gitano de Valladolid, su aprobación para los apuntes que yo había hecho de sus bailes en el Teatro Circo y que el danzarín (mucho años después vi su cartel-retrato, en el hotel donde me hospedaba en Amsterdam...) encontró algo femeninos, porque tenía la rara obsesión de machista. Entre las bocacalles de Alfonso I destacaba la Plaza de Sas (personaje de los Sitios) donde estaba la oficina de Turismo, que me dio algunos folletos, entre ellos uno del Reino Unido con bailarines a cuadros escoceses, que me parecía un tesoro; por la acera de enfrente asomaba la iglesia de San Felipe, con sus columnas salomónicas negras y su escudo eucarístico (de allí salía la procesión de *La Minerva*), a un paso de una rica churrería (esa industria tan jacarandosa ha desaparecido en aras de las cafeterías) y en el lugar (señalado en el suelo) donde se alzó la Torre Nueva, que causó tales entusiasmos a Edmondo de Amicis que terminó abrazando al guardián que no sé lo que pensaría de esas efusiones; de la torre sólo quedaba el contorno marcado en los adoquines, un octógono que, años después, se quiso corregir con la torpeza típica de los munícipes cesarau-

gustanos. Allí estaba también el Palacio renacentista que servía de grupo escolar, con su soberbio alero, y que años después se convertiría en Museo de Escultura de Pablo Gargallo. La calle Manifestación salía hacia el Mercado, curioso edificio modernista que, milagrosamente, ha escapado de la piqueta aragonesa, tan pródiga en catástrofes. Todavía quedan en su entorno aquellas tiendas de espartos y cuerdas y palmas de Ramos. Por fin la calle Alfonso I desembocaba en la Plaza del Pilar, abriendo en su esquina derecha una tienda de cordeles y lanas de mi amigo José Luis Lacruz (que luego ingresaría de monje en Segovia, hasta pasar de canónigo a Zaragoza... y, si no lo era, su amable majestad lo denunciaba) y, tras ella, horadando la manzana, los baturrísimos almacenes de *El Ciclón* con sus dependientas cerriles que invitaban a los *turistas*: *¿Qué desea?, ¿Deseaba algo?*, que eran normalmente horrendos muñecos de baturros, guitarricos desmedrados e imágenes símil-plata de la Virgen del Pilar (a quien nadie en mi niñez llamaba *La Pilarica*) cuya visita diaria era un uso que animaba la calle Alfonso y provocaba esos encuentros con amena charla que entonces se llamaban *capazos*.

Pues todo ese mundo se veía desde las ventanas de los Fauquié a vista de pájaro, incluidas las comparsas de Gigantes y Cabezudos y las procesiones pilaristas penitenciales. Eduardo no quiso adocernarse a estudiar una carrera y su padre le condenó a ingresar en su banco, el de Bilbao, hacia la Plaza de la Constitución y junto al Casino Mercantil, adonde entrábamos los amigos a decirle buenos días para quedar en vernos por la tarde. Ya entonces estaba en camino la colección de discos de música clásica que, con los años, llegaría a ser fabulosa. Y en aquel gabinete, como la carlinga de un avión, escuchábamos la sinfonía de Cesar Frank o el Vals de Ravel. Su madre nos saludaba cortesmente y el padre, pomposo, nos brindaba un refresco o unos cigarrillos.

Una definitiva jubilación privó a don Mateo Fauquié de su morada en el Coso y de su costumbre de detenerse en la vecina plaza de la Constitución, ante *La Joyita*, para agarrar una de aquellas conversaciones interminables que llamábamos *capazos*, no sé si por pesadas. La familia Fauquié pasó a vivir a la plaza de San Cayetano, ¡bonita y emperifollada fachada de Santa Isabel de Aragón! En la sala grande y destartalada de aquel piso ochocentista nos reuníamos a oír música, con Eduardo, siempre alegre y generoso, un grupito de

melómanos, acomodados en colchones, a falta de sillas para todos. Aquella fue nuestra aula de música, a la que acudíamos un grupo de entrañables melómanos, en vías de sus propias carreras: el entrañable ingeniero José María (Papino) García Gil y su prometida y luego esposa, María (Gutiérrez) de Ávila, la bailarina primerísima del Gran Teatro del Liceo de Barcelona; el ingeniero industrial y violinista Paco Ainsa; el médico Antonio Duplá; el catedrático Federico Torralba; el decorador y comerciante de altura José M^a Aznar Lacarte; etc.etc. Las reuniones del *Colching*, se animaban con alguna merienda o refresco y jamás ha habido público mas pendiente de Mahler o de Stravinsky. Por desgracia, la muerte se ha abatido sobre buena parte de los miembros de ese grupo sábatico. Quedan Lola (o sea María de Ávila), Federico y yo, que tan escasas visitas hago a la Zaragoza de tantas cultas alifaras. Eduardo fue animador y resurrector de la Filarmónica de Zaragoza y mereció, como su admirada pianista Pilar Bayona, sendas calles en una ciudad que, gracias a ellos, se volvió musical, cuando antes de ellos apenas salía del *Cantad, Cantad...* del himno de la Virgen del Pilar, tortura de gargantas inexpertas y de orejas sensibles.

Las reuniones en casa de Federico Torralba eran mas plásticas que musicales. Tenía una buena colección de libros de Arte en su ridículo palacete de la zona de Sagasta; su padre fumaba en el último rincón del jardincillo, para evitar los reproches de Doña Pía, que sufría del humo en aquella Zaragoza reina de vientos y huracanes. Estaba muy orgulloso de un santo pintado en un tondo de madera que algunos comparábamos con la tapa de un retrete. Más tarde se dedicó al arte de Extremo Oriente, en especial China y Japón, y su piso de frente al cine Goya poseía una selecta librería de esos temas; había cedido, no sé en qué condiciones, buena parte de la librería anterior a la facultad de que era miembro. Allí se han reunido, en ocasiones, profesores que han llegado a directores de la Real Academia de Madrid. El se contenta con ser Director del Museo Zaragozano.

El amor conyugal, que condujo a María de Ávila a la casa de García Gil en Zaragoza, sirvió de fomento al cultivo de una escuela de baile clásico, dirigida por la esposa con mano firme y casi despiadada, hasta lograr una escuela zaragozana que ni los mas ancianos hubieran soñado. De ella han salido compañías nacionales y vedettes internacionales de la danza. José María falleció en plena euforia del

triunfo de la singular directora y bailarina, cuya labor en la ciudad ha sido trascendente.

La casa de Antonio Duplá, antes de su boda, en la esquina de Alfonso y Espoz y Mina, fue también un lugar amable para los amigos, bajo la sonrisa de su madre, catalana, que decía, que nunca había sido guapa y quedaba en *mona*, y en la inteligencia de sus hijos. Parienta y vecina era de Elisa una dama que tenía a gala, a su avanzada edad, subir y bajar corriendo las escaleras: Doña Presentación Duplá, que recordaba los viejos y dorados tiempos de las funciones de ópera en el Teatro Principal, cuando las elegantes de palco usaban *rejillas* de carbón, para no quedar heladas.

La ópera era rara en mi juventud zaragozana. Apenas una *Tosca* por María Espinalt en el Teatro Circo y una *Madame Butterfly* en el Iris Park. El teatro más activo de la posguerra fue el Argensola y allí vi los ballets rusos de León Boyzikovski, con restos de pasadas grandezas que explotar durante la guerra europea que siguió a la nuestra, civil; o la pareja de Paul Goubé e Yvonne Alexander, inglesita mona, escoltada por su mamá (costumbre muy usada todavía) que pedía *una copita para mi hija*. Las compañías españolas de *prosa* resucitaban, y allí vi una versión castellana de la *María Stuarda* de Schiller, con gran entusiasmo del público; hasta una baturra de *pro* elevó su voz para ensalzar a *las reinas con cojones*, rareza fisiológica aplicable a la rival de Isabel de Inglaterra. Allí alcancé a ver bien a Carmen Díaz, que representaba una obra patrioter de Pemán titulada *De ellos es el mundo* -, justamente olvidada con la que la actriz quería hacerse perdonar sus flirteos con la República y su alcalde madrileño. El teatro norteamericano todavía no se había aposentado en España; y hasta años más tarde no pude ver *La gata sobre el tejado de cinc* en el recoleto teatro de Burgos. Lo que sí reaparecería, con ciertas precauciones, fueron las revistas del maestro Guerrero, eso sí, adecentadas en su vestuario y lenguaje. Conchita Leonardo era la nada vinciana estrella de dicho maestro, rubia y sosa; y al director se le llevaban los demonios al ver los obstáculos que la Censura oficial imponía a los trajes de las vicetiples, con lo que los *Mimos*, *mímtos* de las vicetiples se quedaban en nada. La llegada de Evita Perón despertó, a falta de otra cosa, los entusiasmos zaragozanos en su piadosa visita al Pilar con uno de aquellos peinados llenos de ondas y relieves y aquellas pamelas que le gustaban a Evita, más tarde llamada en Londres a ser cursimente inmortal.

Para fiestas del Pilar u otras, Gigantes y Cabezudos hacían sus salidas y sus correrías, al son de la trompetilla y entre alguna grosería del público infantil, que se deleitaba insultando al *Boticario*, *canario*, *garras de alambre*; al Robaculeros; o la *Putica*, sobrenombre de la *Forana*, mientras tanto, los gigantones, el Rey y la Reina, Don Quijote y Dulcinea, El Chino, La Mora, se contoneaban gravemente entre la chillería de los pequeños. Lo más selecto de las fiestas zaragozanas fue el *Centenario de Goya*, que se celebró en buena parte en la recién inaugurada Gran Vía (o cubrimiento del Huerva), donde se lucieron temas goyescos en fuegos artificiales, con el Afilador, que echaba chispas. Mi hermana Isabel, siempre entusiasta de la cultura, se vistió de Aguadora ¡ a lo goyesco! Feliz edad y años venturosos aquellos, sin guerras ni atentados y en los que la mayor expectación la causaba un *Duende* alojado en una hornilla del Paseo de Sagasta arriba y que casi nadie alcanzó a ver, entre los mugidos del salto de agua de la azucarera, en la esquina del Camino de Las Fuentes.

Las Ferias se celebraban cansadamente y sin grandes novedades. La mayor, el Circo Krone, que armó sus tres pistas en la explanada de la Gran Vía, junto al hoyo del ferrocarril, y que pude ver desde la vecindad, pues a la sazón nos habíamos mudado de las Casas Baratas a la Calle Ricla al lado de los pabellones circenses. Allí se instaló un parque zoológico con lo que todo el barrio olía a orines de variadas bestias. Como otras atracciones feriales teníamos el Latigazo (llamado en inglés *The Whip* y en baturro *El teby*) cuyas carretillas entrechocaban entre crujidos: el *Balansé*; numerosos tíovivos de caballitos y patos; la *Noria*; *El Carrusel* que se cubría, con regocijo de novios; las *barcas*. Todo entre un espeso humo de churros y buñuelos, un tronar de sirenas y altavoces; y las groserías del payaso que trataba de atraer, sin lograrlo. La feria estaba ya algo demodé y se iba arrastrando de Santa Engracia a la Gran Vía, y subía hacia el Parque, y, para no perder sus costumbres, alternaba con chaparrones y granizos, ventoleras y rasgados gallardetes, que asustaban a las pulgas sabias cuyo domador alimentaba en sus brazos. La Feria ha ido aumentando en tamaño y brío inventivo y disminuyendo en atracción de muchedumbres y con la guerra, dejó de ser un éxito.

Las procesiones eran otro espectáculo, menos bullanguero, pero a fin de cuentas, gratuito. El Santo Entierro de la anteguerra, larga

cabalgata de profetas, romanos, sibilas, nazarenos, músicos, capirotes, que salían de San Cayetano, entre los golpes de alabarda de su guardia, había tenido una tradición antigua, que se perdió cuando todos los gremios zaragozanos quisieron hacer gala de su cristianidad. Había procesiones por todas partes y bandas de música a todas horas, los artistas inventaban encuentros lacrimosos y pasajes pintorescos, y la Dolorosa de Palao tuvo que pasar bajo el Arco del Arzobispo, porque hacía mas efecto. Cada barrio, cada gremio, tenía su procesión a la andaluza, sin lograr los estupendos excesos sevillanos o malagueños, y quedando (como es tradicional en ciertos festejos de mi ciudad natal) *en un quiero y no puedo* para lucimiento de capirotes y charangas quejumbrosas. La última novedad fue el adoptar como uniforme la túnica morada, el capirote agudo y el tambor, al estilo de los pueblos de Teruel. Y era de ver a las robustas nazarenas cesaraugustanas redoblando, con sangre entre los dedos, bajo los enormes senos de púrpura, sin olvidar los zapatos de tacón, ni las gafas, de ser de ayuda.

Por fortuna, las dos catedrales, La Seo y El Pilar, rivalizaban en ceremonial. Desde mi infancia tenía la costumbre de asomarme a las liturgias de La Seo, con su riquísimo vestuario de perlas y sus vasos y cruces de plata dorada, el croar de las matracas que resonaban también en lo alto del campanario, asustando a las cigüeñas recién venidas de África. El monumento de la Seo precedido de un camino marcado por los famosos tapices de su colección, góticos o renacentistas, lograba en aquellas cinco nave cruzadas una grave solemnidad, ente nubes de incienso y ayes de jaculatorias. Por otra parte, ambos templos poseían devotas imágenes de Cristo crucificado: decían que era más milagroso el del baldaquín dorado de La Seo pero estremecía más la revuelta melena natural del Cristo del Pilar, adonde acudían corriendo los devotos y devotas, sin terminar el postre de la comida de Viernes Santo, para lograr una de las tres gracias pedidas ante la Virgen precisamente cuando las campanas del reloj de la torre marcaban las tres de la tarde. Logrado el suplicatorio, todos regresaban raudos a sus casas, para enlutar los balcones y aderezar los tocados con mantillas de blonda.

La especialidad más zaragozana era la procesión del Pilar, en la que se paseaba un preciosa figura de plata, con acompañamiento de tantos farolones como padres y aves del Rosario, penosamente arrastrados y titilando sus colores *góticos*. Lo más bonito eran los

dos leones de cristal con luces dentro. En los pasos, el acierto no era comparable, con un enorme *Paso* que más parecía obra de pasteleros que de sochantres. Las señoras patronesas sacaban sus mantillas de teja y sus cetros de semi-plata y charlaban piamente en las presidencias, conmovidas del incienso, como si ardiera para ellas. Más adelante, en imitación de otras ofrendas valencianas, se puso de moda acudir al Pilar con traje regional y portando flores y hasta frutas, para cubrir un enorme simulacro de la fachada del templo mariano. El movimiento, los trajes de colorines, la belleza de niños y mozas, ha hecho perdurar tan pagana costumbre. Por fortuna, frutas y flores son de aceptable calidad. En los trajes se han introducido algunas costumbres poco garbosas, en especial en los de baturreo con pañuelo escocés(?) a la cabeza en forma de tiara y colgajos de los calzoncillos hasta el tobillo. Las mozas van más discretas, aunque también hay licencias injustificables en remeter los mantones por dentro de los descotes. A mayor abundamiento, hay centenares de niños y niñas, vestidos enanamente como sus mayores. Todo sea por Dios.

En el fondo, estos festejos tan sagrados pecan de repeticiones y de cierto desdén de los jóvenes, que más que regionalismos parecen ir buscando modas universales, por aburridas que puedan resultar. Se dedican a creer sin mesura, hasta semejar a los coetáneos de otras latitudes y como retrasando la edad de *Tomar estado* (si es que lo toman) se despiertan en repetidos ejemplares del hijo o hija de familia, más o menos refugiados en su casa paterna, pero con manifestaciones de emancipación que no suelen pasar el fin de semana. En fin que dentro de unos años ya no veremos baturricos, para bien o para mal. Y Zaragoza se irá convirtiendo en una ciudad de Minesota o de Lampedusa, con un ligero deje coloquial para no caer en el anonimato, y un patriotismo futbolero.

Mientras tanto algunos padres a la antigua seguirán vistiendo de baturricos a sus descendientes. antes de que decidan, por fin, casarse.

El ancho Ebro separaba el Arrabal (o Rabal) de la ciudad de Zaragoza, propiamente dicha. Separaba y separa, aunque actualmente ya no hay tanta separación y el Rabal se asoma al río en una fila de casas altas y seguidas, con lo que se pierde por un lado aquel aspecto rústico de mi infancia, con los trenes que llegaban de los pueblos a la estación y los colegiales que cruzábamos el Puente de

Piedra para pasar la tarde de los jueves en la Arboleda de Macanaz. Bautizado en 1919 en la parroquia de La Seo y habitando luego en calles no lejanas al río, mi ciudad natal se tendía a secar al aire del Moncayo, del puente de las Arcadas al del Ferrocarril dejando en medio el de Piedra, romano muy modificado, con un monumento a los Sitios, con un baturro encolerizado y los grandes ojos de ese puente levantando raudales de agua color tierra en los momentos de crecida. La ribera de la ciudad se tendía así junto al cauce, grande y aparentemene tranquilo, con algún islote que otro, donde se posaban las gaviotas venidas del mar, mientras las cigüeñas las miraban desde las torres. ¡Cuántas veces no habré pasado yo por esa ribera, con pretil de bancos de azulejos combinando con las barandillas de hierro forjado!... Los edificios se ordenaban en plan procesional, desde las monjas de las Tenerías, con sus murallas y su linda plazuela del portal de la iglesia (en la que se lucían pinturas del siglo XV), al paredón del Palacio Arzobispal, tras el que asoman las altas paredes almenadas del triple ábside de La Seo, hasta rematar en el elegante chapitel de la torre de G.B. Contini, con sus virtudes esquinadas y el reloj rodeado del vuelo del tiempo. Luego venía el insulso paredón del Seminario, cerrando la plaza con su Samaritana (los bíblicos zaragozanos no concebían una aguadora pagana, como el escultor) más tarde trasladada a la plaza de San Cayetano (la plaza perdió con unos monstruosos angelotes y un pedante torreón de alabastro, que hoy marca el acceso a las paupérrimas ruinas romanas): por allí la calle de San Gil, (o de Don Jaime I el Conquistador) se arrojaba hacia el puente de Piedra y en su confluencia con la desmesurada Plaza de las Catedrales, amén de un banco con tejadillo para esperar el tranvía entre los huracanados vientos del Ebro, se erguía, con aspecto de pseudo-Sevres, la estatua del pintor Goya, de paseante en Corte, acompañada de un par de grupos de majos y manolas de importación, ya que no los hubo en el país, y del cilíndrico monumento funerario que el pintor ocupó en Burdeos, invitado por sus amigos franceses y con cierto modesto aire de pisapapeles estilo Imperio. Allí se ufanaba y se ufana el paredón lateral de La Lonja, tan elegantemente poderoso, con sus torrecillas de ajedrezado en las esquinas del techo y sus grandes puertas y ventanas de medio punto, por donde se veía el interior de oficinas con mesas y escribientes, más tarde sacrificado a la pompa de un salón heráldico.

En la época de mi infancia, tras La Lonja venía, asomando al río, un jardincillo descuidado, con un cenador gotizante en su centro, y de fondo las fachadas traseras de la Callejuela del Pilar. Todo eso ha desaparecido, la plaza de Las Catedrales ha inundado todo, con unos edificios de poca monta, hasta llegar a la fachada lateral del templo del Pilar; precisamente esa fachada oriental, entre el arranque de dos torres, que parecían destinadas a centrar la gran puerta de acceso a la capilla de la Virgen. Pero esa pared quedó cerrada, sin más abertura que un ventanal de una fábrica de cristales locales, con una vidriera de estampita con los Infanticos cantando a los pies de la Virgen, lo que produce una descompuesta iluminación que perjudica el gran fresco del techo, obra espectacular, si algo torpe, del joven Goya. Este Coreto con sus tubos de órgano y sus elegantes paredes con virtudes sosteniendo guirnalda, de frente a la capilla de la Virgen, espléndido templete profuso y elegantemente (cosa rara) decorado con dorados y estucos entre cuyas aberturas asoma, negruzca de tanto humar de velas, la cúpula del techo del templo. Las esculturas de esa santa capilla son excelentes pero el público apenas las mira, sugestionado por la pequeña estatuilla de la Virgen del Pilar, a medio cubrir por un manto en forma cónica que la deforma y encumbra, y custodiada por ángeles de plata. La parte central del muro del fondo, con una airosa Venida de la Virgen, recubre el dorso de la capilla, que en la cara opuesta tiene un mejor relieve del sepulcro de María, y, a nivel del público, una hornacina en cuyo centro hay un óvalo marmóreo, dispuesto a recibir los besos de los peregrinos, como parte del pilar, donde la imagen se yergue hacia el interior de la capilla. El conjunto resulta rico y vistoso, si elegante, como proyecto de Ventura Rodríguez.

Tras un amplio corredor cuadrado, que rodea la capilla (cuya cubierta agujereada y animada de estatuas es un prodigioso espectáculo del XVIII) nos topamos con el trasaltar Mayor, donde da comienzo la parte central de la basílica; desoyendo los consejos de Rodríguez, que quería una solución más elegante y grandiosa, se insertó el alabastrino y soberbio retablo mayor de Damián Forment, que nos deja sin palabras de protesta ante la traición soportada por el plan de don Ventura. Bajo la enorme cúpula central (no termina hasta finales del XIX) se extiende la gran y doble basílica, que va a concluir en los poderosos órganos modernos, que se apoyan en

el testero opuesto, bajo cuyos excesivos rugidos se ordena sin alboroto la bonita sillería renacentista del Coro mayor.

El aspecto del edificio, en particular desde la orilla opuesta del Ebro, es colosal. A los cuatro altos campanarios que cubren las esquinas de este enorme rectángulo se han de añadir las cúpulas, tres centrales semicirculares y dos aplastadas, más ocho -de cuatro en cuatro- de las dos partes del templo. Si no me engaño, hay más de diez y siete torres y cúpulas que erizan el pesado edificio dándole un aspecto más volandero y de robusto barroquismo.

Los cuatro campanarios quedaron largo tiempo sin completar, lo mismo que la cúpula o *cupolone* que centra el edificio y que recibió aceptables pinturas a finales del XIX. A ambos lados hay dos cúpulas menores, ovaladas y les tocó sufrir de humedades y de las pinturas de Stolz, autor asimismo de dos cuadros parietales con *El milagro de Pellicer* y otro con reyes santos, que acusan la época del franquismo en que se ejecutaron, en que lo mejor imitaba a la revista falangista *Vértice*. El coro se cubre de despampanante *Gloria* no mejor, aunque más aparatosa, que las otras pinturas de Stolz Viciano. La parte que la rodea no recibió decoración y se habla, de vez en cuando, de encargarla a Saura: espero de su buen juicio que rechace el encargo. La parte más completa en decorado y construcción es la que rodea la Santa Capilla, con cuatro cúpulas y varios vanos, obra de los Bayeu, bastante sucias, mientras resalta por sus numerosas restauraciones, la dedicada a la Regina Martyrum, digna de su autor, Goya, a quien dio muchos disgustos, mientras las demás pinturas, de los Bayeu, pasaron sin discusiones. La gran cúpula de González Velázquez, que cubre la Santa Capilla, apenas se ve y es de lamentar.

Con pertinacia, se publican en el *Heraldo de Aragón* previsiones y esperanzas de terminar la decoración; pero va para largo que se lleven a cabo y creo que más vale así, dada la escasez de grandes maestros aragoneses capaces de ello.

En todo caso, el exterior del multitorreado edificio es muy rico y aparatoso, con sus tejas multicolores y sus altos campanarios, concluido absurdamente, por unos *odeones* o *templetes circulares* de las fundiciones de hierro de la industria local.

Siguiendo la orilla del Ebro cauce arriba encontramos un edificio intrascendente para refugio de peregrinos, que recubre la que anta-

ño fue graciosa y pueblerina plazuela. En su lugar ha brotado una descascarada fuente, como si la presión del agua hubiese agrietado el montecillo de sus manantiales, con un relieve invertido del cauce del Ebro, en todo coronado por una cruz. La plazuela se cierra con otro caserón, la Tienda Económica, a modo de restaurante pío, con una graciosa puerta con diosas pechugonas que, pese a su descoco, fue en tiempos de la casa de Santo Dominguito de Val, el primer mártir pilarista, cuyo martirio se reproduce ingenuamente en el retablo de La Seo, donde se veneran sus restos, entre ninfas de azulejos pechugonas, con que se abruma a tan santo niño.

Y nos topamos con un fragmento de la muralla romana, donde antaño iban las calles Pabostria e Infanticos (cantores que tenían sendas casas propias) en la vecindad de una torre civil, tan reconstruida que apenas se señala, y que, en principio, se restauró para lugar de información turística, con reparto de folletos, en lo que ignoro donde estamos... La muralla es pobretona y se decora con la estatua (copia de Roma) del emperador Augusto, patrono de la ciudad Caesaraugustana, contemplado por un ridículo batracillo, y un banco peligrosamente vecino a las coles del Mercado.

Ahí se corta el panorama terral, por dar salida a un puente grande hasta lo aparatoso, que compite con el de Piedra en trasladar gente, coches y abríos del Pilar al Rabal, sin detenerse por ello, la ciudad sigue bordeando el río hasta la antigua Cárcel de Corte, ante la cual había antaño una portada de columnas típica del estilo aragonés, hasta cuando quisieron presumir de internacional: era el Pósito que ha desaparecido... Y ya, vecino el puente de Hierro (o del Tren) salen casas y fábricas interrumpiendo, con sus moles, aunque una de ellas advirtiera, cautamente, al viandante que *La entrada es por el interior*, sentencia digna de un romano...

Esa orilla de casas se ha convertido en vecindario de poco tronío, con un convento de Fecetas de agudas campanas y una capilla de ladrillo, derruida, no se por qué. Al aragonés le entran de vez en cuando ansias de destruir, en aras de supuestas mejoras. Y la iglesia del Portillo, cuadrada y baturra, con sus tumbas de heroínas de los Sitios napoleónicos, hubiera sido dada a la piqueta por un alcalde de cuyo nombre no quiero acordarme, en aras de la amplia salida de la ciudad por el Coso alto. En ese lugar se conmemoran, con la gracia típica de Benlliure, a Agustina y al Tío Jorge, ejemplos, no sólo de patriotismo local, sino de moza y mozo bien hechos y derechos.

Porque (y damos fin al paseo Ebro arriba) en ese lugar se juntan varios temas locales: la devoción del pueblo aragonés a la Virgen del Portillo; su afición a las corridas de toros, mucho antes de la construcción de la vecina Plaza donde triunfara el valor del torero Villalta; el bajo y rechoncho pabellón de la Intendencia, ya ciudad adentro; y el enorme convento de no sé cuales monjas, adquirido para la ciudad por un Ayuntamiento muy lucido (¡Toma! Hace un año tuve yo que hablar en su salón, antes nave eclesiástica -en presencia de la reina Fabiola de los Belgas...- (porque a uno le toca hacer de todo...)*. La tortuosa calle de Pignatelli, más o menos paralela del Coso alto, nos transporta al centro de la ciudad, flanqueando el barrio de San Pablo.

Era ésta la parroquia labradora más poderosa de la capital y a ella pertenecía la familia de mi madre, a quien acompañaba cada año a venerar la imagen de San Blas (un negrito vestido de obispo) y de paso, a comprar roscón, semejante al que días anteriores, habíamos mercado en la puerta de La Seo, en honor de San Valero. Aunque bautizado en La Seo, yo tenía ley a San Pablo, con su elevadísima torre octogonal, curiosamente erigida en el centro de un patio y con muy devotos retablos, que daban vuelta al coro, entre ellos el del Cristo Yacente (siempre con alguna beata a los pies), el de San Miguel, copia muy barroca de Guido Reni, y, sobre todo, el del retrato de la Virgen en un altarcito de espejos. En San Pablo había de todo, incluso unos inmensos lienzos del XVI, que tapaban para Cuaresma el maravilloso retablo mayor, uno de los mejores de una ciudad especialista en retablos de bulto: La Seo, el Pilar, San Miguel, San Gil, San Pablo... La iglesia era semi-subterránea, que había que bajar, de la puerta de la calle, una enorme escalinata, pero por la parte trasera disponía de una encantadora y diminuta puertecilla gótica, con Virgen devota entre santos. No eran esos los únicos méritos de la parroquia de mis ancestros labradores. Y la estatua vestida de la Dolorosa, que, cerrando las manos sobre el viril del pecho, servía para las ceremonias eucarísticas, entre agudo sonar de campanillas, me parecía casi milagrosa.

El barrio era activo y cerca de la iglesia se hallaba la más famosa posada, la de las Almas, abundante y sin lujos inútiles en una sabro-

* Se refiere al Edificio Pignatelli -sede de la Diputación General de Aragón- en cuyos actos de clausura, del 250 aniversario del nacimiento de Goya, participó con una conferencia, en mayo de 1997.

sa cocina local. En el mismo barrio, calle de Casta Alvarez (otra heroína sitiada) esquina Aguadores, estaba la casa de mi tío Faustino, hermano de mi madre, imbricada en otra vecina. De la tienda de vinos del nivel de la calle se ocupaba un hijo mayor de mi tío y de su mujer, la tía Pilar, poseedora de una larga, lisa y lustrosa cabellera negra, que cada día venía a alisar la peinadora, aportando las noticias del barrio de Predicadores. El tío, hermano de mi madre, era un baturraz monumental, con un diminuto despacho donde apenas cabía. La tía tenía cierto aire de dama de una dinastía japonesa, con sus bandeaux brillantes y su ceceo: *Ezta vida mizteriosa...* solía exclamar. Santiago, Pedro, Félix, Antonio y Nati eran mis primos y, como yo era de la edad de Antonio, jugábamos a *oficios mudos* y otros semejantes. Nati se casó y tuvo un hijo, que murió, y fue desgraciada y buena, pequeña y también algo chinesca. Santiago llevaba la tienda con brío y con la ayuda de su mujer, de clase social algo inferior, muy dispuesta, con el cutis blanco y la nariz fina, de picoleta. Se llamaba Pilar y terminó viuda y sola. Pedro era el más *americano*, emprendedor, casado con señorita, dueño de dos buenas y céntricas tiendas de modas y muy simpático: más de una vez me ha llevado a bañarme a *Helios*. Félix era flaco, pálido, tímido y buena persona. Con la excepción de Antonio, que también salió camiserero, aunque de menor cuantía, estos fueron los únicos parientes que tuve en mi niñez, *Perico*, el más simpático y mundano, con mujer, muy señorita algo redicha, y dos hijos que se hicieron cargo de ambas camiserías paternas. El resto de mi familia se me borra, si lo hubo.

En casa de mi tío Faustino, en un humilde piso alto, vivía un joven flaco que llegó a ser uno de los más ilustres historiadores de nuestra literatura aragonesa. Pero he de ver impreso el nombre para recordarlo.

Guardo una fotografía preciosa de mi desconocida abuela Isabel, muy elegantemente vestida de luto, rodeada de sus seis hijos, el mayor que no pasará de dos o tres años, la pequeña, la niña, mi madre, de dos o tres. Es una imagen de otro tiempo, llena de majestuosa dignidad y con el luto correspondiente a aquel grupo de huérfanos. No supe gran cosa de mi abuela, fallecida mucho antes de que yo naciera (los abuelos del pueblo de Sarsamarcuello jamás los vi ni en imagen, aunque mi padre, militar, se fotografió varias veces con gallardía y *pose*). Mis hermanas, mucho mayores que yo,

que era el pequeño de la familia, conocieron a mi abuela Isabel, enérgica mujer que puso en pie una familia de huérfanos. Pero yo llegué tan tarde que parecía haber nacido en Babia. De mi madre tengo varias fotografías; una encantadora, de niña con aro, muy bien vestida; otra, posiblemente de novia, con mantilla muy fina de encaje sobre los hombros y una mirada franca y limpia. Yo nací en 1919; el último de los cinco hermanos (dos de cada sexo) y apenas tendría uso de razón cuando las dos mayores eran ya *señoritas*; y luego llegaban los dos varones, Antonio, noble y franco, muerto en la guerra civil; y, anterior, José o Pepe, que debió de nacer hacia 1903 o 4 y que vive y goza de buena salud, aunque su memoria es fluctuante, si feliz. Mas de una vez dice que tiene cien años, pero ni él se lo cree. Ninguno de los varones se llegó a casar, no se olvidó la guerra, que mató a Antonio de comandante de Infantería, en el mejor esplendor de su carrera. Siempre fue el hermano admirado y creo que, en verdad lo era. *En 1911 / nació Antonio, que es de bronce*, escribí una vez, cuando yo tendría asimismo los once. No tengo ni un mal recuerdo de Antonio. Cuando murió en el frente de Madrid tendría unos treinta y seis o siete años. Yo fui con mi hermano José a recoger sus restos. Pensé recoger la cabeza con las manos, pero no me atreví. Tenía un rizo rubio en la sien.

Con tan triste motivo, realicé mi primer viaje a Madrid, acompañando a mi hermano mayor y en un descanso en Madrid compré en la librería General de la Gran Vía la *Breve historia de la pintura española* de Enrique Lafuente Ferrari (A quien conocería muchos años después en Granada). No se me juzgue por frivolidad: era un libro que ya necesitaba y que he manejado cien veces. Antonio fue enterrado con mi padre, en Zaragoza. Más adelante se les reunirían mi madre y, años más tarde, mi hermana menor, María. ¡Qué horrible es todo eso!

No me gusta pensar en la guerra civil (1936-39) aunque no todo fueron amarguras y desdichas. Las muertes de mi hermano Antonio y de mi madre fueron los dos lutos más dolientes. Pero nos hallábamos en un estado de fatalidad que todo resultaba ser normal. La gente caía como gavillas y las esquelas tapizaban las últimas páginas de los diarios. La guerra se acababa cuando me llamaron urgentemente desde el frente de Aragón-Cataluña para que acudiera a casa, en un camión del Ejército. Todo era distinto, cruzamos el Ebro de modo vertiginoso, pasamos por la calle San Gil y vi cerrada la

confitería de mi cuñado. Eso me iluminó sobre tan repentino permiso. En unos minutos llegaba a la Calle Ricla y allí, dulcemente acostada en su cama, me esperaba quieta mi madre. Sabía que aquel cuerpo que me había engendrado era y ya no era el suyo y me apoyaba en él como para retenerlo. Al día siguiente hubo misa de funeral en la inmensa iglesia de San Ildefonso (o Santiago). Allí me tocó presidir, junto al tío Faustino, en el inmenso destartalado ámbito parroquial, cubierto paradójicamente por una inmensa bóveda de yeso afiligranado. Al día siguiente regresaba a mi regimiento. Eran los finales de la guerra y las tropas se apelmazaban hacia Cataluña. Recuerdo la ciudad de Manresa, con su iglesia y su gruta jesuita junto al desabrido río. La catedral tenía retablos de los Serra y estaba casi vacía. La ciudad se estiraba satisfecha de haber salido de su congoja. Por vez primera, en una lechería comí un yogourt que me supo agrio, pero sabroso. La vida se manifestaba a cada paso. Las desgracias quedaban absortas en su multitud. Me parece que el dolor se deslavazaba en el chaparrón de cosas nuevas.

La vida iba a tal velocidad que cuando nos llevaron, en camiones, a Valencia, para figurar en un desfile victorioso, la ciudad levantina nos apareció vistosa y risueña junto a un mar sorprendente. No desfilé porque la fatiga y el sol a plomo me provocaron un vahído. Valencia olía a pan tierno y sus escaparates se llenaban de ensaimadas y pastas. Las Torres de Serrano me impresionaron, con sus fachadas almenadas, pero tan distintas como un decorado teatral visto de dentro y de fuera. Las de Cuarte eran más aguerridas y severas, junto a un barrio de minúsculas tiendas. No hubo tiempo de visitar la Lonja y su Mercado, pero al menos me acerqué a los Jardines de Monforte, que me encantaron por su mediterraneísmo elegante. Claro que la mayor novedad era un mar que no se veía concluir...

La guerra civil había terminado. Ya sólo eran recuerdo los campos de Lérida y la ciudad alta por cuyas esquinas silbaban las balas enemigas. Lérida me había encantado, con su puente sobre el río, sus dos catedrales -la vieja, alta y gótica, y la nueva, mundana y dieciochesca!- Pero todo iba entrando, a puñados, en el enorme saco de la guerra. A veces nos tocaba permanecer en los campos catalanes, con sus molinillos de viento, recordando la dureza pausada de los campos aragoneses, con la procesión del Corpus en Almacellas, con las calles decoradas con alfombras de flores por mis amigos canarios del regimiento. En Binéfar y Almacellas disfrutamos de una apa-

cible estancia, en casa de los vecinos. Binéfar habla castellano y, a pocos kilómetros, Almacellas, catalán. Al soldado Usón, de Zaragoza, y a mi nos tocó alojarnos en casa de una campesina vieja y cariñosa, que llamábamos la Padrina. Siempre nos obsequiaba, en su pobreza, con frutas y longaniza. A Usón le regalaba besos la nieta, Montse: es curioso que el pueblo había cambiado de bandera con toda naturalidad. La Padrina consideraba todo inevitable y jamás nos trató de enemigos.

No quiero apelmazarme en los recuerdos de guerra, siempre monótonos. Recuerdo con cariño los ubérrimos campos de Lérida y, unos cuantos meses antes, los rigores de Teruel, sitiada y perdida en un invierno glacial. Allí me tocaba estar al servicio (creo que fui cabo) de un sargento de la Guardia Civil, a quien había de llevar la comida al cuartelillo desde la otra parte del pueblo. Como el terreno estaba helado, no había día que el filete de vaca no rodara por el suelo y tuviera que recogerlo y sacudirlo antes de presentarlo al jefe. En uno de aquellos portales, donde nos refugiábamos de las nevadas, encontré a Alfonso Buñuel y reímos un rato y él me preguntaba por Manolita y la lejana Zaragoza. Había (y hay) en Cella un enorme pozo artesiano, rodeado de un muro de cantería donde fluye permanente el agua clara. Y una gran iglesia, cuya agua bendita era, naturalmente, puro hielo.

Pero el lugar más ameno de nuestras correrías bélicas estaba en Guadalajara y allí quiso el destino que nos juntáramos una peña de amigos cesaraugustanos, pero fue una de las primeras nociones recibidas de una vida campestre y miserable. Todo pasó con los mensajes que transmitíamos por Morse, puesto que tuve el puesto de radiotelegrafista de 1ª...

Terminada la guerra civil y terminadas, aprisa y corriendo, las asignaturas de mi carrera de Derecho, que iban de dos en dos, para cubrir el tiempo despilfarrado, disfruté de algunos descansillos, mientras (para hacer méritos daba gratuitamente algunos cursos en la Universidad, reemplazando, ya no sé si a Muñoz Casayús a Teixeira, o más probablemente, al rector Sancho Izquierdo, persona de largos cabellos que tenía la fama de cultivar a falta de otro uso, plantas en su bañera. Como buen apostólico tenía varios hijos varones, entre ellos Conrado Sancho, que fue mi compañero en los Maristas. De mis clases no conseguí sino la honra, porque no me produjeron ni un real, que tan a punto hubiera venido. Visto lo cual,

no me tocaba sino enrolarme en los mártires que preparaban Oposiciones a los cuerpos estatales relacionados con el Derecho. Elegí Notarías y en ello pasé los más largos y aburridos meses, con largas veladas de rudo *empollar*. Adiós a aquellas excursiones por las frondas del Canal Imperial de Zaragoza, cuando, a modo de académicos arcades, Pepe Aznar, José M^a Gil, Antonio Duplá, Eduardito (llamado a ser comerciante en paños, como su padre, en la calle Cerdán), Romeo, Paco Ainsa, etc., nos esparcíamos por las humedades de Casablanca en busca del *tema*. Cada cual sentó la cabeza y yo tuve que dejar tan amables rustiqueces para irme a Madrid, donde mis Notarías se solventaban.

Me hospedé primero en una pensión de la calle de la Madera, con vistas a la torre de San Plácido y a las escaleras de incendios del teatro Lara. Mi compañero de cuarto fue el hermano de la pianista Matilde Murcia, a quien había conocido en Zaragoza, por ser el hijo de un policía local. Nada más opuesto a aquel torbellino de ideas y generosidades, que se pagaba los estudios de Letras como secretario en el Conservatorio del reverendo Padre Arrupe de quien hacíamos mil caricaturas, aunque, a decir verdad, no era mala persona ni peor opositor. Disponíamos de un cuarto de estudio con balcones a la Madera, y una alcoba contigua y oscura, con nuestro par de camas de reducida muda. Allí, en una mesa velador con lámpara antigua, cada cual empollábamos nuestras memorias y, alguna vez, cuando apretaba el hambre (que reinaba democrático en el Madrid de Franco) íbamos a coger bellotas, el día de San Eugenio como auténticos coristas de zarzuela, por los encinares de la Casa de Campo. La comida era tan sucinta que un cartujo se hubiera regalado, pero resistíamos como espíritus, tragando artículos. El mayor lujo de la casa de huéspedes era una bañera de mármol que, previo pago, podíamos surcar cuando la suciedad nos ahogaba. En la comida abundaban las escaseces y hasta nos divertía sacar fuerzas de flaqueza con parodias sobre sus suculencias.

Como el hambre apretaba y no nos bastaban los higos secos y las castañas pilongas que servían de complemento a nuestras escaseces, nos instalamos en otra pensión más vistosa, en la calle de la Farmacia, dando hacia la Plaza de Isabel II, con el mamotreto de la Ópera frente por frente. El alimento era todavía más escaso y el cocinero había llegado al primor de hacer tortillas sin huevos y otras sutilezas. Allí se nos adhirieron un pintor, José Antonio Molina,

que había de ser largos años muy buen amigo mío, en compañía de un oscuro primico murciano. Ocupábamos dos pares de camas en dos habitaciones contiguas; y para lograr el cambio de sábanas no teníamos más remedio sino rasgarlas. La pensión era un conglomerado de hambrones y fulanas; y Murcia se hizo íntimo de una galleja, que alguna vez nos daba provisiones que recibía de su pueblo, y otras entregaba su cuerpo a Juan Ignacio en un cuarto tan pequeño que solo cabía la cama y debían saltar desde la puerta. Así acababan los aspirantes a entrar en el naciente cine español, aunque supongo que sin lograrlo. Una flaca se las daba de señora y no se sabía el papel. Yo acudía cada tarde a mis clases de Código Civil, hasta que llegó el momento de la oposición, que se celebraba en la calle Alcalá, cerca de la Puerta de idem. Contesté como pude los temas que me tocaron en suerte, pero parece que no a satisfacción de los jueces. Así que, sin dolerme de la posible injusticia, me marché de paseo por el vecino Prado y juré en mis entrañas no volver jamás a aquella vergonzosa memoria de recordar artículos. El sol brillaba y me creí el más feliz de los suspensos. Abandonando las Notarías y sus pompas, me refugié en un concurso de Cuerpo Técnico de Administración, cuya plaza (con el nº 2) conseguí sin dificultad, lo que me llevó a vivir en Sevilla varios meses y en Barcelona cuatro o cinco años, entre los más sabrosos de mi vida.

Más tarde volvería a Madrid, pero ya no me satisfizo y tuve el valor de quemar naves y marcharme a París, donde resistí diez y seis años. Pero siempre he recordado Sevilla y Barcelona con cariño especial.

Llegaba a Andalucía hacia los veinte años o pocos más. Sevilla fue a la vez radiante e insoportable, como suele, por la costumbre de sus paisanos de ser más graciosos y finos que el resto de los humanos. Trabajaba, no demasiado, en el Gobierno Civil, sito en una de las torres de la espléndida Plaza de España, en pleno Parque de María Luisa. Encontré hospedaje limpio y amable en la Calle Reinoso, una de las más estrechas del barrio de Santa Cruz, en casa de un señor extremeño, guardia civil retirado, con su mujer y su hija, con la que hice muy buenas migas. Mi cuarto daba a la calle, bajo el tejado o terrado, tan estrecho que al asomarme a la ventana casi entraba en la casa de enfrente, donde vivía una menuda y garbosa sevillana, muy amiga de la extremeña Antonia, mi huésped. Para comer, iba a una pensión en los porches de frente a la puerta de la catedral. La

comida era mediocre, como suele serlo en Sevilla, en especial en los meses estivales, en que me tocó vivir allí. La servía, bajo la autoridad de una dama malcarada –y sus razones tendría– una doncella que no lo era, ya que, según no tardé en saber, era madre de un hijo del ventero, contubernio que en Hispalis no choca a nadie.

Lo pasé bastante bien, con la familia del guardia y su vecina, y recorrí, pese al calor estival, esa asombrosa alfombra de mil retazos que es Sevilla. Por las noches, tan acongojantes que la mitad de la población se subía con el colchón a la azotea, solía dar un paseo por la orilla del Guadalquivir, en la parte que olean las plantas y flores del parque donde Bécquer sueña entre marmóreas cañíes. El trabajo en el Gobierno era muy escaso y no había más inconveniente que lo mal que se llevaban entre si los funcionarios, que negaban el saludo, y hasta el pan y la sal si era el caso, a un infelice más aislado allí que en el Polo Norte. Con mi amiga Antonia (rubia de ojos azules y peinado alto) aproveché los pases para cine que me daba la oficina y hasta hicimos, con la vecinita de enfrente una preciosa excursión a uno de esos pueblos riachuelos que adornan la llanura sevillana. Para mí, Sevilla fue un descubrimiento jacarandoso y no me hubiese movido de sus murallas de no haber salido una vacante en Barcelona, de mayor copete y ganancia, con lo que, con pena, dejé Sevilla.

En Sevilla se distingue entre el calor, la calor, los calores y las calores. Yo gusté de todos, hasta de los últimos, y entre sudores y refrescos no me cansaba de recorrer tan prodigiosa vecindad. No hice muchas amistades, porque Sevilla no es fácil y puede resultar pesada por su prurito de tener toda la gracia de Dios y una poquitilla más. Mejor la conocería en posteriores viajes; entonces estaba tan fuera de lugar como Ceferino Sanjurjo en *La Hermana San Sulpicio*. Pero la ciudad me encantó y la recorrí en todos los sentidos. Todo eran barrios, rincones, capillas y campanarios, jardincillos y palmeras, caballeros enjaezados y, arriba del todo, la Giralda, que no admite decepción ni fatiga, coronando aquella enorme ciudad de la catedral, llena de agujas, flechas, arcos, capillas, sepulcros, techos recamados, taraceas, marfiles y mármoles; un gusto por el lujo y por la grandeza que, mal comparados, achica a los sevillanos. No cabe el chiste del zapatero que saluda con un *basta luego* a quienes pasan junto a su zaquizamí, porque la calle no tiene salida. En cambio, la hospitalidad andaluza es admirable con la precaución de saber apreciarla.

En mi breve primera estancia iba, cada mañana, a ver y oír a los Seises, con sus trajecitos del XVII y sus castañuelas, en las ceremonias del Corpus Christi, *sacramentado / bajo la forma de santo pan...* (y aquí daban una rebolera que agitaba las plumas blancas de los chapeos, en la majestad clerical y catedralicia...) Y la sorpresa de toparte, en un altar, en un muro, con un Murillo jacarandoso, o un Zurbarán pensativo, un Valdés Leal retorcido en *jipíos*, acaso un Greco fulgurante como una bengala, un silencioso y elocuente Velázquez.... Fui visitando los interiores monjiles de capillas y conventos, oyendo el campanilleo de las espadañas de los conventos, el jaleo vistoso de los peregrinos de zarzuela, que salen de San Patricio en dirección a las planas del Guadalquivir: *Nos vamos al Rocío / Abí se quedáis...* Y los mercados de la calle Feria, ricos y cochambrosos ante una primorosa portada mudéjar... O el abrazo, de quita y pon, del Señor de Pasión o la mirada oblicua del Gran Poder.. *Hagamos una catedral que quienes la vieren nos tomen por locos* dijeron los canónigos. Sevilla es una locura presuntuosa, que se humaniza en el Callejón del Agua o en la plazuela de Santa Ana. Una tensión casi insoportable, entre churros y castañuelas, misereres y saetas. A un paso de lo cursi, sin darlo. En ese viaje apenas tuve amigos, salvo mis huéspedes. Luego he tenido muchos, hasta no poder pasarme sin la Semana Santa sevillana, con los eméritos, como Morales o Valdivieso, que saben cuál es la esquina por donde asoma el Cristo primero; cuál la capilla con más punzante y rico aroma de nardos; dónde sonríe triste la Dolorosa, que apenas tiene pregoneros; en qué momento la Macarena, algo revistera, baja sus escalones para saludar a las damas de mantilla que le prestan las joyas; dónde crujen más fuertes las costillas de los portadores al conseguir que el Señor pase humilde y glorioso bajo el arco tendido: con todo un catálogo de estrenos de palios, de túnicas, de mantos, de fajines de capitán general, de velas empingorotadas y madrinas autosuficientes, el balcón mejor para ver, el callejón más fino para oír... Y a mitad de la pompa grandilocuente y teatral del Miserere de Eslava, nos entran ganas de salir corriendo, para ver qué está pasando en las melancolías cordobesas, las enormes galeras de flores malagueñas, en la tristeza del Cristo de Huelva, en el impertinente croar de las castañuelas que son incapaces de esperar la Resurrección del Señor; en los rebolludos y asfixiantes trajes de manolas emperifolladas de la Malagueta, en el solitario hipnotismo de los Cristos cordobeses en las plazuelas de luna, en las vueltas y

revueltas por el Albaicín y por la Alhambra de las orgullosas cofradías granadinas, que van fumando para que nadie las tome por monjas... Todavía resuenan en la cava oscura de Cádiz los latigazos de los penitentes en honor al Señor, tan alegremente pintado por Goya...

Con esa *vanidad de ser quien soy*, tan antipática, Sevilla triunfa contra todos los prejuicios, a favor de todos los derroches y vanidades. Los conventos de la Madre de Dios, de Santa Paula, de los Negritos, de la O, ofrecen devociones para todos los gustos, penitencias para todos los pecados. Me fui de Sevilla ya un poco harto de tanta perfección y marché a Barcelona (que ya no paseaba las momias sangrantes por las Ramblas) y volví a pensar y a creer que esa realidad de belleza, exquisitamente vulgar, reservada a los humildes y acaparada por los poderosos, de esa Sevilla de donde fui, un par de meses, ciudadano y funcionario antes de los gorgoritos de la Exposición, a la que, por mis pecados contribuí en el pabellón español: insoportable, inolvidable, Sevilla.

Antes de abandonar Sevilla realicé, con mis amigas del Barrio de Santa Cruz, algunas excursiones y paseos. Por ejemplo a San Juan de Aznalfarache, sobre el Guadalquivir, amplio, con sus barcas o barcos y su convento; o a Itálica, cuyas ruinas (tan lamentadas por Rodrigo Caro) son tan grandiosas como destartaladas; o algún pueblo como el que poseyó y lució, hasta la guerra civil, el mejor (sin exageraciones) cuadro religioso del suegro velazqueño, Francisco Pacheco, con el doble retrato de San Mauricio atado al árbol y asaeteado, como decoración de la alcoba hospitalaria donde una santa enfermera le lleva su caldito que le reconforta, lienzo destruido, como tantos más, en la pasada contienda. Más adelante he viajado repetidamente a Sevilla y siempre con gusto, por razones universitarias (en la Facultad sita en la Fábrica de Tabacos, donde don José flaqueaba ante el embrujo de Carmen). En esa primera estancia apenas conocía a nadie y podía pensar que los jardines de Alcázar eran de mi propiedad, con sus arcos, sus galerías, sus fuentes y su deliciosa casita de campo.

Pero la vacante que se me brindaba en el Gobierno Civil de Barcelona pudo con mis apetencias. No conocía Barcelona, ciudad donde mi hermano mayor había pasado tantos años, y que se me ofrecía como un emporio de riqueza y arte. Llegué como un *charnego* más, en busca de alojamiento. Y lo hallé, provisionalmente, en el barrio de la Merced, en una pensión medianeja, aunque con la

ventaja de estar cerca de mi trabajo en la antigua Aduana, donde era el señor de un negociado pintado al fresco por el Bigatá, bueno, si no genial, pintor del XVIII y donde trabajé como Jefe de Negociado, al frente de dos funcionarios, un viejo y simpático guardia civil retirado y su yerno, buen chico, siendo mi tarea principal extender permisos para diversos negocios mercantiles, que los necesitaban según el reglamento. Trabajo sosegado, en el que trataba de favorecer a los peticionarios, que más de una vez atentaron contra mi virtud oficinesca, ofreciéndome con disimulo dineros que no acepté. Era un despacho de permisos sin dificultades, resuelto previo informe favorable, tras el que pasaba a la firma del jefe de la Administración, don Enrique, persona amable y servicial. Junto a su despacho se hallaba el de su secretario, cuya misión principal pareció ser repartir entre los empleados las entradas a teatros y cines que, a pares, enviaban las empresas para probar su legítima gestión. Así que buena parte de las tardes las tenía *ocupadas* en ver los estrenos de teatros y cines, acompañado de algún amigo. Ello contribuyó a mi conocimiento del idioma catalán, ya que en algunos teatros, como el *Poliorama* o el *Romea*, se daban funciones en catalán como *Amalia*, *Amelia i Emilia* o *La Pinxeta i el Noi maco*, y hasta algún estreno de categoría, como *El prestigio de los muertos*, de Segarra. En materia musical tuve menos facilidades y si quise ir al Palau de la Música Catalana fui con mi dinero (no mucho, porque iba al anfiteatro, entre vitrales y relieves modernistas). Aún así pude asistir a ciertos sucesos, como la presentación al público de la joven Victoria de los Ángeles, voz admirable, en el oratorio *Jefté* de Carisimi; y más tarde en repetidos éxitos del Gran Teatro del Liceo, donde era arropada hasta la asfixia por opulentas damas ricas, que dedicaban su interés a *la nostra jova* que, pese a ellas, triunfó en *Lobengrin* y en todo lo que cantó. La entrada al Liceo exigía para un modesto funcionario grandes sacrificios, ya que para conseguir una localidad de anfiteatro *con visibilidad* había que pasar no sé cuántas horas en un mísero portalillo de la Calle del Teatro, y subir, como una exhalación hasta el gallinero, para lograr un asiento desde donde se viera algo. En esa tarea me secundaba y aleccionaba mi amigo Ismael Molera, de familia oscense, abogado como yo mismo lo era y tan modesto como yo; él trabajaba en el despacho del Señor Bonet, junto a las Ramblas, gran coleccionista de pintura local y amable y teatral como buen barcelonés. Y se ve que mis amistades tiraban hacia las leyes, porque en Barcelona

encontré a un muy querido amigo de la guerra, José Juan Cadira, cuyo padre era un Procurador muy distinguido, hasta el punto de que sus hijos le besaban la mano, según vieja costumbre catalana. Vivían en un hermoso piso bajo de la calle Consejo de Ciento, y formaban (a excepción de la madre, fallecida) una amable familia de la Barcelona distinguida; una de las hermanas vivía nada menos que en una casa del Paseo de Gracia construida por Gaudí, llena de ocurrencias modernistas y que albergaba en el bajo la Galería, una de las mejores de Barcelona, donde conocí a Benet, Pau Roig y Olivé Busquets. A mis dos amigos de antes, Molera y Cadira, se agregarían otros muchos de la sociedad catalana, como la familia Domínguez (madre, hijo y tres hijas, Rosa Campmany); los pintores Juan Antonio Roda y José M^a García Lloret, a los que se agregaron Oriol Mas Pons, Albert Rafols Casamada y su novia (luego esposa) María Girona, etc. en cuya compañía me hallaba muy a gusto. Especial mención merecen la (luego fallecida) María Aurelia Campmany, hija de un poeta vernáculo catalán; Jordi Benet (hijo del gran pintor Rafael Benet) y otros muchos más. El lenguaje era variable, ya que pronto entendí el catalán y ellos podían hablar castellano. Han sido muy fieles amistades y algunas de ellas duran todavía a través del mundo.

De mi primera pensión pasé rápidamente a un hotel sito en la Plaza Real, desde cuyo balcón se veía el aspecto animado de este lugar (hasta escribí un artículo, *Niño en la Plaza Real*, que no tuvo premio en un concurso; ni, probablemente, lo merecía) y que abandoné por mala alimentación y cuidados. De allí pasé al ensanche de la Diagonal; y de allí, a la Calle Balmes, hasta que por fin eché anclas en la calle Diputación, paralela a Consejo de Ciento y esquina de Aribau, barrio céntrico y animado, donde transcurrió el largo resto de mi estancia barcelonesa. Tenía una habitación dando a la plaza formada por Aribau, barrio céntrico y animado, donde transcurrió el largo resto de mi estancia barcelonesa. Tenía una habitación dando a la plaza formada por Aribau y Consejo de Ciento, con muchas tiendas de libros y comidas, y, frente a frente, una fábrica creo que de hilados, aunque nunca lo supe exactamente, ni siquiera cuando la dibujé a la acuarela. Porque animado por los ejemplos de mis amigos, me dio por pintar y pienso que no me podía salir peor, aunque mis amigos pintores jamás le dieron mucha importancia, porque, al parecer, yo había nacido para escritor... En todo caso, no para abogado, pese a mis actividades funcionariles; que,

después de cuatro o cinco años en el Gobierno Civil de Barcelona, me llevaron al (mustio y tranquilo) de Madrid, en la Calle Mayor; y más tarde a la Dirección General de Sanidad, en la Plaza de España, de donde, abandonando la burocracia, pasé a estudiar en la Sorbona de París, pero eso ya es otra historia.

El Ensanche de Barcelona es de una insuperable monotonía. Lo forman manzanas regulares, octogonales, y dejando alguna plazuela entre sus chaflanes, con tal rigor que lo mismo puedes estar en Latitud 0 que en Longitud 20. Se tiende, como una red, entre la Barcelona vieja y la avenida Diagonal, que lo separa el barrio de Gracia, que desemboca en los terrenos de la exposición de Montjuich. Yo he vivido sucesivamente en calles semejantes, como Balmes o Aribau, y sólo se distinguen por el mejor estilo de algunas casas o por el mejor tono de algunas tiendas. La cuadrícula se forma por calles que, en el plano, pueden parecer horizontales cortadas por otras verticales, de las mismas proporciones.

La calle de Aragón se distinguía de las demás *horizontales* porque estaba abierta en un largo foso por donde discurrían los trenes. Ahora no recuerdo si la plazoleta de mi casa correspondía al cruce de Aribau ó Montaner con Consejo de Ciento. A ésta daba la fachada trasera de la Universidad o la delantera del Seminario y gozaba de la particularidad de un mercadillo de libros a lo largo de una acera. Es un barrio, ni rico ni pobre y en una de sus plazuelas se asentaba la casa donde viví varios años, ni fea ni hermosa, ni rica ni pobre, como la pensión donde me alojaba, regida por dos hermanas de cierta edad que yo y mis amigos apodábamos las Monet, por sus batas de colores y sus cabelleras abundosas. La mayor, más oronda y majestuosa, era modista. La menor, más delgada y menos remilgada, llevaba la pensión, donde se alojaban (o nos alojábamos) tres varones y una hembra. Esta última era más joven y más desustanciada, oriunda de un pueblo grande de la región. Los varones eran serios y puntuales, de clase media modesta, corteses pero ajenos a toda familiaridad. La comida hubiera sido correcta si no fuera por las lagunas de la Monet menor, que de vez en cuando *empinaba el codo* y la hallábamos medio transida en una silla, licencia que jamás adoptaba la Monet mayor que también tenía aspectos *nabis*, como de Vuillard o Bonnard de clase modesta. Mi cuarto daba a la plaza y tenía un balcón, desde donde dibujé y pinté más de una *vista*.

Allí tenía yo un estante de libros y, por las paredes, algunos dibujos, a veces impresionistas y a veces expresionistas, que eran los peores, a veces regalos de mis amigos pintores, como Roda o García Lort. Había algunos libros en catalán, pero la mayoría eran castellanos o franceses. El sitio era céntrico, limpio suficientemente, tranquilo; recibía pocas visitas, porque prefería acudir a las moradas de las familias de mis amigos, los Domínguez, en la calle alta de San Pedro, cerca de la plaza de Urquinaona, en una casa de cierto pos-tín; o en el almacén de tejidos que tenían en un entresuelo de la vecindad, cerca de la plaza de San Pedro. O bien en la *torre* de Horta, donde vivía la familia Roda; o en un entresuelo de la Rambla, donde se agolpaban los manuscritos y apuntes de los Capmany. O bien en el elegante y amplio piso adonde se mudó Cadira tras su matrimonio, que tenía la particularidad de dar la vuelta entera a la manzana, sita en la Rambla de Cataluña, en las cercanías del horro-roso monumento al inventor del Orfeón Catalán; o en el de la fami-lia Cadira en la parte derecha del Paseo de Gracia, en la vecindad de la casa del dibujante de las mejores *Aucas* y del estanco de donde salió un joven tenor para casarse con Montserrat Caballé.

Pero un lugar de reunión céntrico y grato era el Círculo Artístico, en la Plaza de Cataluña, adonde acudíamos a dibujar del natural generalmente floridas y voluminosas desnudas, de sólidos pies. Todavía guardo algunos apuntes. Como escritora, María Aurelia acu-día al casino o casal vecino a las Ramblas, cuyo animal prehistórico era una tortuga muy vieja que, sin pretenderlo, arrastraba sillas y veladores, y donde habían dejado su huella los grandes o pequeños escritores del país. Mi hermano José tenía el Casino Militar, junto al Círculo Artístico; éste se trasladaría a una bonita casa antigua cer-cana a la catedral.

Ismael Molera vivía en una pensión de la calle Aribau, donde amon-tonaba algunos objetos de arte, como su propio busto, o algunas ediciones catalanas antiguas, algún que otro dibujo (creo que, uno o dos, regalos de sus patronos).

Entre los descubrimientos de la Barcelona recién pisada estaban las librerías (en especial, de viejo), las galerías de arte (más abundantes que en Madrid), los teatros y los cines. Había uno, cerca de las Ramblas, que daba programa doble y si acudías el miércoles, en que se cambiaba el programa, podías ver cuatro filmes, si tenías la paciencia suficiente, por el precio de uno. En las librerías destacaré

aquellas que se dedicaban a libros de arte y que vendían láminas sueltas de buenos cuadros, especialmente en las cercanías de la Catedral. Todavía guardo cuadernos y reproducciones de la época, a las que se ha de agregar algún regalo que recibí, como el Van Gogh editado en Suiza y que me regaló Roda. Lejos estaba yo de sospechar que sería colaborador y huésped de Albert Skira en mis viajes tan numerosos a Suiza, donde aquella familia me recibía tan cariñosamente, en la vieja plaza de Ginebra...

Entre mis amistades barcelonesas hay que contar a Juan Eduardo Cirlot, que se burlaba de quienes pronunciaban a la catalana su apellido, como si fuese un título nobiliario: *Sir Loth*, trabajaba en una buena librería del Paseo de Gracia y me beneficié de algunas de sus ediciones, como de sus láminas. Yo también hube de colaborar en esas tareas bibliográficas, en las propias obras poéticas de Cirlot, como el *Canto de la vida muerta*, y poseo ejemplares manuscritos dedicados a mí. Coleccionaba espadas antiguas y era muy aficionado a la música y conocido de un famoso padre jesuita dedicado a estudios musicales: el Padre Massana. Fuimos a su colegio para oír la *Sinfonía de los Salmos* que yo no conocía entonces, pero el Padre prefirió ofrecernos *Los Planetas de Karl Orf*, que desde entonces me han parecido detestables. Era amigo de un poeta ultraísta, Carlos Eugenio de Goicoechea, joven atrabiliario abierto a las vanguardias y que era capaz de hablar de cubismo con Molera (casi asustado) en una plataforma del tranvía repleta de gente y a grito pelado.

La fama ha llegado a Cirlot después de muerto y yo jamás he presumido de la amistad de un (hoy) famoso, de quien tengo dedicados originales.

La casa de Juan Antonio (Toño) Roda en Horta tenía las ventanas de un barrio ajardinado, de *Chalets* más o menos lujosos, en general modestos, pero con la alegría de los jardines y la tranquilidad de las afueras. Era un pintor siempre inspirado en el natural, optimista y limpio de colores, influido por los impresionistas; pintaba alegres escenas en las que servíamos de modelos sus amigas y amigos. Le servían de modelos su hermano Tinín, las niñas Sastre (que vivían en las tres Torres, como la senyoreta Serrallonga o el Senyor Albert), las hermanas Domínguez, Aurelia Capmany o yo mismo. Con el tiempo dejó el *estilo Renoir* y se hizo más cerebral, pero no salió ganando. Me hizo varios retratos (entre ellos el que tengo en mi

casa de Fernando el Católico, en Madrid) que conservan una eterna juventud. Tenía una gramola y en ella no nos cansábamos de escuchar *Dido y Eneas* de Purcell, hasta que lo supimos de memoria. Acudían amigos, como alegres moscas. El barrio terminaba en la estación del ferrocarril de Horta: junto a una bonita iglesia gótica. Cerca asomaba la mole del Tibidabo y, más abajo, Pedralbes, con su viejo monasterio y su colección de pinturas privada, junto a unas plazuelas tranquilas, donde paraba el autobús. Tampoco estaban lejos los palacios de Pedralbes ni la finca diseñada por Gaudí con su espléndida verja y sus arquitecturas caprichosas.

Más hacia el centro, en Gracia, vivía el matrimonio de María Girona y Albert Rafols, encantadores siempre. Ella era sobrina del pintor Rafael Benet, que le había pintado un retrato precioso. No se qué sucede con los recuerdos barceloneses, que no pierden su brillo ni el encanto primaveral de sus tonos. En la misma casa (calle montañosa) vivían Jordi Benet, primo de María, y su mujer Mercedes (Xiusquets) de la familia Domínguez. Era una sociedad juvenil y limpia, sencilla y artista. María y Albert se han hecho famosos. García Llorca se casaría con una encantadora norteamericana, también pintora, y vivieron felices en las Tres Torres.

A Ismael Molera le veía a diario y solíamos salir de paseo los domingos por los alrededores de Barcelona. Cada mediodía coincidíamos en la Rambla, cerca de Colón y de Pitarra, prestigiosos monumentos; veíamos las carteleras del Liceo y hacíamos planes para ver las óperas o los ballets rusos, desde el económico anfiteatro. Me ha quedado la impresión de que, en la Rambla (en especial, la de las Flores) hacía siempre sol. Subíamos hacia la Plaza de Cataluña, saludando a la *Venus* de Josep Clará (mucho después reemplazada por un feo monumento), pasando junto a la fuente donde bebían los turistas, para asegurar su vuelta a Barcelona. Íbamos con frecuencia (gracias a las entradas que regalaba mi oficina) al teatro o al cine de estreno. Era la época en que la censura cambiaba los argumentos de las películas y hacía desaparecer adulterios y desnudos. Pero, así y todo, nos encantaba Bette Davis, Joan Crawford, Burt Lancaster o Edward G. Robinson. En el teatro, aparte de las óperas del Liceo (de *riguroso* anfiteatro) y a los ballets, en que solía figurar María de Ávila con Juan Magrinya, admirábamos repertorios rusos de Rimsky Korsakov o Borodin y paladeábamos a Richard Wagner o a Giacomo Puccini. Los domingos solíamos oír misa en alguna iglesia gótica de

las muchas que hay en Barcelona. Y por influjo del Henry the V de Laurence Olivier, posaba con Rosa en el claustro gótico de Sant Pau del Camp.

Gracias a mi amistad con Lolita (María de Ávila), pese a su juventud, primera bailarina *absoluta* del Gran Teatro del Liceo, pronto logré entrar directamente al escenario. Siempre recordaré mi emoción, agazapado tras una falsa roca del decorado, al ver acercarse a Ebe Stignani cantando *Ché fàro senza Euridice* del Orfeo de Gluck. Entre bastidores veía a la bella y algo sosa Filo Feliu aprestarse a un paso a dos con José Ferrán, y a un Juan Magrinya disfrazarse de *Espectro de la Rosa* pese a su fisonomía de catalán de la costa mediterránea. Incluso hice amistades con algunos bailarines de la compañía americana.

En el teatro español asistí, infinidad de veces y siempre con admiración, a las funciones del ballet de Pilar López (hermana de la Argentinita) con Pastora Imperio, José Greco, Manolo Vargas, etc: es decir que estudié, hasta la saciedad, el mejor baile español que en aquel momento se presentaba en el mundo. Entre otras muchas funciones, asistí a *Le medaglie della vecchia signora* por la sublime Emma Gramatica, en el teatro Romea o al jovencísimo Marsillach en el Comedia en una obra de Jean Paul Sartre...

Pero todo pasa en la vida y me entró la manía de que, de tanto practicar el catalán, iba a olvidar mi propia lengua y, de tanto dibujar, olvidaría de escribir. Así que me despedí de mis amigos, con un poema dedicado a M^a Aurelia Campmany, escrito en un catalán churruigueresco y me preparé a regresar a Madrid, en cuyo Gobierno Civil de la calle Mayor, hermoso y austero monumento, paralelo al Ayuntamiento, ingresé con muy poco trabajo y mucha ociosidad.

No alcanzo a saber cómo me decidí a abandonar Barcelona, que tanto me gustaba y que tantas pequeñas ventajas profesionales me ofrecía. Supongo que creí llegado el momento de dejarme de dibujos y de dedicarme a escribir en castellano, que era lo mío. Y en efecto, a partir de ese momento dibujé menos o nada y escribí más y no sé si mejor, o no tan mal. Acaso en mi interior exista una necesidad de cambio o una falta de constancia. La razón que me daba era que estaba confundiendo el catalán y el español y que de esa manera no iba a poder prosperar. ¿En qué? Acaso pensaba que Madrid iba a ofrecerme mayores posibilidades de hacer una carre-

ra literaria. No creo que pudiera esperar de mi nuevo puesto burocrático, en el solemne Gobierno madrileño, mayores satisfacciones que las que Barcelona y mis amigos me ofrecieron.

No sé tampoco si me dediqué a recorrer elegíaco los queridos rincones y plazas que dejaría para siempre en Cataluña. Y, sin embargo, llevaba anclados para siempre en el corazón lugares que no hallaría en otra parte. Pienso en el Parque de la Ciudadela, con su trivial cascada, sus animales amaestrados, su señora del paraguas, el viejo arco del triunfo o la espantosa estatua de Hércules, el delgado mosén Cinto Verdaguer en lo alto de su columna de la Diagonal, los modernismos de Gaudí, las playas amontonadas y el intacto rompeolas, la Plaza Real y la de la Merced, el largo Paseo de Gracia, exquisitamente vulgar, las viejas plaza de Pío o de Palau, el tufillo mediterráneo de las tascas, el mar *La mer toujours recommencée*; los fastos del Liceo, las salas góticas de Montjuich, las casas de mis amigos en Horta y Sarriá, en Urquinaona, las librerías de las Ramblas, las fiestas populares de *El tres tombs* o la Mercé, el mercado de libros de los domingos, María Caniglia y Ebe Stignani saludándose en la *Norma* de Bellini, la elegancia bravía de Santa María del Mar, el enternecedor y alpestre Parq Güell, la solemne Catedral, con sus patos en la fuente del claustro, y los retablos góticos de la girola, Montjuich mirando al mar entre bastas esculturas y barcas de turistas, las corridas de toros de la Monumental, entre Manolete y Arruza, el estrépito y temblor de los tranvías y la Santa María olvidada en el puerto, junto a las golondrinas domingueras, la pompa peinadora de las grandes señoras del Mercado del Born, los cuplés vieneses del Paralelo, la solemnidad decorativa del Ayuntamiento y las escaleras y jardincillos de la Generalitat, la pompa de los guardias urbanos y la alegre vulgaridad de las fiestas de los barrios, el Santísimo Cristo de Lepanto y la modosa y educada Santa María de la Mercé, las pretensiones estéticas de la Bodega Bohemia, el sujeto aeroplano del Tibidabo, con aquella rana obesa que croa en la vecina fuente, la fuente de Montjuich y las revisteras de la plaza de Cataluña, la *manzana de la discordia* en el Paseo de Gracia, las carátulas de Manolo en el cine Condal, aquel diminuto manantial de la Diagonal, la alegre vulgaridad de la calle Talleres, los jinetes de chistera y frac de *El 3 Tombs*; los desérticos *Encantes* junto a las sublimes pedanterías de la Sagrada Familia y del Hospital de Puig i Cadafalch, el Portal Nou del Tinell y del Hos, la pedantería ingenua

del Palau de la Música Catalana y sus ninfas medio aplastadas contra la pared, los azulejos bíblicos del zaguán de la biblioteca, los atletas del estadio de Montjuich, las gitanas de la Barceloneta, la procesión por las Ramblas de los despojos funerarios de cuaresma (ya suprimida), la guardia municipal montada y emperifollada, el Ateneo Barcelonés y la vía de los sepulcros romanos, el pino de la Plaza del Pi; las fuentes dieznovistas y tiernas de la Diagonal junto al empaque algo ridículo de la Casa de Les Puntxes, la feria de yerbas de la calle del Hospital, en fin, el Salón de Sesiones de la Academia de Medicina... Ah; Cervantes, Cervantes, cómo, por una vez, acertaste en tus elogios, en tu elogio: ÚNICA.

Madrid ya no era única, puesto que la había habitado anteriormente. Las oficinas del Gobierno Civil estaban (y creo que siguen estando) en la Calle Mayor, en la misma acera del Ayuntamiento, en un caserón algo lúgubre y severo, sin aquellos refitoleos que el barroco agregó a la casa consistorial, pero tampoco la solemne columnata-balcón de la misma acera del Gobierno. Se trata de un buen ejemplo, aunque algo tristón de la arquitectura madrileña, de aspecto conventual en sus palacios, en los cuales, tras una portada aparatosa, no hay más que un caserón sólo grandioso en el tamaño de sus cuartos y salas y cuya escalera provoca cierta aprensión de amenaza. Sin embargo, el ambiente que se respira en tan enormes piezas era tranquilo y apacible, la Secretaria Jefa era bastante amable y los guardias no amenazaban. Pero ¡qué diferencia de la jacarandosa plaza semicircular de mi oficina sevillana! ¡Qué lejos estas salas desnudas de las amables decoraciones del Bigatá, que amenizaban mi despacho barcelonés! Tampoco la Calle Mayor madrileña, así llamada porque cuando la trazaron no había otra comparable, tiene nada que ver con el jolgorio de la vecina Plaza, donde el serenísimo rey Carlos II se sondormía pese a los vivos de los cristianos de los Autos Sacramentales y a las miradas severas de la reina madre, Mariana de Austria, a cuyos pesares asistimos en Zaragoza. La calle se anima a su final con un par de palacios y con una exquisita iglesia, que más tarde ha pasado al ramo (o mas bien laurel) militar, con tallas bastas y techos exquisitos, ante la cual cierto anarquista de cuyo nombre no quiero acordarme saludó paradójicamente con una bomba a la sosísima reina británica Victoria Eugenia, la que no mojaba los bizcochos en el té y que no sabía que pensar en caso, de necesitarlo, de una boda con caballos muertos y de una suegra austríaca y pre-

ocupada. Morral cerquita, donde puso la bomba, acudía supongo, no a la misa de las monjas, sino a ver dónde podía dar un susto a las nuevas Majestades. No sé si la escasa simpatía de la soberana se debió a la dichosa bomba. Así que de la nieta de Victoria de Inglaterra, nos han quedado tres imágenes: la de la explosión entre caballos muertos, la del horroroso retrato que le pintó Sorolla, y la del descanso en un ribazo de la carretera de Francia, cuando salía desterrada en 1931.

Acaso no la hubiera recordado de no trabajar en el barrio de la famosa bomba, que me parecía algo insulso tras las alegrías barcelonesas. Tampoco había grandes relaciones amistosas entre los funcionarios gubernamentales y la funcionaria jefa no pasaba de amable. Cada mañana de sol me cruzaba, a la altura del Palacio Real, con mi compañero Cortezo, que se iba al Patronato Antituberculoso, donde nos habíamos reído tanto a costa de nuestro jefe, cuyo mayor defecto era carecer de sentido del humor (carencia más común de lo que parece). También trabajaba allí suavemente Ignacio Rubio, buen amigo que festejó la jubilación yéndose a vivir a Menorca y otros empleados, altibajos, cuya principal misión era redactar los informes de las visitas oficiales que realizábamos a los sanatorios antituberculosos y que me proveyeron de noticias, más que de la marcha de la epidemia (que cuando empezó a funcionar el SIDA casi desapareció tras los cientos de millones gastados) de las reticencias y quejas de sus huéspedes. Siempre recordaré, como ejemplo de hipocresía bíblica, las alabanzas de una toledana monja, que deshacía mis escrúpulos de comer carne en cuaresma, y que elogiaba que fuera haciendo el bien por los sanatorios antituberculosos. Yo me imponía por deber tener con los enfermos conversaciones particulares, cuyos resultados eran muy diversos, y con ello componía, en unión con lo observado, mis informes. No me preocupaba de hablar con contagiosos; y lo digo porque compañeros de mi rango tomaban precauciones que parecían del valle de los leprosos de *Ben Hur*. Así visité suntuosos edificios recién inaugurados, porque el franquismo, no sé por qué temía un contagio no sé si en pena de sus pecados. Encontré gente de toda laya, rebeldes o sumisos, y no pocos tumbados al sol parecían pensar que con la enfermedad estaban empezando a vivir...

En algún rato libre visitaba algún monumento. Recuerdo como muy provechosa la visita a Orense (cuyo sanatorio estaba en las afueras)

con sus Termas romanas y su deliciosa catedral. O la de Palencia, con aquella preciosa iglesia de Santiago, el triple puente para tan modesto río, con ese aire surrealista de Puerto a ninguna parte, y el precioso retablo de la catedral, amén de una iglesia tipo jesuíta como no he visto luego mejores en Europa. Y un Cristo que sudaba sangre, milagro monjil, y un monumento iniciado al pobre de Jorge Manrique. En fin, muchas cosas vi, hasta casi hartarme y pensar cambiar de ruta.

Precisamente entré en relaciones amistosas con alumnos parisienes de las becas de la Casa de Velázquez. Dicha casa o palacio, sita en uno de los frentes de guerra madrileños, había sido tan arruinada por las balas que casi solo quedaba intacta la estatua ecuestre de don Diego Velázquez, una invención de quien apenas sabemos si solía o sabía montar. Los becarios que la Francia enviaba a Madrid (y en cuyos concursos me vería yo mezclado, sin culpa) tenían que alojarse entonces, ya no en la casa madre, sino en hijuelas del barrio de Serrano. A mí, que ya empezaba a mirar a Francia con pasión, me encantó entrar en amistad con los vecinos de uno de aquellos *chalets*, entre quienes se distinguía el pintor de Reims, Luc Simon, que le encantaba dibujar la miseria de las barriadas que iban creciendo en Madrid tras las ruinas de la guerra. Más de una vez fui yo, caballero en su moto, a dibujar en las cochambrosas barriadas cercanas a las Ventas, bajo la influencia de este pintor nórdico y detallista, cuyas ideas comunistas le hacían ver miserias por todas partes, y que disponía asimismo de medios para alquilar a una modelo. Creo que mi amistad con Luc influyó en mi decisión de emigrar a París, dejando el Patronato Antituberculoso por un permiso indefinido que, de repente, nuestro jefecillo de personal, me obligó a reintegrarme al servicio o a renunciar a una ayuda económica. Esto supuso una flagrante injusticia, de las muchas de la era galiciana, pero la asumí, perdiendo de modo totalmente injusto los derechos adquiridos en mi carrera y oposiciones. Pero la España grande y una, estaba llena de esos casos y, estimulado por mis nuevos amigos franceses, decidí emigrar a París.

Entre ellos los mejores eran Paul y Suzanne Collomb (ella ha muerto hace poco) gente excelente, un Barón o Marqués cuyo título se me escapa, muy experto en la historia de las peregrinaciones jacobinas, que afrontó a caballo repetidas, con el rigor de una De la Coste Messelière; Claude Petitot, que se dedicaba al grabado (diré

que todos mis amigos, pintores o grabadores, pecaban del estilo puntiagudo a la moda de aquel tiempo), y Suzanne, muchacha encantadora que, cuando iba París vivía nada menos que en la Place des Vosges. Los Collomb eran excelentes personas que más tarde vivieron en París, en la *Ruche* o colmena, residuo modernista de una vieja exposición universal cerca de la Porte de Versailles. A Luc Simon, que vendía *L'Humanité* a la salida del Metro de París, lo traté bastante y hasta conocí a su padre (constructor de vidrieras de catedrales) y hermanos.

Mis nuevos amigos me presentaban La Sorbonne como la maravilla del Universo y, aunque no está bien exagerar, después de vencer todos los obstáculos de la quisquillosa administración francesa, ingresé en ella y me hice un habitual del Quartier Latín y los viejos colegios dejando (acaso con cierta crueldad) a mis familiares en España. Mi hermana María se casaría mas tarde con un inglés habitante en Madrid, que resultó tener ya una querida, pese a las bellísimas epístolas que escribía a Maruja. Dicen que la hipocresía es un vicio británico y mi cuñado (que contrajo matrimonio con mi hermana en la iglesia del Cristo de Argüelles) era un caso complejo de cobardía e insinceridad. Mi hermana decidió acudir en su busca y yo la orienté desde París y hasta, pese a su pesimismo explicable, le serví de guía, e incluso la acompañé en Londres a esas covachuelas del *Temple* repletas de abogados. Su legítimo esposo (que supongo esperaba resolver su vida con una esposa ricamente española, lo que no era el caso) se dedicó a huir sin dar la cara. Hay que reconocer que mi hermano José, tras algunas afirmaciones de tipo militar (entonces estaba en Madrid, en una oficina) se limitó a lamentar el caso, sin tomar decisión alguna. La justicia británica asignó a mi hermana la pensión impuesta por la ley y como el marido trataba de eludirla, tuvo que ponerse a trabajar en Londres como le autorizaba su nacionalidad inglesa (agregaré, que con muy mala cara por parte de los funcionarios consulares españoles, para quienes dejar a Franco para hacerse británica era una falta imperdonable). Mi hermana sin amilanarse y con escasos rudimentos de inglés, entró de costurera en el taller de una española casada con un angelical (es la palabra justa) inglés de buena familia y de ahí pasó a la orilla del Támesis, como ayudante en casa de una simpática dama viuda Mrs. Chamberlain, con amigos españoles y un hijo muy aventajado bailarín del Covent Garden, Piers Beaumont. Valiente y trabajadora,

Maruja rehizo su vida como ayudanta y se hospedó alguna vez en casa de Helen Chamberlain, en la esquina de Beaufort Street con la maravillosa ribera del Támesis donde antes de ella vivieron Jane Austen, Disraeli, y los pintores postrománticos. Mi hermana aprendió a querer a Londres... y yo también. Me parece verla dar de comer a los ciervos en aquellos maravillosos parques....

No voy a introducir aquí, ni corta ni larga, la historia de mi estancia en París, que duró hasta 1970 y durante la cual me ganaba la vida como profesor de Español en dos pueblecitos de las cercanías de la capital francesa, Saint Maur de Fosés en la Banlieue Norte, y Saint François d'Assise, en la Sur; y donde habité, sucesivamente, en la Cité Universitaire (Colegio de España), en el Boulevard junto a la Fuente de Saint Michel y en rue Sarrette, en el distrito XIV. Sólo quiero recordar aquí que, animado por la creación de una nueva universidad madrileña y en posesión de un título de doctor por la Sorbona, decidí regresar a Madrid, después de haber permanecido en la capital francesa casi un cuarto de siglo y de haber sido ayudante y hasta suplente del gran maestro de la Escuela de Altos Estudios, Pierre Francastel, que falleció en 1970, pocos meses después de mi partida. De la misma manera que tuve que probar mis aptitudes en París cuando me doctoré en la Sorbona con una tesis dirigida por Francastel, tuve que demostrar mis méritos españoles en otra tesis, leída y aprobada en la Universidad de Zaragoza: la primera *Vision et symboles dans la peinture espagnole du Siècle d'Or* editada primero en París y luego repetidas veces en castellano; la segunda *El pintor, de artesano a artista* leída en Zaragoza (donde un cleriquillo puso algunas pegsas) y que ha recibido varias ediciones castellanas, dos de ellas en Granada, tierra de mi predilección desde mi regreso a la patria.

Ingresé así en la nueva Facultad que, creada en un pabellón desahogado del parque del Retiro, sería luego trasladada a las afueras Norte de Madrid a un lugar, entre perdido y militar, llamado (por chanza), *El Goloso*. En una y otra latitud hube de aguantar la autoridad de un mediano jefecillo Gratiniano cuya obsesión primordial era que permaneciéramos los profesores en el edificio titular el mayor tiempo posible, personaje político de escasa prestancia. Pero las mini-revoluciones a que yo había asistido en la Sorbona parisiense fueron imitadas, con escaso acierto en el Goloso; y tuvimos asambleas redundantes, pero con menos gracia que las francesas;

con lo cual me preguntaba yo a veces qué era lo que me hizo volver a una madre patria que nunca me ha prodigado sus favores (de no ser honorarios) y por qué razón, tras aguantar a Gratiniano tenía que apechugar con Alfonso Pérez Sánchez, flor y nata del *Especialismo*. Dejé por fin la Autónoma, alborotada y pretenciosa, y me pasé a la Central, que era cuando menos la más importante de las que había entonces en Madrid y que luego se van multiplicando sin parar. Y en ella he permanecido hasta cumplir la edad de la jubilación y rehusar el dudoso privilegio, que el nuevo rector me brindaba, de dar clases gratuitamente. Por lo que me retiré a mi casa, con un salario miserable, aunque con el honor de haber sido director del departamento de Arte Contemporáneo.

Me acaecieron diversos honores, generalmente semejantes en la roñosería de sus estipendios, cuando los haya. He sido así académico de Bellas Artes de San Fernando y de las de Nueva York, Zaragoza y Sevilla, pero sin gajes o con algunos muy estrechos, y otros honorcillos por el estilo, Colegio de Eméritos, diversos honores en Zaragoza y otros lugares. Y he ido viviendo modestamente, pero sin estrecheces, dando curso libre a mi gusto por viajar por Europa y América y sendos trocitos de Asia y África. He escrito muchos artículos y algunos libros, en especial sobre Velázquez (de cuya gran exposición en Madrid y en Nueva York fui comisario). He dado muchas conferencias y escrito muchos artículos y algunos libros. En fin, lo que suele hacer un intelectual de segunda clase. He viajado mucho, eso sí, y casi es lo que más me enorgullece. Y creo que no he hecho demasiado mal a nadie, por no ser excesivamente envidioso. He colaborado en diversas revistas de cierto rango y en periódicos bastante leídos. Y tengo en mi armario unas docenas de libros míos, mejores o peores, de invención o de ensayo. En resumen, un pequeño intelectual hispano, orador de cierto éxito, escritor con cierta gracia, conocido de unos cuantos, desconocido de muchos, amigo de sus amigos, que no son exceso, de breve familia (un hermano y dos sobrinos) y con una modesta capital cultural como Madrid que no brilla mucho, pero tampoco hace un papel demasiado modesto o ignorado.

Una dolencia en una rodilla me ha dado la ocasión de escribir sentado y a ello me atengo, esperando que Dios me tenga en su mano.

Jueves Santo, 1998, Madrid

Ésta, no grave, pero sí molesta afección de mi rodilla derecha ha introducido en mi vida unas desacostrumbradas novedades (Y eso que la izquierda no toma ejemplo, que hay mañanas que parece que quiera entrar en competencia con la mayor: y la llamó así porque ha aumentado de tamaño, tras haber introducido bajo su piel y músculos a modo de cocinilla de juguete infantil, con tres utensilios que, al parecer, me compensan no sé bien qué: un cubo y dos cilindros, lo que a efectos de mera estética, produce una hinchazón poco elegante, con que ya no puedo, no bailar los ballets de Petipá, de haberseme ocurrido, sino ni siquiera andar con la debida corrección. Así pasé el curso último, cojeando para ver las exposiciones que tenía que comentar, en mis crónicas semanales de ABC: que por fin he tenido que soslayar, sin ningún entusiasmo, porque ¿qué va a ser, si no escribes? Por fortuna mi sobrino y ahijado Cándido me ha regalado esta maquinilla y, aunque parezca mentira, en ella encuentro las letras antes de buscarlas y puedo, a lo menos, hacerme la ilusión de que aún escribo. Mi último artículo, por el centenario de Delacroix, para ABC, ha resultado decente y me inspira cierta confianza en mis manos, aunque dejen algo de desear mis piernas, atarrugadas a dos bastones que casi llamaría bastiones, por los muchos obstáculos que me oponen. Gracias a Dios he encontrado a un instructor, que me inicia lentamente en el uso propedeútico de mis piernas, persona honrada (aunque mis dineros me cuesta) con la que vuelvo a empezar, no sin impaciencias y rabietas, para tratar de volver a ser bípedo, aunque sea con ayuda de bastones. Ello me ha decidido a regresar a mi casa del Pilar (la Virgen me ampare) no sin miedo de caídas y tropezones y de restaurar, aún no sé cómo, mi humilde carrera de escritor de críticas, ¿cuáles voy a hacer, si no recorro las exposiciones? En fin, ello dirá, me temo que con dificultades, en el barrio del Pilar, y que mi portera y mi instructor superen los cuarenta metros de pequeñez de mi piso, lleno de obstáculos de libros, papeles, estatuas, muebles, etc. Todo me resulta problemático, hasta el simple hecho de bajar a comer a la tasca vecina. Que la Virgen del Pilar, patrona de aquel barrio, me ayude. En todo caso, han venido a verme varios buenos amigos. Dios dirá.

Llegado a esta coyuntura y una vez embadurnadas sesenta y tantas hojas sobre algunos aspectos de mi vida (sin renunciar, por ello, a ocuparme, alguna vez, de otros, ya sean mis largos años en París, ya los paseos y viajes con ellos entreverados, de Venecia a Ginebra, de

Nueva York a Rusia, de Istambul al Japón, de Orán a Jerusalén, de Caracas al Canadá, de Estocolmo a Copenhague, de Jerusalén a Mallorca, del Cairo a Berlín, etc., sin olvidar algunos sabrosos viajes por España, que de todos ellos he tomado nota) quisiera regresar al punto de partida, a esa Villa Pimpinela en la que, por desgracia o por suerte, caí preso (o casi). Como resultado de una ligera operación quirúrgica. El caso es que, y ya bastante avanzado el camino de mi vida, me tropecé, si no con una miseria oscura, con una institución mixta de sanatorio y pensión de familia en aquel ameno *chalet* a que me refería en esas ya remotas primeras páginas de esta memoria, sita en Madrid, no lejos de la plaza de Castilla recientemente decorada con dos oblicuos rascacielos. En el otoño de 1997 ingresé en el centro clínico dedicado a San Francisco de Asís para ser operado de una perturbación de la rodilla derecha que ya me iba molestando desde el año anterior, aunque sin darle mayor importancia, ni impedirme una vida casi normal, de conferencias, exposiciones y congresos. Pero como el problema no se aclaraba ingresé a fines de noviembre en la citada clínica, donde me sometieron a una intervención, fallida por mi inquietud, ya mejorada con otra intervención en la que me introdujeron en tan delicada articulación tres cuerpos geométricos, un cilindro y dos cubos, hasta darme por curado, si no sano. Mi optimismo era lo bastante como para esperar, pocas semanas más tarde, la recuperación de una vida normal, lo que en mi caso no lo era tanto, ya que desde que supe andar, anduve con abundancia y generosidad y, tras una frustrada experiencia en un coche de los que parecían ser condición *sine qua non* de hombre de mi tiempo y del rechazo de ese invento que tras ir y venir a la universidad, sita primeramente en el Retiro y, luego no sé en que región suburbana irónicamente llamada *El Goloso*. Decidí vender a vil precio a un guardia civil ansioso de mejoras; volví a los autobuses, metros y taxis propios de mi modesta condición. En resumen, que en una ciudad como Madrid, de motoristas de diversas clases, caí de la molestia al taxi y de éste al sanatorio de San José de Calasanz, donde me remediaron la rodilla al segundo intento (El primero lo malogró mi impaciencia y hubo que repetir la operación) aunque no tanto como para salir por mi pie de tan benéfico lugar. Dio la casualidad (no sé si fasta o funesta) de que mi hermano mayor, nonagenario, redimido de un hospital militar barcelonés, había ingresado meses antes en el sanatorio que llamaré *Villa Pimpinela*, donde disfrutaba de cuarto individual

y comida suficiente para lo morigerado de su apetito, y pareció una solución ideal el hospedarme en el mismo edificio, en cuarto independiente, con baño y vistas, ya que mis curanderos de San Francisco consideraban mi rodilla derecha en vías rápidas de regeneración y ya se vería si la izquierda seguiría o no su ejemplo.

Así ingresé yo en Villa Pimpinela y eso fue en el 9 de diciembre de 1997 y aquí me he pasado cuatro meses harto desustanciados, ya que ni tenía máquina de escribir, ni me apetecía asistir a las rifas y sorteos de una moza emprendedora, que no sé de dónde demonios ha salido, y si quería televisión, que funciona todo el día, era a base de acomodarse a los gustos más ajenos. Recientemente mi sobrino Cándido me ha prestado esta máquina de escribir y con ella me despido de esta casa que, bajo amenas apariencias y cuartos convenientes, encierra ignotas dosis de aburrimiento. Con mi nonagenario hermano José me llevo bien, pero con escasa conversación. Mis sobrinos vienen a menudo, pero por poquísimo tiempo y en general para acompañar a mi hermano a tomar café. Yo no tengo necesidades tan aparentes, así que he permanecido enclaustrado, sin más salidas que dos o tres brevísimas visitas de rutina al cirujano y una excursión (que jamás se repitió) por Navidad en autobús por las calles de Madrid, más o menos animada. He de advertir que, desde mi llegada, se me asignó una silla con ruedas en cierto estado de decrepitud, de donde apenas he salido más que para que me metieran en la cama, y eso antes de las 9 de la noche.

Es decir, que de la cama a la silla y de la silla, a la cama. Sin otra diversión que una breve clase (5 días a razón de una hora escasa diaria). De lo que pudiéramos llamar enfáticamente *educación física*, en una miscelánea de actividades y asistentes-as. Con una silla de las que llaman *taca-taca* he dado un par de paseos por el pasillo de la planta baja (adonde se abren, misceláneamente, la puerta de la capilla –siempre cerrada, salvo para oficio dominical o funerario–, y la del único retrete ambisexual de la región) hasta alcanzar cierta inútil rapidez, más otros ejercicios de barras y pesas, dados en común y compañía de internos e internas, de escasa efectividad. Así que, dada la permanente ocupación de la TV del Salón de Estar por aficionados a cursos y la actividad (que se ha ido incrementado) de una animadora venida no sé de dónde, que lo mismo organizaba partidas de azar que insignias funerarias, y que encantaba a sus

ancianísimas clientas, lo mejor que he podido hacer, cuando se me ha permitido (que hubo su dificultad primera - mi hermano apenas tiene permiso de irse a su cuarto y lleva residiendo año y medio) he ido a pasar un ratito de sol, cuando hubiere, en un a modo de jardincillo-cristalera y leer alguna de las muchas y baratas novelas que han legado los predecesores, o estudiar las variaciones de la decadencia de la raza humana, alguno de cuyos más curiosos ejemplares emprende, sin que nadie avise, el viaje sin retorno que se realiza con una discreción insuperable. Aquí la gente desaparece como por escotillón y es inmediatamente reemplazada por otra gente, salvo algunos casos reticentes de que luego y brevemente hablaré porque tampoco es cosa de entristecerse en un sanatorio donde nadie manifiesta morir y a lo más que se atreve es a soltar ayes lastimosos, que se confunden con los zumbidos de los insectos en su inexplicable monotonía. En general las clases de los residentes son tres: un grupito de buen humor relativo, que suele acomodarse en la misma mesa del comedor y desaparecer el resto del día y que no manifiestan enfermedad alguna, unos de más edad y acento quejumbroso, envueltos en sábanas para que no se caigan y que se dedican a decir ¡ay! Y un nutrido enjambre de ancianas, mayores o menores, que desaparecen sin avisar y cuya ausencia se revela en que ya no se quejan, por lo que se supone han pasado a mejor vida, sin avisar a nadie. (Y evidentemente, inescrutable, el personal de la casa).

La entrada en la casa y, en especial, en el salón de estar donde se reúnen los enfermos y moribundos, es libre. Así podemos ver tanto a hijos estudiantiles o amas de casa como enormes grupos de familiares que fuman y hasta marcan pasos de baile, generalmente alegres, porque saben sin duda que son los únicos que tienen licencia para salir de *Villa Pimpinela* cuando les viene en gana. En tiempo de lluvia o frío el salón de estar se llena de matrimonios, hijos listos o tontos, mozas de buen o mal ver y vestir, abuelos de pueblo, damas de alta prosapia que se rebajan hasta echar una miradita a sus parientes en decadencia, jovencitos que ríen, chiquillos que corren, abuelas que se regocijan de tener permiso para entrar y salir, y, lo que más pintoresco, familias que llevan con sus provisiones para merendar sin gastar más que los dos reales que cuesta el bote de refresco. La moribunda que exhala quejidos pronto se da cuenta de que no pinta nada y, en general, decide desaparecer, o

morirse con discreción. Pero las hay saludables y poderosas que, por menos que vayan a visitarlas sus familias pudientes, se saben pertenecientes a ellas, y sueltan sus quejidos y ayes con la mayor tranquilidad. En este misceláneo purgatorio hay gente de todas clases y reales y, en general buscan el arrimo de sus semejantes para no morirse de aburrimiento, salvo aquellas cuya inercia dominante les priva ya de todo anhelo de relación.

Los estamentos que integran esta curiosa aunque monótona ciudadela son, por lo pronto, los enfermos y asimilados, ya que sin ellos no existiría la *Pimpinela*; los tres doctores y dos doctoras que han de cuidar de ellos; los enfermeros y subalternos, en general, mujeres, salvo dos hombres jóvenes; el personal de cocina, compuesto por una gordita, un matrimonio bastante eficaz, aunque limitado a los gastos que las autoridades consideran prudentes, y dos criadas de servir; el personal de limpieza y cuidadoso arreglo de las habitaciones de los huéspedes, el subterráneo servicio de limpieza que provee sin cesar de ropa de cama o interior; los recepcionistas y telefonistas, dos o tres mujeres que ocupan un *camerino* frente a la entrada principal; un hombre para todo, electricista, fontanero, etc.; y una joven y seca contable. En general se trata de gente amable y eficaz, dentro de las limitaciones impuestas por cantidad de enfermos, repartidos en tres plantas, en habitaciones de una o dos camas (en general, individuales). Existen también varias enfermeras y un enfermero, que distribuyen o asignan los medicamentos.

Además del servicio de limpieza de ropa, muy eficaz, sito en la planta baja e inaccesible de la casa, hay una distribuidora de esa ropa (marcada ignominiosa si prácticamente con los números del cuarto que se ocupa, salvo la ropa de cama, que no va marcada y se muda a diario). Los enfermos o residentes ocupan parte de la planta baja de este edificio de tres, y enteramente las dos superiores, numeradas. El mobiliario es correcto, las piezas tienen ventanas al exterior y el aspecto de los cuartos es bastante agradable. Los individuales (como el 213, que es el que me ha tocado en cuenta) disfruta de una habitación amplia, con cama y varios muebles, y hasta una caja fuerte para los desconfiados. Agrego un cuarto de baño con agua caliente y fría a todas horas y un armario ropero. El aspecto general es correcto y corresponde a las trescientas mil pesetas (sin contar medicamentos y servicios especiales) que se suele pagar como pensión (desayuno y merienda muy someros, comida

y cena variables pero nunca abundantes. Pienso que el precio es bastante superior al alimento.

Se trata de una llamada *Residencia geriátrica*, en la que caben personas de muy diversas clases. Además de un pequeño gimnasio, muy variopinto y que se paga aparte, los residentes tienen derecho a aburrirse más o menos en un gran salón con ventanas y cortinas de flores (toda la casa está muy florida, en estampados y tapizados, para quitar el tufillo de *Morgue* de una residencia en muchos casos terminal. Por fortuna, no son numerosos los enfermos que se quejan a gritos o lamentos. Destaca una tiesa y noble anciana, que siempre *da la lata*; ya sea con sus ayes, ya (de noche) golpeando la barandilla de su cama con una llave o algo parecido. Cabe decir que sólo calla para comer. Como ella hay otros, que lanzan ayes lastimeros a modo de letanía, aunque son los menos. No faltan enfermas charlatanas cuya única preocupación es hablar, pedir, quejar, llamar. Hay que reconocer que buena parte se callan o limitan sus quejas al semi-privado de su cuarto, impidiendo dormir a sus vecinos.

De vez en cuando, alguien desaparece con la mayor discreción. Rara vez se les hace un sencillo funeral privado y en general se prefiere perderlos cuanto antes de vista, salvo en algún caso rarísimo en que se lamenta su eterna ya ausencia. Algunas (más que algunos) se quejan a voz alta, como una distinguida dama octononagenaria, que no cesa de quejarse, a modo de letanía, salvo cuando le dan de comer. Su elegante familia escasea sus visitas y se comprende. Su aspecto es de durar varios siglos y contesta airada si se le advierte de su verborrea.

Otras, en cambio, son dulces y silenciosas y parecen esperar pacientes el apagón final de sus pobres luces. Se las ve (y uso el femenino, no sólo porque dominan las mujeres, sino porque se quejan más que los hombres) ir apagándose muy a su pesar y, en especial si se trata de antiguas profesoras, recuerdan las modestas grandezas de sus tiempos de enseñanza. A veces se quejan en un mísero aullido, al cambiarlas de sitio incluso para comer. En general, se van consumiendo tristemente, hasta que un día desaparecen. Por un pasadizo trasero del edificio (que sin embargo, no carece de flores y de pájaros) veo alguna vez desde mi ventana ese anónimo momento de partida ¿adónde? No se sabe. Muchas familias pudientes prefieren tener a raya a sus queridos difuntos y, tras de aguantarlos lo menos

posible, los expiden a alguna región gallega o asturiana sin darse a entender. Los funerales son aquí desusados y hasta rarísimos, pese a la existencia de una capilla para las misas dominicales, que a veces sirve también para un discreto adiós del que casi nadie se entera. Los domingos suele haber misa en esa capillita de vario uso y es notable lo poco que duran los capellanes en la celebración de la misa. Vienen de diversos países de Europa y América y se van a sus misiones sin despedirse. En Semana Santa no ha habido la menor celebración y la Misa Pascual ha durado una media hora, comuniones comprendidas. Es de advertir que en esta casa, no tan santa como un sanatorio donde me operaron en noviembre pasado, no hay monjas ni gente de sacristía y tienen la capillita (de donde sacan a muertos en dirección ignorada) permanentemente cerrada. Si alguien quiere rezar, que lo haga en su cuarto y sin rumor.

Los enfermos de pueblo son más simpáticos que los de capital. Algunos tienen el carisma aldeano o la naturalidad y el aguante que a otros les faltan. De las enfermas (que tarde o temprano, terminan por marcharse con la familia, viva o muerta) las hay pintorescas y charlatanas, y se les agradece, junto a la hueca solemnidad de otras.

POSTDATA

Mientras tanto, yo me deslizo (es un decir) en una silla de ruedas bastante cochambrosa, porque ya ha perdido los frenos y los pedales, y me preparo (¿a qué?) a reanudar una vida a la *Saute-mouton* gracias a la vanidad de un artículo sobre Delacroix que me han pedido de ABC. Ya he recuperado algo de mis ganas de trabajar, pero no deja de amargarme el volver a cometer los mismos errores con mis piernas de los que hacía en noviembre pasado (y estamos en abril). Mi instructor, David, persona bondadosa y apacible y espero de su ayuda otros pasos y pasos por mi minúscula casa y por la repleta acera de la calle de Melchor Fernández Almagro, aunque mis dos excursiones al Barrio del Pilar hayan sido (pese a que David me llevó en coche) bastante decepcionantes. Tener que dejar a mi hermano José en la residencia que hasta hoy fue también mía y esperar las llamadas (mas rara vez visitas) de mis sobrinos. Creo que mi tría ca será el trabajo, si alguien quiere dárme lo. He de agradecer a algunos amigos (no muchos, pero selectos, como los Valls o media docena más), que se han acercado a verme. Me han encargado un par de trabajos escritos a máquina. El hecho de mi artículo sobre Delacroix, aparecido hace dos días, no deja de animarme, aunque no haya Delacroix cada día que llevarse a la máquina. Espero que la soledad de mi diminuto piso no me impida seguir escribiendo. Mi sobrino y ahijado Cándido me ha regalado esta máquina; el sobrino mayor, José, ha preferido echarme una de sus filípicas, ya que según él, tenía que marcharme a mi casa de Fernando el Católico, más *presentable* que la del Pilar, aunque ni haya portera, ni gratos recuerdos. Mi hermano Pepe me echará un poco de menos en ésta, hasta hoy, común residencia de la Plaza de Castilla, pero mi sobrino José me suplirá con creces. Espero la ayuda de mi portera, de mi instructor y de mi médico (que también vive en el Pilar y que ha sido quien me ha visitado más veces en estos cuatro o cinco meses en que he vivido en mi celda). Me encantaría volver a escribir artículos de prensa, pero ¿de dónde sacar los temas, a base de no salir nada de casa? En fin, como dijo Abraham al preocupado Isaac que ya se veía de carnero: *Dios proveerá*. O como dijo Jesús en el sermón de la montaña: *No os preocupéis del día de mañana; el día de mañana se ocupará de él mismo. Ya le basta a cada día su mal*.

Pascua, 1998

Leído y corregido en marzo de 1999 en mi casa del Pilar

El arte de
la memoria



EL ARTE DE LA MEMORIA*

EL LONDRES DE WREN

La actual ciudad de Londres es el resultado de la anexión secular de pueblos, y ciudades pequeñas (e importantes, como Westminster) al núcleo formado por la Corte y la Corona Real. La mayor espesura urbana la ofrecía la *City*, ciudad por antonomasia, una extensión de casas apretadas en torno a las parroquias religiosas, muy cerca de un centenar, a las que habría que añadir fundaciones monásticas, como la Abadía de Westminster, que tomó el papel preponderante de la iglesia de la monarquía, que sigue desempeñando un papel de catedral, sin serlo, como iglesia oficial de la Cortes, donde se coronaba a los reyes de las sucesivas dinastías y se les enterraba dignamente. Pero a lo largo de la Edad Media las provincias organizan su jerarquía eclesiástica y construyen sus propias catedrales, bellísimas en la época gótica, como Lincoln, Wells, York, Salisbury, Ely, etcétera, sin que Londres pase a tener una catedral propia hasta que en el XVI un arquitecto llamado Íñigo Jones (1573-1652) tiene la idea y hasta el anteproyecto de la catedral que la capital del reino no tiene, pero sin que sufra menoscabo la regia Abadía, que todavía guarda la Piedra de la Coronación, desde donde los reyes establecen sus jurisdicciones. Educado en Italia, Jones es autor de los dos proyectos del palacio real de Whitehall, que no se llevaron a efecto, pese a su perfección, pero la catedral no pasó de proyecto. Será el sucesor de Jones, sir Christopher Wren, quien, a los 29 años (nació en 1632) inició su carrera, erigió en un lenguaje nuevo el teatro de Oxford y la capilla del Colegio Pembroke, de Cambridge, pero sin seguir el proyecto de Jones para la catedral londinense que nadie se atreve a iniciar. Las circunstancias plantean con urgencia ese proyecto. La *City* tenía casi un centenar de iglesias y seguía sin catedral. Pero las fiestas de Navidad de 1666 provocaron una catástrofe jamás vista: el incendio de toda la *City*, cuyo amontonamiento medieval se prestaba a esa catástrofe, surgida de las chispas del horno de un artesano navideño; en un par de días arden todas las casuchas y casi todas las iglesias del barrio. Treinta y tantas de ellas no pudieron reconstruirse; veintisiete quedaron en tan triste estado que, antes o después (entre 1781 y 1939, en que sobrevino la Guerra Mundial) fueron demolidas. La nueva guerra de 1939-45 destruyó buena parte de otra decena, que no dejaron lugar

* Publicado como serie de artículos en la revista dominical de *La Razón*, entre noviembre de 1998 y mayo de 1999.

a la reconstrucción. En fin, una cuarentena de iglesias fueron restauradas como se pudo y actualmente siguen funcionando, entre ellas la bellísima San Bartolomé el Grande (la más luminosa), que reemplazaron otras muchas con sus modernos depósitos y almacenes, San Andrés de Holborn, Santas Ana e Inés, Santa Etelburga, San Bride en Fleet Street, San Dunstan *in the West*, San Martín Lugdate, San Olave, Santo Sepulcro, San Esteban *Walbrook*, cinco dedicadas a la Virgen María (St. Mary...Abchurch, Aldemary, Athill, Le Bow, soberbia, Woolnoth).

Las que no tuvieron remedio fueron despojadas de sus renegridos restos y encargadas al nuevo gran arquitecto de la Corona, Cristopher Wren, que demostró su genio *inventando* más de cincuenta iglesias, todas diferentes y en general encantadoras y siempre grandiosas, aunque a veces su raíz fuera modesta y sus proporciones, limitadas. Entre las más notables figuran San Lorenzo de la Judería (*St. Lawrence Jewry*) que recibió de Wren una amplitud y una armonía que no la libraron de arder nuevamente, en la última guerra en que la *City* fue objeto de permanentes ataques de la aviación alemana; Santa Catalina *Creechurch*, con emblemas de las compañías de la *City*, San Magnus el Martir, nuevamente bombardeada en la última guerra mundial, con sus vidrieras heráldicas; Santo Sepulcro, del Viaducto de Holborn, con sus dos esbeltas columnatas que forman tres naves; San Esteban de *Walbrook*, en forma de rotonda cubierta por una cúpula a casetones, sostenida por muy esbeltas columnas (para mí, la preferida entre todas) y San Pedro de Cornhill.

El infatigable Wren, se dedicó a la nueva Catedral, que sólo fue soñada por su antecesor Íñigo Jones y que iba a ser la más importante obra arquitectónica del mayor arquitecto de Inglaterra... en el pasado (porque no quiero menospreciar a algunos arquitectos ingleses del presente). Esa catedral se ha considerado por algunos anglicanos como la rival de *San Pietro* del Vaticano, en Roma: la réplica al catolicismo por un santo británico, *Saint Paul*, partiendo de una inspiración romana, eleva sobre el salón redondo en que se abre la nave una espléndida cúpula sobre columnata circular, con una fachada con dos pisos de columnas, coronada por un relieve triangular muy clasicista y flanqueada por dos preciosos campanario-reloj. La colina de Ludgate se corona con este palacio angélico, de espléndida terminación y cuyo interior se ha convertido en un museo-memorial de monumentos de los mejores escultores británicos. La cúpula se apoya en arcos que cortan los ángulos de la estructura arquitectóni-

ca con un juego de columnas libres, semejante (en grandioso) al del interior de San Esteban de Walbrook. Todas las artes aplicadas, especialmente la madera que reviste las paredes del altar mayor, exquisitamente tallada con relieves proto-rococó que añaden una nota de alegría juvenil a ese grave interior de tan bien definidos huecos, brillan en la majestuosa grandeza de este soberbio edificio. Hay que reconocer que *Saint Paul* de Londres le da la respuesta con toda maestría y hay que ver (aunque lleve a rastras una tragedia doméstica) una boda regia en ese engranaje de escalinatas, columnas y bóvedas, aunque el fracaso matrimonial del heredero de la Corona con la infortunada Lady Di amargue un poco tanta grandeza.

Algo aparte en la arquitectura de Wren son las torres y campanarios. Londres es especialista en ediciones baratas, con justos y sesudos estudios literarios y preciosas fotografías. Recogiendo, por su baratura y cuidado, la breve guía de iglesias de la *City* de Londres, folleto (de 25 peniques) con muy acertados estudios de tan preciosas arquitecturas. Muy típicas del buen sentido británico son las ilustraciones, en el interior de las tapas del folleto: nada menos que 52 dibujos de los campanarios londinenses, en cuyo repertorio relucen como reyes los de Wren, desde el simplicísimo de San Mateo hasta los complejos y nada repetitivos de San Miguel, San Vedast, la iglesia de Cristo, St. Mary-le-Bow (de tan ligera elegancia), la delicada pagoda de San Bride, el majestuoso de San Magnus, muy romanizante, el gótico de San Miguel *Cornhill* o el futurista de *St. Dunstan-in-the-East*.

Sir Christopher Wren ofrece en otro folleto pruebas de su genio inventivo y de su armonioso atrevimiento. Vuelvo a ver, en las excelentes fotografías, el ingenioso y diminuto *Royal Observatory* de Greenwich (1675); el Hospital Real del barrio de Chelsea, tan noble y tan ameno a la vez; el majestuoso palacio de Hampton Court, rosa del ladrillo y gris de la piedra; el hermosísimo interior de *St. Stephen Walbrook* y los deliciosos campanarios de *St. Bride*, *Fleet Street* suerte de pagoda de ópera de Mozart; o el altivo y noble de *St. Mary-le-Bow* que hay que ir *a escuchar* porque sus campanas son célebres entre todos los que, como yo, las han oído, dominando la pretensión abortada de la siniestra arquitectura bancaria que ha humillado y hasta hundido el festín arquitectónico que el ilustre Wren derramó, a raudales, en el Londres del XVII. ¡Pompa y circunstancia!, como diría un compatriota....

EL JARDÍN DEL LUXEMBURGO

El mapa de París se divide en tres distritos que se suceden en forma de caracol, a partir del primero, que es la Cité, en una de las islas mayores del Sena o Seine (es curioso que en castellano es masculino, el Sena, pese a que termina en *a*, mientras en su lengua francesa se feminiza *La Seine* y eso que acaba en *e*) y es que en Francia todo se feminiza, con una regla de cortesía que se generaliza a las calles y avenidas y a sus traseúntes y vecinos, y se aplica sin discusión a los ríos y canales, que contribuyen a humedecer el polvo de tantas pisadas y tantos afeites; y así, entre el polvo de las aceras y el de las mejillas femeninas la atmósfera de París es suave y el sol, cuando quiere salir se empolva ligeramente para no caer en esas exageraciones de dudoso gusto de las ciudades meridionales. Cuando falla el polvillo, que las verdaderas señoras se derraman por todas las partes visibles de su anatomía, las verdaderas damas de París echan mano de sus tocadores hasta que, convertidas en cuadros de Nattier o Fragonard, y no excesivamente vestidas pero sí cuidadosamente, adquieren un encanto de muñeca astuta, salvo las que se abandonan a las necesidades de su oficio porque todas necesitan una buena envoltura de maquillaje.

Todos los distritos de París tienen su ayuntamiento en forma de templo greco-latino y sus guardianes, vestidos de curas de la patria de azul, plata y negro con algún detallito colorado (recuerdo de una lejana revolución) más de coroneles que de guardas, imprescindibles con la morralla de gente de todos los países que se empeñan en pasar por el Boul Mich. Yo he sido vecino de este arcángel de respetable altura, muy juguetón con su espada y sus alas despeinadas, indicando dónde están las librerías que más saldan, los restaurantes de autoservicio esmerado, los veladores de tres patas y piedra, los escaparates sicalípticos al gusto de Versalles, los cateos de todo el mundo disfrazados de mundanos, los borrachos sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la vitrina de una modista, en una plazoleta, el Panteón que Soufflot convirtió de templo grecolatino en rival de la biblioteca más *sorbonita* y de la majestuosa y levemente mugrienta Sorbonne, que no es una dama que chupa sorbetes, sino la sepulturera de inteligencias multicolores, representadas en murales de dudoso gusto. De vez en cuando

hay una revolución (yo tuve el honor de figurar en la de hace un cuarto de siglo) y salían *dantones* y *robespierres* como conejos, por todos los rincones, y lo más curioso es que ponían cara de siglo XVIII tirando a XIX. Muy juiciosamente se tomaban cristianamente los domingos de reposo de sus peroratas. Yo daba clases de español, lengua y literatura, y por los pasillos te cruzabas con cate-dráticos con un trocito de piel peluda, como de liebre o conejo, que acreditaba su categoría. Aparte las revoluciones (como la que llegó a haber, con cañón y todo, en la Place de la Concorde) en el frontero Colegio de Francia se daban cursos infinitos por los picos de oro más puros del mercado universitario, en buena paz y armonía; pero eran más serios y no abundaban los jaleos, ni menos las bofetadas, porque es de notar que rara vez se llegaba a las manos y si se soltaban las lenguas eran siempre con un mínimo de discreción. En 1968 tuvimos dos manifestaciones en contra de la situación existente, en la política, que llegó a tal tensión que ya el jefe del Estado estaba empaquetando sus papeles más comprometidos para salir hacia el Mar del Norte. La primera manifestación anduvimos desde la Gare du Nord a la Denfert Rochereau, con mucho público en la calzada y, en especial, en las aceras. La crisis que hizo tambalearse a la Corona se terminó en su momento más álgido, cuando los manifestantes obreros se desligaron de los manifestantes estudiantes. El general no tuvo que abandonar su larga cama del Palacio del Elíseo y los obreros de la orilla de enfrente (poco más o menos donde pereció, bastantes años después, una princesa real británica, en territorio gafe) decidieron que no hay nada que lograr con ayuda de los iletrados, mientras los estudiantes se marcharon también. Esa manifestación kilométrica, en la que ondearon banderas rojas en la sacra cúpula sorbónica, se clausuró, días después, en que se daba por concluido el alboroto a lo largo del Boulevard de Montparnasse, sin más novedad que el canto de la internacional que, por fortuna no mató a nadie. De esta revolución hubo una sola e inocente víctima; un estudiante que empujaron al río y allí pereció.

Los porteros del Boulevard de Montparnasse habían cerrado sus portones para evitar disgustos. Y al llegar a la confluencia con Raspail, los manifestantes comenzaron a marcharse a sus casas. Su desilusión era tremenda. No podían fiarse de los militares ni de los obreros. De la *Closerie des Lilas* llegaban carcajadas y gritos de

quienes no habían intervenido en la manifestación (en la época se decía *la manif...*) y los profesores empezaban a pensar en el cobro de sus pequeños salarios, que les pagaban semiocultamente en un banco del Boul Mich, casi frente al Museo del París romano que tantas cosas había visto sin apenas darse cuenta. Todavía quedaban guardias callejeros (los *flics*) que disolvían los últimos remolinos de estudiantes ya sin ninguna belicosidad, ni de un lado ni del otro. La luna llena brillaba con cierta insolencia por encima de los tejadillos de la Gare que llevaría a la *banlieue*, a dormir como si nada.

En su quinto pisito de la rue Notre Dame des Victoires, el gran pintor Zadkine*, ya viejecito, hojeaba fotografías de sus maravillosas escenas de playa, tan apacibles, y su mujer revisaba las fotografías (pequeñas y baratas) de los cuadros, exultantes y estivales, que había pintado su marido, un gran pintor que ya pocos conocían. ¿Habría que esperar a otra generación? La señora Zadkine escanciaba el té en unas tacitas antiguas. Por encima de los tejados picudos del convento vecino llegaban al modesto apartamento de los Zadkine los aromas del Jardín de Plantas. No había para el ruso monumento sensacional como el dedicado a Eugène Delacroix por Carpeaux. Más lejos, la fuente de las Cuatro Partes del Mundo desgranaba las gotitas de sus surtidores amodorrados, respondiendo a las campanas del reloj del pabellón donde yacían hasta el amanecer los libros que recogía. Los ritos africanos o asiáticos de los pueblos semisalvajes, transportados a Francia. Y pasaba el viejo tren de la Ligne de Sceaux, con un silbido desgarrador, arrastrando a los trasnochadores de la Banlieue Sud hasta detenerse al cabo de unos minutos, para que descendieran en el apeadero del Boulevard los retardatarios que venían de lejos, casi del norte de París, de ver un filme italiano estrenado varios años antes y repetido hasta la eternidad, mientras el último forastero (¿un español?) no lo hubiera visto. Los últimos trasnochadores, ebrios de Pernaud, (o acaso de pastis), se sepultaban bajos los pies del Arcángel San Miguel en las runruneantes sillas del Metro, donde una vieja leía su breviario tras cuidar a un enfermo, sin poder evi-

* Pseudónimo de Iván Puni, amigo de Malevitch y esposo de Anna Ajmatova. Julián Gállego reseñó una exposición suya en París y el pintor ruso le invitó a tomar el té en su casa. También fue invitado a una fiesta de cumpleaños del longevo Chagall.

tar el punzante recuerdo de la casa paterna, en los Vosgos... *Los Vosgos, madres, malos son de tomare*, como escribía el Gran Capitán a su madre, cinco siglos antes; qué lejos hasta el Canal Norte, con su cuentecillo, vacilante y un silencio mortal bajo los troncos flotantes. Qué lejos el Jardín del Luxemburgo... pero ¡Mon Dieu... c'est la vie!



RECUERDO DE STONEHENGE

El estío británico es caprichoso y paradójico. Mi primer viaje a las islas fue en 1954. Apenas me moví de Londres. Pero en Londres me moví mucho. Mis piernas de treinta y cinco años parecían dispuestas a patear el Universo. El mes de agosto fue delicioso para un andarín infatigable. El azar me llevó a los barrios tangenciales, entre los parques y el río. Fui a una casa de huéspedes y compartía un cuarto grande con dos caballeros silenciosos y bien educados, con una ventana dando a Old Brompton Road: casitas pulcras, de ladrillo con ribetes de piedra, y un glorioso desayuno los domingos, en un ambiente cortés.

El bus colorado pasaba a la altura de mi ventana, sin hacer ruido, con algo de ceremonial cortesano. Una vez franqueada la plataforma trasera, donde dormitaba el conductor, queda la escalerilla de serpentina, que te dejaba en el piso alto y casi siempre me las ingeniaba para aposentarme en la primera fila, encima del cuchitril del conductor, y desde ese observatorio pronto reconocí las calles del barrio, con sus casitas con tiestos y algún elefante de cerámica, las parroquias variopintas que sostenían relaciones de buena vecindad, entre las tumbas convertidas en tapias o cercados y las viejecitas, con su labor de punto, que solían repetir: *Fine wether*, como muestra de su gratitud al sol. Allí aparecía, en un rosario de casitas con habitaciones ochocentistas, una suntuosa iglesia del siglo XV erigida en el siglo XIX, entre jardincillos con pájaros y perros y un discreto urinario entre las flores. El ambiente se transformaba de repente y las casitas con jardines minúsculos se convertían en la arteria del barrio, con su cine con películas viejas, su gran cervecería de tres pisos, que olía a salchichas, bajo el esplendor casi litúrgico de *Las Siete Campanas*, que le daban nombre, las jamonerías llenas de guillotinas irreprochables, una tienda de modas de lo más *in* y dos o tres anticuarios o ropavejeros, llenos de menudos tesoros en sus diminutos tenderetes, la tetera que repartía el perfume de la infusión perfecta entre las figuras de cerámica y los libros viejos, un resto de cementerio cuyas tumbas servían de bancos para reposar... sólo un instante, y un veterano vestido de colorado ante una perspectiva callejera que se abría al Támesis, tras las casetas de los teléfonos, los jardines suburbanos y diminutos, con su cisne o su gnomo de barrio; la capilla católica con sus confortables sepulcros y sus ale-

gres vidrieras, ante cuyos asientos las damas de familia habían bordado a cruceta sendos cojines con las armas de la familia; y el río, en fin, con sus puentes de hierro antiguo, con aspecto de castillos almenados, sus rosarios de barcasas sibilantes ante las firmas de humo de las cuatro chimeneas, el silbato del tren que iba a Victoria Station, con sus lectores de diarios sin echar una mirada la Tate Gallery y a sus casas de antiguos señores y señoras, solteros y poetas que ya nadie recordaba entre los rosales y los rododendros.

Por los puentes pasaban autobuses colorados, que podían demorar su paso media y hasta una hora, antes de emprender el viaje al Norte de la gran ciudad, con sus misteriosas estaciones de metro o de tren, hasta llegar a otros prados, barrios más elegantes y añejos, las viejas librerías, unos obreros alisando la calle por donde habían pasado, a caballo, un siglo antes, los dueños de las casas de lo alto de la colina, con sus chimeneas estilo Tudor, sus perritos bien educados, un vendedor ambulante que no vendía nada y la vetusta estación de ferrocarril, que, cruzando cientos de puentes, se alejaba hacia los antiguos pueblos.

Por todas partes surgían, entre los gladiolos, las torres almenadas de las antiguas abadías, Tewkerbury, con su inmensa fachada-ventanal y la oportuna *yacente* de una dama elegante del siglo XV, cuidadosamente maquillada; o la espléndida Worcester sobre cientos de columnas, y el campanario catedralicio, con sus cuatro torres de esquina como es debido; Winchester, austera y enorme, junto al tribunal de justicia donde se entraba libremente para oír musitar sus delitos (¿Por qué mató a su novia?) a un mozo forzado y tranquilo, bajo la gigantesca rosa-calendario que preside los cuchicheos de los abogados. Por la puerta torreada del Winchester College y sobre los puentes que cruzan los infinitos riachuelos asomaba la abadía de Tewkerbury, con su enorme torreón y sus diminutas capillas adosadas, que disimulan los encajes delicados de sus bóvedas góticas sobre los vidrios de los ventanales. Norwich dispara sus flechas celestiales sobre las inmensas ventanas. Y, por fin, elegante y solitaria en el corral de los canónigos, la divina Salisbury (este *bury* funerario que alegra las arquitecturas) esperaba que John Constable, que pasa largas y casi eclesásticas temporadas pintando la torre, las almenas, los altos chopos, los riachuelos, entre la vaca que no quiere mojarse y el alazán impaciente que se encabrita, pinte un nuevo paisaje, que nunca se repite. Por desgracia, no se venden esos cua-

dros; pero junto a ellos hay una vetusta y honda librería llena de tesoros, que los vendedores desprecian. ¿Quién me iba a predecir el encuentro de los *Sueños* del Petrarca, con sus láminas y los retratos de los reyes de Francia, que pagaron la exquisita edición? Joya de mi biblioteca, que se vende por unos despectivos chelines...

Tras la emoción de ese hallazgo hay que rematar la excursión. Basta seguir andando, un poco más, entre las acequias y los chopos, hasta alcanzar, en la cima redonda de un altozano, los círculos mágicos de un templo druídico: una serie de pórticos de piedra, gigantescos, formando el más milagroso templo, adintelado sobre parejas de enormes soportes, a modo de columnata salvaje y refinada ¿de quién y de cuándo? Estos misteriosos ancestros, cientos de años antes de elaborar, con primorosa originalidad y colosal escala, las catedrales como la vecina Salisbury, que se acomodan majestuosas en sus tronos de ramas y de fuentes, eran capaces de erguir esos círculos mágicos adintelados, catedral gigantesca cuyo techo es el cielo. Allí estoy yo, pequeño y oscuro como una mosca de ballet entre esos pilares de piedra, de una pieza; la más emocionante de las proto-catedrales de esos extraños seres britanos, que, siglos antes de malbaratar los ilustrados sueños de Chaucer, con los retratos de los reyes de Francia, *editaron* los círculos concéntricos y los hercúleos umbrales de este alucinante e indestructible Stonehenge.

Acaso por arte de magia en ese rincón de Inglaterra las brutales columnatas drúidicas que se quedan abandonadas en lo alto de un sacro montículo, mientras, pocos pasos después, el más renacentista soberano francés, viene a depositar, supongo que previendo mi visita, tras escarbar en una vieja librería, la más bella edición de la poesía del Renacimiento: los *Triunfos* de Micer Francesco Petrarca, ennoblecidos por sus láminas y por la cuidadosa encuadernación de oro y pieles finas... Sólo en Londres cabe hacerse con tan exquisito tesoro, que los druidas no supieron editar.



SUITE EGYPTIENNE

He estado en El Cairo varias veces. En una de ellas, incluso formé parte del jurado de unos premios de pintura, pero ya no recuerdo a quién voté. Eso sucedía en una isla grande, del Nilo, que alberga una buena sala de exposiciones en las que colabora España, por medio de un comisario que conoce la ciudad y sus gustos y a los comisarios del país, gente muy amable que habla francés. También había una encargada de sala, bastante antipática, personaje que suele existir en las exposiciones internacionales de todo el mundo, pero que no impidió que el premio se lo diéramos a un compatriota que seguramente, lo merecía. Allí conocí a un fotógrafo, también español, de mucho talento y residente en El Cairo y que ha expuesto en Madrid. En esa isla, además de las embajadas y la sala de exposiciones y mucho árbol, hay un teatro recién inaugurado, no muy grande, pero sí cómodo y elegante, donde actuaba en aquel momento una compañía de ballet ruso, que, aparte de *Graduation Ball* (una coreografía brillante y asequible a cualquier público del mundo y conocida en Londres y París), estrenaba una ballet para dos bailarines, el maestro y el discípulo, en ese momento de repartir la herencia que tan doloroso ha de ser para alguien famoso en todo el mundo, y que yo había visto antes, en París (donde, en un momento de furia, lanzó su zapatilla a la cabeza del director de orquesta en el horrible teatro de la Porte d'Orléans, y donde, en el delicioso teatro *des Champs Elysées* bailó maravillosamente, en compañía de su pareja dilecta, Margot Fonteyn, creo que *Giselle*, tan lleno de lágrimas y fantasmas). En El Cairo, Nureyev, enfermo de sida, había elegido el papel de maestro de un bailarín primerizo, ya que su salud no le permitía las proezas coreográficas de pocos años antes; pero esa limitación añadía un patetismo particular a una actuación que sería ya una de sus últimas voluntades... El Cairo es un lugar idóneo para una despedida silenciosa, pues las damas egipcias habían revestido sus mejores *manteaux de fourrures*, pese a lo templado de la noche lunar, en homenaje al artista que se estaba yendo para siempre.

Yo me alojaba en uno de los hoteles nuevos y aparatosos, a la americana, que brotan en la capital egipcia, siempre llenos de gente -al parecer *viste* mucho hospedarse en uno de esos gigantescos rasca-cielos a orillas del Nilo-, echando en falta mi alojamiento del viaje

anterior, en uno de los dos barcos (creo que noruegos) que te hacían sentir al borde del Nilo como en tu propia casa, con aquella abundancia de refrescos de frutas desconocidas y la libertad de elegir un *menú* a tu propio gusto o de instalarse, al atardecer, en la toldilla, para hablar de las culturas antiguas a las señoras modernas y ver pasar los grandes veleros de fábula y saludar a los campesinos con sus largas chilabas blancas, azules o sonrosadas, como el cielo, y detenerse obedientes ante los grandes monumentos de los pueblos de las orillas, con paradas para visitar templos y palacios milenarios (y, de paso, comprar... ropa, porque asombra la cantidad de gente española que, lo mismo en Egipto que en Turquía o en EEUU, viajan exclusivamente para comprar... lo que sea, sobre todo, trapos). Precisamente, casi al final de esa excursión fluvial, tras una parada en las esclusas del Nilo (con un encantador de serpientes en la orilla) y el deber de recorrer las calles del pueblo para comprar chilabas y velos para la fiesta de la última noche niliaca, unas señoras barcelonesas y un servidor de ustedes nos arriesgamos a cruzar un lago, para visitar la tumba del Aga-Kahn, cuidada por un sirviente que cada mañana renovaba las flores del sepulcro, y nos sobrevino una calma total, sin que el barquero ni su nieto acertaran con la fórmula de inflar la vela. Iba atardeciendo y las señoras catalanas se desesperaban al pensar que estábamos como anclados en medio del lago, sin poder recorrer la mísera callejuela de poblado costero, para comprar y comprar... lo que fuera. Porque, si no, ¿para qué viajar?

El cochambrosillo aeropuerto de Assuán ofrecía otras atracciones: un aeroplano (no me atrevo a llamarlo avión) que, entre un ruido ensordecedor, y por encima de campos de maniobras militares que nos informaban de las tácticas faraónicas, nos condujo a los pórticos de Abu-Simbel, que ingeniosos ingenieros italianos habían desplazado discretamente para ponerlos a cubierto de inundaciones: han sido capaces de rehacer todo el edificio para que el espléndido pórtico de columnarios gigantes quede a cubierto del agua. De aquellos arenales surgió una *guía* del país, franco-parlante y tan impertinente como era de temer; y me atreví a evocar el coraje de Ramsés II para que nos dejase de aturdir con sus perentorias y casi despectivas peroratas.

Otra vez más a gusto, con mis amigos (el fotógrafo y los pintores) visité con tranquilidad el Valle de los Reyes y hasta me arriesgué a subir, en un trenecillo de juguete, por las entrañas de la gran

Pirámide, hasta llegar, tras numerosas inclinaciones y angosturas, a la cámara totalmente cerrada, hecha de enormes sillares que se ajustan como guantes gigantes al espacio funeral que protegían (y de donde habían emigrado ya las momias...). Junto a la pirámide de Keops se ha desenterrado, no hace mucho, una nave enorme, destinada al viaje al otro mundo. (Por fortuna, se puede salir sin que su masa pétrea manifieste frivolidades de paseo). Las tumbas que los amables guardas nos permitieron avizorar, la gigantesca Esfinge, la escalonada pirámide de Sakhara, con las moradas de los antiguos devotos, los colosos de Memnón, el palacio de la reina y la tumba del joven rey... Una visita nocturna, gracias a mi amigo fotógrafo, permitió apreciar cómo las dimensiones de la pirámide de Kheops imprimen un ritmo anti geométrico a ese enorme monumento...

Como un turista me he detenido tanto tiempo en el Valle de los Reyes, hasta con la puerilidad de compartir un camello, joroba por persona, con un animoso alemán. Pero me he tragado mi espacio periodístico. Y ya no me queda para comentar esa enorme ciudad de El Cairo, con su maravilloso cementerio musulmán, las iglesias paleocristianas con los pies en el agua del Nilo, las fabulosas y enormes mezquitas, la animación de las calles medio lacustres, el café donde la adivina te revela el pasado y el futuro, la plaza redonda junto al Museo (vigilado por soldados con el fusil al hombro) donde los amigos de hace siglos, el escriba, el alcalde, los esposos Rahotep y Nofret (con su aspecto moderno y hasta algo *cateto*...) se nos quedan como antiguos conocidos... Pero ¿vamos a olvidar las mezquitas? Ibn-Tulun, El Azhar, El Hakim, Hassam, etcétera... Esos nombres son las llaves de innumerables tesoros (como el *apartamento* del joven rey Tutankamón).

¡GÓNDOLA!

En los años de París, raro era el verano que no iba a Venecia. Al regreso a las clases hacía una parada en Turín, donde vivían los Bernackoh (o Bernasconi) que tenían su piso dando a la estación ferroviaria, de manera que a veces me despertaba el melancólico balido, de un tren que llegaba, acaso, del París de mi domicilio, con un saludo algo lejano del Boulevard St. Michel o de la rue Sarrette, como si preguntasen: *¿Vuelves o no vienes?* Esa parada en casa de tan bondadosos amigos, Simone y Enrico, era una preparación al reintegro en la populosa capital francesa, con mis cursos, mis artículos, mis compromisos, mis alumnos, mis amigos, mis teatros, las panaderías y pescaderías de la Porte d'Orleans (que me proveían de mejillones y angulas) los bollos y las *baguettes* de mis cenas, las clases de la École des Hautes Études (con el matrimonio Francastel) las tertulias en el alto piso de los Valls, a orillas del Sena y los pretiles del río plagados de libros de lance y de libreros vestidos del XIX. Me había costado un esfuerzo el arrancarme de Venecia y esa breve parada en Turín me entreabría las puertas de la Europa de siempre, petrificada en sus bibliotecas y autobuses (que a la sazón tenían la subida a la trasera, donde la cobradora, rubia y azul, arrancaba el billete del taco cilíndrico con un mecánico *Merci Monsieur!*, antes de adentrarse por el centro y el arrabal), los puentes sobre el Sena, hasta llegar a mis clases, de recibir o de dar: sentía la pereza de volcarme de nuevo en la apretujada capital de Europa, después de un verano *a pie*, cruzando infinitos puentecillos venecianos, hasta llegar a mi *palazzo* clerical, con un manso fluir de góndolas, un relinchar del vaporetto cuya chimenea bamboleaba el pendón con el León de San Marcos, el ritmo suave de los remos de las góndolas, que enhebraban el latir de los canales, los orgullosos y algo deteriorados palacios del Canal Grande, las altas espiras de los campanarios de infinitas iglesias cada cual con su Tintoretto, su Tiziano, su Donatello..., los puestos de pan o de pesca junto a los mármoles bizantinos de los pórticos, el zureo de las palomas, que punteaban, cuidadosas y puercas, los rafes ojivales de las cornisas, el silencio bullicioso de una ciudad sin más máquinas que la góndola del *prefetto*, los infinitos novios que rememoraban las nupcias, las lustrosas escaleras cubiertas de pieles carísimas, los clérigos orondos y *maestros* que escuchaban, sin oír, las fantasías operísticas que la Banda Municipal desgranaba bajo el altísimo campanil, los infinitos

pintores aficionados que distraídamente, untaban de helado de vainilla los cuellos marineros de sus acompañantes, que se lanzaban heroicos para salvar los muslos turísticos del *aqua alta* de las mañanas de inundación... Los *canalettos* se desparraman, como húmedas telarañas, a ambas orillas del Canal Grande, por cuyas aguas verdosas se deslizan los ruidosos motores del prefecto, despertando de su sopor a las innumerables palomas que coquetean en la cima de los campaniles, aunque las más vulgares prefieren pasear cien mil veces por la plaza grande, escuchando las pegajosas melodías de los dos cafés (uno a cada lado) cuyos violinistas no se cansan de repetir (con absurda devoción) canciones napolitanas. La fachada de San Marcos reluce al sol como el marfil de un anticuario. El interior está cubierto de mosaicos y no hay turista que no se canse de que haya tantos, fuera o dentro. La arquitectura de la iglesia es tan soberbia que parece mentira que dejen entrar a los turistas más zarrapastrosos, ante el silencioso ademán de los santos y ángeles, que siguen con sus místicas tertulias, protegidos por las parejas de guerreros que están en las esquinas.

Por la *Riva degli Schiavoni* pasan infinitas cámaras fotográficas, porque esta ciudad hace creer a todo visitante que es su primer descubridor y hasta su primer amor. Parecería imposible tal reunión de mármoles tornasolados, vidrios y azófares, jaspes y cornalinas, en torno a esa torre eclesiástica, en los meses del centro, de primavera al otoño, bajo el cielo dorado, como la mejilla de una moza veneciana. Las hospederías son innumerables; todo el mundo se siente dux o dogaresa y tiene la obsesión de comprarse un *souvenir* o dos, como prueba de su visita. Los cines apenas existen; teatros, sólo había uno, *La Fenice*, donde cantaban los alumnos del Conservatorio, pero (pese a estar rodeado de agua por todas partes, salvo el tejado y eso si no llueve) hallándome yo en las cercanías –en Venecia todo son cercanías– ardió como un fuego de artificio y chamuscó sus palcos exquisitos y sus decorados de cortinajes. Y eso que en Venecia había habido teatros con música desde doce siglos antes. Por fortuna no se quemaron los restaurantes, adonde acuden los golosos con mayor satisfacción y todos con espejos y cuadros pintados a mano, que a veces son de Tintoretto o de Filippo de Pisis, a veces de Perico de los Palotes, porque es ocioso tratar de rivalizar con los *Maestros*.

Pero mejor que pasearse por las callejas que se estrechan hasta que el tedesco se desorienta, es quedarse en casa, si se goza de una *de*



época. Yo tuve la suerte cada vez de no coincidir con las vacaciones de los seminaristas, que se iban a sus anónimos pueblos, dejando libres los cuartos del *palazzo* del *Campo della Salute* que el reverendo rector y la amabilísima abadesa me otorgaban a módico precio, acaso porque me pasaba los días y hasta algunas noches espionando por la ventana los tornagiros de la Fortuna, colocada en el tejado de la punta de la isla, hasta que un soplo de brisa marina le obligue a girar señalando los cuatro puntos cardinales y algunos más, a veces. Si nos acercamos silenciosamente a la ventana, la sorprendemos mirando hacia mi habitación, por si descubre alguna de esas intrigas tan frecuentes en el teatro del país (que suele llevar, paradójicamente, el nombre de un Santo que jamás pisó un teatro). Los americanos aparecen y desaparecen a su guisa, y al asomarte al ventanuco ya no ves la Fortuna, sino un enorme barco con gente de lujo y colores varios. *Venedig* (como dicen, con poca gracia, los germanos) se llena de tantos turistas que los que se precian de serlo hacen como si no hubieran visto el gran islote de Venecia, partido por gala en dos por el río o canal, y se hospedan en una isleta, detrás de la iglesia de San Giorgio Maggiore, y de allí no salen, para no tropezarse con gente tan anónima y de mal gusto. Ni siquiera van a las iglesias que son muchas y que rebosan de Tintoretto* y Veroneses, porque los encuentran vulgares. ¿Qué sabrán ellos, si cada iglesia es mejor que un museo de Minneapolis?

En el fondo, todo en Venecia es digno de admiración regocijada, nunca se ha visto un lujo tan popular, ni calles tan estrechamente finas, ni entierros lacustres tan animados, ni venecianas tan hermosas, que logran parecer dieciochescas, ni venecianos tan fuertes y robustos, que no los mejoran los mejores turcos. Hay en esta ciudad un revoltillo de catetería elegante y de gracejo popular que no lo alcanzan Bellotto ni Guardi. El mejor museo está en las calles y en los innumerables puentes y puentecillos, que subyugan las aguas de la laguna. Y es la única ciudad lacustre que se puede recorrer embarcado sin más que gritar ¡Góndola! (Esperemos que no cante).

* El autor descubrió una Cena de Tintoretto en San Rocco, cuyo copista fue Velázquez, en uno de sus viajes a Venecia. Ese cuadro pertenece a la Academia de San Fernando, de Madrid.



DE LENINGRADO A SAN PETERSBURGO

Estuve dos o tres veces en Leningrado, gracias a la hospitalidad de un buen amigo que trabajaba en la Secretaría de España en Moscú, en el delicioso barrio de las embajadas, palacetes de fin de siglo con exquisitos detalles de artesanía modernista, en callejuelas de nieve helada, hasta que, cada 1º de mayo, los vecinos la pican como mineros y descubren el enlosado practicable... hasta la próxima nevada. El río Moskova grande y poderoso, tras lamer los muros del Kremlin, sigue serpenteando por la gleba, con sus entradas y salidas en el círculo perfecto de la capital, cuyo centro es la Plaza Roja, entre el Kremlin y San Basilio. Como guía cultural (acaudillando a las damas de una institución madrileña) volví dos veces más a Moscú y, en cada viaje, jamás dejé de acercarme a la ciudad de Pedro el Grande, que había perdido su nombre fundacional de Petrogrado en aras del *zar* moderno, Lenin, y pasó a nombrarse Leningrado. Pero llegó la guerra y las nomenclaturas se mudaron, y la ciudad recuperó su nombre, el que le dio su fundador, añadiendo el respetuoso título de los venerables, el *San*, y el internacional de las ciudades europeas, *Burgo*, con lo que el nombre de Pedro (humilde pescador de Galilea) quedó engarzado entre su título de Santo y la denominación de la ciudad con vocación occidental, *burgo*; y volvió a atender a las llamadas a San Petersburgo, dejando en el olvido incluso las estatuas de Lenin. Y aunque Moscú sigue siendo la capital (pese a Pedro el Grande) San Petersburgo es la ciudad culta y fina, con sus palacios suntuosos del barroco y del neoclásico, fachadas de columnas colosales, reflejándose en la espesa red de *canaletos*, que desembocan en el grande y tortuoso Neva, que rodea la ciudad, nacida capital, y le agrega unas cuantas islas de buen tamaño. Allí surge el asa del pequeño Neva, que lleva hacia el Mar del Norte, regresando a su cauce principal, o abriéndose al puerto marítimo de pasajeros, que nos recuerda que entre el islote de Pedro y el Elaguin, dando por tierra firme un ajedrezado de calles y canales, estamos en Europa y, como el fundador Pedro, a un salto de Inglaterra. ¡Estamos en Europa! afirmación discutible si la aplicamos a Moscú.

La ciudad tiene un centro, la Fortaleza de Pedro y Pablo, en una isla en el lugar más ancho del Neva, separada de la la orilla izquierda por el Estrecho de Kronverk. Su nombre deriva de la iglesia o cate-

dral de San Pedro y San Pablo (Petropavolvski), panteón de los zares que ocupan con sus altas tumbas el centro de la gran nave: un rebaño de treinta sepulcros de mármol blanco, del que se separa la tumba del fundador, Pedro I, junto al altar mayor, protegido por un soberbio iconostasio de 43 iconos, que relucen a expensas de las arañas (de fines del siglo XVIII) de bronce dorado, cristal limpio o teñido de colores vivos. La torre es, como el resto del edificio, del italiano Trezzini (comienzos de ese siglo), y se alza sobre la ciudad con sus 122 metros de altura. En la Rusia tradicional, el lujo es necesidad. Frente a la catedral se yergue la Casa de la Moneda, construída en 1721, y que, hasta nuestros días sigue fabricando monedas fraccionarias, medallas y hasta emblemas de los cohetes que los rusos enviaron como muestra de su presencia en la Luna, Marte y Venus.

Hay otros edificios menos vistosos que han sido prisiones del Estado, en donde se han alojado, a la fuerza, algunos personajes históricos. La isla, amurallada, tiene dos puertas a sendos puentes, con los nombres de los zares fundadores; la de la derecha hacia la Avenida Kirov, con un gran puente levadizo que conduce a la Casa de Pedro, de aspecto casi popular, desde donde Pedro el Grande vigilaba las construcciones de la isla. Un poco más lejos se abre la confluencia del Pequeño Neva con el Neva mayor, lugar donde sigue anclado el crucero *Aurora*, tan conocido a través del cine. Otro puente, en la opuesta esquina de la isla, comunica con el barrio de Petrogrado, del que se pasa a otras islas-urbanas que nos va acercando al *no man's land* de la orilla del Océano, con playas desiertas ante las que se extiende el Mar del Norte.

Si torcemos a la izquierda, cruzando dos puentes sobre el pequeño y el gran Neva, pasamos por la isla Vasilievski, con el imponente edificio de la Bolsa, entre las dos columnas rostrales, cuyos capiteles se encienden en las noches de fiesta. Otro puente nos deja en el Malecón de Palacio. A nuestra derecha, el enorme edificio del Almirantazgo, doble cuadrángulo, en cuyo centro se levanta, sobre el arco triunfal de la entrada, la cuadrada torre, cuya alta flecha dorada responde a la ya citada de *Petropavlovski*, a la otra orilla del Neva. Siguiendo el curso del río viene la Plaza de los Decembristas, y, casi a la orilla, el famoso monumento a Pedro el Grande, con el caballo erguido sobre sus patas traseras, bronce de Falconet sobre un bloque de granito donde se lee: *Petro primo Catharina secun-*

da, *MDCCLXXXII*. Y tierra adentro, la enorme catedral de San Isaac, erigida entre 1818 y 1858, planta cuadrada con cuatro pórticos entre enormes columnas. En su centro se alza la torre, suerte de columnata redonda coronada por cúpula en cuyo interior cuelga el famoso *Péndulo de Foucault*, que marca la rotación de la Tierra. Los arquitectos extranjeros pudieron realizar los enormes edificios que soñaban desde sus países natales, Francia en el caso de Montferrand. Tras esa mole, se alza el monumento a Nicolás I, mucho mayor que el de Pedro y muy impopular, como lo fue ese soberano, cuya viuda lo mandó erigir (por Montferrand y Clodt) a mediados del XIX con el *Puente Azul* que da acceso al Palacio Marinski.

Contracorriente del Neva se suceden los palacios imperiales: el Palacio de Invierno obra de Rastrelli en 1754, incendiado y reconstruido por Starov y Briulov, con una fachada al Neva y la opuesta, principal, a la plaza semicircular, con el pórtico de triple arcada y que luce la columna llamada *de Alejandro*, cuyo ángel protege a San Petersburgo desde la altura de 25 metros, recuerdo de la resistencia contra la invasión napoleónica de 1812. Sigue el Palacio de la emperatriz Catalina, para sus propias colecciones. Un tercer palacio se distingue por el colosal pórtico sostenido por esclavos gigantes y monolíticos. El cuarto, es el Cuerpo de Guardia antiguo, que se corta con el campo de Marte y el Jardín de Verano, delicioso lugar en una capital de largos inviernos.

Por todas partes surgen palacios y palacetes, canales y puentes, iglesias y teatros, partiendo de ese abanico de tres avenidas: Mayorov, Dzerzinsky y Nevski. Esta última es la más importante arteria de la capital y que recibe su nombre del Monasterio que señala su fin, con la iglesia donde descansan las cenizas del fundador de la capital, San Alejandro Nevski, rodeada de un jardín funerario de las glorias de las artes rusas. Allá veremos tumbas de literatos, artistas, músicos: desde Gogol hasta Chaikovsky. El urbanista del barrio fue el italiano Carlo Rossi, autor del palacio del príncipe Miguel (hoy Museo Nacional Ruso) y de su propia casa, en la calle Rossi de 220 metros de larga, 22 de altura de sus casas y 22 de ancha. La Perfección de la geometría.

EN LA CIUDAD DE LAS CIENTOS TORRES

Llegué a Praga en primavera cuando las hojas verdes se abren camino entre las torres grises y rosadas. Desde la ventana de mi cuarto en un hotel (una torre más de las cien torres que dieron su apodo a la ciudad) veía, a vista de pájaro, una explanada en cuyo centro había un taxi parado, adonde acudían a confesarse, ante la proximidad de la Pascua Florida, los católicos de Karlin: una larga cola, a modo de hormiguero entraba en el taxi por la portezuela izquierda y salía (una vez dejados sus pecados en el interior del coche) por la portezuela derecha; y luego se acercaban a un pequeño cementerio vecino, el de Karlin, para saludar a sus parientes, convertidos en cenizas (supongo), y dejar unas flores sobre la piedra y el hierro de sus tumbas. Yo bajaba de mi elevada posición a la avenida Skolovska, donde tomaba un autobús que (desafiando los gritos imperativos de los altavoces urbanos) me depositaba, en un santiamén (era la zona católica) ante la Torre de la Pólvora, gótica y empavesada, con su chapitel agudo rodeado de cuatro torrecitas abanderadas a la moda del siglo XV, que miraban con asombro el mosaico del vecino Ayuntamiento (en Praga se pasa del siglo XV al XX, con alguna oportuna parada en el XVIII), con la fachada salpicada de retratos de artistas (para mí el único conocido era Alphons Mucha, representante ilustre del Modernismo, que asoma por Praga en cuanto le dejan un sitio las torres románicas, las espesas naves de Sión, las fachadas recamadas del gótico, los elegantes arabescos (tan europeos) del siglo XVIII... Estamos ya en la Ciudad Vieja (*Stare Mesto*) partida en dos por el río Vltava, que los turistas de pueblo (otro, se entiende) llamamos Moldava en los programas de los conciertos españoles, y que diseña un elegante cuello de cisne en el mapa de la nación, y parte en dos la Ciudad Vieja, con sus jardines, torres, chapiteles, pastelerías, iglesias, hoteles... Se echa en falta la fachada rococó del *Uzlatébo andela* (o *Ángel de oro*) pequeño ejemplo de la divergencia del idioma checo y los de nuestras meridionales latitudes, con que nos tropezamos a cada paso, paseando por la calle Celetna, donde se halla la antigua Casa de la Moneda (porque fabricaba esos objetos redondos y dorados que pasaron a otra vida) y ya estamos en la Plaza Mayor, dominada por el soberbio Ayuntamiento con el mejor reloj astrológico posible: el Sol, la Luna, las Estrellas, los Meses, el Zodiaco, la Muerte (o *Gran Segadora*), los Apóstoles presididos por Cristo, un turco, un Ladrón y un Cursi (la

traducción es libre) de avanzada edad, bajo cuyas efigies sucedieron infinitos sucesos, bajo la vidriera que proclama *Praga Caput Regni*, en latín *para mayor claridad*, como hubiera dicho Moratín. Los turistas se amontonan en cuanto van a dar las doce para ver moverse esa maquinaria.

Los agudos campanarios erizados de flechas de la iglesia de la Virgen del Tyn protegen la tumba del famoso astrónomo Tycho Brahe, que, habiendo perdido (¿en un duelo?) la punta de su nariz, lo remediaba con un postizo de cera, para días laborables, o de plata, si eran festivos. En mi modesta biografía haré constar que casi pierdo la mía por una insistente y aparatosa tormenta que me retuvo bajo los soportales hasta que, sin atender al monumento al protestante Juan Huss, ni a las ventanas por donde mi admirado Frank Kafka descansaba de la redacción de *Amérika*, corrí bajo la catarata natural hasta mi hotel (que yo no era el primero) pasando por las preciosas sinagogas del barrio: la enorme *Vieja-Nueva*, la *Alta*, la *Maisel* (que conserva los objetos de plata recuperados de la rapiña nazi) y la *Klaus*... De donde pasamos al enorme cementerio judío, que ha amontonado tumbas desde comienzos del siglo XV: nada menos de 12.000 sepulcros, sin orden ni concierto, pero con los tradicionales mendrugos votivos. Entre sus difuntos ilustres destaca, desde hace cinco siglos, el maestro Jahuda Löw, ben Bezalei, ben Chain, que fue, según la tradición, el inventor del *Golem*, un criado de barrio, que respondía a las más absurdas cuestiones sin más que deslizar bajo su lengua arcillosa una hoja de pergamino con la fórmula mágica a la que respondía cortesmente: *Qué deseas de tu sirvo, oh, mi señor?*... No lejos se halla la más vieja sinagoga de Praga, construida, en 1479 por el rabino Pinkas, diminuta y preciosa con los muros cubiertos por los 77.297 nombres de judías víctimas de la soldadesca hitleriana.

En la vecina Plaza Namesti, cerca del cementerio de tumbas amontonadas y suntuosas, vemos a una mujer desnuda, sentada tranquilamente junto a una fuente, como si fuera una vecina acalorada: la *Moldava* o *Vlatava*, también llamada *Teresita* por sus vecinos, que la adoran como ninfa del gran río, que retuerce su curso entre iglesias, palacios y torres y el teatro Tyn donde se estrenó *El Rapto del Serrallo*, de Mozart, salzburgués que encontramos por todas partes. Cercano está el *Clementinum*, Universidad jesuítica, con su estatua de *Atlas* en una de las cien torres praguenses, interminable colec-

ción de manuscritos, libros, cuadros, esculturas, su preciosa *sala Mozart* (rococó, evidentemente) y su *Capilla de los Espejos*, más musicante que piadosa.

Ya se avecina el Moldava (o Vlatava) con su retorcido curso, a que se accede por una plazoleta con dos estupendas iglesias (El Salvador y San Francisco), un rechinante tranvía y la alta torre que señala la presencia del Puente Carlos, que cruza el río entre dos procesiones de esculturas, encaramadas majestuosamente en sus pretilos: 30 en total, en general del Setecientos, calzada peatonal para saludar a San Ivo, Stas Bárbara, Isabel, Margarita, Ludmila y preciosa Lutgarda adorando al Crucifijo, o San Nicolás (que facilita la bajada a la Isla Kampa, jardín fluvial exquisito), que se corresponden con Santa Ana, San Antón, San Agustín, el Salvador con Santos Cosme y Damián, la Virgen con San Bernardo, el Calvario y San Juan Nepomuceno, el más antiguo (1683), fundido en bronce en el lugar donde los herejes lo arrojaron al río Moldava, donde quedó flotando bajo una diadema de estrellas...

Otras dos torres góticas marcan el final del puente y la llegada al barrio de la *Mala Strana* con otras muchas iglesias y palacios, la más famosa la del *Niño Jesús de Praga* (que resulta ser español y dueño de un nutrido vestuario para celebrar las festividades) y la más bella, la de San Nicolás (obra genial de Diezenhofer) con su gran cúpula pintada por Kraker, sin duda la más hermosa iglesia barroca de la Cristiandad. Todo este barrio, que de *Malo* no tiene sino el nombre, es el más exquisito de Praga y culmina, entre callejuelas rampantes y palatinas, hasta la catedral, gótica o rococó, según los casos... Y todavía nos quedan el Palacio Real (con la sala Vladi), la iglesia románica de San Jorge, el convento de Loreto, el Jardín del Paraíso. No hemos citado sino la cima de ese monte... (Un trocito de barrio...)

RECUERDO DE NAZARETH Y BELÉN

Hace ya unos años, cuando yo preparaba mi doctorado en París, la Universidad de la Sorbona solía dejar a sus estudiantes un largo período (generalmente de mayo a octubre) para redondear conocimientos y prepararse a los exámenes de fin de curso. Ese período cuatrimestral permitía afrontar dignamente las pruebas definitivas hacia la consecución de un título, cotejando la teoría parisiense con las observaciones de bibliotecas o conferencias extranjeras. La situación, tan céntrica, de París facilitaba esos desplazamientos para redondear conocimientos teóricos, a la vez que servía de cotejo con lo estudiado y de comprobación, o no, de las teorías asimiladas en los cursos del año escolar. A mí me tocó ser aprendiz con aspiraciones a maestro y no dejé pasar ni un verano sin comprobar, en la práctica de visita de bibliotecas y museos extranjeros, mi orientación libresca, que no debía limitarse a una formación teórica francesa. Llevaba una agenda donde anotaba las visitas realizadas en tales viajes, de recreo o de formación teórica, dentro y fuera de Francia, sin olvidar España, a cuya Universidad Menéndez Pelayo de Santander soy deudor de conocimientos de primera mano para una tesis de fondo español, que me valió el doctorado.

En 1962 llevo anotados dos viajes a Suiza y sendos a España y a Italia; ésta era ya mi sexta visita a la península vecina y no debo olvidar mi gratitud hacia las bibliotecas y museos de otros países, en particular a Inglaterra. En ese año realicé, por vez primera, una excursión al Líbano, que me acercó a Beirut, Biblos, Baalbek, Damasco y lo que los antiguos historiadores y peregrinos llamaban *Tierra Santa*, con Jerusalén partido en dos. Se pasaba de una parte a otra por un terreno vago, cercano a bibliotecas y museos y sin necesidad de visados, con tal de que se fuera a pie y con aire de paseante *en Corte*, con lo que se completaba el conocimiento de Beirut, Biblos, Baalbek, Damasco completando con Jordania e Israel lo que los cristianos llaman *Tierra Santa*, con Jerusalén, Amman, Gerasa, Jericó y Belén, hacia la Jordania, y Nazareth, Avdat, Cesarea, Kafarnaun, Tiberiades y Caná en la parte entonces llamada israelita. Nuestro grupo de Sorbonnards iba andando, como vulgares paseantes, ignorando el autobús y trasponiendo la hermosa *Puerta de Damasco*, sin que los centinelas hebreos, de fusil y velo se dieran

por enterados mientras no tratásemos de volver atrás. Todo era tan evidente que los estudiosos movilizados en automóvil se limitaban a una breve parada en aquel *No man's Land* donde daban la vuelta a la placa mineralógica que por un lado llevaba numeración israelita y por el otro cristiana. Así visitamos la antigua *Tierra Santa* a pedazos y sin dificultad. Respecto a los vecinos o residentes, los había de variados credos, peregrinos, combatientes y comerciantes (entre estos los vendedores de refrescos portados en bandeja de plata con pasmoso equilibrio) y era difícil distinguir su fe de la de numerosos visitantes de todas las naciones.

No puedo detenerme en las diversas regiones, paisajes y climas. Jerusalén está centrado por sus maravillosas dos mezquitas y por cantidad de capillas musulmanas, dentro de un cercado al que se accede previo pago; y así se puede ver en el centro de la principal un suelo de roca bruta sobre la que, según los creyentes musulmanes, posó sus plantas Mahoma. Otras ocasiones habrá de hablar de esta ciudad, mosaico de creencias y donde estuvo yacente tres días Nuestro Señor Jesucristo. Yo quisiera limitarme en estos de remembranza, a dos pequeñas ciudades, casi aldeas, famosas en todo el mundo: Nazareth y Belén.

Nazareth, que fue residencia de la Sagrada Familia, es un pueblo variopinto, con su gran fuente en la pared de una calle, a donde María iba a buscar el agua. Es un nudo de casitas y tiendas (entre ellas la oficina de turismo de Israel) con un arroyuelo de dudosa limpieza que recorre la calle y un frente de pequeños edificios de distintas creencias, asomados, desde la cima del monte, hacia un amplio valle, junto a cuyo brocal un anciano labrador musulmán hace sus oraciones las horas debidas. Los pastores de diversas bestias apacientan sus rebaños mientras desde lo alto de una casita del monte las *tres morillas* del romancero nos invitan a tomar un refresco en su minúscula casa. Cerca de la mezquita principal se yergue la iglesia católica, de ladrillo rosa junto al verde de la vegetación. Hay mucha alfarería, joyas brillantes pero baratas, damas con velos rayados y frailes cristianos. No lejos se yergue el monte Tabor, con su basílica en la cumbre sobre un tapizado de chumberas. Una familia judía está entre los chumbos bailando (los hombres solos) al son de una rústica canción, mientras las mujeres previenen la merendola. Hay también un ermitaño musulmán y su mujer, venerables mendigos, y una infinidad de horizonte por donde hormi-

guean, diminutos, los humildes labriegos. Nazareth es un lugar apacible, si no amenazase su tranquilidad el altísimo corte del talud del monte, que convierte a los labriegos en hormigas.

Belén (o Bethleen) yergue entre los árboles su basílica paleocristiana, con sus columnas decoradas con santos o profetas, a la que se entra inclinado como agachado, por la santidad del lugar donde nació Cristo. El famoso establo, sin bestias, está en la planta inferior: una gruta llena de lámparas que Napoleón III decoró con discutible gusto, señalando con una estrella argentada el lugar del suelo donde nació el Señor. Pese a su decoración es una lugar que inspira una devoción profunda y silenciosa. Olvidemos las tiendas, cuyas opulentas vendedoras quieren proveernos de *souvenirs* sacros y de telas rayadas de mil colores, con las que aseguran a mis compañeras de excursión que pescarán marido (y me miran con ojos chispeantes). La ciudad es pequeña, el campo amplio y lleno de almendros y de cuevas. Muy acertadamente, los ángeles debieron de guiar a la Sagrada Familia hacia la mayor de todas, el *Portal de Belén* que hemos soñado todos, rústica y decorada cueva bajo la modesta y elegante arquitectura columnaria de la basílica modesta para su acontecimiento. Sólo ella ha merecido, entre las muchas cuevas de esos campos, ser la cuna de tierra donde María dio a luz a la luz del Universo. Y los pastores de Belén acuden a la voz de la española Santa Teresa: *Pues que la estrella / es ya llegada / vaya con los Reyes / la mi manada...*

UN MUSEO FLOTANDO SOBRE EL AGUA

El mayor defecto de los grandes museos son sus excesos; parece que si no se reúnen bajo el mismo techo los más numerosos objetos, de las diversas culturas, el museo no pasa de museillo o coleccionita. Con la dinastía austriaca se llevaron a su finición edificios repletos de lo que pudieramos llamar *objetos de culto*, o *de cultura*, cuya visita circunstanciada conduce a los ciudadanos (aunque a veces se resistan) y a sus visitantes, que no siempre gozan o sufren de una cultura que les permita gozar o disfrutar de la vista o de la visita al museo. De modo maquiavélico, se trata de reunir, en el más breve espacio, la mayor cantidad de objetos de cultura hasta provocar en los visitantes no avezados un cansancio, lindando con hartazgo, que les estorbará en vida futura de tan peligroso visitar. Y la tendencia dominante es arrimar unos y otros objetos, aunque, por sus formas y colores, manifiesten claramente sus desavenencias. Estos espirituales banquetazos se suelen imponer a bulto y de una vez, hasta provocar un hastío y un hartazgo que impedirá para esos forzados un natural disfrute y no invitará a repetir la visita, salvo en casos anormales, cumpliendo con lo heroico, a modo de penitencia debida. Es bastante normal advertir con qué alivio los visitantes pasan de cuadro en cuadro y de estatua en escultura, como deber de un ciudadano patriótico. La acumulación de objetos hermosos puede llevar a la hartazón y hasta al mareo a quienes no disfrutan de una salud mental a prueba de museo o de una paciencia que les haga tomar nota, como buenos ciudadanos, de todo aquello que los dómines-directores consideran de examen necesario. La visita de un gran museo comporta no pocos sacrificios, pues si la repetición del ejercicio lleva al aburrimiento, éste provoca un remordimiento injustificado, o un hastío de difícil justificación.

Si el examinar con respeto y atención una docena de cuadros o esculturas es un ejercicio que exige, para muchos ciudadanos, una heroica valentía o un mal simulado éxtasis, ¿qué decir de visitar un museo entero o un monasterio con o sin dispensas? En época más juvenil me ha tocado en suerte acompañar o aleccionar a grupos de visitantes, que no pueden disimular el esfuerzo que les exige contemplar, comprender y degustar todos los cuadros o esculturas de un museo. El placer que les ofrece la visión de una obra de un pintor de su agrado se desparrama y se empolva si no coincide con su

gusto o su estado de ánimo. El hartazgo puede llevar al disgusto y hasta al aburrimiento. Como conductor o guía de numerosos viajeros, en tiempos de mi juventud, he tenido que exagerar mi entusiasmo para provocar la aquiescencia de quienes están tentados de aburrirse; en todas las esferas artísticas, además de una vocación natural, se precisa una comprensión que borre el cansancio y facilite el esfuerzo; ver un cuadro o escuchar una melodía exigen entusiasmo y aquiescencia, que no todos tenemos ante la misma obra. Es normal pasar veloces ante las que no nos convienen. La indigestión es penosa para quien, de pronto, se ve privado de su entusiasmo y se obliga a admirar lo que no le interesa. Por ello las visitas de grandes museos o galerías abundan en entusiasmos forzados para disfrutar de placeres naturales. Y ese gusto exquisito se apoya en la discreción de la cantidad. No conozco a nadie que haya visitado la Capilla Sixtina, disfrutando lo mismo ante cada escena. Por eso, los museos o colecciones muy abundosas pueden provocar el cansancio en sus visitantes, aún cultos y aficionados. En la Capilla Sixtina de Roma se advierten entusiasmos sinceros y aburrimientos disimulados, a veces en el mismo espectador.

Para prevenir hartazgos es conveniente no hartarse de mirar sin selección, ni forzar el entusiasmo, que ha de sentirse sinceramente, hasta el punto de que incluso nos sea dificultoso saber el por qué de nuestro éxtasis o de nuestro hastío. Por ello los museos o colecciones cuidadosamente medidas producen éxtasis que las abundancias discriminan y estorban. Una admiración forzada es una ofensa para el artista y para quien contempla su obra. Hay una relación entre lo pintado y lo que vivimos que produce placeres de altísimo nivel, que provocan a veces colecciones menos numerosas y mejor sentidas.

Por eso, por no abusar ni mentir por obligación una admiración que, en el fondo, no sentimos, son benéficas las colecciones que no abrumen al visitante por su abundancia, sino por un no sé *qué se halla por ventura*, como dijo el poeta renacentista español: *Por toda la fermosura / nunca yo me perderé / sino por un no sé qué / que se halla por ventura...*

El Maurithuis de La Haya es un edificio de sencilla y muy elegante arquitectura en un barrio de lindas y no enormes mansiones. El Maurithuis (Casa de Mauricio, príncipe de la corona holandesa) es

un edificio de dos plantas: la inferior, da acceso a una doble escalera que conduce al salón superior. Los planos de ambos pisos son semejantes: en la planta baja está el vestíbulo con sendas escaleras a ambos lados, que suben al salón principal, de proporción exacta al de la planta baja. A ambos lados hay cuatro salitas, que encuadran la entrada y otras dos, que completan el primer piso, formando un cuadrado perfecto, con cuatro cámaras enmarcando el vestíbulo; al salón grande de la entrada corresponde otro idéntico en el primero (y último) piso. A las dos salas grandes corresponden ocho cuadradas, más pequeñas, marcadas por letras, once en total.

La planta baja tiene una sala grande (B) con otras de Teniers; otra (D) de Antonio Moro, Van der Weyden y Mostaert, Memling y G. David. A ambos lados del vestíbulo las hay de Jordaens (F), dos de Rubens y una de Van Dyck (G) y una de Teniers (B) en la planta baja. En el primer piso (I) cuatro de Rembrandt (*Lección de anatomía*) y sendas de Potter, Ruysdael y Ostade; otra sala (J) con cuatro de Rembrandt (entre ellos *Saul y David*). La sala K, la mayor del primer piso, con obras de Helst, Bray, Dou, Steen, Fabritius, Potter y Vilde el Joven. La L, con Heyde y Mieris. La M, con un Cornelis Troost (siglo XVIII). La H, con dos Terborch, un famoso Vermeer (*La mujer de la perla*) y sendas de Codde, Metsu, Ruysdael y Van Goyen; la N, con dos Steen, y sendos Avercamp y Van Der Neer; y la O, con dos Frans Hals, un prodigioso Vermeer (*Vista de Delft*), un Steen y un Terborch. La belleza de estas obras se acomoda a la elegancia clasicista del edificio: columnas jónicas sosteniendo un elegante frontón y un tejado con jarrones que se reflejan en el estanque. Estuche perfecto para un tesoro pictórico: *Diana lavándose los pies* es la joya de ese cuartito. Perfecto, como todo lo demás... Un museo flotando sobre un estanque.

UN ALIENTO DE ORIENTE

Según el licenciado Don Sebastián de Covarrubias y Orozco, Capellán de la Majestad Católica del Rey Don Felipe III y consultor del Santo Oficio, la palabra Mago *es pέρsica y vale tanto como decir sabio o filósofo*. Y añade: *Los magos que vinieron guiados por la estrella de hacia las partes orientales a Belén, a adorar al niño Dios, Redentor Nuestro, en algunas partes se llaman reyes, por cuanto en aquellas provincias lo eran los sabios; y así éstos no eran encantadores, como en otra significación se llaman los que, por arte mágico, permitiéndolo Dios, hacen algunas cosas que parecen exceder a lo ordinario de la naturaleza. Tales fueron los magos de Faraón y son todos los que usan el arte mágica, condenada y reprobada*. Pero en esas explicaciones del licenciado se nota que no sabía mucho de pintura, pues infinitos son los cuadros que representan a esos tres monarcas orientales. Se nota que el licenciado tenía pujos de investigador modernista, porque si hubiera leído devotamente el Evangelio de San Marcos hubiera visto que el culto escribano y apóstol da por sentado que *habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, he aquí que unos magos de Oriente llegaron a Jerusalén diciendo: ¿Dónde está el que ha nacido Rey de los judíos? Porque hemos visto su estrella en Oriente y venimos a adorarlo*. Al oír esto el rey Herodes se turbó, y con él, todo Jerusalén. Y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblos les preguntaba en dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le respondieron: en Belén de Judá, porque así está escrito por el profeta: *Y tú Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la más pequeña entre las capitales de Judá porque de tí ha de salir el Príncipe que rija a mi pueblo, Israel*. Tal lo traduce al castellano el jesuita C.G. Goldaraz en su misal de *Orbe Cristiano* (Sabadell, 1959) que tengo a mano. Herodes (abuelo del que había de asesinar a Santiago más de treinta años después) les encaminó hacia Belén, por mal que les pesara, con la intención de organizar una masacre de recién nacidos; y los reyes siguiendo la estrella guiados hasta la casa (o portal, como aquí decimos) *hallaron al Niño, con María, su madre, y prosternándose le adoraron y, abiertos sus tesoros, le ofrecieron presentes de oro, incienso y mirra. Y avisados en sueños que no volviesen a Herodes regresaron a su país por otro camino*.

El evangelista no añade nada más: pero este sencillo y milagroso relato ha inspirado a más artistas que cualquier otro episodio evangélico, excepto la muerte de ese Niño treinta años después, a manos del nieto del primer Herodes. El hecho de que se represente a un niño recién nacido en brazos o al cuidado de su madre resulta, a la vez, cotidiano y milagroso, con lo que se cumplen las dos condiciones de una pintura a la vez sublime y familiar, misteriosa y cotidiana, graciosa y estremecedora al pensar en aquél como una de las tres personas de la Santísima Trinidad. Hay una curiosa contradicción entre la escena familiar que vemos y su milagroso sentido. Hay un misterio sublime bajo apariencias familiares: Dios encarnado en la pequeñez y la impotencia del recién nacido. Los pintores y escultores cercanos se han percatado del carácter sublime que se le aplica a una escena trivial y familiar, la misteriosa reducción del infinito de la Creación. Una familia pobre, acostada en un pajar, recibe el dudoso calor de las bestias de carga, la mula y el buey, en la helada madrugada del invierno.

Ello pudiera confundirse con una escena lastimosa de mendicidad, y, así, los pintores realistas han tratado ese tema en cientos de cuadros y estampas que deben, a la vez, ser vulgares y exquisitas. Para ambientar el aspecto humano de la historia milagrosa, el pintor suele valerse de dos grupos de testigos: pastores y reyes, cuya presencia se justifica en el relato evangélico, junto con las criaturas celestes, que en ocasiones los conducen y animan. Se trata de representar a una pareja con un recién nacido que se alojan en un establo, con un buey y una mula como compañía para dar al recién nacido el calor maloliente de sus respiraciones: es el *grupo* todavía en uso en las figurillas de los Nacimientos en todos los países cristianos. La humildad de los Belenes es, en sí, una lección del Dios todopoderoso. Y para completar esa lección en que la omnipotencia se viste de miseria, en la pintura como en la escultura de los *teatrin*os, que representan en carne viva la pobreza del recién nacido, hay otros personajes que sirven de testigos: los pastores y los reyes (en la iconografía medieval aparecía también una partera o comadrona, que no tardó en desaparecer por su inutilidad en un alumbramiento de Dios).

En los Belenes populares hay toda clase de personajes. De la soledad y pobreza de las representaciones de esta escena de miseria, que algunos artistas decoran con columnas con flores, hasta con

algún mueble para disimular, existen dos excepciones terrestres y una celestial. Ésta la constituyen los coros angélicos que se desarrollan exageradamente en el arte barroco, envolviendo a la Sagrada Familia en una nube tibia y perfumada, mientras cantan la gloria de Dios en las alturas, y da la paz a los hombres de buena voluntad. Estos se quedan en tierra. Unos, casi inmóviles en éxtasis, son los pastores que cuidan de los rebaños y desempeñan un papel de *graciosos* simpáticos, que cantan y bailan y ofrendan lo poco que poseen. Son villanos, en el sentido de pobres, y cantan cancioncillas populares: los villancicos eran abundantes en España (Toledo, Sevilla Córdoba, Granada, Zaragoza, etcétera) entre la gente del pueblo, pero a lo que se acomodan los señores (Góngora, Lope, Alcázar, Ledesma, Valdivieso, Calderón...) y las monjas (no hay convento sin poetisa de Jesúsín).

Los otros visitantes son los reyes de Oriente. Eran tres sabios, más que monarcas (aunque Salzillo piense lo contrario), unas veces vienen los tres solos, siguiendo una estrella especial en la escultura italiana (... o murciana) y no traen romancillos ni villancicos, porque son sabios, y sí regalos simbólicos para el Rey Nacido: oro, incienso y mirra, según la tradición. Melchor, viejecito, de largas barbas blancas, Gaspar, maduro y fuerte, con algo de soldado y Baltasar, un negro que reparte dulces entre los niños... (ahora les ha salido un competidor de dibujos animados, de cuyo nombre no quiero acordarme) ¡Un horror! pero no puede nada ante aquellas majestades asiáticas que todos tenemos en casa, esperando sacar de las cajas... Esos monstruitos de la parentela de Hollywood no saben ir a Belén, sino a los toboganes y montañas rusas y arman algarabías verbeneras... ¡Con lo que al Niño le gusta el silencio...!

Pues andáis en las palmas / ángeles santos / que se duerme mi Niño / tened los ramos, dice Lope de Vega, y aún añade: Zagalejo de perlas / hijo del alma / ¿dónde váis que hace frío / tan de mañana?

LOS ORFEOS

Según el *Diccionario Ideológico* que un docto académico de la Española editó en Barcelona (Gustavo Gili) en 1957 se llama *orfeón* a una *agrupación de cantantes para ejecutar música coral, generalmente sin acompañamientos de instrumentos*, lo que no es decir, sin dejar fuera a Stravinsky y sus amigos. Por lo demás, partiendo del resbaladizo adjetivo *coral* (mucho más citado que visto en sustantivo) y tras el no menos antipático adverbio (no sé de qué modo) *generalmente* la definición resulta blanducha y, privados de los instrumentos, no sabemos lo que darán de sí esos cantantes, ignoramos si cultos o incultos, a que se refiere Julio Casares en la definición que nos deja sin saber, si haylos o no, instrumentos y si su agrupación ha producido frutos o meramente intenciones. Yo lamento también que no lleguemos a saber si la agrupación de los cantantes se quedó en mera intención y de dónde ha salido ese aumentativo de *orfeón*, que les atribuye proporciones gigantescas, sin aludir más al grupo. Pero lo que encuentro más injusto es que en esa definición cojitranca no se aclare de donde salió el sustantivo, cargado del aumentativo que lo abruma, dando por supuesto que lo inventó un tal Orfeo, que, aunque fuera Infante de Tracia, no se dedicó de infancia al estudio de la música, sino al de la religión de los egipcios y que dió clases de teología, de lectura de los sueños, de pago de los delitos y de celebración de las fiestas de Ceres y Baco, sin olvidar la astrología.

Entre muchas sutilezas teológicas, se reposaba en la música, que llegó a ser su ocupación principal, inventando una lira de cuatro cuerdas que fue el delirio de las ninfas, señoritas de la época con intenciones televisivas. Pero Orfeo, soslayando las ciencias, se dedicó al género lírico, dando sus recitales a la ninfa Eurídice, con la que contrajo matrimonio con tan escasa fortuna que la mordió una serpiente venenosa dejando a Orfeo viudo inconsolable. Sus elegías eran tan modernas que encantaron al infernal Plutón y hasta a su esposa Proserpina, gobernadores del Tártaro, que dieron nueva vida a Eurídice, para que saliera del infierno con su esposo. Pero éste no pudo resistir su curiosidad y se permitió infringir la prohibición de los dioses infernales y echar una miradilla a su esposa: fatal curiosidad que termina tantos matrimonios. Eurídice volvió a los infiernos y Orfeo (que era de buen ver) despertó tan apasionada afición

entre las ninfas solteronas del Monte Rodope que, al no verse correspondidas, hicieron pedacitos (literalmente) el dorado cuerpo del desdenguado. Esta doble catástrofe, que los devotos de la mitología grecolatina asimilaban sin grandes pesares, dio origen a algunos bellos mosaicos romanos (como el del Museo de Zaragoza) en los que Orfeo, con su lira, su toga, su gorro frigio y (figuradamente) la belleza de su voz, entreabierto su boca, deleita a un pequeño, pero selecto anfiteatro de bestias feroces, emblema de la imperiosa majestad de la música. El tema de los amores de Orfeo y Euridice (que no desaparece) toma mayor vigor en el Renacimiento italiano, en que la mitología vuelve a la moda, especialmente italiana. En Florencia, con motivo de la boda de María de Médicis y Enrique IV de Francia, se estrena la *Eurydice* de Jacopo Peri, en el Palacio Pitti, en 1600 (la música se ha perdido). Casi al mismo tiempo, en 1607, se estrena en el Palacio de Mantua el *Orfeo* de Striggio, con música de Claudio Monteverdi. En 1647, en el Palais Royal de París volvemos a las bodas de Orfeo y Eurydice, a petición del ministro del Rey, Cardenal Mazarino, que mandó traerse cantores italianos mejores que los franceses. La severidad deja paso a la comedia, en una atmósfera de Venecia con la música de Luigi Rossi. Tras varias óperas de Fransec Cavalli (llamado por Mazarino) y de J.B. Lully, entre ellas el *Amadís de Gaula*, basada en el libro español de Rodríguez de Montalvo, encargo especial de Luis XIV, se van trenzando las mitológicas y las anécdotas históricas (como el *Orlando o Rolanda* de Lully sobre libreto de Quinault, Versailles, 1683. La ópera se hace inglesa: Henry Purcell estrena en Londres su *Dido y Eneas* (Chelsea, 1689), y su *Diocleciano* (Londres, 1690) y, en especial *El rey Arturo*, con libreto de Dryden (Londres, 1693) y la celeberrima *Reina de las badas -The Fairy Queen-*, inspirada en el *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare (Londres, 1692) y *La Tempestad* (Londres, 1695), con la célebre *The Indian Queen* (Londres, 1695). En París estrena Campra *La Europa galante* (1697) y *El Carnaval de Venecia* (1699)... Llegan luego Scarlatti y nada menos que Haendel, que estrena en Londres *Rinaldo* y *El pastor Fido*.

En fin, que este es el cuento de nunca acabar y no deja de ser casi escandaloso que para estrenar la suntuosa edición del renovado Teatro Real de Madrid, se comience con Manuel de Falla (muy sinceramente *señor mío*, pero no en *La vida breve* que se acerca peli-

grosamente a una zarzuela, y menos en un ballet vertiginosamente zapateado, extraído de *El Sombrero de Tres Picos*, que es más bien una declaración patriótica española que un programa propio de la reinauguración del teatro más *oficial* de nuestro país...) Y mientras tanto sigue esperando que le llegue el turno, ya no al *Orfeo de los Infiernos*, divertidísima comedia musical de Offenbach, estrenada (como le corresponde) en el frívolo teatro de *Les Bouffes parisiens* en 1858..., y si no el más divino de los *orfeos* del teatro musical: el *Orfeo ed Euridice* de Christobal Finibaldo Gluck, estrenada en Viena en 1762 y repuesto en París en 1774, sin otra diferencia que la lengua usada -italiano y francés- lo que provoca en el protagonista la indecisión de lamentarse en dos lenguas, según el teatro donde se canta: porque a nuestro Orfeo le sucede poco más o menos lo que le acontecía al Orfeo de Monteverdi en 1607: que se quedó viudo.

Pero estamos en el siglo XVIII y en Viena conoce Gluck (1761) a un libretista italiano, culto pero viviente: Ranieri de Calzabugi, que conoce familiarmente la historia del musicante Orfeo y de su amada, la ninfa Eurídice, que descubre al músico alemán las nuevas posibilidades de la triste historia de los amores del músico y la ninfa. Gluck tenía horror de los trinos de las operitas a la italiana y soñaba con una historia nupcial e infernal, aunque de aire cotidiano, que le puede suceder a cualquiera: la viudez de un marido enamorado. *Es la primera vez que una epopeya seria del siglo XVIII muestra una participación tan íntima del compositor en los sentimientos expresados en el drama*, ha escrito el crítico Máximo Mila. Orquesta y voces se aúnan en una sinceridad impregnada de solemnidad, sin cansancio para el oído del público. He tenido la suerte (en el Liceo de Barcelona) de oír a Maria Caniglia y Ebbe Stignani, cantar y mover con solemnidad de una función casi religiosa, el sentido dramático de una tragedia casi cristiana, servida por una espléndida orquesta. Hubo en Viena un centenar de representaciones desde la tarde del estreno, con lágrimas y regalos. La Emperatriz ofreció al músico un saquito de cien ducados: fue un buen negocio para la gloria de la soberana que quiso que Eurídice resucitase, triunfante, su amor sobre la muerte.

SOR JUANA Y LO BARROCO

No sé si las formas rectilíneas que preponderan en la arquitectura *de consumo* en estos finales del siglo XX han acabado con el adjetivo de *barroco*, pero en todo caso lo usamos muy poco y a menudo con aviesas intenciones. Creo que los *modistos* (o diseñadores de modas vestimentarias femeninas) son los únicos que alternan lo revestido con lo desnudado, a juzgar por las fotografías de los desfiles modisteriles, de que nos informan inexorablemente los noticieros televisivos y las revistas ilustradas; mientras la T.V. se empeña en resucitar los faralaes y farandolas de hace medio siglo, los diseñadores de modistería parecen empeñados en ahorrar *géneros* (sea confundiendo lo feminoide con lo machista) revestidos con la desnudez, paradójica manera de vestir de los lejanos tiempos en que nuestra abuela Eva decidió vestirse de manzana. En todo caso, parece que lo que *se lleva más* es llevar menos y dejar al aire libre lo que antaño se cubría (por coquetería más que modestia), de tisús transparentes, dejando la abundancia a los cabellos y sus filigranas. Pezón más o menos, no deja de ser un detalle insignificante, salvo para los niños de alimentación mamaria (sospecho que la transformación de la palabra *madre*, que posee una robustez masculina en el *pa* del padre o *papy* o *papito*, es una cuestión de restaurante) y el seudo-tapar las nalgas femeninas (cuando ya el *modista* casi las ha disminuido al máximo) con galas traslúcidas, anuncia una réplica de los varones, dispuestos a aceptar los calzoncillos deportivos y las telas opacas, con tal de que nadie sospeche de su sexo. Los griegos de la época clásica no se andaban con gazmoñerías, dejaban las faldas y peplos, tan útiles para disimular lo que no sea perfecto y prestaban la alas y tacones del calzado para aumentar o disminuir la talla. Pero tantas fuerzas modisteriles no dejaban de ser inútiles ante una decidida fealdad paralela, que imponía urgente restauración y hasta demolición. Las Musas, que no eran tontas, sabían jugar a taparse con telas plisadas, con lo cual hasta Urania (que era la más astronómica) podía quedar bien. Por eso se quedaron como mujeres elegantes y coquetonas sus nietas, las Tanagras y aprendieron la lección de las transparencias, mientras los genios y hasta los dioses mayores se tenían que contentar con la hoja de parra: se dejaban de mantos traslúcidos y se contentaban con la hoja que era lo único que sus compañeras dejaban, tras comerse las uvas.

De estas confusiones nació la horrible palabra *barroco*. Desde la manía de la ornamentación, para dar a entender que lo esencial está debajo, se cayó en lo barroco, que (según leo en Camón Aznar, a través de Luis Morales) es un estilo de ornamentación caracterizado por la profusión de volutas y otros adornos en que predomina la curva, que se desarrolló principalmente en los siglos XVII y XVIII. *Baroque* es palabra francesa y académica, derivada del español *barrueco* y se aplicaba a una perla no esférica, sino irregular y apelmazada, que se buscaba precisamente por su fealdad y que quedó en francés como equivalente de *étrange* (bizarro y chocante). Para los franceses del siglo XVIII y XIX tiene el encanto de lo irregular y de lo desacostumbrado. A Nietzsche le parecía monstruoso como gusto de pedantes en todas las esferas de la decoración, edificios (muebles, trajes, coloquios amorosos y hasta poemas contrarios al clasicismo galo) y ese aire de paradoja les ofrece un encanto caprichoso, con lo que se ponen de moda. Parecer que para Benedetto Croce, lo Barroco sólo es una modalidad de lo feo; pero ¿qué es lo feo? Una perla torcida puede ser equivalente a otra perfectamente esférica; y nada más aburrido que un collar de perlas, sobre todo si son pocas y pequeñas. Si la hilada de cuentas esféricas se repite tres o cuatro vueltas, no por eso será más hermosa; y cuantas más vueltas se den, más aburrida resulta, como las vueltas del tío-vivo.

Para Nietzsche era una monstruosidad monótona, que sólo puede gustar a los pedantes y a los geómetras (o a ambos dos). Para Benedetto Croce un collar de perlas es sólo una modalidad de lo feo. Para Wisbach linda con lo patológico y le aplica un aspecto cruel, como fruto del trabajo insensato de las ostras con pretensiones heroicas, falto de ingenuidad, salvoconducto entre lo humano y hasta divino, entre macabro y erótico sublimado, con dejes de enanez. Persner es más respetuoso y encuentra una cooperación de las partes en el todo, más decorativa que estructural, unos trucos de baja estofa bajo la arquitectura de guiñol y el soso encanto de la repetición. Es una creación humana de un reptil falso, que trata de infundir una vida que no tiene, con pretensiones pintorescas y hasta sublimadas, suerte de teorema elemental para producir en el espectador tensión inmediata, elementos naturalistas jugando a arquitectura, prestando al portador una adhesión emotiva y al cuello que lo sujeta una sospecha de eternidad foránea.

Tiene un aspecto reiterativo que indica mediocridad mental y aprisiona el cuello femenino de pretensiones de nobleza. La belleza de la repetición es siempre facilona y bastarda, se trata de una eternidad de bajo voltaje, de un formalismo retórico que se muerde el rabo por falta de ingenio, una tentativa torpe de infundir aparente dinamismo a aburridos elementos reiterativos, una repetición de formas y tamaños hacia necios fines de convicción. La rareza de esa retahíla de esferas llega a convencer de su hermosura; no más verídica que una docena de huevos, contagia esa ilusión al cuello que rodea, cuyos defectos y pecas disimula. Se trata de una belleza formalista, basada en la repetición, y una vida ficticia con la tozudez del reptil que se aburre, y trata de animar un cuello (y hasta un cuerpo) insensible y hasta insensato, una ficción de vida que no engaña a nadie, ni a quien lo porta como emblema de esclavitud. Nada más opuesto al estilo *barroco*, con la vida como visión, que este juego a cuentas que no engaña ni a quien lo porta, más emblema de esclavitud que de eternidad, enano sistema solar en un firmamento de falsas estrellas, mitología que cuenta por cuentas del mérito de quien la ostenta como un diploma de nobleza. La repetición en la variedad, que es la obsesión del barroco arquitectónico, al encerrar el espacio infinito por un movimiento ilusorio, organiza *mundillos* de muñecas, pequeñas y gordinflonas, para lograr una convicción de eternidad; pero no cabe negar a los monótonos productos de ese estilo el saber seducir a los incautos por su falsa grandeza enana y su aparatosa geometría.

La reverenda poetisa mexicana Sor Juan Inés de la Cruz (1651-1695), parapetada tras el óvalo escapulario, escribe sonetos que son como collares de perlas, bellas si artificiales, como ese *Soneto* que sitúa la *Fantasía con amor decente*, que se inicia con énfasis para concluir en desengaño, y cuyo segundo cuarteto dice así: *Aunque dejes burlado el lazo estrecho / que tu forma fantástica cedía / poco importa burlar brazos y pecho / si te labra prisión mi fantasía...*

El collar de perlas es, a fin de cuentas, una falsa ilusión y un desengaño. Sólo el amor decente, el Divino, puede contarse con la realidad ilusoria de la fantasía.

LIBROS DE LANCE

Sospecho que la importancia de la inteligencia de una ciudad se mide por su cantidad de libros viejos. Un libro puede ser inteligente o inútil, cochambroso o reluciente: pero siempre tendrá una *personalidad* que lo separe de los demás libros, como un ser humano posee, sin remedio y hasta con ufanía, unas características, mejores o peores, según los gustos de sus lectores y hasta de quienes los leen. Y no me refiero simplemente a su estética material, a su presentación cuidada o falsamente pobretona, y falsos son casi todos los que tratan de parecer modestos, sin por eso olvidar a muchos que quieren pasar por originales y hasta novedosos. El caso es que la gente de buen contentar organiza en las abrumadoras *ferias del libro*, largas colas, por la vanagloria de poseer un ejemplar, con dedicatoria manuscrita, que a veces se les escurre de las manos de puro aburrimiento u otras se lo toman con la paciencia de un medicamento, que según dicen, es muy sano. Los libros encuadernados en tela roja, y hasta con títulos en falso dorado, tienen la ventaja de que no obligan a leerlos y pueden admirarse desinteresadamente, como la guapa del pueblo, sin necesidad de meterse en más indiscrecciones, aunque sus títulos tengan cierto atractivo de fulanas. Las ferias de primavera, no caracterizadas ciertamente por la variedad de su flora, despiertan en la muchedumbre, que se regocija al calorcillo de los rayos del sol, un anhelo de apropiación semejante al que despierta una moza bien plantada o un garzón que no se casa con nadie. La mayor parte de la muchedumbre que recorre, con creciente fatiga, los mostradores, va abreviando la longitud de su visita, un poco cansados de ese atractivo de hetaira que tiene el librito caro y pequeño. Con los tomos grandes se atreven menos, porque luego desentonan en el salón, desafinan en el comedor y en la alcohba toman aire de queridas.

En fin, lo más tremendo es lo que se parecen unos libros a otros y en el fondo (y hasta en la forma) pueden confundirse, hasta que toman cierta familiaridad de hospicianos. La solución mundana consiste en leer, ya sea las primeras páginas, ya (como hacen muchos, en lo secreto de sus bibliotecas) saltando, como gorriones, de hoja en hoja, buscando una fruta y contentándose con un insectillo, más o menos parásito. Pero, eso sí, todo libro de feria tiene su pretensión de renovar, excavando temas que se repiten forzosa-

mente con sus trajes y sus lenguajes, siguiendo la moda de la temporada.

Por esos los aficionados al dudoso arte de leer prefieren los mercadillos de libros y revistas viejos. Todas las ciudades de países alfabetizados tienen su feria de vejez, a lo mejor sabrosas, en general insoportables como frutas secas. La cuesta de Moyano, en Madrid, permite hojear, haciéndose una cultura superficial, casi táctil, algunas *vedettes* que no muchos hojean. Los libros célebres tienen, a menudo, ediciones bastardas, para digestión de cerebros aburridos. En Barcelona montan cada domingo un cuadrilátero en el ensanche de la Gran Vía, en donde domina la prensa por sus ilustraciones. Hay ciudades viejas, como Toledo o Sevilla, que disponen de camaranchones, donde quién sabe si hallará un tesoro. Entre revistas de escaso porte y mucha fotografía se esconden antiguos infolios que proceden de herederos o fieles infieles. Pero siempre caemos en la trampa y malgastamos revisando títulos el tiempo que pudieramos disfrutar viendo fachadas platerescas o gloriosas naves eclesíasticas. A veces, algún religioso (y hasta tonsurado) se decide a quitarse de delante los tomos de Ludovico Pastor que ya no le queda tiempo para leer.

Las grandes capitales de la bibliofilia rancia están en el extranjero y escapan a aumentar su variado valor. París, siempre inventivo, tuvo la genial idea de cubrir los pretiles de los *quais* del Sena de libros y revistas de todo origen e intención. A base de pasar una y otra vez, terminamos por encontrar un libro curioso, aunque no el que buscábamos. *Notre Dame* parece una edición de lujo, que nadie se atreve a poseer. El río se expande, cada vez más soso, invadido de ruido de motores; las librerías anticuarias con *Myladies* junto a esas agrestes mancebías, en las cuales un viejo Daudet o un interminable Zola pasan vida de príncipes olvidados. Prefiero las ferias de provincias, por ejemplo, esa plaza del casco de Lyon, no grande ni pequeña y tan liberada de la circulación automóvil... Lyon es una ciudad asombrosa, con dos ríos y no sé cuántos *quais* y mercadillos, más o menos góticos. Lisieux tiene la especialidad de la librería piadosa y las montañas de rosarios y de estampas. Amsterdam se dedica a la ciencia, de canal a canal, austeramente. Por toda Europa se extienden las telarañas de los libreros de viejo. Budapest posee una caverna donde hallar palimpsestos de todas las épocas y lugares. En Munich podemos comprar libros franceses del siglo XVIII,

con exquisitas estampas. En Praga cabe hallar aquéllo que no se iba buscando, libros, cuadros, cerámica, hierros forjados. Venecia es, en proporción, relativamente modesta comparada con Milán, que tiene en su centro una exquisita plazuela de libros viejos de los que uno compra entusiasmado y no leerá nunca. Hay ciudades, como Atenas, que apenas ofrecen libros antiguos, pero si infinitas estampitas del siglo XIX, pegadas en tabletas. Para quien lo ignore, si pasa en esa ciudad la noche de Fin de Año, el mercader griego tiene a menos regatear el precio de cualquier libro o chuchería y vende a lo que se le ofrece; asombrosa generosidad, aunque ya no con una Venus de *origen*.

Todo el Oriente es asombroso de inesperadas *ocasiones*. En Istambul compré (con gran diversión de los vendedores) un negrito de metal pintado, que traga monedas, venido acaso de Nueva York, cuya plaza con el piramidal *Paramount* abunda en puestecillos de libros, aunque la caverna de Alí-Babá está muy cerquita, a un paso de la Casa de la Plancha. No hay mayores librerías de ocasión que las que nacen de repente de Broadway... O de Caracas, escuchando las aceras de la plaza de Bolívar. Alemania es, en eso y otras cosas, asombrosa: metales, estampas, códices. Maravillosa Munich, entre jardines ingleses y fachadas barrocas, entre libros, estampas piadosas y peces de mazapán... Pero en Moscú, en pleno centro, hay un piso con estampas y dibujos, barajas, postales y ediciones (olvidadas) de la Revolución... alucinantes.

¡Sería el cuento de Nunca Acabar...! Pero no vuelvan pasos atrás sin pasar por los dos grandes mercados de ocasión de Londres (por cierto repletos de italianas, que tienen un olfato especial para las gangas). Allí verán exquisitas ediciones de poetas del XVIII a precios del TBO. Allí una cerámica de Strafford cuesta lo que un plato de vajillería. Yo no sé si me gusta más Portobello o el mercado de la Torre, donde, de vez en cuando te zampas un par de salchichas en una tienda de madera bruñida, con olor a cerveza y a té ... Por fin mis modestas habitaciones de Madrid han tomado el aspecto de un *almacén de antigüedades*, explotado por Dickens. Y entre los poetas y pastores de Stratfordshire, asoman las ediciones inglesas de El Quijote y una figurita coloreada de Shakespeare...

NOVENTA RUBENS PARA UN REMBRANDT

La letra *R* parece ser muy favorable para los apellidos de pintor. Hay momentos de la pintura barroca en que no lucir una *R* en la firma de un cuadro, un dibujo o un grabado parece, casi, muestra de pobreza. El Museo del Prado abunda en apellidos comenzados con una *R* rimbombante. Hay que reconocer que la letra *R* es muy lucida, antecede con dignidad y hasta gallardía un apellido y no se deja usar por cualquier advenedizo. A veces encabeza un apellido, por influencia acaso del arcángel Rafael, y se la prefiere al apellido, por noble que éste sea. No es lo mismo llamarse Rafael (a secas o en compañía de Urbino o de Sanzio, que resultan muy bien) que Manetti (y si firmas Rutilio todavía mejor) y si, encima, presumes de elegante y añades un apellido vistoso o una procedencia distinguida (pongamos Sanzio o Santi, o aun mejor, Da Urbino) el Rafael suena a arcángel glorioso. En ese aspecto, los catálogos de colecciones y museos suelen cometer injusticias y hay artistas más famosos de lo que merecen, sencillamente, por un apellido bien puesto. ¿Qué remedio puede hallar un pintor que firma Jacob Oostsaen, aunque sea contemporáneo del anterior? ¿U otro, del mismo tiempo, que firma Cornelis Claesz van Wierinen y que se atreve con un *Copete nival* de la familia de los insectos?

En cambio hay apellidos que dan gloria, y una vez leídos ya no te atreves a criticar que hay defectos en el cuadro. ¿Se puede pintar un caballero polonés que se llamaba Strobel que no sea, sencillamente, voluminoso y con exceso de personajes aburridos? O ¿qué cabe esperar de un *Desembarco* de pintor llamado Minderhout, prueba suficiente para desconfiar de su propietario, aunque fuera testa coronada? De un pintor que se llama, simplemente, Huys ¿no irás a esperar un *infierno* que merezca la pena mirarlo...? Hay cuadros (cuyo autor, modestamente, se calla) que no sabes si llorar o reír de cuál es más cómico, si *El martirio de San Vicente: I* o *El martirio de San Vicente: II*, que parece una tira de cómic... Bien es verdad que nuestro Museo del Prado tiene algún cuadro ridículo y además, grande (como la *Recuperación de la isla de San Esteban* que valía más que no la recuperasen) pero, por fortuna, son los menos y tenemos la suerte de que, como es muy grande, ya no pudieron colgar ningún otro de Félix Castello, para gloria de don Fadrique... Por fortuna hay en los museos unos recodos o *peines*,

adonde van a parar los cuadros impertinentes (con perdón de don Fadrique...) y, como indicaba antes, muchos de los mejores tienen, de inicial, la *R*, que a lo que se ve, trae fortuna. Ello no impide que, como en los catálogos de los grandes almacenes, haya mercancías de saldo; pero con ayuda de la bendita *R* (a la que a veces viene en ayuda la *P*) nos tragamos todo (o casi todo). Tan benéfica consonante se estrena con un precioso busto de la señora de Kinchline, a la que apodaban *Hébrida* con cierta exageración, seguida de ocho originales de Rafael (a cual mejores) con añadidura de nueve copias decentes. Sigue un bodegón de Felipe Ramírez, un tema sacro de Ramírez de Arellano, pero, por fortuna, aparecen nada menos que catorce Borbones, bien dispuestos por Jean Ranc (pintor de Montpellier de buena educación) y hasta con merienda de Recco. Por fortuna llega una *R* de las buenas: *Artemisa*, caprichosa reina de Pérgamo, dispuesta a tragarse los restos de su difunto, con cierto ademán indigesto que engarabita sobre el estómago su regia diestra: cuadro antipático, indigno de la pobre Saskia; para Rembrandt, digno de veneración (ya que, por lo demás, es el único del Prado, pues el autorretrato parece de un baturro, muy inferior al *de verdad*, que está en Kenwood (Londres).

Y ahora llega un grupo nada menos que de Guido Reni (bendita sea la *R*) en 13 originales, donde destacan *Hipomenes y Atalanta*, maravillosa escena deportiva, la majestuosa *Virgen de la Silla* (aunque el Niño empieza a aburrirse), las dos espléndidas medias figuras de *Cleopatra* y la opulenta *Dama de la rosa* (que dicen fue *de escuela*), un *San Sebastián* de mediana estatura, una *Asunción* un poco embarullada, sendas cabezas de *San Pedro* y *San Pablo* (que en tiempos estaban trastocadas y en el despacho del director, pese a su excelencia)...

De Marinus Reymerwaelle hay cinco cuadros de lo más holandeses, buenos o regulares. De Reynolds, el busto de un clérigo, etcétera. Y de repente, dos Ribalta maravillosos, con San Francisco y San Bernardo y un curioso Ribera, el busto de Quintana cuando estaba de buen ver y sin esas medallas que aviejan tanto. Y catorce temas religiosos, para que nadie nos crea masones: catorce obras maestras, que no voy a descubrir a nadie. Con esta síntesis de humanidad trascendida: no cabe destacar ninguno, pues son todos excelentes. Pero si me dieran a elegir (que no es probable) me quedaría con *San Pedro libertado*, *San Felipe*, con su público incluido, las

dos *Magdalenas*, el maravilloso *Isaac y Jacob*, *Aristóteles*, el *Combate de mujeres* (o *Lo que son los celos*, si fuera de Arniches...) y *El escultor ciego*... Es decir, los veinte lienzos como sólo los pintaría el de Játiva.

Un mediano Rigaud, un tranquilo Rincón, un milagroso *Milagro de santos Cosme y Damián*, como repujados, once Francisco Rizi (en especial el *General de Artillería*...), un delicioso y franco-romano *Coliseo* de Hubert Robert (*rara avis*), una ligera *Cena en casa del fariseo*, el encantador *Retrato de don Sancho de Roja* de hacia 1400, el busto de *La Gran Catalina*, excelente obra de Rokotof (¿dónde la tenían?) y, entre maestrillos menores, el estupendo y coreográfico *Noli me tangere* de G. Pippi o G. Romano y algunas cosillas más, entre las que destaca el magnífico *Sacamuelas* de Rombouts y el maravilloso *Master Ward* con su perro por Romney.

Y, por fin, el medio centenar de obras maestras de P.P. Rubens; sin duda, una de las mayores joyas del museo: cincuenta obras como muy pocos museos pueden alcanzar en todo el mundo, sagradas y profanas (Rubens era *muy así*...) No cabe citar sino unas pocas, porque son indescriptibles. Entre las pinturas sagradas, la despampanante *Adoración de los Magos*, que tienen genio hasta los añadidos (enorme lienzo de 3'46 x 6'88, con un añadido divino a la derecha), el *Descando en la huida de Egipto*, el *San Jorge matando al Dragón* (curiosamente, hace años no se exponía con orgullo), la deliciosa *Sagrada Familia*, todo el *Apostolado*... Más las mitologías, desde las sublimes *Tres Gracias*, recién restauradas, hasta *El jardín del amor*, la *Danza de aldeanos*, los bocetos de tapicerías para Las Descalzas Reales, *La Vía Lactea*, *El juicio de París*, *Diana y Calisto*, *Perseo y Andrómeda*, la *Danza campesina*, (o *Diana sorprendida*...) más los retratos de reinas y reyes, de caballeros y damas... Y más *Mitologías*... Este medio centenar de obras maestras (reciente y cuidadosamente restauradas) nos hace olvidar por completo el Rembrandt de la primera sala: la *Artemisa* dispuesta a su sangriento refresco. Es mucho Rubens este Rubens...

LOS RASTROS

El *Pequeño Larousse Ilustrado* de Miguel de Toro y Ramón García Pelayo (1964), define el Rastro como *Plaza de Madrid, cerca de la calle de Toledo, en donde se encuentra un mercado de objetos de lance muy popular*. Julio Casares, entre varias acepciones, propone una definición más escéptica: *Huella o indicio que deja una cosa*. Una comedia de don Leandro Fernández de Moratín, gran amigo de Goya, lleva por título *El Rastro por las mañanas* (puesto que es un mercado matutino y dominical) lo que indica que ya era conocido y frecuentado en el siglo XVIII. En la actualidad ha crecido y tiene una tendencia peligrosa a vender calzado y ropa. En la época de Goya y Moratín se dedicaba, sobre todo, a antigüedades (*La feria de Madrid*, nº 779 del catálogo del El Prado) con *vasijas de cobre, latón y peltre, una cómoda, un retrato, ropas usadas...* El cartón titulado *El cacharrero* (nº 780) muestra *un puesto de loza de Alcora*. Yo, que hace varios años frecuentaba el Rastro los domingos por la mañana y hasta algún sábado (día hoy suprimido de las ventas), compraba bastantes jarras y fuentes y algunas *chinoiseries*, y pocos libros. En la actualidad el Rastro ha sido en buena parte absorbido (y hasta absorto) por la ropa y el calzado; y en ese aspecto se acerca al mercadillo de los domingos en el Norte de Madrid, en el barrio de Tetuán, que concluye en frutería y verdulería, con lo que desaparece gran parte de su encanto.

Creo que no habría capital en Europa que no tenga su *rastró* en el sentido propio. En mis largos años de París acostumbraba a tomar el Metro en St. Michel y apechugar el largo viaje hasta *Porte de Clignancourt*, al llamado *Marché aux Puces*, pero yo nunca vi ninguna. Aunque dominaba el comercio de lance más vulgar, había una doble calle dedicada a antigüedades, cuadros y libros, porcelanas y cerámicas, así como montones informes de estampas, esculturas y otras frivolidades. Además de este mercado dominical había, una vez al año, en el barrio de *Nation*; una feria apasionante, junto al canal afluente del Sena; y allí, al pie del aparatoso monumento que da nombre al lugar, se establecía una multitud de casetas y puestos, con antigüedades de mayor valor, francesas, inglesas (lozas de Weedgwood, porcelanas de Sevres, ediciones raras... con el sordo acompañamiento del Metro subterráneo y los mástiles de los bar-

quichuelos que afrontaban infinitas esclusas hasta avizorar el Norte (pero París entero es una enorme feria de antigüedades).

Los domingos, Londres gozaba de dos ferias donde encontrabas deliciosas ediciones de bolsillo del setecientos y jarrones chinos o pequeñas porcelanas grotescas de la época romántica. La feria se extendía a lo largo de una calle llena de italianas que daban grititos de satisfacción (*Guarda, ché bellezza!*) y partían luego a su península, donde vendían los libros en aquella *loggia* del centro de Milán, aunque el enorme mercado de vejeces y calcetines está en el Trastévere de Roma. Venden incluso ataúdes, negros y dorados, mientras los voceros de billetes para rifas te agarraban de la manga, hasta ver si picabas. También van dominando allá saldos de zapatería y camisería, y no encuentras un Raffaello o Miguelángelo, pero algo sale: compré lo que creí que era un reloj y que servía para transportar disimuladamente el Santísimo a los enfermos.

Los holandeses son ordenados y limpios. Al borde de uno de los innumerables canales de Amsterdam (junto a la casa que habitó Rembrandt hasta la muerte de Saskia) hay un mercado de ropa vieja, pero limpísima (estamos en Holanda) y de algunas curiosidades venidas de la Indias remotas. Tengo una cabeza (o mascarón) de Indias con aureola de plumas y varios objetos de escritorio de cobre, bien dorado. Los mercaderes te dejan revolver sin inmutarse, no hay regateos porque ¡todo es tan barato...! En cambio no hay libros ni papeles, en un país cartográfico como éste: todos están en un pasadizo que lleva, desde uno de los canales mayores, a la Universidad, mientras suenan graves las campanadas de las maravillosas torres recamadas y, al nivel inferior, entre las iglesias, vemos ventanas abiertas (como cuadros de escuela del país), donde las putas más aseadas se arreglan las uñas o leen una novela de la pasada ocupación germana, sin quitar ojo a los escasos viandantes, que acaso pueden convertirse en clientes y entrar a tomar un té. En Bruselas están más organizadas; y todo un barrio, señoreado por iglesias de Rubens, está lleno de bares con una sola camarera para un solo cliente, que se toma gravemente su cerveza, sin necesidad de pasar a mayores.

En Roma hay callejuelas llenas de anticuarios y constructores de muebles antiguos (de anteayer) cerca de la Piazza Navona, radiante de Berninis. Pero son piezas de museos, al menos por su precio. Por

lo demás, cada iglesia de esta ciudad santa expone a la piedad o a la curiosidad de los visitantes tales y tan enormes maravillas que ya tiene uno sus manías: entrar en cualquiera de las grandes iglesias del barrio antiguo, antes de que las cierren a mediodía hasta después de la siesta. Los adolescentes sostienen las tortugas cerca del palacete donde se marchitó la flor de la nobleza romana, mientras zurean las palomas y se estiran los gatos entre las ruinas. Hay grandes bibliotecas (he tenido el honor de trabajar en ellas) pero yo no sé si los romanos *popolanos* leen mucho. Están rodeados de belleza por todas direcciones, del orto al ocaso. Se saben de memoria las arias de las óperas, para cantarlas mientras trabajan en la grieta de un pórtico o en la cúpula de la iglesia vecina, bella como un seno que respira. ¿Leer? No hay muchas librerías, aunque sí buenos encuadernadores. El libro no es tan hermoso como la fachada de la iglesia vecina, y ésta se nos brinda con tan gratuita generosidad...! pero no quiero pasar por inculto: he trabajado en las iglesias diocesanas y en el Palacio de Venecia, y he leído los versos del Emperador Adriano en la enorme cava del Panteón.

EL MADRID DE LOS CINCUENTA

Terminada la carrera de Derecho en la Facultad de Zaragoza con un éxito apreciable -una lluvia de Matrículas de Honor, semejante a los fenómenos estelares, me hacía presagiar un monte lleno de orégano florecido- me animó a probar fortuna en Madrid, donde se convocaban oposiciones a Notarías. Nunca me he aburrido con más paciente entusiasmo como en una de las academias donde se preparaban los candidatos a soportar las preguntas insidiosas de un tribunal, medio jurídico, medio matemático; pues me di cuenta nada más ingresar en una de las muchas que admitían postulantes para el Notariado, a base de unos crueles ejercicios de memoria que, a modo de teléfono, te marcaban un número al que debías responder sin vacilaciones, para adquirir la autoridad suficiente para dirimir las cuestiones que el infelice público se preparaba a responder a una lluvia de cifras y datos dignos de una Inquisición. Si aludo a esta mediocre época de mi juventud no es para lamentar mi no tan esperado fracaso (dada mi costumbre de pagar con Matrículas de Honor los gastos de la Universidad), que lo mismo pudo ser esperado o inesperado, y fatalmente se quedó en lo segundo, ante la concurrencia de tantos párvulos que conocían las leyes mejor que un fraile los salmos. Con ese entrenamiento, logré el éxito en las segundas oposiciones de mayor modestia al no pasar de funcionario ministerial, lo que logré, confieso, sin mayores disgustos y con el número dos de los admitidos a penetrar en la frondosa selva de los subalternos, plantada en la Plaza de España, con el tremebundo monumento a Coullaut Valera, quiero decir a Cervantes, buen maestro en fracasos estudiantiles cuando no hay Lepantos ni Moros a mano, como los que ganó el pobre home-najeado por ese terrible memorial, del que Hidalgo y escudero tratan de evadirse para correr mejores aventuras.

Entre una cosa y otra, quiero decir la preparación, los cursos de confesionario laico, y el relativo éxito de salir de Oficial 1º de una oficina de la susodicha Plaza, tuve que buscar alojamiento. Como los nauseabundos ejercicios de memoria se celebraban detrás de la Casa de Correos, entre el triunfo de la diosa Cibeles y la Puerta del Alcalá por donde solían penetrar en la Corte los pretendientes (ahora sólo penetran los borregos o corderillas y una vez al año, en que no sé si por honra o por escarnio, se les obliga a trasponer esa puerta, para cambiar unos pastos por otros, a la llegada de la pri-

mavera) busqué, cordero al fin, un lugar de alojamiento barato y cercano a la nueva sala donde habían de desollarme, sin más explicaciones ni que contara mis pasadas Matrículas, para más honor que el haberme ahorrado el costo de un hotel o pensión de lujo: pero no hallé nada mejor que una buhardilla de la calle del León; esa fiera no le daba anchura ni majestad y mi alojamiento era el más pobre de un barrio donde triunfaba el Ateneo, lugar caliente con libros gratis, aunque con cierta manía de sospechar que los lectores se los llevaban, a cuya destartada biblioteca acudía a estudiar para no pasar frío en mi buhardilla de *La Bobeme: Vivo solo, soletto...* podía yo decir, tras subir el centenar de peldaños. Por fortuna quedaba un cuarto más accesible en la calle del Prado, casa de inventos alemanes, que iba derivando, como todo en el callejón, hacia el anticuario (donde, por cierto, compré unos Goyas despatriados de *Los Caprichos*). La casa nueva (para mí) tenía cierta solemnidad; pero como los cuartos eran demasiado amplios para su alquiler, los habían subdividido con tabiques de papel hechos de hojas de *La esfera*, cuyas imágenes novecentistas no protegían de las conversaciones, ni aun de los suspiros fisiológicos de los vecinos. Abajo había un famoso billar... y nada más. En el semi-cuarto vecino se alojó un viejo amigo zaragozano; pero la comida dejaba tanto que desear que cambié de casa y me fui junto a la Ópera (que entonces no funcionaba como tal) a una pensión digna de Baroja, con muchos cuartuchos y escasas sábanas, pues para lograr que las mudasen había que rasgarlas distraídamente. Del cuarto, de dos camas, donde me alojaba con Juan I. Murcia (que estaba de Secretario Musical del Padre Otaño, en el palacete de la esquina de la calle del Pez) se pasaba a otro donde dormían el pintor Molina y un primo suyo. Cuando Murcia y yo, cansados de romper sábanas y de no comer (íbamos a la Casa de Campo a buscar algarrobas), nos mudamos al ambiente misceláneo de otra pensión. Allí dejó J. Ignacio una querindonga que disfrutaba de un cuarto vecino, donde sólo cabía la cama saltando desde la puerta. El resto de huéspedes eran de la misma talla. En las comidas, muy escasas, las tortillas (el plato fuerte) se componían de un montecillo de patatas aplastadas, apenas teñidas por transparente cubierta amarilla. De un huevo sacaban *cubiertas* para una decena de huéspedes y el resto de estos eran *extras de cine* y de ellas, entre cómicas y fulanas, pero todos se llevaban bien, pese al hambre.

La mayor ventaja de aquel alojamiento residía en la nobleza de su fachada, que no era de papel de periódico como las anteriores y cierta prosapia de anticuarios y libreros, gracias a los cuales, cuando llegó mi traslado a París para llevar unos *Caprichos* de Goya (auténticos, claro) para regalos de boda de los amigos. Pero al desembarazarme de mis libros, que no podía transportar en aquel tren de la *Gare d'Austerlitz* que terminaba su interminable carrera (entre viajeros labradores, temporeros de bocadillo de chorizo y bota de tinto) en el más *Belle Époque* restaurante de la capital de las elegancias, tuve que cederlos a vil precio a uno de esos libreros de portal. Pero antes de expatriarme tuve ocasión de conocer dos hospedajes madrileños: uno, el vecino a la Ópera (que en la era franquista servía, cuando más, de sala de conciertos irregulares) y otro, tras del convento de la calle del Pez (lindante con el diario *Informaciones*) cuyo enorme torreón que cubría una cúpula de las mejores del lugar, era mi paisaje para repasar, no ropa, sino libros de retahílas de artículos de leyes. Allí me instalé con J.I. Murcia, convertido a la sazón en escudero o paje del Padre Otaño, director del Conservatorio vecino. La calle de la Madera, además del torreón de las monjas, tenía las voces de alguna fulana y las trastiendas de tiendas de joyas y ropas. La comida era escasa; pero gustábamos de estudiar en un salón con balcones a la calle, y de acudir, rara vez, y con previa *instancia* a una bañera de mármol blanco, estilo *imperio*, erguida en un pedestal, que daba al *bañista* aires de difunto griego.

Y difunto hubo y apareció su viuda, suplantando a la que hasta aquella triste ocasión, tomábamos por la esposa del difunto; y como además había teléfono junto al comedor, acaparado a toda hora por un estudiante enamorado del artillugio, juzgamos oportuno acercarnos a Isabel II que, desde la plazuela de su monumento (con honda entrada al Metro) presidía el barrio de Palacio, desde cuya plaza Felipe IV hacía cabriolas en medio del cortejo de reyes más antiguos. Ganamos en monumento, y hasta en el empaque, de la anterior casa que nos alojaba; pero no en alimentación ni en limpieza. De allí salí para pasar mis oposiciones de burócrata, que me salieron mejor que las de Notarías. Y tras una breve estancia en la calle Fernando el Católico (donde a la sazón vivía mi familia) tomé el tren de París, que era largo y crujiente, hasta apearme junto a la *Salpêtrière*, como una fiera más del vecino zoológico, con rótulos en griego para mayor claridad.

LA REINA ENAMORADA

No hay mal que por bien no venga reza un viejo y repetido refrán español que cada cual puede interpretar a su guisa, aunque no es de precepto. Cada cual puede leerlo o no leerlo o, incluso, en esta época nuestra tan ignorante del pasado, ignorarlo. Los refranes viejos y garantizados, de origen incierto, cuentan, por lo menos, con doble lectura, y cuando, por ejemplo, los cacarea Sancho Panza, no tienen la intención de cuando los musita Don Quijote, porque se los sopla *Deus ex Machina*, Miguel de Cervantes. Quien no había pisado la *City* de Londres, pero estaba enterado del viaje y subsiguiente matrimonio del rey Don Felipe (pese a ser El Prudente) con la reina Doña María Tudor, hija del protestante Enrique VIII y nieta de Isabel la Católica; y como escribe muy bien Carlos Seco Serrano (cf. su artículo *Las mujeres de Felipe II*), María I de Inglaterra *no aspiraba a un enlace de amor, contaba ya 37 años, mientras el Príncipe frisaba los 26; pero para desgracia suya se enamoró rendidamente de su prometido apenas le llegó su retrato*. Siempre he sospechado que el espléndido cuadro de Tiziano *Venus y Adonis* (422 del catálogo del Prado) es una alusión a esas nupcias y a ese amor, mal correspondido: la Venus representa a la reina de Inglaterra, aunque su desnudez no se avenga con el retrato (2108 del Prado) pintado por Antonio Moro, fechado en 1554, en donde la solterona católica muestra con orgullo reprimido la *rosa de los Tudor*, emblema dinástico, pero también aquí de amor matrimonial, la mejor joya de la vetusta novia, dejando olvidadas en su pecho las dos joyas reales: el *Estanque* y la *Peregrina*... ¿Es posible que esta dama vieja y tan excesivamente revestida que no enseña más que cara y manos sea la Venus del cuadro de Tiziano, cuyo Adonis es, creo que sin duda, la figura del joven novio español, Felipe II? todo es posible, tratándose de un encargo expreso del joven Felipe, que esperó inútilmente recibir el cuadro, ya que el pintor le había prometido el envío junto con el siguiente, *Danae recibiendo la lluvia de oro* (hoy n° 425 del catálogo del Prado) en donde la protagonista, Danae (¿o María Tudor?) se desentiende de la lluvia de oro que Júpiter le envía, en explosivo chaparrón de riquezas de ambos mundos, para cubrirse el sexo con la mano izquierda y reservar la deliciosa diestra para acariciar, con los largos dedos, el pelaje de un perrito dormido, acostumbrado al lema de fidelidad conyugal.

En el artículo de Seco Serrano de donde he partido con esta divagación, ya que por primera vez leo la afirmación de que *María Tudor para desgracia suya se enamoró rendidamente de su prometido esposo apenas le llegó su retrato*, sacamos la conclusión de que el novio, gallardo y bien parecido (cf. el n° 411 del Museo del Prado) sin mitologías, vestido a la moda militar de la época, no hubo tiempo de que se pintara en Milán y (leemos en el nuevo catálogo del Prado de 1996) *se pintó en Augsburgo entre noviembre de 1550 y marzo de 1551*. Ese retrato, soberbio, milagrosamente vivo y majestuoso, gallardo y natural, no acabó de gustar al modelo, que juzgó que estaba hecho *de prisa* y que incluso pensó en hacerlo repetir al pintor, ya que *si hubiese más tiempo, yo se lo hiciera tornar a hacer*; pero ya en el siglo XVI andaban con las prisas que atormentan todavía a los novios (y novias...) de cuatro siglos después cuando acuden a perpetuarse en el taller de un pintor e incluso -y es más frecuente- cuando se apoyan en la infalibilidad de la fotografía. Felipe hace ese comentario crítico a uno de los mejores retratos que hizo Tiziano, siendo casi todos excelentes; y, siendo Antonio Moro un soberbio retratista (ver el n° 2118 del catálogo del Prado, y su cabeza de Felipe, que el catálogo califica de *retrato juvenil, Estudio para los cuadros de El Escorial y de Viena*) carece de gallardía y atractivo del de Tiziano.

Era el *veneciano* (nato en Cadore, hacia 1485) creador de un tipo de gallardía viril y juvenil, hasta en los viejos, que nadie (ni Velázquez, ni Tintoretto, ni Veronés, ni Andrea del Sarto...) ha sabido superar. El *Autorretrato* del Prado (n° 407) es sereno y pensativo, con la mirada perdida en este mismo cuadro que está *inventando*, pincel en mano pero sin usarlo, con la mirada perdida en alguien fuera del lienzo usando del espejo con tal sutileza que no se acaba de saber cómo se vio para pintarse. Todos sus retratos varoniles del Museo del Prado tienen esa calidad insuperable y una combinación equilibradísima entre el parecido y la majestad; partiendo de los dos de Carlos V, el apoteósico de la batalla de Mühlberg (n° 410) y el sereno y tan ajeno de triunfos bélicos u oficiales, con su perro *Sampere* (otro retrato insuperable, 409), apreciamos la gallardía amable de *Federico Gonzaga, Duque de Mantua* (408) simpático sin perder la majestad, luciendo a la vez su amabilidad al acariciar al perrito de lanas y su gallardía y elegancia de alto caballero; el meditabundo *Caballero del reloj* (412),

de gesto pensativo, con la Cruz (¿de Malta?) bordada en el pecho y la mano izquierda posada en un relojito, emblema del tiempo que no para; el llamado *Hombre del cuello de armiño* (413) cuya edad, de 37 años acentúa el aspecto de alguien poseedor de la eternidad de los muertos; en una esfera grandilocuente, el *Marqués del Vasto*, Don Alonso de Pescara (417), enviado por Carlos V como embajador especial al dux Pietro Lando, con su altura majestuosa, acentuada por el tablado donde está erguido, espada en ristre, en un discurso a sus tropas, gallardas al nivel inferior que les corresponde, acompañado de su paje que tiene su casco, composición con argumento, que nos hace preguntar el sentido exacto de la arenga; el maravilloso paisaje con organista, ante una Venus que mira tiernamente a su hijo Cupido, sosamente titulado *Venus recreándose con la música* (420) tema a la vez sereno y erótico como una endecha musical, con la vista del músico que se aparta del teclado donde se posan sus dedos para fijarse en la indolentemente majestuosa diosa desnuda, cartel de sumisión del hombre a la mujer (hay varios ejemplares, tema agradecido que se exalta en el suntuoso ejemplar de Nueva York); más pruebas de sometimiento, en el *Adán y Eva* (429), con el casi desfallecido Adán, que apoya la mano en el seno de Eva, ejemplar típico del ticianesco madurar de las jovencitas venecianas, como ésta, que alarga el brazo izquierdo para coger la fruta que un amorcillo le brinda desde la ramas.

Quedan las imágenes de Cristo, vivo, muerto y resucitado, especialmente conmovedoras en los dos números 438 y 439, *Cristo y el Cireneo* de sentimiento sincero y compasivo y de armonía rítmica insuperable y los dos *Entierro de Cristo* (440 y 441) como sólo Tiziano sabe presentarlos, en un aire de piedad y de gloria; y un fragmento de la *Aparición de Cristo resucitado a la Magdalena* (442), del que sólo queda el busto del Salvador, aparecido con capa de labriego; una nota del catálogo del museo aclara que el cuadro fue recortado por el Mudo, por deseo de Felipe II (?). Y queda todavía un gran lienzo: *Felipe II ofreciendo al Cielo a su hijo Fernando, después de la victoria de Lepanto* (431)... Y, en efecto, el Cielo aceptó la ofrenda... Sobre este lienzo genial, con la hilera de columnas en un ritmo vertical, totalmente vencido por la diagonal de las personas reales y el extraordinario ángel que se abate con su palma. Pero la crítica lo suele pasar de puntillas, ignoro por qué, para mí es una de las más geniales pinturas de Tiziano.



LAS BIBLIOTECAS DE ARTE

En mi colegio de primera enseñanza el libro de lectura dilecto para los Hermanos Maristas era *El Quijote*, es decir, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, según el título que siempre me resulta sospechoso, sin un mal prelude para poner al lector al diapasón. Es evidente la intención de su autor, Miguel de Cervantes Saavedra, de sumir al lector en una confusión de historias, para que elija la que mejor le estuviere y esta propuesta confusión le permite cambios y trueques de las variadas que se le antojan, de muy diversas calañas. Ya el hecho de trocar el apellido del protagonista, don Alonso Quijano, el Bueno, por el despectivamente gracioso de Don Quijote de la Mancha, sitúa al lector en una curiosa ambigüedad, dejándole en la doble situación de ser personaje de libro (y, por tanto, de invención) y héroe presuntuoso de una inventada ficción. El héroe de la historia es, a la vez ridículo y elegante, severo cuando al autor no se le antoja hacerlo gracioso de comedia, en contrapuesto de una aguda tristeza. Es a la vez triston y divertido, juicioso y aventurero, esforzado y ridículo, sin caer jamás en vulgaridades y declamaciones, sin ofrecernos la certeza de ser sabio o necio, conmovedor o grotesco. Se trata de la más melancólica historia jamás inventada, disfrazada de comedia; y, a imitación de los Libros de Caballerías, brinda una doble lectura, entre la risa y el llanto. Su talante es, simultáneamente, grave, triste y hasta pesimista. Y su permanente juego de sorpresas deja al lector en la inquietud de no saber quiénes son los personajes a la vez graciosos y melancólicos. Incluso su valentía, que parece severa y hasta ruda, se entrevera de gracias y hasta chirigotas. Paradoja viviente, Don Quijote es, a la vez, heroico y escrupuloso, desafiante y cauto. Esa variada lección se advierte en las diferencias que podemos observar en un mismo personaje, hasta no dejarnos saber si es un necio gárrulo y aventado o casi perfecto caballero. Es verdad que esas contradicciones no son específicas de nuestro hidalgo, que hasta en su hidalguía desliza una gárrula indecisión y jamás nos deja saber si es un obtuso lector de novelones o un erudito historiador de sus mejores semejantes. En resumen, nos deja indecisos, entre llorar o reír, con esa risa inesperada que se humedece de compasión y lágrimas, y que mata o cree matar cuando está en plena comedia y hace el ridículo con sus hazañas que, no por ello dejan de ser heroicas. Por fin no acabamos de saber si es un héroe o un títere, dándose la paradoja de que las

más de las veces es más serio el escudero, quien lleva la fama de grotesco y disipado. Confieso poseer varios *quijotes*, pues tan sabroso es su genio que no nos basta con un cuento. El autor lo condena a veces a falsas heroicidades, con luchas de carneros y bromas de inquisidores, de cuya severa melancolía parece no percatarse el propio autor. La trama del libro sería embrollada si no la salvase un genio de paradoja, que dignifica a los (sólo aparentes) necios y que cubre de estupidez a los cortesanos y hasta a sus duques, haciendo tontos a quienes, como el caballero campestre don Antonio, creen estar en posesión de la verdad, y convirtiendo en Triste Figura al obeso caballerete seductor (y para conclusión, víctima) de la labradora que (milagrosa limpieza) se remanga los calzones para enseñar las pantorrillas.

Los que buscan título a este libro no saben si va en serio o gasta broma. Tiene el milagro de la eterna juventud y no sabemos si el adjetivo *ingenioso* lo coloca Cervantes en la portada para presumir de su propio ingenio, dejando en confuso montón a los casi innumerables personajes de segundo orden y no por eso menos ingeniosos. Al escritor le seducen las paradojas; convierte a las moriscas en monjas; a los estafadores los hace caballeros; hace caer en el más penoso de los ridículos al estudiante salmantino que presume de audaz y victorioso; convierte a Altisidora en una dama a la moda; alude sin respeto a las enfermizas piernas de la Duquesa; presenta a su marido, el Duque, como el personaje más estúpido del cuento, y salva del ridículo a seres cuya ridiculez va muy en serio, tales como Cardenio, Luscinda, el Cautivo, el Cura y hasta el Barbero dando papel de hada a la pastora que no quiere casar y de mariposas a las cursilonas baturras que juegan a señoras.

Cervantes, que viste casi de bélica marioneta al soldado con pujos de Flandes, y que hace a Altisidora un hada de opereta, anda con cuidado con quienes son modestos si aliñados, como el Caballero del Verde Gabán o el bandolero Roque Guinart, justiciero a su modo. La inocencia de don Quijote resulta deliciosa junto a las pretensiones de caballeros y de escuderos. Trata con miramientos de señoras a las fulanas de la primera Venta y considera con respeto a la criada de la Venta, que parece señora junto a los arrumacos de dueñas y damas. Como tontaina, creo que el Duque se lleva la palma; como discreta y hermosa, su mujer. Como necios a todos los fantasmones y doctores que no engañan a Sancho. Como rústica

con seso a la familia de los Panza (Sancho, Sanchica y sus padres). Como pedantón al Bachiller Carrasco. Como divertido en su nadería, al caballero don Antonio y sus cabezas parlantes, como corre-caminos a los fantasmones del entierro, a los buenos transportistas de santos aragoneses, al ocurrente canónigo, al impertinente presbítero...

Pero todo se acaba, hasta el ético don Quijote, llorado por el ama y la sobrina en su lecho de enfermo bien tenido, como pícaro ingenioso si es de Pasamonte. Es curioso que todos tienen su carácter y hasta su fisonomía, a excepción de algunos (as) que se pasan de listos, como la hermosa corsaria de Barcelona.

He llamado a estas maltrabadas líneas con el pomposo nombre *Las Bibliotecas del Arte*, en cuyo ramo era experto el Ingenioso Hidalgo y apenas le van en zaga el Ingenioso Cura del pueblo y fachendoso Barbero... Cosa rara: apenas hay pretensión ni cursilería si no hubieran de inventarse (de no existir) el Rico Basilio, los pedantillos arqueólogos de la Cueva de Montesinos y, evidentemente, el llamado por mal Ginesillo de Parapilla. Todos ellos podían jugar su papel con discreción, hasta la Corsaria catalana, cuchillo al cinto... Observará el curioso lector de estos renglones que cuanto más humildes son los personajes más lucen su garbo y alegría, aunque sean peregrinos de Flandes; y que la monja más devota no es la señorita Luscinda, sino la humilde esposa del Morisco convertido. Es curioso lo poco aficionado a ir a Misa que parece ser don Quijote, un furioso *caballero cristiano*.

CIRLOT O CASI SIR LOTH

En los primeros años de franquismo que sucedieron a la guerra civil 1936-39 hubo casos de obligación, más que de conciencia, en que se impuso repetir el servicio militar (que entonces, y digamos que por otras razones, era obligatoriamente forzoso e incluso repetitivo) en especial si se había cumplido en la zona republicana, cuya validez era sospechosa y hasta merecedora de más larga y renovada duración. Para asegurar el patriotismo oficial, lejos de todo separatismo incalificable (y pensar que hoy sólo cumplen esos servicios aquéllos que sienten una vocación castrense, ineludible como una vocación religiosa...) se aconsejaba imponer una nueva edición del servicio militar a quienes lo había creído cumplir en una zona heterodoxa, cuyos méritos supuestos merecían una justiciera compensación a los errores cometidos a la fuerza. De este modo, un servicio militar cumplido fuera de la zona llamada *nacional* imponía una patriótica compensación y quienes, por múltiples y casi siempre forzadas razones, habían jurado fidelidad a las banderas heréticas quedaban constreñidos a redimir los errores cometidos (aunque inocentemente) con esos compromisos y, no sin asombro, se veían forzados a cumplir un nuevo servicio militar que los redimiera de sus acaso forzadas culpas, a manera de conversos por razón o sin ella. Esta anómala situación distribuía nuevos servicios militares, incluso a quienes se creían ya libres de ellos, y explica que un gallardo mozo catalán limpiase sus heréticos errores por una conducta ejemplarmente hispánica, que le alcanzase al título, más que zarzuelero, de *soldadito español*. Esa fue la sinrazón de que un catalán de intraducible apellido cataláunico, se asimilase a las restantes tropas errabundas de los que ignoraban su patria. Quizá por cierto sentido de la relatividad irónica parecía normal que cierto mozo, inusitadamente, cultivado en artes y letras, se llamase oficialmente Juan Eduardo Cirlot, que además de ser su apellido real, disponía de una pronunciación ambigua, que hacía que uno de sus amigos (que por cierto era pintor y se llamaba Bernat Sant Joan, o Bernardo San Juan, según la moda del momento) le llamase, a su vez, no Cirlot, sino Sirlot, lo que lo convertía en personaje de Sir Walter Scott (o don Gualterio el Escocés) con gran divertimento del así nombrado, ennoblecido a Sir sin comerlo ni beberlo. Cirlot tuvo la suerte de que en su forzosa y transitoria patria aragonesa, a nadie se le ocu-

rriera que Sir (o Sire) tuviese peso nobiliario pese a lo catalán de su apellido.

Así, pues, conocí a Cirlot en la Zaragoza de la posguerra. Era persona amable, de fácil lección y amplia experiencia literaria. Su cultura era tan amplia y varia como la de un enciclopedista. Pronunciaba muy bien, con un correcto idioma castellano (nunca le oí hablar catalán) y sus obras escritas eran de irreprochable calidad. Tenía cierto aspecto británico, lo que se notó mejor cuando regresó, por fin, a Barcelona. Hablaba con elegancia y sin rebuscamiento. Era un gran lector y un excelente escritor. Yo apreciaba su elegante arqueologismo, que no afectaba en absoluto a su estilo, aunque a veces mostrase cierta afición a lo arqueológico verbal. Recientemente ha sido descubierto por los escritores valencianos, y lleva camino de convertirse en un escritor famoso, hasta después de su muerte. Poseía una gran riqueza coloquial y un casi austero sentido del humor. En Zaragoza se hizo pronto conocido, en aquel grupo de aficionados, a un género leve, pero deslumbrante, en sus paradojas. En su breve estancia en la ciudad aragonesa (siempre muy cuidadosa en estilo) destacó por su curiosa mezcla de seriedad y de ironía. Fue uno de los pocos auténticos aficionados a la literatura como vehículo mental. En torno a la librería de otro escritor, Tomás Seral y Casas, se juntaban unos cuantos conocedores del idioma, editores, poetas, dibujantes, aficionados al uso natural y cotidiano de los versos de Arte Mayor. Su sentido del humor penetraba los temas más severos. La familia Buñuel era muy característica de este arte de acrósticos y fogonazos poéticos, o de maestuosos y sorprendentes poemas de Arte Mayor.

A su regreso a Barcelona trabajó en una importante editorial y librería del Paseo de Gracia; y allí editó algunos de sus grandes poemas agoreros y agónicos, con ese tono mayor profético, que se mezclaba naturalmente con la expresión trivial o ritual. Nunda dudé de que era un gran escritor en lengua castellana y he tenido el honor de iluminar algunos de sus poemas proféticos. Su condición de castellano parlante, de inagotable imaginación lírica, pudo obstaculizar una carrera que se bastaba a sí misma y que no necesitaba del apoyo catalán, como los más escritores de la justamente llamada Ciudad Condal, no por sus condes históricos (que Dios haya), sino por la majestuosa aristocracia de su verbo. Poseía una desconcertante paridad entre el humor y el drama. Siempre despierto bajo su

antifaz de sueños, Camón Aznar percibió pronto su curiosa filosofía y le encargó un precioso artículo sobre armas cruzadas (que coleccionaba) publicado en la revista *Goya* que, por cierto, fue y será bien leída tras la muerte de su autor.

La brillantez de ambos escritores se apoyaba en un paradójico sentido de la metáfora. Tuve la suerte de recibir poemas (desde los de Arte Mayor a las letrillas medievales) siempre provistos de un estro profético nada común. Por lo demás, todos éramos poetas o pintores en aquella Barcelona *de gusto y belleza únicas*. De la máquina de escribir de Cirlot acudían grandes poemas o pintorescas letrillas; tengo el honor de haber sido receptor de unos y otras, sin merecerlo. La cuaderna vía se trenzaba con las cartas mayores dentro de un exquisito sentido de la composición. No tuvo en su contra más que su absoluta dedicación a la lengua castellana, licenciada en momentos en que parecía virtualmente pospuesta.

En la crítica y la alegría del arte de la pintura y del dibujo, este grande y ampuloso rimador tenía un sentido estricto, pero amplio, y puede contar entre los proféticos de las formas bellas. Sus libros son o poemas o tratados enjundiosos. Tuvo amigos exentos, como Ramón Eugenio de Goicoechea autor de estéticos dibujos, en los que le secundé alguna vez. Sus cantos de la vida muerta resuenan todavía eternamente. Fue asimismo creador material en sus dos hijas, que heredaron su magma. Me parece contemplar todavía su cabeza, ligeramente hexagonal, con el único cabello cuidadosamente peinado en el orbe poético, los ojos brillantes bajo la frente levemente cónica, su afán de paradoja y de sorpresa, su megalomaniaco desdén por la fácil vulgaridad y su pavoroso aguante ante una muerte siempre a la espera, su paradójico amor por sus dos hijas, verdes ángeles en la tierra verde, su milagrosa virtud de resucitar ante gentes que jamás le han visto. En fin, su milagrosa virtud de inventar sin traicionar, en un cortejo de ninfas filarmónicas que jamás le abandonarán en el prisma purísimo de su perpetua fe en la eternidad: *Sir Loth* de los gaélicos. *Animula*, *Blándula*, *Vágula* de tan imperial como inmaterial inventiva adriana, mina profunda de una Fe divina, siempre recitando en silencio la verdad de la Fe: gran poema romano.

ISABEL DE PAPEL

Isabel era la mayor de mis hermanos. Nació aproximadamente, con el siglo, pero llevaba dentro del pecho una linternita que la alumbró hasta el último instante de una larga vida con una larguísima sonrisa. Estudiaba Magisterio y salía de casa, en la Calle Mayor de Zaragoza (el *Decumanus* de los romanos fundadores) barrida por los helados vientos del amanecer, andando aprisa para conserva el calor de la vida que el Ebro y el Moncayo le discutían; como parapeto, se defendía de los helados cierzos de las ocho con un diario desplegado, disimulado bajo el traje y el abrigo, que crujía cada vez que replicaba animosa al fragor helado de la aurora. *Isabel, de papel* la llamaba yo, que estaba en el secreto de esa coraza diaria, de que se despojaba disimuladamente al llegar a la Escuela de Artes y Oficios Artísticos, en donde cursaba el Magisterio. En esa coraza todavía quedaban las menudas noticias ciudadanas y las coplas de *Mefisto*, que era el humorista del *Heraldo*. Pocas coplillas han sido transportadas con tanto cuidado, hasta que el sol del mediodía las hacía superfluas bajo el calorcillo estético del ángel guardián de los umbrales. Ella, con sus amigas y alguna maestra (doña Vicenta, la más erudita, desde el *Quijote* hasta el *Corte y Confección*) se amoldaba a la atmósfera rubia de los Porches del Paseo, que disparaban sus heladas flechas en cada bocacalle; pero siempre anduvo con brío (incluso despojada de su coraza, con guerras y festejos y alguna charada o acertijo, que estaban muy de moda) y simulando no percatarse de las miradas que, tras los escaparates del *Café de las Cuatro Naciones* (otros, más grandiosos, lo llamaban *Café del Universo*), le echaban, como un piropo, los viejos nostálgicos de alguna tertulia de *Café con Media*, que habían de resistir hasta la guerra civil. Allí quedaba un sitio que, años después, ocuparía el profesor Camón Aznar, durante su exilio en la ciudad natal.

Por la misma Calle Mayor (Cardo o Decumano, que nunca se aclaró) amanecía la segunda hermana, María o Maruja (como se decía entonces) con el violín bajo el brazo, musicante más que pedagoga. Venía de las clases de don Teodoro Ballo, músico hermano de canónigo pilarista, cuya coraza pectoral no eran diarios, sino partituras, en especial una a la que maestro y discípula parecían condenados: *En la Alhambra*, de Jesús de Monasterio. En aquella morada musical, también Isabel tañía su instrumento, un viejo clavicordio en

forma de mesa, donde el *Vals de las Olas* sonaba tímidamente, como para no despertar un bonito cromo oleaginoso con *La muerte de Pierrot*, que me gustaba tanto por su melancolía como los cueros repujados y los apoyabrazos terminados en bolas estriadas de los sillones de respeto. Yo mientras tanto, desafinaba con una desafinada y mal llamada *armónica*... Pero mis mayores éxitos vendrían en el coro del Colegio, donde me agraciaron con el papel de *solista soprano* de las misas mayores de la barroca iglesia de San Carlos Borromeo, junto al resoplar del viejo órgano, al tañer del hermano Basilio, que pedaleaba, entre querube y deportista, para acompañar mis sacras endechas atipladas.

Pero ya había demostrado antes, en el paseo que corría entre la Huerta de Santa Engracia (martirizada por los romanos) y el río Huerva, mi entusiasmo por las Bellas Artes. A la edad de tres o cuatro años tuve la emoción de enfrentarme con una cámara fotográfica (a la sazón calificada de *máquina de retratar*) manejada por un admirador, no mío, sino de mi hermana mayor, a la salida de los cursos de Magisterio del colegio vecino, por amabilidad de un pretendiente que trataba de agradarla. En esas paradojas de la memoria, podría hoy reconstruir todavía escenario y actores (yo, de amarillo, como correspondía a mi tierna edad; ella, de gris acero con guantes de lo mismo) junto a los altos chopos del río Huerva y a los ornatos mudéjares de la iglesia de San Miguel, cuya puerta coronaba un *Triunfo de San Miguel* alanceando a un retorcido demonio que (según los maldicientes) era el vivo retrato de un doctor de la ciudad. Pero no fue ésta mi única intervención en el arte que entonces calificaban de Séptimo. Llegó otra, posterior, puesto que estoy leyendo (o haciendo que leo) un libro en el balcón de mi segunda morada, Calle de (los) Argensola, muy propio de niño consciente. Y, meses más tarde, otra en que paseo con mi dos hermanas (esta vez de marinerito) por la avenida central del recién estrenado Parque de Torrero, lugar adonde solían terminar su eternidad los monumentos deshauciados de otros lugares. Allí volvía a encontrar a la estatua del barbado Neptuno, antañón conocido de mis paseos a la ribera, en los jueves escolares, a las *Balsas del Ebro Viejo* (que aún había envejecido, pero con coquetería). Según constumbre de mi ciudad, el dioscecillo pagano fue reemplazado por un angélico castillo almenado en honor de *los Mártires de la Religión y de la Patria*, a la que Neptuno no tenía derecho.

Pero mi relación con las artes fotográficas menudeó ya de tal manera que era imposible dar un paso por la Plaza de la Constitución sin soportar el asedio de las cámaras. Aquí aparezco yo, de nuevo, con Isabel, los dos rubicundos y en forma, delante de *La Joyita* (la tienda de lujo, pese al diminutivo) aunque de luto riguroso por la muerte de mi padre (no olvidaré el caballo bayo, blanco y negro, casi carnavalesco, entre los quejidos de mi hermana, cuyo cuarto de cama dorada ocupaba yo en tan triste ocasión). Años después, una excursión de los Maristas a las ruinas de San Juan de la Peña, único viaje, tras el que años antes había emprendido con mi padres, pasando por Ayerbe (¡que populosa urbe!...) hasta un castillo, curioso lugar montuoso, vecino de Loarre, en cuyo cementerio, adherido a la pared exterior de la iglesia, advertí la gran cantidad de parientes o deudos con mi propio apellido.

Allí hice amistad con mi primo Josefín de Carasol y conocí la vida de aldea pirenaica (o casi, cerca de los Mallos de Riglos), el terror que me inspiraba la compañera (¿sentimental?) de mi viejo tío Fabós, personaje pintoresco, que se vino a Zaragoza en busca de una familia de veras... Allí pude ver las eras y el trillo, y los desagui-sados y tremendos paisajes montañoses. Allí me prevenían mis parientes Carasol (con su escudo de piedra con un gallo cacareando al amanecer) de las maldades del ama de llaves de mi tío-abuelo. Allí pisé Monzón y fue el único viaje de una vida tan abundante en ellos, con asombros como la fuente de *infinitos* chorros y un castillo aparentemente *inexpugnable*. El aspecto de Ayerbe, con su ayuntamiento suntuoso y sus campesinos bien provistos, todo era para mí (entonces yo tendría ocho años, más o menos) una toma de contacto con un país natal que hasta entonces desconocía.

Naturalmente, envié una postal a mi hermana Isabel, la que, por cierto, se preparaba para un viaje más *grandioso* el de la Exposición Internacional de Barcelona. Fueron dos viajes muy distintos, pero que nos abrieron, de una vez, las puertas de lo desconocido. Una excursión con mi clase del Instituto a las montañas de San Juan de la Peña me descubrió que quedaban muchas, muchas cosas que aprender. Y, entre tanto, yo escribía mi primer artículo en el periódico *de un solo número* ideado por el catedrático del Instituto Goya (alcalde, además). Isabel llegaba de Barcelona cubierta de folletos, fiel a sus papeles.

LES FEMMES SAVANTES

Fuera de Orden (Mujeres de la Vanguardia Española) es una exposición que ha reunido, primero en Madrid y ahora en Barcelona, las pinturas de seis pintoras presentadas por la Fundación Mapfre Vida y de excepcional interés: son María Blanchard (Santander, 1881-París, 1932); Norah Borges (Buenos Aires, 1901-1998); Maruja Mallo (Vivero, Lugo, 1902-Madrid, 1995); Olga Sacharoff (Tbilisi, Georgia, 1879-Barcelona, 1967); Angeles Santos (Port Bou, Gerona, 1911) y Remedios Varo (Anglés, Gerona, 1908-México, 1963). Seis mujeres, más o menos españolas, aunque trabajando en gran parte en España y que se suelen considerar como de escuela de este país por haber desarrollado su actividad en un campo hispánico y con una seriedad impregnada de un extraño humor, a veces lindando con la tragedia, fuera de toda influencia lógica, pero muy lógica en cada una de ellas, con sus poderes, casi hipnóticos, de imponernos un hiperrealismo más que mágico, que interesa al espectador hasta la desazón. Mujeres con la tozuda pasión de mirar el mundo como un espejo autosuficiente, con una dureza casi mineral, un hiperrrealismo más que realístico, con esos dos subtítulos, no sé si exactos pero intrigantes, de estar fuera de un orden (como todos los grandes creadores) y en una vanguardia (que hace juegos de manos para deslumbrarnos o abrumarnos con sus faltas de lógica, infladas de un sentido casi desesperado de necesidad de crear) una creación que se complace en una *otreidad* que desdeña la lógica con más furia que la usada por los artistas masculinos. El adjetivo hiper-realista les viene flojo, su hipervirilidad nos asusta y nos sacude, imponiendo la admiración como algo duro e incómodo, el deleite con la dureza de una penitencia, asumida como un impuesto celestial o casi infernal, con una despectiva mirada al mundo que complace a los pintores, una iracunda manera de replicar a quienes piensan que la mujer ha de ser afeminada. Pero tampoco es viril, porque hay en ella la posibilidad de una contrarréplica, una mezcla de acritud y humor, un afán absolutamente femenino de no seguir las reglas garantizadas, de exponerse como un ser anómalo, cuya innegable ternura humana se acoraza en unas formas y colores que estremecen al espectador masculino por su poder imaginativo, desdeñoso de todo lo bonito, de manera que cada cuadro es, a la vez, una cuchillada y cada línea, un tijeretazo.

Se logran así unas obras que asombran, admiran y casi asustan, como los reproches de un ser que no se inclina ante lo que la vida, el arte y los museos le ofrecen, sino que lo denuncia con una irritación donde se cuece la antibelleza de lo anticonvencional, la brutal denuncia del vivir que (precisamente) nos brinda, como a regañadientes, con la salvilla del escupitajo, una negación de lo bonito que viene a ser una belleza otra y al revés. Es una versión pesimista, pero a la vez entusiasta, de las novedades del novecientos, que queda arrugado como una papeleta de buñuelos agrios y gatos iracundos, sin poder renunciar a la belleza, pero maltratándola para que emita sus más desacordes maullidos. No hay una intención de herir, sino para avanzar más adentro. Los *finolis* de la época en que estas serafinas comenzaron, con los nervios al aire, sus carreras, las llamarían *varonas*, con esa optimista postura de lo masculino brutal, sin poder contener su poder innato de engendrar una arisca belleza que, a menudo, se apoya, sin disimulo, en la hermosura que, de repente, rompe la piedra dura y se derrama como a regañadientes. La seriedad femenina alcanza en algunas de estas obras una sinceridad que se aprecia como un encanto más, algo escurridizo o despectivo, para lograr imponerse al espectador con un exabrupto de gran señora.

Se me ha ocurrido releer a Molière, esas geniales, hasta lo insoportable, *Femmes Savantes* contra las que el amo de casa, Chrysale, no encuentra sino defectos excesivos, grandiosos en sus propios errores y faltas. En esta genial tragicomedia, Molière no sabe ya como salvarse, y tras desfogarse con el largo soliloquio de la escena VII del Segundo Acto, se queda sin fuerzas para seguir predicando el masculinismo feminoide: con el famoso y largo parlamento comenzado por un malicioso y amargo *C'est à vous que je parle, ma soeur / le moindre solécisme en parlant vous irrite; / mais vous es faites, vous, d'étranges en conduite...* que se enreda en razones que le privan de derecho a la razón. Y, notando que su razonamiento pierde fuerza, mientras lo enuncia, añade muchas razones más, para formar el monólogo más hiriente que pudo imaginar el autor y que no merece, de la hermana del Amo de la Casa, más que un verso despectivo: *Quelle bassesse, o ciel! et d'ame et de langage!*. Curiosa, esta contradicción, ya que la hermana es, indudablemente, mejor oradora que su ingenuo hermano. Molière finge tomar las armas del enemigo, para precipitar su propio fracaso...

Viendo esta inusitada exposición de *Femmes savantes* nos damos cuenta de que son ellas las que tienen la razón. Posiblemente, no hallaríamos seis pintores en París, a fines del XIX y comienzos de nuestro siglo XX, capaces de hermanarse en una exposición tan agri-dulce y sabrosa como ésta. María (Gutiérrez-Cueto) Blanchard la inicia con un precioso y enorme lienzo mitológico-feminista: *Ninfas encadenando a Sileno* (1910), pero ya en los lienzos siguientes (1916-17) toma del natural lo que le conviene en dos bodegones cubistas exquisitos, y en el *Petite garçon en canotier* prestado por un museo de París, en un seco equilibrio que se desparrama en los personajes de los cuadros siguientes (y aquí notamos la maestría de Picasso, de volverse para atrás cuando le conviene).

La bonaerense Norah Borges va de la agresividad a la justa armonía *El herbario* que es un delicioso autorretrato con Guillermo de Torre, y otros posteriores, de una astuta ingenuidad, como *Córdoba en el recuerdo*, de 1928, o *San Juan Evangelista*, de 1931. La galle-ga Maruja Mallo (que tantas veces encontramos en el Madrid de la Plaza Mayor) comparte su afecto entre lo ingenuamente armonioso y lo hirsuto y agresivo (desde *Dos mujeres en una playa*, de 1928, viento suave, al *Espantapájaros*, de tres años después, para concluir en los murales decorativos de años siguientes, como *El canto de la espigas*, de 1939. Olga Sacharoff (que conocí en mis años barceloneses) tiene un simple y soberbio *Busto femenino* de 1915 y cuadros más tiernos y exquisitos, como su *Autorretrato*, de 1918, o *Los novios*, de 1929. Remedios Varo hace unas gouaches diminutas, henchidas de poesía. Pero la única artista que todavía pinta y asombra es Angeles Santos, con doce lienzos soberbios, desde su juvenil *Autorretrato*, de 1928, al colosal *Un mundo*, de 1929, *El reino vegetal y el reino animal*, de 1930, fecha de otras obras maestras, como *Una familia* y la *Niña durmiendo*, de dos años después. Es probablemente, la artista más poderosa y, a la vez, más particular, puesto que la mayor parte de sus cuadros están en las casas de sus familiares: razón bastante para otra visita a esta exposición de tan inhabitual repertorio. ¿Quién hallará mujer fuerte?

TODO ARDE, TAMBIÉN EL PARAÍSO

Los teatros se mueren, de repente, y al desmenuzarse los decorados y al enmudecer los tenores y al socarrarse los palcos sentimos una angustia irremediable, la de la muerte de alguien muy de la familia, que ni siquiera tiene una sepultura pintoresca, sino un agujero donde se van amontonando huesos y más huesos, mal envueltos en tejidos rancios y de encajes; y cuando más querido o más famoso era el que antaño fue un ser vivo, irremediablemente se desmenuza y convierte en polvo, y si sólo fuese polvo...

La muerte de un teatro deja un amargo gusto porque sabemos que no hay cirujano, ni siquiera homeópata, capaz de volverlo a la vida, con sus incómodos acomodadores que han perdido la memoria, y confunden los palcos y los programas, y te asignan un asiento ridículo por presuntuoso, del que no podemos zafarnos, porque es imposible dar con la puerta de escape cuando la soprano lanza una nota falsa, que hemos de asumir sin pestañear, en especial si la inocente localidad a que da derecho nuestro billete de entrada resulta ser una suerte de público inexcusable, hacia donde se dirigen impertinentes las damas de mayores escotes, ya hartas de lo lentamente que suelen fallecer las sopranos, y critican la soledad de ese desgraciado preso de su palco. Se han socarrado los trajes de museo y, aunque no caiga una bomba, como en el Liceo, todo el público, que se creía privado, parece temer lo peor, aunque sólo sea en desafinación. La orquesta se impacienta ante el retraso del director eslovaco; se percibe el cuchicheo de quienes desvisten sus bombones y, con pasmosa inoportunidad, se desprende la lámpara del plafón, entre un ruido infernal de cristales rotos y melómanos nerviosos porque han perdido la entrada oportuna y, ante la obcecación de la contralto, que se obstina en pasarse a soprano y en ingresar perentoriamente en el escenario, o precisamente donde el decorador no puso la puerta. Por fin, entre un horroroso estruendo, las ninfas del plafón neoclásico se hacen trizas sobre las calvas de los abonados. En el mejor de los casos, las damas encorsetadas pierden pecho o un zapato, incluso un acompañante nuevo-rico, y salen huyendo por entre las pinturas de Ramón Casas; es el momento en que la fatalidad, huésped de todas las óperas, da un leve empujón, derrumba el edificio entre los alaridos de los tramoyistas y los crujidos pisados de los violoncelos. Muchedumbres de traje endomin-

gado y diademas de brillantes chocan en las escaleras de socorro con quienes, por el boato de sus plumas, no caben por la entrada principal, malamente convertida en salida. Todavía se arrastra des-
pechugada Violeta, confesando que vivió del arte y del *amore*, rodeando el cadáver del gobernador Scarpia, cuyos ciriales están prendiendo en los cartones y papeles del decorado, cuando una nueva explosión abre brusca entre las puertas de los camerinos, entre una polvareda de polvos de arroz, y el primer violín lo oprime contra el seno almidonado de frac de su primo, que no puede contener sus lágrimas.

Se quiebran las lunas de las puertas imperiales y una cascada de encajes ahumados y fracs destruidos se precipita sobre el inocente rebaño de admiradores sin derecho a visibilidad. Y entre los gritos y carreras de tirtos y troyanos se desmoronan las pacotillas de cortinajes y gualdrapas y, entre la infame humareda, aparece la curva chamuscada del fondo del escenario. Pero como el *resopón* está encargado, los evadidos de la sala armónica se refugian entre los olorosos caracoles de la calle Petritxol. Así pudo arder el Gran Teatro del Liceo, bajo los fanales del vidrio del lamparón bajo el que se desmayaba la lívida y elegante Mariona Rebull sin que tanta catástrofe haga huir a los vendedores y drogadictos del Arco del Teatro, mientras arquitectos, concejales, delineantes y bomberos ven convertido en humo lo que fue melodía.

Ese es el destino de muchos teatros de ópera y pocos tienen la vanagloria de haber sido representados con las llamaradas del teatro de Zaragoza, que Goya trató de inmortalizar. La guerra mundial última (o penúltima, nunca se sabe...) destruyó la ópera de Viena poco después de que Radamés irrumpiera con su cuadriga hasta los negros senos de *Aida*, sin tiempo de estrenar su catafalco. Años después ardía *La Fenice*, paradójicamente situada en una isla entre canales que no la libraron de las llamas ni del entrechocar de las góndolas oficiales, asustadas por un trino de Mozart. Y así han perecido muchos teatros, convertidos en catafalcos y sin el consuelo de rielar de la luna en el oleaginoso mar Mediterráneo. Pero el Liceo dejaría de ser de su país para dejar de ser. Todos los teatros, desde la blanca galera de Sidney al repintado a lo Chagall del Met de Nueva York, están condenados, como herejes que son de la verdad histórica y de la ficción histórica, a perecer. Dispuestos a aguantar las mayores befas: desde el hacer cola para beber en la fuente de

Mario Lanza hasta dar vueltas concéntricas en el salón de pasos bien perdidos del gran teatro de Moscú, saludando a los amigos con una ligera reverencia a los Stroganof. En Bayreuth, un leve error de taquilla condena a las desnudas prisiones de la *Tetralogía*, si una suplente no se equivoca y os envía al maravilloso teatro de madera dorada para lamentar las desdichas infernales de *Orfeo y Eurídice*. Un modesto teatro de Berlín nos hace asistir a la agonía norteamericana de *Manon Lescaut* (que no es la Manon a secas de Massenet, aunque muere fatalmente como buena prostituta heroica de Puccini) y entre un ruido de pasos por el entarimado del teatro circular del mediodía francés (donde, por azar, el pintor Ingres estrenó su violín) asistimos en correcto francés, a los dimes y diretes entre la Princesa de Eboli y el cuatro veces casado, Felipe II para sus íntimos, si alguno tuvo.

Estas malpergeñadas cuartillas no tienen más ambición que la de eternizar el pavoroso Liceo en llamas en las memorias barcelonesas. Séame permitido quemar este polvillo de incienso en el teatro de la Ópera, para que rivalice con el madrileño de la Plaza de Oriente, con asistencia de todos los *honorables*, alcaldes o simples maceros. Recuerdo feliz de las infelices horas que pasé, sentado en la acera del Arco del Teatro catalán, un segundo antes de precipitarse, tal coro de bárbaros egipcios, a la conquista de un asiento sin mullido, pero con posibilidad de oír y hasta de ver. El divino Garnier, cuando preparaba la Ópera parisiense, no tuvo en cuenta las conveniencias de la *visibilidad* de la que están privados los aficionados al *Faust* de Gounod, sin el menor respeto al inventor Johann-Wolfgang Goethe.

Pero todo es posible en la Ópera. Junto a la de Nueva York donde beben los aficionados el agua divina de la voz de Mario Lanza, hay otra ópera, donde aficionados librepensadores pueden mascar cacahuets sin reparos mientras fenece (merecidamente) el libertino y apenas goethiano *Don Giovanni o sia Il Disoluto punito*, y muy justamente, con permiso de Mozart.

CERCA Y LEJOS DEL MAR

Terminada la carrera de Derecho en la Universidad de Zaragoza (con premios extraordinarios, todo hay que decirlo) había que pensar en una oposición. Yo había vivido desde mi nacimiento en la calle Mayor y en la cercana calle de los Argensola, vecina al colegio de los Maristas. Mis colegios también estaban en el barrio: las Paulas, en mis primeros años, y los Maristas en los segundos, que me llevaron al instituto de segunda enseñanza, que primero fue de Miguel Servet y, más tarde, de Francisco de Goya, en la plaza de la Magdalena, de donde, aprovechando una expulsión de los Jesuitas cuando la República, pasé a la ciudad moderna, en la vecindad del río Huerva y de la Plaza de Aragón. Así que siempre estuve a vueltas con nuestros tres ríos: el Ebro, junto al que me bautizaron, poco más o menos donde el apóstol Santiago bautizaba a mis tatarabuelos paganos; el Huerva, con cuyas agrestes orillas, hasta Casablanca, jugué a *Ministros y ladrones* (no descuiden la copulativa y) hasta el Ojo del Canal, que era un cuarto río inventado por el Ministro Pignatelli en el siglo XVIII, que tenía la particularidad de pasar por un puente de piedra por encima del anterior Huerva (todo ese terreno a dos niveles hasta las maravillosas esclusas de Casablanca, estaba lleno de fuentes rústicas donde solíamos tomar el tentempié de media mañana) y, en fin, muy lejos, al otro lado del Ebro (que ofrecía el hechizo de su Pozo de San Lázaro que nadie, que yo sepa, ha visto, pero famoso por la cantidad de ahogados que sólo los ríos serios tienen) el río Gállego que de vez en cuando –pienso que una o dos veces al siglo– se desbordaba para pulimentar los guijarrones que alfombraban su cauce, en general, medio seco. A mí me producía un orgulloso placer el asomarme a los tres ríos, más el canal Imperial (¿de dónde sacó Pignatelli ese adjetivo?), admirar sus puentes de hierro, de amplias curvas, y al llegar a Madrid me enorgullecí al pensar que la capital de las Españas no tenía más que un solo río navegable a pie y a caballo (según los humoristas del Siglo de Oro), mientras que don Quijote tuvo que embarcarse para cruzar el Ebro. Por cierto, así nació *La barca del tío Toni* que cruzaba desde el Pilar a la Arboleda de Macanaz, con grandes emociones cuando el río iba crecido, pese a los ánimos de los viajeros que cantaban: *Arriau y contrarriau que la barca del Toni ya está al otro lao...* Con los cuatro ríos no hacía falta llover...

Pensando en las oposiciones que, dicho sea de paso, no me apetecían nada, y tras una poco entusiasta experiencia en una academia de Zaragoza, decidí trasladarme a Madrid, ciudad que no había pisado más que una vez y por una razón muy triste (la muerte de mi hermano Antonio en el frente madrileño) de la que no guardaba suspiros, porque un *cabo* como yo no tenía derecho a suspirar; el guía de ese triste viaje fue mi hermano mayor, cuya alta graduación facilitó el hallazgo de un lugar donde Antonio yacía. El viaje fue brevísimo, destinado a rescatar los restos de mi hermano enterrados en la sierra madrileña; confieso que al pasar ante la Casa del Libro, en la Gran Vía, vi la *Breve Historia de la Pintura Española*, de Lafuente Ferrari, que se había quedado empantanada allí desde comienzos de la guerra y no pude resistir la necesidad de adquirirla. El viaje siguió a Zaragoza y allí reposa desde entonces mi hermano; y yo volví a Madrid para seguir con las oposiciones. Nada más aburrido que aprender de corrido las respuestas idóneas a las cuestiones de un tribunal notarial; lo mismo podía haber salido notario, por poco que me apeteciera, tras los monótonos estudios en Zaragoza y Madrid. Como suele suceder, esperé que aparecieran las notas de los recibidos, y al notar mi ausencia (aunque parezca absurdo) sentí como se derramaba por mi alma o memoria una suerte de benéfica paz interna y la decisión de jamás volver a aspirar a ser notario. Era un día primaveral de los que Madrid reserva a sus elegidos y, por paradoja, mi falta de elección me inundó de una paradójica bienaventura y decidí nunca jamás someter mi memoria a los crueles excesos de un tribunal jurídico. La proximidad del Retiro me inundó de felicidad, y encontré a dos buenos amigos, con lo que las arboledas se tiñeron de azul celeste.

Pero yo no era un rico heredero y tuve que abatir mi vuelo a una nueva experiencia, al convocarse otras oposiciones para un empleo administrativo. Aquello eran tortas y pan pintado junto a los ejercicios equilibristas del tribunal notarial. Conseguí la plaza de oficial administrativo 2 y, como el 1 decidió pedir una vacante de ciudad castellana, quedó a mi disposición la del Gobierno Civil de Barcelona, junto a la Llotja y aquella fuente con una estrellada ninfa que señala el centro de la plaza llamada del Palacio, supongo que por el edificio con relamidos frescos de Bigatá en que, con ayuda de dos subalternos apenas cumplía más tarea con que extender licencias de ejercicio de modestos pero respetables negocios civi-

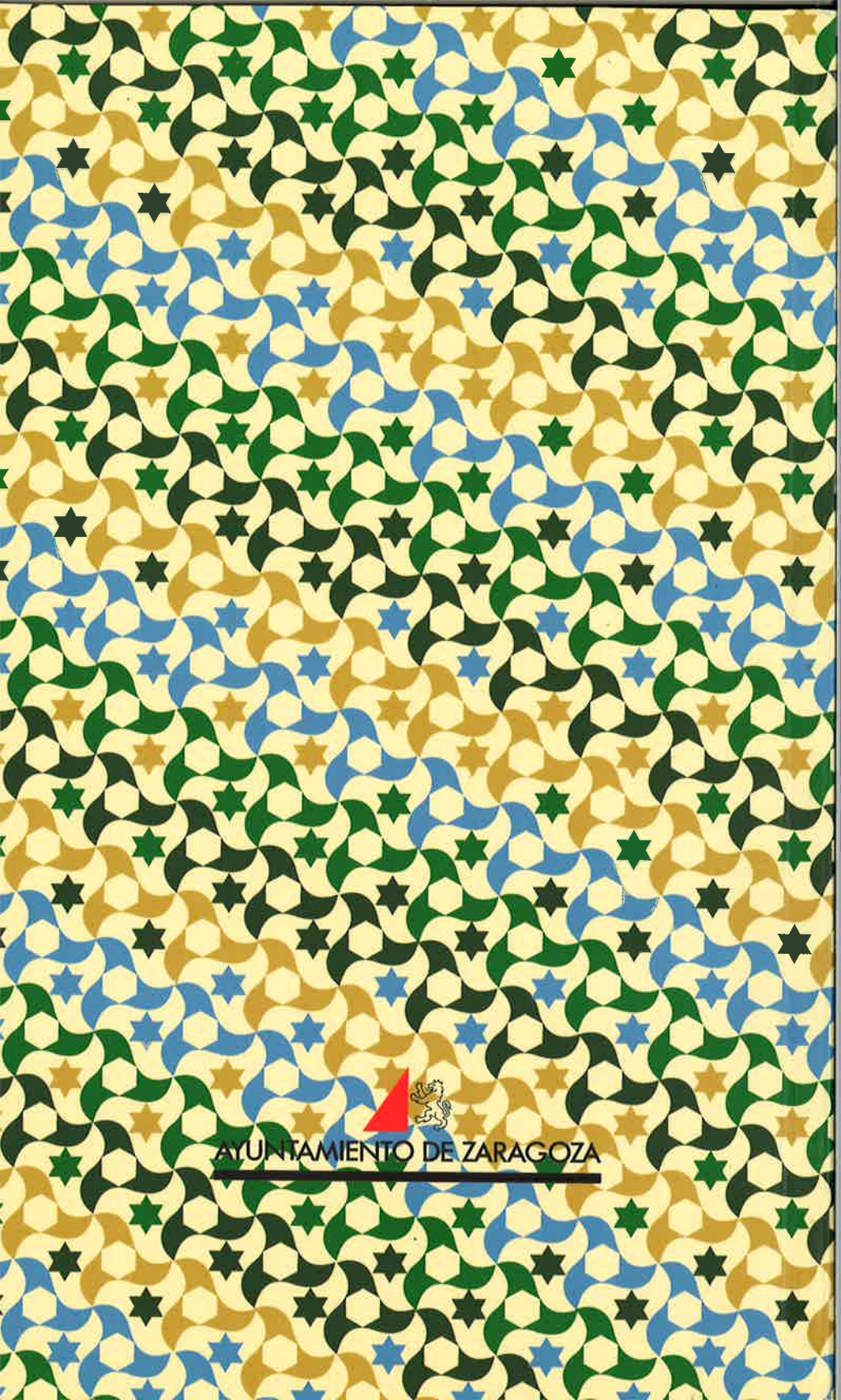
les, bajo la autoridad de don Enrique, secretario general, cuya mayor tarea (salvo los papeleos derivados de las relaciones con el gobernador militar) era disponer que a todos sus subalternos les correspondiera una (o, más bien dos) entradas cada tarde para los mejores teatros y cines de la ciudad, no sé si pensando que la presencia de dos funcionarios de Madrid aseguraba el orden y la paz de los espectadores. Y eso como aderezo de algunos obsequios que jamás admití como muestra de gratitud de quienes querían montar un negocio y no tropezaban con prohibiciones.

Pronto disfruté de un grupo de amistades que me calificaban de *Abogado del Estado*, lo que me resultaba más digno que *Oficial primero*, y pese a la todavía próxima guerra civil en la que habíamos figurado en campos opuestos, jamás tuve roces ni discusiones, y eso que trabajaba (es un decir) repartiendo licencias de establecimientos de negocios variados para los que extendía el necesario permiso oficial. Como jamás admití dádivas ni regalos, mis clientes me otorgaron la virtud de la inocencia, y más de una vez tuve que violentarme (bajo la apacible sonrisa de los frescos pintados por el Bigatà), por no aceptar las dádivas o regalos que la clientela se empeñaba en ofrecerme. Cada mañana pasaba por el antedespacho del secretario para pedir (y recoger *in situ*) las invitaciones de teatros y cines, con que beneficiaba a mis relaciones y clientes, y jamás tuve trifulcas ni reticencias en hacerme acompañar por un aragonés o un catalán, para ver el estreno del Teatro de la Comedia (*Huis Clos*, de J.P. Sartre, con Marsillach de camarero, y Ana María Noé de señora; o todo el maravilloso repertorio de los *Ballets de Pilar de López*, hermana de la Argentinita, con artistas como Greco, Vargas, Pastora y demás príncipes de la danza; o una compañía en italiano, con *Le Medaglie della vecchia signora* en el Romea o *La Pinxet y el noi maco* que pronto comprendí en catalán y mis amigos lo usaban en respuesta a mis frases castellanas, sin ningún inconveniente. Jamás hubo disputas políticas en tan avenido grupo, del que retiene mi memoria, al cabo de medio siglo, nombres todavía queridos y siempre recordados. Los pintores Rodá y García-Llort, la erudita María Aurelia Capmany, el matrimonio Ràfols-Girona, el escritor J.E. Cirlot, la primera bailarina del Liceo María de Ávila y su pareja Joan Mangriyá..., y tantos más me dispensaron su cordial amistad. El Gran Teatro del Liceo (para el que no gozábamos de enchufes) nos veía juntos, tras unas histéricas cabalgadas por las escalerillas del

paraíso, viendo y oyendo a los mejores divos rusos o italianos. Con mi paisano y colega Ismael Molera, que veía cada mediodía al salir de nuestras oficinas. Pero todo pasa, y yo sentí, de repente, la necesidad de cultivar el castellano, que ya iba olvidando. Así que, con infinito sentimiento tras un lustro feliz, decidí regresar a una vacante de Madrid, donde apenas había nada que hacer. Mi viaje siguiente sería a Francia, a París, donde me doctoré en La Sorbonne. Pero sin olvidar, durante infinidad de años, los pasados en Barcelona, mi tercera patria.



Este
libro se acabó
de imprimir el día
22 de noviembre de 1999,
festividad de Santa Cecilia,
en los talleres gráficos
de ARPIrelieve, S.A. de Zaragoza.



AYUNTAMIENTO DE ZARAGOZA